

Eliette Abécassis



QUMRÁN, 3
**EL TESORO DEL
TEMPLO**

*A mi madre,
pues gracias a ella
he escrito este libro.*

Juntaos, y os anunciaré lo que ha de acontecer en días
venideros.

Génesis 49,1.

INDICE

PRÓLOGO.....	Error: Reference source not found
PRIMER PERGAMINO. El pergamino del crimen.....	Error: Reference source not found
SEGUNDO PERGAMINO. El pergamino de Sión.....	Error: Reference source not found
TERCER PERGAMINO. El pergamino del Padre.....	Error: Reference source not found
CUARTO PERGAMINO. El pergamino del Tesoro.....	Error: Reference source not found
QUINTO PERGAMINO. El pergamino del Amor.....	Error: Reference source not found
SEXTO PERGAMINO. El pergamino de los Templarios.....	Error: Reference source not found
SÉPTIMO PERGAMINO. El pergamino de la Guerra..	Error: Reference source not found
OCTAVO PERGAMINO. El pergamino de la Desaparición.....	Error: Reference source not found
NOVENO PERGAMINO. El pergamino del Retorno...	Error: Reference source not found
DÉCIMO PERGAMINO. El pergamino del Templo....	Error: Reference source not found
GLOSARIO.....	Error: Reference source not found
ALFABETO HEBREO.....	Error: Reference source not found
RESEÑA BIBLIOGRÁFICA.....	Error: Reference source not found

PRÓLOGO

Corría el 16 del mes de nisán del año 5761, o, para quien lo prefiera, el 21 de abril del año 2000, treinta y tres años después de mi nacimiento.

En la tierra de Israel, en medio del desierto de Judea, cerca de Jerusalén, fue hallado el cuerpo de un hombre asesinado en las circunstancias más extrañas.

Había sido atado sobre un altar de piedra y luego degollado y quemado. Su carne, medio calcinada, dejaba entrever los huesos.

Los bordes de su túnica de lino blanco y el turbante que lo cubría estaban manchados de sangre. Sobre el altar de piedra había siete trazos sanguinolentos pintados por la mano del asesino. Aquel hombre había sido sacrificado como un animal. Se le había abandonado así, con los brazos en cruz y la garganta abierta.

Shimon Delam, antiguo jefe del ejército israelí y actual director del Shin Beth, el servicio secreto interior, fue a ver a mi padre, David Cohen, para pedirle ayuda en aquel asunto. Mi padre, dedicado a la paleografía de pergaminos antiguos, y yo —Ary Cohen— habíamos trabajado juntos para Shimon, dos años antes, en la resolución del enigma de un manuscrito desaparecido y de unas misteriosas crucifixiones.

—David —dijo Shimon después de haberle expuesto el caso—, si vuelvo a apelar a ti es porque...

—Porque no sabes a quién más dirigirte —dijo mi padre—. Porque tus policías no entienden nada ni de sacrificios rituales ni del desierto de Judea.

—Y aún menos de sacrificios humanos... Reconocerás que eso nos remite a una época muy antigua.

—Antigua —dijo mi padre—, en efecto. ¿Qué quieres de mí?

Shimon sacó una bolsita negra de plástico y la tendió a mi padre, que miró en su interior.

—Un revólver —dijo mi padre—. Calibre 7,65.

—Este caso podría llevarnos muy lejos, y no estoy hablando del desierto de Judea ni de la historia de esta región. Hablo de la seguridad de Israel.

—¿Podrías contarme algo más?

—En este momento hay mucha tensión en nuestras fronteras. Nos han informado de movimientos de tropas en el sur de Siria. Se está preparando una guerra, pero no sé dónde ni por qué. Este asesinato podría ser la primera señal.

—La primera señal —repitió mi padre—. No sabía que creías en señales...

—No —dijo Shimon—. No creo en señales. La CIA tampoco, y, sin embargo, estamos de acuerdo. Según nuestros expertos, el arma del crimen, que apareció cerca del cuerpo, es un cuchillo fabricado en Siria en el siglo XII.

—En el siglo XII —repitió mi padre.

—La víctima es un arqueólogo que estaba excavando en Israel. Buscaba el tesoro del Templo siguiendo las indicaciones precisas de un pergamino del mar Muerto...

—¿Estás hablando del Pergamino de Cobre?

—Precisamente.

Mi padre no pudo reprimir una sonrisa. Cuando Shimon utilizaba el adverbio «precisamente», eso quería decir que la situación era grave.

—Sabemos que el verdadero objetivo de ese hombre era construir el Tercer Templo. También sabemos que tenía enemigos... Ya me conoces, soy un militar, las motivaciones profundas de este crimen me superan...

—Vamos —dijo mi padre—, al grano...

—No es una misión como las otras. Por eso necesito a un hombre que conozca perfectamente la Biblia y la arqueología y que no tenga miedo de luchar en caso de necesidad. Necesito a alguien que sea a la vez un erudito y un soldado.

Shimon miró a mi padre en silencio y luego, mordisqueando pausadamente un palillo, terminó:

—Necesito a Ary, *el León*.



PRIMER PERGAMINO. El pergamino del crimen

Sed fuertes e intrépidos, oh valientes soldados.

¡No tembléis!

¡No retrocedáis!

Porque a vuestras espaldas se oculta la comunidad del crimen

y en las tinieblas ejecutan todos sus actos

y son su pasión las tinieblas.

Mas es su refugio vanidad,

y su poder se desvanecerá como el humo,

se perderá toda su multitud,

todo el universo de su ser desaparecerá rápidamente.

Sed intrépidos en el combate,

porque ahora adviene la obra de Dios

contra los espíritus del crimen.

Pergaminos de Qumrán,
Reglamento de la Guerra.

Soy Ary el escriba. Soy Ary Cohen, hijo de David.

Hace muchos años vivía entre vosotros. Como mis amigos, viajaba a lugares lejanos, frecuentaba las noches locas de Tel Aviv e incluso hice el servicio militar en la tierra de Israel.

Luego, un día dejé mis costumbres urbanas y me retiré al desierto de Judea, a las puertas de Jerusalén, sobre los acantilados de un lugar fortificado llamado Qumrán.

En la quietud del desierto llevo una existencia austera, alimentando mi espíritu, pero no mi cuerpo. Soy escriba. Como mis antepasados, llevo puesto un cinturón que sujeta una caja de palo rosa que contiene plumas y pinceles, así como el cortaplumas que me sirve para rascar la piel de los pergaminos. La aliso con la hoja, para eliminar las manchas y asperezas y obtener un grano limpio que absorbe la tinta sin dejar que se empape demasiado. Para grabar la superficie de esa piel utilizo la pluma de oca, más fina que el austero pincel de palo rosa. Elijo cuidadosamente mi pluma entre las remeras de volátiles criados en un kibutz no lejos de Qumrán. Prefiero las plumas del ala izquierda, y debo ponerlas en remojo varias horas para ablandarlas, después secarlas, enterrarlas en la arena caliente para endurecerlas y, finalmente, cortarlas con el cortaplumas.

Tomo el escritorio portátil en el que se encuentra el recipiente para el agua y la tinta; mezclo agua y tinta en un frasquito, y empiezo: *Mi vida ha sido arrancada y llevada lejos de mí como la tienda de un pastor.*

Grabo las letras en pergaminos amarillentos como los libros antiguos, páginas visitadas, vistas y leídas, palpadas, vueltas una y otra vez de año en año, de siglo en siglo, de milenio en milenio. Me paso escribiendo todo el día, y también la noche.

En este momento querría hablar, contar mi historia, la historia terrible de la que fui un simple juguete. No es un azar que en la raíz de mi historia se encuentre la Biblia, porque en ella he visto el amor y el paso de Dios, y en ella he visto la violencia. Sí, en ella he visto el verbo «ser».

Oh, hijos, escuchadme y retiraré el velo de vuestros ojos para que veáis y oigáis los actos del Señor.

Mi padre, David Cohen, en esa tarde del 16 del mes de nisán de 5761, vino a buscarme a las grutas de Qumrán, al scriptorium en el que yo realizaba mi trabajo. Era una caverna algo más amplia que las demás, en la que se encontraban amontonados numerosos pergaminos de diversos tamaños, rollos sagrados, una gran cantidad de vasijas de dimensiones gigantescas, tiestos y tapas rotos mezclados con pedazos de roca..., una acumulación de objetos antiguos en un desorden secular que nunca me atreví a perturbar. Hacía más de un año que no nos veíamos. Los ojos de mi padre brillaban de emoción.

Sus cabellos oscuros eran abundantes, pero se podía leer en su amplia frente como en un pergamino en el que se hubieran acumulado las letras de año en año. Una de ellas había sido trazada después de la última vez que lo vi: **ש**. La letra *lamed*, que significa «aprender y enseñar», la más alta del alfabeto hebreo, la única en que el trazo vertical supera el renglón por su parte superior, se parece a la escalera de Jacob, por la que suben y bajan los ángeles para observar y transmitir.

Él no me reprochó nada, pero yo era su hijo, el único, y aunque respetaba el camino que yo había elegido, forzado a medias por circunstancias dramáticas, y a medias conformado porque ése era el camino elegido por mí, el de mi vida, sufría porque le había dejado. Habría querido tenerme más cerca, en Jerusalén, aunque después del servicio militar yo había dejado su casa para ir a vivir al barrio ultraortodoxo de Mea Shearim. Pero aunque no estuviera a su lado, él me habría preferido en Tel Aviv, viviendo como un israelí moderno, en vez de en las grutas de Qumrán. Y si no podía ser Tel Aviv, por lo menos en un kibutz del sur o del norte del país, en cualquier caso un lugar al que pudiera ir a visitarme, y no el lugar secreto, de difícil acceso, en el que yo llevaba una vida de asceta. Y yo, que siempre me preguntaba cuándo volvería a verlo, sentí hasta qué punto aquel momento era único. Sin querer, las lágrimas inundaron mis ojos.

—Vamos —dijo mi padre—. Estoy contento de volver a verte. Tu madre te manda un beso.

—¿Cómo está?

—Bien, ya la conoces. ¡Es fuerte!

Yo quería a mi madre, pero desde que profesé como religioso, entre nosotros se había alzado una especie de muro de incomprensiones. Para ella, rusa y atea, yo era un monje, lo que significaba un loco, un fanático, un iluminado.

Dos años antes, yo me había unido a una secta secreta de ritos muy particulares: la de los «esenios»*.

* El lector encontrará el significado de las palabras seguidas de asterisco en el léxico del final del libro.

En el siglo II antes del nacimiento de Jesús, unos hombres se retiraron al desierto de Judea, sobre un acantilado llamado Khirbet Qumrán, y allí construyeron un campamento en el que estudiaban, oraban y se purificaban con el bautismo a la espera del Fin de los Tiempos. Pero el Fin de los Tiempos no llegó, y después de la muerte de Jesús y de la revuelta de los judíos, la Historia perdió el rastro de aquellos hombres. El campo de Khirbet Qumrán fue incendiado y abandonado. Se creyó que los romanos habían exterminado a los miembros de la secta, o que éstos habían sido deportados. En realidad, se habían refugiado en unas grutas inaccesibles, y allí vivieron en secreto, y allí siguen, ocupados en rezar, estudiar y recopiar los textos de la tradición, y sobre todo en esperar y prepararse para el mundo futuro.

—Venga, cuéntame —dijo—. ¿Qué noticias traes de fuera?

—La noticia —dijo mi padre—. Se ha cometido un asesinato en el desierto de Judea, a pocos kilómetros de aquí. Una especie de sacrificio humano. Shimon Delam me ha pedido que hable contigo, Ary. Quiere que te ocupes del caso. Dice que sólo tú eres a la vez soldado y experto en las Escrituras.

—Pero —respondí— ¿no sabes que mi misión está aquí, en las grutas de Qumrán?

—¿Tu misión? —dijo mi padre—. ¿Qué misión?

—Los esenios me eligieron ayer. Han hecho de mí su Mesías.

—Te han elegido —repitió mi padre mirándome con un aire extraño, como si no le sorprendiera la noticia que le estaba dando.

—Creen que soy el Mesías que esperaban. Los textos lo dicen: el Mesías será revelado en el año 5760 y se llamará «el León». El León soy yo. Eso significa el nombre que me has dado.

—Entonces, ¿estás dispuesto a dejar tu labor de escriba y a salir de las grutas?

—Yo soy escriba, no detective.

—Dices que has sido designado Mesías por los esenios: eso significa que tu labor ya no es la escritura, sino el combate en la lucha del Bien contra el Mal. En la guerra de los hijos de la luz contra los hijos de las tinieblas, tu misión es encontrar al asesino y combatirlo.

Así habló mi padre, y más allá de la dialéctica del sabio no pude dejar de reconocer al sacerdote, al Cohen. Dos años antes, había descubierto que mi padre había sido un esenio que decidió abandonar las grutas cuando se creó el Estado de Israel, para vivir allí, y comprendí por qué ese hombre, de una fuerza y una estatura imponentes tanto por su saber como por su coraje y fidelidad, tenía el carisma y la actitud de un patriarca, con sus cabellos oscuros, su cuerpo de músculos delgados, sus ojos negros brillantes en medio de un rostro iluminado por una sonrisa mágica. Esa sonrisa expresaba a la vez la vida del espíritu que le inspiraba y la serenidad que le daba el estudio de los textos antiguos.

Esa era sin duda la razón por la que aquel hombre no tenía edad, porque tenía todas las edades: era la memoria del tiempo.

—Vamos —dijo mi padre—. Eres joven. Puedes combatir. Tienes el conocimiento y la fuerza necesarios para resolver este enigma. ¿O prefieres hacer como el profeta Jonás, y huir ante tu misión?

—Son sus asuntos —dijo.

—No, no son *suyos*. Son vuestros, son nuestros asuntos. Ese hombre ha sido sacrificado en vuestra casa, en vuestro territorio, y estaba vestido con vuestro hábito ritual. Debes saber que si no actúas, las investigaciones se dirigirán contra vosotros e inevitablemente se descubrirá el secreto de vuestra existencia; incluso es posible que intenten acusaros para forzaros a salir de las grutas y encadenaros, esta vez para siempre. ¡No se trata de combatir, sino de salvaros!

—Está escrito que debemos alejarnos del camino de los malvados.

Entonces mi padre se acercó al pergamino que yo estaba copiando. Paleógrafo de textos antiguos, se interesaba en la forma individual de las letras para determinar en qué fecha habían sido copiados los textos y, aunque la paleografía no es en absoluto una ciencia exacta, porque ningún manuscrito puede servir de referencia absoluta en esta especialidad, mi padre lograba discernir en los textos la progresión desde las formas más antiguas hasta las consonantes más recientes. Recordaba todo lo que había descifrado, identificaba perfectamente las características de cada fragmento estudiado, la calidad del cuero, su preparación y su soporte de escritura, e incluso el estilo del escriba, la tinta, la lengua, el vocabulario y los temas. Sus conocimientos lingüísticos le permitían leer tanto el griego como el semita, las tablillas cuneiformes o las puntas de flecha cananeas inscritas sobre documentos fenicios, púnicos, hebreos, edomitas, árameos, nabateos, palmirenses, tamudeos, safaíticos, samaritanos o cristiano-palestinos. Señaló un pasaje con el dedo: *La mano del Señor se posó sobre mí; me hizo salir por el espíritu del Señor y me depositó en medio del valle: estaba lleno de osamentas.*

—Está escrito, desde el siglo II, que esto sucederá en el Fin de los Tiempos —dijo.

Acompañé a mi padre a la salida de la gruta. Frente a nosotros, unos hombres esperaban. Era de noche. Bajo el claro de luna podíamos ver el abrupto acantilado que nos separa del resto del mundo. A lo lejos se

recortaban contra el sombrío horizonte las rocas calizas que componen el paisaje lunar del mar Muerto. Allí, en el portal rocoso que se extiende ante la entrada de nuestras grutas, reconocí a los diez hombres del Consejo Supremo: estaban Isakar, Peres y Yov, los sacerdotes Cohaním; y también estaban Ashbel, Ehi y Muppim, los Levi, así como Guera, Naamane y Ard, hijo de Israel, acompañados por Levi, el sacerdote que había sido mi instructor, un hombre de edad madura, de cabellos grises y sedosos, piel apergaminada y curtida por el sol, labios finos y andar altivo. Este último se acercó a mi padre:

—No olvides, David Cohen, que estás obligado al secreto.

Mi padre asintió, y sin decir una palabra inició, entre las hendiduras de las rocas, el arduo descenso que lleva al mundo conocido.

A la mañana siguiente me despojé de mi indumentaria de luz y volví a vestir mis viejas ropas de hasid*, que no me ponía desde hacía más de dos años: una camisa blanca y un pantalón negro. Luego me fui.

Avancé por el desierto, solitario en medio del calor agobiante, con el rostro sofocado y los ojos deslumbrados por la luz, siguiendo, entre las rocas y las torrenceras, a lo largo de los escarpes y de las hondonadas, el camino peligroso y secreto que sólo conocen los esenios.

Delante de mí brillaba el gran lago de sal que se extiende a cuatrocientos metros por debajo del nivel del mar, donde el calor es tan intenso que el agua se evapora y vuelve el mar aún más amargo. Lo llaman mar Muerto porque en sus aguas, poco propicias para la vida, no hay peces ni algas ni barcos, y rara vez hay hombres.

Sodoma, al sur, la Sodoma destruida, testimonia el cataclismo que un día castigó la región. Y los olores del azufre, y las terribles formas esculpidas en la arena y la roca, revelan en este lugar el imperio de la destrucción. El principio del fin. Por ello, dos mil años antes, los esenios vinieron a este desierto que se extiende desde el este de Jerusalén hasta la gran depresión de Ghor con el Jordán y el mar Muerto, a este desierto tranquilo y silencioso donde se podía creer en el Fin de los Tiempos. Al sur de nuestro desierto hay otro, y al sur de éste, otro más: aquel donde Moisés recibió las Tablas de la Ley. Y en cada uno de estos desiertos subsisten pastores inmemoriales, testigos de los tiempos, y hombres que se retiran del mundo para venir a habitarlo y dejarse habitar por él.

Era mediodía cuando llegué al lugar del crimen. En la terraza margosa el calor era sofocante.

Pasé por delante de las grutas que habían devuelto los restos de unos mil manuscritos que pertenecieron a nuestra secta, algunos de los cuales se remontaban al siglo III a.C. En 1947 encontraron la primera vasija. Entonces empezó la extraña historia de los manuscritos del mar Muerto¹: el hallazgo arqueológico más extraordinario de todos los tiempos. Desde las épocas de las excavaciones, desde las épocas en que la gente cruzaba el país en peregrinación, se creía que no había nada nuevo bajo el sol de Judea. Durante dos milenios, los hombres habían pasado al lado de ese tesoro, ignorando que unos manuscritos de la época de Jesús, milagrosamente conservados en vasijas, estaban allí, bien protegidos en las grutas de Qumrán, en el desierto de Judea, junto al mar Muerto, a treinta kilómetros de Jerusalén.

Cuando, en 1999, el obispo Oseas, que había participado en el descubrimiento de los pergaminos de Qumrán, fue hallado crucificado en la iglesia ortodoxa de Jerusalén, mi historia se unió a la de los manuscritos del mar Muerto. Uno de los rollos había sido robado y Shimon Delam, jefe del ejército israelí, fue a buscar a mi padre para que le ayudara en su investigación. Yo, Ary, su hijo, le acompañé entonces.

Allí, en aquellas grutas, descubrí que durante generaciones y generaciones unos hombres vivieron, sin que nadie lo supiera, para conservar y copiar los rollos de pergamino que eran sus textos sagrados.

Después de media hora de marcha, llegué a la orilla del mar Muerto, a lo alto del gran acantilado en el que se encontraba el conjunto de ruinas de Khirbet Qumrán. El lugar, que la policía había acordonado, estaba desierto en ese momento en que el sol llegaba a su punto culminante. Pasé bajo la cuerda que rodeaba el lugar del crimen y avancé hacia el cementerio que lindaba con los vestigios.

¡Oh, Dios! Habría preferido no aventurarme en aquel valle de lágrimas. Habría querido poder decir: no, yo no estuve aquí, no sé nada y no quiero saber nada, no he visto nada; así, nunca tendría que olvidar esa visión. Había mil cien tumbas; mil cien tumbas profanadas, con las osamentas alineadas en un eje norte-sur, los esqueletos tendidos sobre la espalda con la cabeza hacia el sur. Había allí un valle de osamentas al descubierto, y yo no sabía por qué.

¹ Véase *Qumrán*, de la misma autora.

No soplaba una pizca de aire y, sin embargo, me parecía oír una especie de murmullo: eran las voces, las voces de los muertos que se elevaban hacia mí, como si vinieran de las tumbas. Las voces de mis ancestros atraídos por la santidad, por la pureza del acto y de la intención, que vagaban por los lugares de su fe, los lugares donde los hombres habían velado ardientemente por la ley de Moisés, donde los esenios, los últimos de los últimos, en el desierto árido, intentaban llevar a Judea desde más allá de la tumba la inspiración para que naciera el relevo, la inmensa progenie de Judá y de Benjamín, que se ocupara de difundir el mensaje y de preservar su historia.

Luego me fijé en una pequeña cruz próxima a un montón de rocas, y al levantar la cabeza vi el altar de piedra, situado en el centro del cementerio profanado, donde había tenido lugar el sacrificio. Una cinta de plástico rojo lo señalaba. Alguien había trazado con tiza blanca la silueta de un hombre; del hombre que había sido atado y degollado como un cordero sobre el altar, y sacrificado sobre un fuego que había elevado su olor infame hasta el Señor. Habían tenido que sujetarlo sólidamente para que no hiciera ningún movimiento, habían tenido que retorcerle el cuerpo, asirlo por el cuello y abrirle la garganta con un cuchillo cortante. Había sido necesario que su sangre manara, que su carne se chamuscara y que el humo se elevara. Bajo el altar había restos de un fuego. Sobre el altar, siete trazos de sangre.

Helado de horror, retrocedí unos pasos. Ese sacrificio, con los siete trazos de sangre, era el que hacía el Sumo Sacerdote en el Yom Kippur, antes de entrar en el sanctasanctorum donde tenía que encontrarse con Dios. Pero se sacrificaba un toro. ¿Por qué matar a un hombre de esa manera? ¿Qué sentido tenía esa acción?

A pocos metros, las ruinas de Qumrán formaban un gran cuadrilátero. Me acerqué a los restos de las instalaciones que conocía tan bien, donde otrora trabajaron mis antepasados, en ese desierto en el que el agua era tan valiosa como difícil de canalizar. Pero las voces, que no me abandonaban, se iban llenando poco a poco de materia, se convertían en cuerpos. Me parecía verlos ajetrearse alrededor del gran conducto que aseguraba la llegada y el almacenamiento de las aguas estacionales; sacar del acueducto la cantidad necesaria para el consumo y la purificación; subir de las cisternas el agua potable para beber, o sumergirse en la piscina de agua clara para purificar el alma y el cuerpo. Veía sus túnicas tejidas en una sola pieza blanca moverse solemnemente hacia el salón de asambleas, que servía como refectorio, para tomar sus colaciones, todos colocados según un orden jerárquico, los sacerdotes primero y los levitas después, antes de los Numerosos*, y casi podía oír a los cocineros atareados en la preparación de las comidas y a los alfareros cocinando sus ollas en los hornos del taller de cerámica; podía ver a los escribas aplicados en la tarea de copiar sus rollos en el scriptorium, hábiles en el manejo de los instrumentos de escritura de bronce y arcilla. Copiaban textos, centenares de textos, que inscribían sobre pergamino, día y noche. Y luego llegó la tarde; y vi, después de las tareas del día, a los miembros de la comunidad regresar a sus aposentos. Vivían igual que nosotros, los esenios de hoy día, herederos de los que preparaban en secreto la llegada del mundo futuro.

El sol en su cénit despedía una luz deslumbrante. No había ni un soplo de aire. Sólo el calor sofocante que se siente al abrir la puerta de un horno.

De repente, me estremecí. Sentí a mi espalda la sombra de una mirada, pero no era una sombra surgida del pasado, no era una imagen y tampoco una presencia desconocida.

Me volví y mi corazón dio un salto en mi pecho, sentí flaquear las piernas. Durante un momento, me pareció que veía un espejismo.

Nunca pensé que volvería a verla. Creía que la tentación se había alejado. Creía haberla olvidado y me había equivocado... Jane Rogers. Dos trencitas delgadas como hojas de cuchillo, una boca fina, unas arrugas minúsculas que estriaban sus sienes dibujando las letras del amor, unos ojos ocultos por unas gafas de sol redondas y un color que no reconocía, una piel curtida por el sol de agosto del sur de Qumrán, de allí donde pega más fuerte, de allí donde hiere hasta volverte loco.

Jane. ¿Acaso no había soñado con ella todas las noches desde el día en que me retiré a las grutas? Y alrededor de su imagen, cuántos remordimientos, cuántos reproches... Cuántas veces me dije: «No hay nada sin ella, ella es todo lo que quiero, todo a lo que aspiro.»

Mi mirada acarició la sombra de su cuerpo delgado vestido con un pantalón corto color caquí y una camiseta blanca. Por fin pude alzar los ojos hacia su mirada. Se quitó las gafas.

—Ary.

En su rostro se hallaba dibujada la letra י, *yod*, que en la décima posición del alfabeto hebreo, encierra el número 10. *Yod*, símbolo de la realeza y de la armonía de las formas, y signo del mundo por venir. Es la letra más pequeña del alfabeto, porque la *yod* es humilde al mismo tiempo que fundadora. 10 = 1+0, cifra que evoca la causa primera, el principio de todos los principios...

—Jane.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo.

Inició un gesto con la mano, como para ofrecérmela, pero se volvió atrás. Me quedé allí, desconcertado, sin saber cómo saludarla. Hubo un silencio hecho de embarazo y de sorpresa, de reconocimiento y de incomodidad, después de una larga separación que cada uno pensaba que duraría toda una eternidad. Pero era como si la eternidad acabara de terminar en ese preciso instante.

—Dos años —murmuré.

De nuevo, mi mirada se cruzó con la suya, y me estremecí. Había cambiado. No físicamente, pues era la misma, igual de guapa, pero le había pasado algo que había endurecido sus rasgos a pesar de la sonrisa que esbozaba, una sonrisa triste, nostálgica, que le devolví casi a mi pesar.

—¿Te has enterado del asesinato? —dijo.

—Sí —respondí—. ¿Sabes quién era ese hombre?

Bajó los ojos. Retrocedió unos pasos y levantó la mano hasta rozar su cara. Volvió lentamente a mi lado. Su mirada se ensombreció cuando murmuró:

—Peter Ericson. Era el jefe de nuestra expedición. Sucedió anteayer por la noche. Yo lo encontré al día siguiente, al venir al yacimiento.

—¿Quién más lo ha visto?

—Los miembros del equipo. Corrieron inmediatamente al campamento para avisar a la policía. Yo me quedé aquí, sin comprender nada... Estaba cubierto de sangre. Siete trazos en total, como siete señales. Estaba vestido con un extraño ropaje de lino blanco.

Hubo un silencio.

—Tenemos que irnos, Jane.

—¿Es eso? —respondió bruscamente—. ¿Quieren asustarnos para que nos alejemos?

—¿Pero qué buscabais aquí? —murmuré.

—Seguíamos las indicaciones de la lista que contiene el Pergamino de Cobre.

—¿El Pergamino de Cobre?

Me sorprendió. De todos los pergaminos hallados en Qumrán, el Pergamino de Cobre parecía ser el más enigmático: era el único de metal, y además el más difícil de descifrar. Contenía una lista de lugares en los que tal vez se hallara un fabuloso tesoro.

—Sí, ya sé —dijo Jane—. Hay quien piensa que ese catálogo sólo representa tesoros imaginarios procedentes del folclore judío de la época romana. Pero nosotros..., el profesor Ericson estaba convencido de que las descripciones del rollo eran demasiado realistas para que fuera así.

—¿Cómo has llegado a participar en esta... caza del tesoro?

—Hace dos años, poco después de que te fueras a las grutas, decidí unirme al equipo del profesor Ericson, que estaba excavando aquí.

—¿Pero cómo ha conseguido descifrar el Pergamino de Cobre? —pregunté—. Es un texto tan... críptico.

—Hay muchos modos de leerlo. Ericson había conseguido restablecer frases completas.

—Ah, ¿de veras...? ¿Habéis obtenido resultados interesantes?

—Crees que su asesinato está relacionado con su investigación, ¿verdad?

—Es posible —dije.

La miré con atención. Estaba de pie, delante de mí, un poco a la defensiva, desconfiaba.

—¿Quién os financia?

—Varios grupos judíos religiosos, ortodoxos y liberales. También recibimos una ayuda internacional de fuentes privadas. Pero los que trabajan aquí no están pagados. Todos somos voluntarios, simplemente nos dan comida y alojamiento.

—¿Habéis encontrado algo hasta ahora?

—Es un trabajo largo, Ary... Después de cinco meses encontramos un silo que contenía ketorita, un incienso utilizado en el Templo. Pero todo eso parece tener tan poca importancia...

Sacó un papel de su bolsillo y me lo ofreció.

—Ten —dijo—, es una copia de una parte del Pergamino de Cobre. Como ves, el texto es como una tabla. Hay que leerlo en diagonal.

Me acerqué y leí como ella me había dicho que hiciera.

—*Bekever she banahal ha-kippa...* La tumba que se encuentra sobre el río de la cúpula...

Su dedo bajó un párrafo.

—De Jericó a Saqqara... Hay dos ejes, norte-sur y este-oeste.

—El tesoro se encontraría en la intersección...

—En ese lugar encontramos una pequeña ánfora de aceite. Ericson creía que se trataba del aceite empleado en el santuario de Jerusalén.

—¿Y el tesoro?

Su rostro se iluminó con una sonrisa triste.

—Nada.

Dio unos pasos y se sentó sobre una piedra.

—Oh, Ary, ya no sé... Desde ayer... Hacía calor. El sol caía con fuerza sobre nuestras cabezas. Teníamos la sensación de estarnos asando en el infierno. Pero avanzábamos, nos pasábamos las cantimploras llenas de agua tibia. Íbamos juntos, sin hacer caso de nuestro cansancio. Nos dirigíamos a Khirbet Qumrán. Con nuestros bastones, como un grupo de patriarcas, y nada podía detenernos, ni el calor, ni las serpientes, ni los escorpiones. Esa mañana, él no estaba con nosotros cuando salimos del campamento, y creímos que nos alcanzaría más tarde... Nos detuvimos a tomar un tentempié. Yo me alejé un poco del grupo... Y entonces lo vi.

Pedí a Jane que me llevara al campamento en el que se encontraban los arqueólogos. Sin hacer ninguna pregunta, me condujo en su *jeep* durante varios kilómetros, a través de un paisaje rocoso, hasta el campamento situado cerca de un kibutz al lado de Qumrán.

Era un campamento provisional —unas cuantas tiendas de tela áspera y gastada dispuestas al resguardo de las rocas— que había sido abandonado a toda prisa, como si se acercara una terrible amenaza.

Sólo un hombre de unos cincuenta años, de cabellos grises y lisos peinados con raya al lado, la piel enrojecida por el sol y las sienes brillantes de sudor, estaba tumbado en una silla delante de una tienda. Inmovilizado por el calor, parecía dormir.

Cuando nos dirigíamos a la tienda de Peter Ericson, Shimon Delam, acompañado por dos policías, salió de ella. En cuanto me vio, se dirigió hacia mí con paso rápido. Nos miramos a los ojos para evaluarnos como habíamos aprendido a hacer en el ejército, para conocer nuestros pensamientos secretos. No había cambiado. Moreno, de ojos pequeños y algo oblicuos, de corta estatura, robusto, mordisqueaba el eterno palillo que cumplía para él las funciones de cigarrillo. En su frente estaba dibujada la letra **נ**, *nun*, que simboliza la fidelidad, la modestia y, en su forma final, evoca la recompensa prometida al hombre recto. De este modo, *nun* es la letra de la justicia.

—Ary —dijo Shimon—, me alegro de verte aquí.

Luego se dirigió a Jane.

—Jane, ¿cómo está?

—Bien, gracias —repuso Jane.

Se acercó a ella y le susurró:

—Creía que estaba usted en Siria.

—No —dijo Jane—, preferí quedarme aquí.

Se dirigió hacia mí con una sonrisa satisfecha.

—Ary, me alegro de comprobar que has aceptado.

—Pero —protesté—, yo no he dicho que...

—Sabes que te necesitamos —cortó Shimon—. La última vez lo hiciste muy bien.

—Shimon —dije—, eres único a la hora de reclutar a un agente, pero...

—Nadie más que tú podía haber resuelto aquel caso, y tú lo sabes. Exactamente igual que ahora. ¿Ves? Yo diría que nos enfrentamos a una historia de otra época. Una historia que sólo un arqueólogo, un escriba, un... esenio ¿se dice así?, que además sea soldado, puede comprender.

—Aún no he aceptado, Shimon.

—Precisamente —dijo Shimon mordisqueando tranquilamente su palillo—... Estoy aquí para convencerte de una vez por todas.

—Te escucho —dije.

—Este es el caso.

Se dirigió a Jane, que había hecho ademán de alejarse.

—No, Jane, puede quedarse.

Hizo una pausa, tiró su palillo al suelo y lo aplastó como si fuera una colilla.

—No voy a andarme por las ramas. Un hombre ha sido asesinado, un arqueólogo que buscaba un tesoro a partir de un manuscrito de Qumrán, un tesoro que podría pertenecer a los esenios, ¿acaso...?

—Te equivocas, Shimon —intervine—. Los esenios no poseen nada. Se llaman a sí mismos «los pobres».

—Precisamente —dijo Shimon con una sonrisita sarcástica—. Una ayudita sería bien recibida, ¿no?

—De acuerdo —dije encogiéndome de hombros—, pero no veo qué tiene que ver.

—Lo que tiene que ver es que nosotros estamos convencidos de que los esenios están implicados en el asunto.

Al oír estas palabras, di un respingo.

—Shimon —dije bruscamente—. ¿Quién es «nosotros»?

—El Shin Beth.

—¿*Vosotros* estáis enterados de la existencia de los esenios?

—Por supuesto.

—Shimon —murmuré apretando los dientes—. No deberías hablar de ello. A nadie.

—Por favor, Ary, somos el servicio secreto. Lo que entra en el Shin Beth...

—... nunca sale del Shin Beth —dije—. Pero tú estás al corriente, Jane está al corriente. Empieza a hacerse peligroso para nosotros.

—Te recuerdo que fui yo quien te salvó cuando estabas en peligro, hace dos años. Y yo quien te dejó irte a las grutas sin denunciarte a la policía cuando mataste al rabí².

—¿Por qué sospecháis de nosotros?

—Vamos, Ary, piensa un poco. ¿Quién más que los esenios podría cometer un asesinato ritual en la región, un sacrificio, si lo he entendido bien, que los textos enseñan que debe realizarse el Día del Juicio?

No pude responder a esa pregunta.

Su rostro se aclaró.

—Ya era hora —dijo Shimon—. Habrá que investigar por ese lado, si entiendes lo que quiero decir.

—Empiezo a entender, en efecto.

—También podrías interrogar a la hija del profesor Ericson. Vive en tu antiguo barrio.

—El profesor Ericson no era judío —dijo Jane como si adivinara mis pensamientos—. Pero tiene una hija que se ha convertido al judaísmo... Esta mañana ha venido a verme.

—Bien —dijo Shimon—, os dejo. Y... hasta pronto, Ary.

Dio unos pasos, se volvió y añadió con aire sombrío:

—Hasta muy pronto, creo.

En ese momento, el hombre que parecía dormitar ante su tienda hizo su aparición. Me pregunté si habría oído nuestra conversación y si no estaría fingiendo dormir cuando pasamos delante de él.

—Ary —dijo Jane—, te presento a Josef Koskka, arqueólogo.

—Es terrible —dijo Koskka arrastrando las erres a la manera de los polacos—, terrible, terrible. Todos estamos... Estoy trastornado por lo que le ha sucedido a nuestro amigo Peter. Era, además de un amigo, un investigador de gran envergadura, de renombre internacional. ¿No es verdad, Jane?

Jane se sentó sobre una roca.

—Sí —dijo—, es terrible.

—¿Tenía enemigos?—Pregunté.

—Sin duda —dijo Koskka lentamente—. Recientemente había recibido amenazas. Incluso una noche cayó en una emboscada. Quisieron asustarle. Unos hombres que llevaban turbantes, como los beduinos.

—¿Quiénes eran?

—Lo ignoro —respondió Koskka—, pero mientras estuvo aquí se hizo amigo de los sacerdotes samaritanos de Nablus y trabajó sobre el recitado que le hacían de ciertos pasajes bíblicos.

Jane asintió con la cabeza, con un aspecto desolado.

—Anteayer vino a mi tienda. Me dijo que había limpiado con el pincel y la paleta un montón de cerámica de Khirbet Qumrán de la sala situada junto al refectorio. Entre las cerámicas había una vasija intacta en la que encontró fragmentos de un manuscrito. Estaba loco de emoción, como si fuera a salir un hombre de hace dos mil años para empezar a hablar con él en su lengua antigua...

Jane esbozó una sonrisa cansada.

—Las excavaciones son duras, nunca lo hubiera creído. Las condiciones de vida son precarias aquí: el agua escasea, hace calor y la mayor parte del tiempo no encuentras nada más que montones de pedacitos. Después, hay que efectuar los recortes, combinaciones y deducciones. Es como un puzle o un enigma...

—Decías que encontró un fragmento en una vasija —le interrumpió Koskka, que de repente parecía muy interesado en la conversación.

—Ah, sí, perdón...

Jane hizo una pausa. La miré: su cara tenía impresas las huellas de la fatiga y la emoción. Josef Koskka se quitó el sombrero y se secó la frente con un pañuelo. Gotas de sudor se deslizaban y seguían los

² Véase *Qumrán*.

pequeños regueros formados por sus arrugas.

Las conté: una, dos, tres, dispuestas en forma de א, *taw*, la última letra del alfabeto, la letra de la verdad, pero también de la muerte. La *taw* representa el cumplimiento de una acción y el futuro convertido en presente.

—Es extraño —dijo Jane—... Me dijo que ese fragmento hablaba de un personaje del Fin de los Tiempos, Melquisedec, que le intrigaba. Antes me habría parecido que el tema no era importante, pero ahora... Después de todo lo que ha pasado aquí, desde hace tanto tiempo...

—¿Quieres decir desde los tiempos de Jesús? —preguntó Koskka.

—Sí, y luego esas estúpidas discusiones sobre Jesús y el Maestro de Justicia de los esenios...

—Pero nosotros no tenemos nada que ver con ello —dijo Koskka—. Estamos buscando el tesoro del Pergamino de Cobre, no al Mesías de los esenios.

—Creemos —añadió Jane— que la cantidad de oro y plata mencionada en el pergamino supera los 6.000 talentos... Es una cifra enorme y sin parangón con las riquezas de Palestina en esa época... El equivalente a varios millones de dólares de ahora.

—¡Por esa misma razón no ha podido volatilizarse! —dijo—. Jane —añadí al cabo de un rato—, me gustaría visitar la tienda del profesor Ericson.

—Te acompaño.

La tienda de Ericson estaba al lado de la gran tienda que servía de comedor. Dentro sólo había un catre de campaña y una mesita plegable. Algunos objetos aparecían desparramados sobre la cama y había ropas, libros y objetos varios dispersos por todas partes; la policía debía de haberlo registrado todo. Jane, a mi lado, se adelantó con paso incierto. Vi sobre la mesa la reproducción de un fragmento arameo.

—Este debe de ser el fragmento que encontró el profesor —dijo Jane—. ¿De qué se trata?

—Es un fragmento de Qumrán. Y en efecto trata de Melquisedec. Al final de la Historia, cuando se produce la liberación de los hijos de la luz, Melquisedec es el patrón de los justos y el soberano de los últimos tiempos. Melquisedec es el príncipe de las luces, el Sumo Sacerdote que oficia en los últimos tiempos, cuando se realizará la expiación por Dios.

—Ya —dijo Jane—. Pero ¿por qué Ericson se interesaba por ese personaje en particular?

—No lo sé.

Cerca de la mesa, otro objeto atrajo mi atención. Era una espada antigua, de metal plateado, con una empuñadura negra rematada en una especie de rostro... Al observarla más de cerca, me di cuenta de que era una cabeza de muerto. En el extremo del mango había una cruz con los extremos de los brazos más anchos.

—¿Y esto?—dije.

—Es una espada de ceremonia —dijo Jane—. Ericson era masón.

—¿De veras?

—Sí, Ary. Los esenios no son los únicos que perpetúan la tradición de las órdenes gnósticas y de las religiones místicas.

—En tu opinión, ¿es posible que Ericson quisiera recuperar el tesoro del Templo sólo para enriquecerse?

—No, no lo creo. No le guiaba ese tipo de preocupaciones. Ten —añadió mientras me daba una fotografía—. Guárdala, es tuya.

Salió de la tienda con paso rápido, bajando la cabeza.

De vuelta a mi gruta, después de la larga marcha bajo el sol poniente entre las primeras sombras del desierto, observé la fotografía del profesor Ericson que me había dado Jane. Su cabellera de color gris plateado, sus ojos oscuros y su piel imberbe, tallada por el sol, le daban una cierta prestancia. Acercando una lupa a la fotografía, pude distinguir la forma de las arrugas de su frente. Dibujaban la letra כ, *kaf*, la palma de la mano, que representa el cumplimiento de un esfuerzo producido con la intención de domar las fuerzas de la naturaleza. La curvatura de la *kaf* es signo de humildad, de aceptación de las pruebas y de coraje. La consecución de la *kaf* exige esfuerzos mentales y físicos considerables.

De repente, un detalle atrajo mi atención. Al lado del profesor Ericson se encontraba Josef Koskka. Los dos parecían formar equipo en la caza del tesoro a la que habían consagrado sus vidas, realizando excavaciones en condiciones muy duras. Sus manos estaban agrietadas: trabajaban bajo el calor con paletas, picos y palas. El profesor, con el busto ligeramente inclinado, tenía una pipa en una mano y, en la otra, un pergamino parecido al Pergamino de Cobre, pero éste, de color plateado, no contenía caracteres hebreos. Se trataba de letras góticas, entre las que, acercando la lupa, distinguí una palabra: ADHEMAR. ¿Qué podía significar? Me dirigí a la gran sala donde se encontraba la piscina de agua de roca, allí donde tomábamos

nuestros baños rituales, para purificarme, porque había estado en contacto con la muerte, en el cementerio y en el lugar del crimen.

Llegué bajo la bóveda de la gran sala; era una cisterna excavada en la roca lo bastante profunda para que uno pudiera sumergirse completamente, como lo exige la ley.

Me desnudé. Me quité las gafas y mi túnica de lino blanco y me sumergí en la piscina de agua límpida. Me pareció que, desde que me había unido a los esenios, mi cuerpo no había dejado de adelgazar. No comía mucho y mis músculos sobresalían bajo mi piel como las ramas de un árbol en invierno. Me sumergí tres veces en el baño ritual y observé el reflejo de mi rostro en el agua clara, único espejo en el que podía distinguir mi imagen borrosa. Mi barba rala y mis cabellos oscuros de finos rizos encuadraban mi rostro de piel clara, casi transparente, ojos azules y labios delgados. En mi frente vivía la letra **P**, *kof*, con la que se compone la palabra *kadoch*, santo. Su barra, que desciende verticalmente, indica que es posible descender hacia la impureza buscando la santidad.

Salí de la cisterna, me sequé y volví a vestirme con mi túnica de lino blanco. Después me dirigí hacia el scriptorium, donde quería proseguir la tarea que había empezado.

Sobre una gran mesa de madera había esparcidos fragmentos de cuero ennegrecido y otros escritos. Más lejos, la cámara se prolongaba en un estrecho pasaje que llevaba a una cavidad que contenía tiras de tejido, otros pergaminos y vasijas tan altas que tocaban el techo de la gruta.

Para calmar mi espíritu, me senté ante la larga mesa de madera en la que trabajaba. Luego, con ayuda de mi cortaplumas, empecé a rascar la piel de un pergamino que se resistía de tan áspera que era, aunque el pergamino había sido perfectamente limpiado y alisado.

Tracé una línea horizontal cuidando de dejar márgenes arriba, abajo y entre las páginas, y me puse a escribir, suspendiendo cada letra por debajo de los trazos para obtener una escritura regular. El grano del pergamino tiene que ser uniforme y perfectamente homogéneo. Los que yo prefiero son finos, pero sólidos. Cuando escribo, me gusta sentir cómo la piel se humedece al contacto con la palma de mi mano, las tintas y los colores. El pergamino es la piel, la vida que perdura hacia y contra la llama y la putrefacción. Por esa razón conserva la escritura durante tanto tiempo, mientras que el cobre se oxida. Sobre el pergamino se puede escribir y reescribir, por el procedimiento de sumergir la piel en suero antes de rasarla: los palimpsestos, como los *tells*, están hechos a imagen de este país repleto de historia.

¿Se resistía el cuero o era mi corazón atormentado? En mi espíritu luchaban otras palabras, otros pensamientos. No conseguía concentrarme en mi texto, y de repente mi tarea me parecía irrisoria... No lejos de mí, en el desierto de Judea, se estaba desarrollando un drama, y en el centro de ese drama se encontraba una mujer. En mi espíritu resonaba la llamada de su nombre. Rasqué el cuero con el cortaplumas para alisarlo e intenté trazar una letra, pero la piel se resistía y no lo conseguí. Mi mano derecha resbalaba, se debilitaba.

No conseguía apartar de mi mente la imagen de la víctima de ese extraño sacrificio, el profesor Ericson.

Pensé en lo que estaba escrito en nuestros textos, en la abundancia de golpes que administran los ángeles de la destrucción en la Fosa eterna, en la furiosa cólera del Dios de las venganzas, en el temor y la vergüenza sin fin, en el oprobio, y la exterminación por el fuego de las regiones, en todos los tiempos, de edad en edad, de generación en generación, en las calamidades de las tinieblas.

Y pensé en el asesino. ¿Era el hombre malvado, el secuaz de Belial que se alzaría para ser el señuelo del cazador para el pueblo y la destrucción para todos sus vecinos? Si tal era el caso, ello significaba que se acercaba el tiempo. *El tiempo del Fin de los Tiempos*.

Sobre toda la multitud de Belial

¡Y cólera sobre toda Carne!

El Dios de Israel alza su mano con su poder maravilloso

sobre todos los espíritus de impiedad,

y todos los valientes de los dioses se aprestan al combate,

y las formaciones de los santos se reúnen para el Día de Dios.

Haciendo el vacío a mi alrededor, decidí aplicar el método que me había enseñado mi rabí, y que

consiste en elegir una letra del alfabeto y contemplarla hasta que se rompa la corteza de la palabra para llegar al soplo primitivo que inspiró su escritura.

Me incliné sobre el manuscrito. Tomé la copia y tracé una letra. Era la letra א, *álef*, la primera del alfabeto hebraico. Parece la cabeza de un toro o de un buey. Una débil expiración para pronunciarla, o un golpe de glotis que sólo es audible cuando va acompañado de una vocal.

Álef, letra inmaterial, letra del soplo y de la carencia, letra divina. Su ausencia en algunas palabras significa la ausencia de espiritualidad y el predominio de la materia. Por ello, después de haber pecado, Adán perdió la *álef* de su nombre.

Así se convirtió en *Dam*: Sangre.



SEGUNDO PERGAMINO. El pergamino de Sión

¡Oh, Sión! Cuando mi memoria te evoca te bendigo.

Con todo mi corazón, con toda mi alma, con todo mi poder.

Porque te amo cuando mi memoria te evoca.

¡Oh, Sión! Tú eres la esperanza.

Tú eres la paz y la Liberación.

En tu seno existirán las generaciones,

de tu seno se alimentarán,

con tu esplendor se cubrirán,

de tus profetas se acordarán.

En ti ya no hay mal.

Los impíos y los malvados se marchan

y tus hijos te celebran.

Tus prometidos languidecen por ti,

esperan la Liberación,

lloran junto a tus muros.

Oh, Sión, esperan la esperanza,

esperan la Liberación.

Pergaminos de Qumrán,
Salmos pseudodavídicos.

¿Qué pintaba yo en esta historia? Una historia en la que había entrado casi a mi pesar y que en realidad había empezado en 1947, cuando fueron hallados unos manuscritos en el yacimiento de Qumrán. Tres rollos de pergamino, envueltos en una tela casi reducida a polvo y colocados en jarras cilíndricas.

Muy pronto se cobró conciencia de su valor, y estuvieron depositados en un banco de Estados Unidos durante varios años. Luego, investigadores estadounidenses confirmaron oficialmente el descubrimiento de esos textos de la Biblia, mil años más antiguos que los conocidos hasta entonces. Equipos de arqueólogos estadounidenses, israelíes y europeos prepararon entonces expediciones al yacimiento de Qumrán. Así fue como salieron a la luz los restos de unas cuarenta vasijas que contenían miles y miles de fragmentos de textos, entre los que se encontraban, tal y como se los puede leer hoy en día, el Pentateuco, el Libro de Isaías, el Libro de Jeremías, el Libro de Tobías, los Salmos y fragmentos de todos los Libros del Antiguo Testamento, así como escritos apócrifos del mismo período, entre ellos algunos propios de la comunidad esenia, como la *Regla de la comunidad*, el *Pergamino de la guerra de los hijos de la luz contra los hijos de las tinieblas* y el *Pergamino del Templo*.

Se cobró conciencia de la importancia del descubrimiento. Eran los más antiguos testimonios de los textos bíblicos en la lengua de redacción de origen, mientras que sólo conocíamos esos textos por copias y por traducciones de traducciones. Eran la prueba de que los textos que habían llegado hasta nuestra época seguían siendo los mismos que fueron leídos dos mil años antes. La prueba tangible de que la tradición que nosotros los judíos perpetuamos era la de nuestros antepasados.

Para mí, fueron la ocasión de encontrar la tradición de mi padre, es decir, la de los esenios, ese pequeño grupo que en el siglo II de nuestra era se separó de la masa del pueblo para seguir una disciplina estricta y rigurosa. Poseían un calendario propio y pasaban las jornadas estudiando y esperando el fin de los tiempos. Creían ser el verdadero pueblo de Dios, del que nacería, el Mesías. Pronunciaban beatitudes y querían formar una Nueva Alianza. Durante la comida mesiánica que celebraban por Pascua, bendecían el pan y el vino; y con ese gesto designaban al Mesías que esperaban, al Salvador que deseaban, al Maestro de Justicia que veneraban.

Y resulta que, dos mil años más tarde, me habían ungido, porque yo era su Mesías, yo que, en las grutas, intentaba llegar al corazón de toda sabiduría y en él hallar consuelo. ¿Por qué tenía que salir, dejar la quietud del desierto y la austeridad de una existencia de la que se alimentaba mi alma, en el seno de esa comunidad que yo había preferido, que me había elegido, y en la que cada cual ocupaba su lugar? A mí, que copiaba los rollos de la Torá*, que son para nosotros la misma imagen del Templo. Esas escrituras no contienen ninguna vocal ni signos de puntuación, y todo se encuentra sellado en el interior del texto, a semejanza del secreto del Primer Templo, donde una cámara secreta contenía un misterio que nadie tenía derecho a descubrir. Yo, con mi labor, intentaba penetrar en el misterio, porque eso era lo que yo buscaba sin tregua, aquello por lo que mi corazón languidecía, aquello que anhelaba mi alma.

¿Qué pintaba yo en esa historia? ¿Y hasta dónde me pedirían que llegara?

Me esperaban. Todos los Numerosos se hallaban reunidos. Estaban en la sala de reuniones, una gruta sombría, iluminada con antorchas y lámparas de aceite, más grande que las demás, de forma cilíndrica.

A la vacilante luz de las llamas, había cien Numerosos que esperaban el Fin de los Tiempos dispuestos a combatir. Cien hombres, porque todas las mujeres se habían ido en 1948, con la creación del Estado de Israel, porque deseaban vivir la vida del país y fundar una familia.

Esa noche, todos los voluntarios para la búsqueda de la verdad estaban presentes, todos vestidos con la misma túnica de lino blanco, porque entre nosotros nadie soporta poseer una casa, un campo, un animal o una vestidura, cada uno pertenece a todos y todos pertenecen a cada uno. Y por ello somos pobres ante el Eterno.

Entré en último lugar y los vi, sentados en semicírculo, sobre los bancos de piedra de la gran sala, en orden jerárquico. Allí había hombres de todas las edades, desde ancianos centenarios, pasando por hombres de edad madura, hasta los más jóvenes, que apenas alcanzaban la cincuentena. Y todos estaban allí, silenciosos como ángeles, esperando a que yo les hablara. Los sacerdotes en primera fila, los más ancianos delante de los más jóvenes, los Cohen antes que los Levi, y por fin el resto del pueblo de Israel, por orden de edad y de excelencia. Estaban los diez hombres del Consejo Supremo: Isakar, Peres y Yov, los sacerdotes Cohen, y estaban Ashbel, Ehi y Muppim, los Levi, así como Guera, Naamán y Ard, hijo de Israel, acompañado por Levi, el Levi. También estaban Hanok, el viejo Cohen, y Pallu, Hesron, Karmi, Yemuel y Yamin, los Cohen; y Ohad, Yakin, Cohar, Shaul, Guershon, Qehath, Merari, Tola, Puwa, Yov y Shimron, los

Levi; y Sered, Elon, Yahleel, Cifion, Suni, Esbon, Eri, Arodi, Areli, Yimna, Yishwa, Yishwi, Beria, Serah, Heber, Malkiel, Bela, Beker, Ashbel, Guera, Naamán, Rosh, Muppim, Huppim, Ard, Hushin, Yecer, Shillem, Nefeg, Zikri, Uzziel, Mishael, Elsafán, Nadav, Avihu, Eleazar, Itamar, Assir, Elkana, Aviasaf, Amminadav, Nahshon, Netanel, Cuar, Eliav, Elisur, Shelumiel, Curishaddai, Elyasaf, Elishama, Ammihud, Gameliel, Pedahsur, Guideoni, Paguiel, Ahira, Shimei, Yicehar, Hebrón, Uzziel, Mahli, Mushi, Curiel, Elifagan, Qehath, Shuni, Yashuv, Elon, Yahleel y Zerah, el más joven, nacido en 1948.

Entonces avancé por la sala hasta el centro del círculo, precedido por Levi, el instructor:

—Os traigo, hermanos —dije—, la palabra de un hombre que ha visto la impureza cometida en nuestro desierto, a nuestras puertas. Porque un asesinato, un crimen, ha sido perpetrado, y las tumbas de nuestros antepasados, en Khirbet Qumrán, ¡han sido profanadas!

En la asamblea hubo algunos murmullos. Unos pronunciaron plegarias, otros manifestaban su inquietud a sus vecinos.

—... Porque he caminado entre las tumbas abiertas, y he visto los huesos descarnados sobre las tumbas abiertas, ¡descarnados! Pero dice el profeta que llegará el día en que el Señor insuflará su aliento en los huesos y hará crecer la carne y la piel, y vivirán, porque los he visto vivir en mi visión, y sobre ellos tenían carne y piel, y vivían nuestros antepasados esenios como vosotros, como yo, y estaban de pie como nosotros, formando una inmensa asamblea, ¡un ejército preparado para el combate!

De nuevo la sala fue recorrida por murmullos y cuchicheos.

Algunos se habían levantado, unos invocaban el Nombre del Señor con los brazos alzados y otros lloraban al oírlo.

—¿Qué está sucediendo, Ary? —preguntó Levi cuando volvió el silencio a la sala y todas las miradas convergieron de nuevo hacia mí.

—Ese asesinato —proseguí—, ese crimen imita los sacrificios de nuestros antiguos sacerdotes, los Grandes Cohen. He visto sobre el altar lo que únicamente los esenios y los iniciados conocen, porque es el ritual del último sacrificio antes de la purificación, he visto los siete trazos de sangre sobre el altar. Así está escrito en nuestros textos: *Y tomará sobre el altar que está delante del Eterno carbones ardientes con los que llenará el incensario; tomará un puñado de incienso en polvo y se presentará cubierto por un velo. Colocará el incienso sobre el fuego, ante el Eterno; el vapor del incienso cubrirá al propiciatorio que está sobre el arco, y éste no morirá. Y tomará sangre del toro, y con su dedo hará una aspersión sobre el propiciatorio hacia Oriente, y ante el propiciatorio hará con su dedo siete aspersiones.* Este asesinato sólo puede haber sido realizado, o al menos inspirado, por alguien que conoce nuestros ritos y nuestras leyes.

De nuevo, un murmullo de terror recorrió la sala, como un eco que prolongara mis palabras, seguido de cerca por un segundo murmullo que reclamaba venganza. Resonó un grito de pavor. Todos conocían el castigo del culpable: *Será ejecutado según la ley de los paganos.*

Levi, el instructor, se volvió hacia mí y un murmullo confuso se elevó en la sala; cada cual miraba a su vecino, como para asegurarse de haber oído bien mis palabras. Unos fruncían el ceño, otros se tiraban de la barba, y otros aún, aterrorizados, se agitaban en sus asientos, miraban a sus vecinos uno a uno, alzaban las manos al cielo o blandían el puño pidiendo venganza...

En la primera fila, los viejos Cohen se lamentaban, mientras los Levi ya lanzaban el anatema sobre el criminal.

Luego Hanok, el más anciano de los Numerosos, que estaba sentado en la primera fila, se levantó. Vestido de lino blanco, como los cien, el cráneo rasurado, el rostro surcado por arrugas profundas y los ojos oscuros centelleantes, exclamó, alzando su bastón hacia los cielos:

—¡Dios sea loado! *El pueblo que caminaba en las tinieblas verá una gran luz.* ¡Por fin ha llegado el día! Por fin vas a salvarnos. Toda esta espera, desde hace tanto tiempo, después de dos mil años, ¡toda esta espera va a terminar por fin y accederemos al Reino de Dios! ¡Él te ha convertido en una bandera para los elegidos de la justicia y en un intérprete para el conocimiento de los misterios! ¡Hermanos, levantaos y saludad al Mesías!

Hubo un largo momento de silencio. Algunas luces se apagaron. Las llamas se agitaban bajo los murmullos y los suspiros. Y de repente, como un solo hombre, todos se levantaron, todos los Numerosos, cien en total, se levantaron y recitaron los Salmos, y dijeron: ¡Aleluya! Todos tenían el rostro lleno de luz y de esperanza vuelto hacia mí, y todos me miraban así mientras yo los observaba. Y sobre todos estaba el Espíritu del Señor, el espíritu de sabiduría y de inteligencia, el espíritu de Consejo y de fuerza, el espíritu de ciencia y de piedad, y todos estaban llenos de temor del Señor.

Al día siguiente me levanté muy temprano y, después de recitar la plegaria de la mañana saludando el

amanecer, me dirigí al campamento de los arqueólogos.

Estaba vacío. Parecía haber sido evacuado; sólo quedaban dos policías que montaban guardia. Ante mí, por debajo de la terraza, el mar Muerto relucía con las primeras luces del sol y reflejaba las siluetas de colores pastel de las montañas del Moab.

Esperé unos instantes y la vi. Jane salía de su tienda. Tenía el rostro tenso; parecía cansada, pero sus ojos negros y profundos brillaban con intensidad bajo el sol naciente, y sus mejillas enrojecidas por el calor diurno, llenas de pecas, nada tenían que envidiar en riqueza de colorido a las mañanas del desierto. Nos miramos, felices de reencontrarnos a pesar de las dramáticas circunstancias, como si nos reconociéramos; pero ¿de dónde? ¿De cuándo? ¿De la víspera, de dos años antes, o de una época muy anterior?

—Buenos días, Ary.

Como el día anterior, el silencio nos cubrió como un estuche.

—¿Alguna novedad? —pregunté.

—La policía prosigue su investigación. Ahora están inspeccionando toda la región. Han interrogado a los beduinos que hay cerca de nuestro campamento y a los miembros del kibutz de enfrente. También nos han interrogado a nosotros durante buena parte de la noche, primero de uno en uno y luego en grupo, para comparar nuestras declaraciones. Y esta mañana, muy temprano, todo el mundo se ha ido.

—¿Han obtenido algún resultado?

—Por ahora no dicen nada.

Le tendí la fotografía del profesor Ericson que me había dado.

—Mira —le dije señalando el pergamino que el profesor tenía en las manos—. Este no es el Pergamino de Cobre.

—No —dijo—. No lo es.

—¿Qué es?

—No lo sé.

—¿De cuándo es esta fotografía?

—De hace unas tres semanas... La hice yo.

Pareció dudar un momento antes de decir:

—¿Tomamos un café?

—De acuerdo—dije.

Fuimos a la tienda principal, que hacía las funciones de comedor, y ella sirvió dos tazas de café de un viejo termo. Me senté a su lado.

—Háblame —dijo Jane de repente—. Necesito que me cuentes algo.

—¿Qué quieres saber?

—Tu vida con los esenios ¿te hace feliz?

—Feliz —repetí con una vacilación que habría querido evitar—. No es el momento de ser felices.

—¿Por qué no? Hay que ser felices. La vida es corta, y tan imprevisible...

—Haré todo lo posible por ayudarte.

—¿Has pronunciado los votos? —cortó de golpe—. ¿Has realizado la ceremonia de iniciación?

—Me he comprometido con la Alianza definitivamente. He aceptado solemnemente la regla de la Comunidad y he prometido actuar según lo que en ella está prescrito.

—¿Entonces no puedes irte nunca?

—Ni por causa del miedo, ni del terror, ni de cualquier prueba que proceda de la tentación o del imperio de Belial...

Hubo un silencio durante el que Jane me miró grave e íntimamente, como diciéndome: «¿Lo ves? No has cambiado. Entonces, ¿cómo pretendes poder ayudarme?»

—¿Te han enviado los esenios?—preguntó.

—No. Ha sido Shimon. Shimon Delam.

—Lo imaginaba —dijo Jane—. Eres invisible, nadie te conoce y por ello estás fuera de toda sospecha. Podrías convertirte en su agente, su fuerza secreta.

—Yo no soy un agente secreto —respondí—. Soy un esenio.

—Qué curioso —dijo—. Ericson, antes de morir, dijo que se estaba preparando. Se diría que os estaba buscando... Decía que los esenios seguían existiendo, y que si tenían un Mesías en algún lugar de la tierra, tenía que encontrarse allí, en Qumrán.

Jane bajó la mirada, como si se estuviera concentrando en su café. Sus mejillas se cubrieron de rubor, sus ojos brillaron, abrió la boca, pero no pronunció ningún sonido. Su tristeza resonó en mi corazón como un golpe de gong. Jane Rogers, la arqueóloga protestante, hija de un pastor, estaba bajo el efecto de un *shock* y yo no sabía qué hacer para ayudarla. Sentí una especie de quemazón en mi corazón, así como una terrible

cólera contra mi impotencia.

—Ary —murmuró—, ¿estás bien?

—Sí —dije—, estoy bien. ¿Y tú, después de todo este tiempo?

Nos miramos a los ojos.

—Hace dos años estaba dispuesta a dejarlo todo por ti... Luego me dije que ya nada valía la pena...

Cuando decidí entrar en este equipo no lo hice por la arqueología, Ary...

—Creía que me olvidarías, que te consolarías.

Esbozó una sonrisa triste.

—No lo creas. Sólo he conseguido aceptar tu vocación.

—Jane, tengo que decirte algo...

—Te escucho.

—Anteayer...

—La noche del crimen.

—La noche de Pascua y el segundo aniversario de mi ingreso en la comunidad esenia. Con un gesto lento, el sacerdote alargó el brazo y me dio el pan ácimo y el vino para que yo los consagrara según los ritos de la fiesta. Y lo hice. Acepté el pan y el vino y los bendije. Cumplí el ritual y dije: «Esta es mi sangre y éste es mi cuerpo.»

—La frase de Jesús...

—La frase ritual de los esenios, la que designa al Mesías.

Hubo un largo silencio.

—¿Te han elegido?

—Soy su Mesías.

Ahora Jane me miraba con una especie de incredulidad mezclada con temor.

—Te han elegido —repitió como si no pudiera creerlo—. Y te eligieron en el mismo momento en que Ericson era asesinado... ¿Crees que se trata de una coincidencia?

No tuvimos tiempo de terminar nuestra conversación porque Koskka entró en la tienda. Vestía un pantalón de tela beige y una camisa de algodón blanco que acentuaba la palidez de su rostro demacrado. Su cuerpo, como los de todos los arqueólogos que pasan la vida realizando excavaciones, era flaco, pero el apretón de manos que me dio demostraba su vigor.

—¡Ary el escriba! —dijo—. ¿Cómo está usted?

—Bien —dije mientras lo observaba: sus ojos brillaban de curiosidad.

—Vaya —dijo Jane—, ¿entonces se ha quedado?

—Me voy enseguida.

—Me gustaría enseñarle algo —dije, mostrándole la fotografía que me había dado Jane—. ¿Reconoce este pergamino?

—Dígame —respondió Koskka lanzándome una mirada oblicua—. ¿Está usted seguro de ser escriba o es un detective?

—He sido yo quien ha llamado a Ary —dijo Jane—, porque él conoce perfectamente la región y los pergaminos del mar Muerto.

—Sí, sí, claro, necesitamos ayuda, y aún más ahora que todo el mundo se va. Pero usted que es tan perspicaz —añadió mirando la fotografía de cerca—..., ¿no sabe que éste es el Pergamino de Plata que el profesor Ericson se había traído de su estancia con los samaritanos*?

—Ah —dijo Jane—. No lo sabía.

—¿Es de la misma época que el Pergamino de Cobre?

Koskka alzó las cejas como para demostrar su ignorancia.

—¿Por qué el profesor no habló de ello con los demás miembros del equipo?

—Porque contenía informaciones sobre...

De repente pareció vacilar antes de proseguir.

—¿Sobre?

—Sobre la sociedad secreta. ¿Sabe? —añadió en un tono más grave—, el profesor Ericson era masón.

—Jane me lo ha dicho.

—Son una orden muy poderosa en Europa y en Estados Unidos. Se dice que la independencia de Estados Unidos, e incluso la Revolución francesa, se debió en último término a ellos. La mayor parte de los padres fundadores, como George Washington, eran masones, así como Churchill y muchas otras figuras políticas. Y todo ello porque la orden está fundada en un conocimiento ancestral relativo a...

—¿Relativo a?

—Al Templo. Los masones quieren proseguir el trabajo de Hiram, el arquitecto del Templo de

Salomón. Ésa es la razón por la que Ericson vino a realizar sus investigaciones en Tierra Santa. Creía necesario reunir a todas las fuerzas religiosas guiadas por el intelecto y sumisas a la justicia y al derecho. Creía en el Gran Arquitecto, el que edificó el Universo... Quería reconstruir el Templo. Sí, el Templo de Salomón, el alma de Dios en la piedra, en cuyo corazón se hallaba el sanctasanctórum, ¡donde vivía el mismo Dios!

—¿Es cierto? —pregunté.

—Por Dios, no lo sé—murmuró Jane—. Pero sí es cierto que muchos progresos en este mundo proceden de la influencia masónica, y por ello indirectamente del Templo.

—¿Dónde está ahora?—dije.

—¿El qué?

—El Pergamino de Plata.

—Ayer lo estuve buscando entre sus cosas —respondió Koskka—, pero no lo encontré.

Seguimos interrogando al arqueólogo, pero no obtuvimos nada más. Mirándolo, me pregunté a qué estaría jugando y si debía dar crédito a sus informaciones. Respecto a la verdadera naturaleza de sus relaciones con Ericson, no sabía qué pensar.

Unas horas más tarde íbamos en el *jeep* de Jane para encontrarnos con los samaritanos, esa pequeña comunidad que vive como en los tiempos de Jesús a los pies del monte Garizim, en Nablus, la antigua Siquem, a unos cuarenta kilómetros de Qumrán.

—¿Por qué haces esto? —me preguntó Jane mientras conducía con los ojos fijos en la carretera sinuosa que descendía del campamento.

—Por ellos —dije—. Por los esenios. Y por ti.

—Ericson no te conocía —respondió con una débil sonrisa—, pero creía en ti... Tú, Ary. El Mesías de los esenios... No me lo puedo creer.

Pisó el acelerador después de pasar el puesto de control israelí que nos permitió acceder a la tierra de nadie situada entre el territorio palestino y el israelí.

—Aún nos queda un control —dijo ella—. A diez metros. Si ven tu pasaporte, ahora, es posible que no nos dejen entrar en la zona palestina. Con toda la tensión que hay...

—He salido sin pasaporte —dije.

—¿Porqué?

—No sabía que hubiera una «zona palestina».

—Ah, claro, lo olvidaba... Dos años en las grutas.

Jane frenó ante el segundo puesto de control, sobre el que ondeaba la bandera palestina. Un guardia vestido con uniforme caqui, parecido al uniforme israelí, se acercó a nosotros. Jane bajó el cristal y sonrió mientras yo intentaba ofrecer un aspecto lo más anodino posible. Ella habló en árabe.

El guardia —un hombre joven de tez tostada— pareció tan sorprendido como yo de su conocimiento del idioma. Intercambiaron unas palabras. El hombre parecía dudar y le preguntó algo mientras me señalaba. Jane terminó por engatusarlo con una sonrisa zalamera. Él nos dio vía libre, y ella aceleró.

—Jane —dije—, le has hablado de mí a Ericson, ¿no es verdad?

Sonrió sin mirarme.

—Nunca revelé nada, ni dónde vivías ni dónde estabas... Simplemente necesitaba hablar de ti. ¿Puedes comprenderlo?

Sonreí en mi interior. Si podía comprenderlo... ¿Cuántas veces había pensado en ella durante esos dos años, cuántas veces habría querido confesar, a cualquiera y en cualquier momento, que la había amado y seguía amándola? Cuando los sentimientos son demasiado fuertes es preciso hablar, es preciso hablar cuando la hierba se quema y se corre el riesgo de quedar consumido, claro que es preciso hablar...

Tomamos la dirección de Jericó a toda velocidad, por la carretera que sigue la antigua vía romana y que serpentea por el desierto, habitado solamente por algunos pastores y beduinos. Aquí es donde, antaño, los saltadores de caminos robaban y mataban a los peregrinos en ruta hacia Jerusalén. La carretera descendía ininterrumpidamente y nos sumergimos entre hendiduras y anfractuosidades antes de ascender al suave paisaje de las colinas del Moab, dejando detrás de nosotros el mar Muerto y dirigiéndonos al palmeral en el que subsiste el verde incluso en la estación seca gracias a los manantiales naturales cuyas aguas amargas descienden hacia el mar: allí vivían los samaritanos, el pueblo de los Evangelios. En su Pentateuco está escrito que Adán fue modelado con el polvo de esa misma montaña donde, más tarde, Abel construyó el primer altar. Según ellos, Dios había elegido ese lugar para enunciar un undécimo Mandamiento: había que elevar sobre el monte Garizim un altar de piedras dedicado al Señor, y sobre el altar era preciso grabar cada

uno de sus Mandamientos. Los samaritanos actuales, unas seiscientas almas herederas de las diez tribus perdidas, cumplían ese mandamiento como siempre se había hecho.

Aparcamos el *jeep* a pocos metros del lugar y llegamos a pie hasta el campamento: unas treinta tiendas de lona color de arena; unos niños jugaban en las cercanías.

Una columna de humo se elevaba en las inmediaciones del campamento. El olor penetró en mis pulmones y en todas las fibras de mi cuerpo, sofocándome. ¿Por qué ese olor era tan fuerte? No era relajante como el olor de un plato delicado, no era bienhechor como el olor de la hierba verde, no era picante y profundo como el de las especias, no era embriagador como el olor de un perfume suave, no era pesado como el olor del azufre. Ese olor se insinuó en mí como un misterio, de manera insidiosa, haciendo estremecer todos los poros de mi piel y provocándome incluso vértigo de existir.

—¿Qué pasa, Ary? —me preguntó Jane.

—Vamos —dije, sin saber lo que nos esperaba.

Nos dirigimos a la tienda principal del campamento, que se encontraba en el centro del mismo. Allí nos recibió una mujer muy vieja y desdentada, vestida con ropas oscuras, y nos preguntó qué deseábamos.

—Queremos ver al jefe de los samaritanos —dije.

—¿Y tú quién eres? —preguntó.

—Soy Ary Cohen, hijo de David Cohen.

Mientras esperábamos, no fui capaz de pronunciar una palabra. Seguía sintiendo ese extraño olor y tenía ganas de salir corriendo mientras aún fuera posible. Pero ya oía unos murmullos. La vieja reapareció y nos hizo pasar con un gesto.

Bajo la lona, en aquel lugar en sombras iluminado por una simple antorcha, había un jergón y una pesada silla de madera con incrustaciones de pedrería. En ella, majestuoso, estaba sentado un anciano. Vestía una túnica blanca ceñida por un rico cinturón y decorada con doce piedras preciosas, y tenía el aspecto de un patriarca, con los cabellos y la barba de una blancura sorprendente que contrastaba con el tono moreno de su piel curtida por el sol. Sus arrugas eran tan profundas y numerosas que me fue imposible leer en su rostro: habría sido como descifrar un pergamino. A su lado se encontraba la vieja que nos había recibido. Sus ojos bañados en lágrimas estaban fijos en mí.

—Eres tú —dijo él con voz grave.

Jane me miró sorprendida. No respondí. Se produjo un silencio denso que terminé por romper.

—Buscamos información sobre un hombre —dije—. Un arqueólogo, un profesor llamado Peter Ericson.

Me miró sin decir una palabra.

—Intentamos saber algo más de él —añadí—, porque ha muerto.

Otro silencio.

—Ese hombre ¿había venido a veros? —insistí.

El hombre no respondía y empecé a preguntarme si oía mis palabras. Miré de reojo a Jane, y ella me devolvió una mirada llena de inquietud.

—¿Quién es esta mujer? —preguntó por fin el jefe de los samaritanos.

—Una amiga que me ha traído hasta vosotros.

De nuevo, mis palabras fueron acogidas por un silencio que duró varios minutos, durante los cuales observé ese rostro de arrugas tan numerosas: entonces comprendí que era anciano, muy anciano, y que no vivía en el mismo tiempo que nosotros. Cuando se es viejo se entra en otro tiempo, y la velocidad, tan esencial para la juventud, se vuelve irrisoria.

—El asesino —dijo lentamente el jefe de los samaritanos— es el sacerdote adversario que será entregado por Dios a sus enemigos para que lo humillen y torturen hasta la muerte. ¡El fin del impío que ha actuado de manera inicua será ignominioso, y la amargura del alma y el dolor lo abrumarán hasta la muerte! ¡Porque ese hombre se ha vuelto contra los Mandamientos de Dios y por ello será entregado a sus enemigos para que viertan sobre él los males terribles que llevarán a cabo la venganza sobre su cuerpo de carne!

—¿De quién hablas? —pregunté.

El jefe de los samaritanos se levantó y me observó apoyándose en su bastón, con los labios entreabiertos y los ojos semicerrados, antes de apuntarme con la mano temblorosa.

—¡Hablo del personaje designado a veces como el perjuró y a veces como el sacerdote impío, que ha extraviado a una multitud de hombres para construir sobre la sangre una ciudad de vanidad en honor a su propia gloria! ¡Hablo del impío, del criminal, del que hace temblar la tierra sobre su base, hablo del guerrero de la cólera, del devastador y de su nación pecadora, de su pueblo cargado de crímenes, hablo de aquel que ha abandonado al Señor y despreciado al Santo de Israel, aquel de mente tan enferma que aún tiene que seguir golpeando, hablo del hijo del Dolor, del espíritu extraviado, del tirano clarividente, del burlón, hablo

del que tiende las trampas y atrae al inocente al abismo, hablo del manipulador que se sirve del bien para satisfacer su deseo de venganza, y hablo de sus adeptos embriagados por sus supercherías, que se consagran eternamente a hacer el mal y a extender la nada! Hablo del que dedica su vida a tomar las de los demás. ¡Hablo del Asesino*!

El jefe de los samaritanos volvió a sentarse y, con voz más débil, prosiguió:

—Ahora escuchadme, porque abriré vuestros ojos para haceros conocer y comprender las voluntades de Dios y elegir a aquel que más le ha complacido para que camine por sus vías y no yerre según los designios de los malos instintos y los excesos de la lujuria. ¡Los veladores celestes, los gigantes, los hijos de Noé han transgredido los Mandamientos y han provocado la cólera de Dios! En cambio, la Torá* es ley, revelación y promesa, y tú, tú eres el Hijo de la Gracia, el Enviado de Dios, ¡y yo te he reconocido! Llegará el día en que sus crímenes serán vengados. Serán azotados por el terror, serán afligidos por calambres y dolores y se retorcerán como mujeres en el parto.

Miré a Jane, que permanecía inmóvil y petrificada ante ese hombre de otro tiempo.

—De modo que el profesor Ericson vino a visitarte —respondí.

—Tú también —dijo el anciano—, tú también quieres saber...

—Sí, quiero saber. Si me has reconocido, tienes que decírmelo todo.

El anciano me observó con rostro inexpresivo. Luego su voz se dulcificó.

—Ese hombre vino a vivir entre nosotros para estudiar nuestros textos. Le abrimos nuestro scriptorium y nuestro armario sagrado. Así fue como descubrió el Pergamino de Plata y volvió para pedirnos que se lo diéramos.

—¿Qué contiene el Pergamino de Plata? —pregunté.

—Un texto que estaba custodiado en un lugar conocido sólo por nosotros. Teníamos prohibido leerlo antes de la llegada del Mesías. ¡El profesor Ericson volvió trayéndonos la noticia!

Calló un momento y prosiguió:

—Nosotros tenemos cuatro principios de fe. Un Dios: el Dios de Israel. Un profeta: Moisés. Una creencia: la Torá. Un lugar sagrado: el monte Garizim. Pero a ellos hay que añadir el Día de la Venganza y de la Devolución: el Fin de los Tiempos, cuando el Thaeb, el hijo de José, el profeta, será revelado. ¡Y el profesor nos dijo que el Thaeb había llegado!

—¿De qué trata el pergamino? —pregunté.

—No sabemos leerlo. No está escrito en nuestro idioma. Pero el profesor sí que sabía. Tenía que entregarnos su secreto, pero lo mataron antes de que pudiera hacerlo.

A estas palabras, hizo un gesto a la mujer, que lo tomó del brazo y lo condujo fuera de la tienda. Entonces comprendimos que era ciego.

Nos alejamos de la tienda sin que nadie se preocupara por nosotros y llegamos a un pequeño altar en el que se estaban quemando los restos de un animal. Allí, dos sacerdotes oficiaban ante una treintena de samaritanos, todos varones. Los samaritanos estaban ofreciendo un sacrificio. El humo oscuro, casi negro, que ascendía al cielo, desprendía un olor acre de aroma penetrante, el olor de la carne quemada, el olor que me había hecho estremecer. Me acerqué al altar. Jane se quedó atrás. Entonces los vi: los animales atados con las patas ligadas de dos en dos, la garganta abierta, los ojos desorbitados, la carne medio calcinada, los huesos ennegrecidos. Y ese olor, terrible, descorazonador, al mismo tiempo acre y dulzón, azucarado y salado, caliente y frío, el olor de la sangre que mana. En el suelo y sobre el altar, arroyuelos escarlatas fluían sobre la piedra. Frente al altar estaban doce sacerdotes vestidos con largas túnicas blancas, las cabezas coronadas y los pies descalzos. Delante de ellos, el maestro del sacrificio, vestido con una túnica de lino ceñida con una estola y tocado con un turbante del mismo material, se volvió hacia el altar, donde uno de los sacerdotes sostenía un carnero; luego el maestro del sacrificio posó su mano sobre la cabeza del animal. Entonces el sacrificador alzó su afilado cuchillo y lo degolló.

Los dos sacerdotes recogieron la sangre del carnero en un cuenco, mientras los demás ya descuartizaban al animal. La carne y la sangre fueron llevadas al sacrificador, que vertió una pequeña cantidad de sangre sobre el altar. Luego sacó las entrañas, quemó la grasa y dejó que la carne se asara al fuego del altar.

Más lejos había un toro atado, listo para ser sacrificado. En los tiempos del Templo, un toro era ofrecido en sacrificio ritual para el Día del Juicio, pero ¿por qué hoy, cuando todavía no había llegado el momento del Kippur? ¿Para qué se estaban preparando los samaritanos? ¿Qué acontecimiento, qué juicio?

Me alejé rápidamente y volví al *jeep*, donde me esperaba Jane. Ella arrancó de golpe en el preciso momento en que llegaba un coche de la policía que parecía dirigirse hacia el rito samaritano.

—¿Qué significa todo eso? —dijo Jane aturrida mientras conducía demasiado deprisa por aquella carretera caótica, como si huyera de algo.

—Significa que también los samaritanos se están preparando. Ericson vino a traerles la nueva.

—Pero, para que crean en ella, debe haber hecho falta una prueba, una prueba tangible.

—Me parece, Jane, que la prueba tangible era... ¡yo!

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que ese hombre me conocía, o, más exactamente, que sabía quién soy.

—¿Crees que lo ha adivinado?

—No. Lo debe haber sabido por Ericson. Para obtener el Pergamino de Plata, Ericson debió decirle que los esenios habían reconocido al Mesías.

—Pero —dijo Jane desconcertada— ¿cómo podía saber Ericson que había llegado el Mesías?

—Debía tener relaciones con uno o varios esenios.

—¿Lo crees de veras?

—Es la única explicación.

—Tenemos que recuperar ese Pergamino de Plata —dijo Jane—. Y para hacerlo tenemos que hablar con Ruth Rothberg, la hija del profesor Ericson. Anteayer vino al campamento. Se quedó toda la noche y se marchó ayer por la mañana con las cosas de su padre. A lo mejor se llevó el pergamino.

Tomamos la carretera que serpentea hacia las grutas y allí iniciamos el descenso hacia la caldera de la más profunda de las depresiones terrestres. Entramos en el desierto de color blanco quebrado en el que ondulan las dunas bajo el rutilante espejo del mar Muerto.

En el fondo de la cuenca nos acercamos a la orilla y luego tomamos la curva que lleva a la derecha, hacia la terraza y sus acantilados rocosos.

El mar Muerto iba quedando en sombras. El día concluía su viaje en los acantilados de Qumrán, con sus pendientes recortadas por las sombras del último sol. El *jeep* se hundió en la playa de marga salada que se prolonga en suave pendiente hasta el mar y asciende hacia la primera terraza, la que alberga las ruinas de Qumrán. Un profundo canal baja desde la terraza y cruza la marga. Dije a Jane que se detuviera allí. No quería que supiera dónde vivía.

Vacilé un momento antes de salir del coche.

—¿Cuándo volveré a verte? —dije.

Ella no respondió.

—¿Volveré a verte? —insistí.

—Por supuesto. Voy a proseguir la investigación. A lo mejor podré vender el artículo a la *Biblical Archaeological Review*.

—¿Y por qué no a la prensa sensacionalista?

—En serio, Ary, me gustaría que formáramos equipo. Veámonos mañana en Jerusalén.

Detuvo el motor antes de añadir:

—¿Crees que estarás seguro allí?

—Sí —dije—, no habrá problemas.

—Tengo miedo.

—No deberías dormir en el campamento.

—He reservado una habitación en Jerusalén.

—¿En qué hotel?

—El Laromme, cerca del King David...

—Entonces, hasta mañana.

—¿Ary?

—¿Sí?

—Cuando te he dicho que tenía miedo..., quería decir... miedo por ti.

Me miró mientras me alejaba, solo en medio del desierto. Y yo, de vez en cuando, lanzaba una mirada hacia atrás, para asegurarme que realmente estaba allí, de que volvería a verla, de que no iba a verla alejarse para siempre en el paisaje difuminado de la ausencia, hasta no reconocerla nunca más.

De nuevo en las grutas me dirigí directamente al scriptorium. Quería examinar nuestra copia del Pergamino de Cobre, donde se encontraban las indicaciones relativas al tesoro del Templo.

Entré en lo que nosotros llamábamos biblioteca, una salita adyacente al scriptorium.

Encontré el pergamino que me interesaba: la copia del Pergamino de Cobre era un rollo muy delgado de escritura apretada que empecé a descifrar inmediatamente. Describía numerosos lugares, escondrijos

diversos donde se encontraba un fabuloso tesoro de barras de oro y plata... Jane había hablado de varios millones de dólares y no se equivocaba. Los lugares en los que estaba diseminado el tesoro formaban un complejo sistema de *ued* que se extendían desde Jerusalén hasta el desierto de Judea, hacia el mar Muerto. Todos eran localizables geográficamente sobre un mapa y se podía llegar a ellos por numerosas carreteras y pasos que conocíamos.

Al contrario de lo que yo había creído, la expedición del profesor Ericson no era tan alocada como parecía, y podía revelarse enormemente lucrativa.

Al día siguiente decidí viajar a Jerusalén con el fin de visitar a Ruth Rothberg. Tomé el autobús que sigue la carretera que, en apenas treinta kilómetros, une el desierto a la ciudad: el camino asciende poco a poco y de repente se precipita sobre Jerusalén, al sur de la mezquita de Nebi Semul y de algunos edificios novísimos que la rodean, en las pendientes de la Universidad, sobre el valle de la Cruz, hacia la ciudad nueva de feas avenidas que soportan un tráfico tan intenso que nos parece encontrarnos ante una forma curiosa de megalópolis oriental. Ese ascenso paulatino a Jerusalén es necesario, permite habituarse y no quedar estupefacto ante su belleza, y disfrutar de antemano, cuando se la conoce, como el enamorado que acude a encontrarse con su amada. El desierto de Judea rodea Jerusalén, que es su oasis. Después de la llanura estéril alfombrada de piedras, después de los cinturones de colinas rocosas, después del silencio.

Oh, amigos míos, ¿cómo explicar, cómo describir mi sentimiento y cómo comprenderlo? Llegué a la estación central de autobuses en una algarabía de juventud y de uniformes y una marea de pasajeros, entre los taxis colectivos que llamaban a los recién llegados para intentar ocupar la última plaza, y los autobuses de uno y de dos pisos, que esperaban su hora de salida. Por fin, reencontré ese ambiente caótico que me rodeaba con calor, el mismo ambiente de mi infancia y que de repente me parecía al mismo tiempo familiar y abstracto, ahora que vivía en el desierto. Había venido a reencontrarme con Jerusalén, había venido muchas veces.

Para comprenderlo, deberíais deteneros un instante y contemplar en vuestras almas y conciencias el rinconcito de Jerusalén que existe en cada uno de nosotros. Y Jerusalén se abrirá como un istmo, como una mano, como un ramo de flores rosas, rojas y violetas. Jerusalén de Isaías, coronada de gloria, inundada de belleza, repleta de oro, de perlas y de olores —perfumes del alma—, Jerusalén, mi ciudad, mi resplandor, mi mañana y mi noche, con su luz reflejada en las piedras aplastadas por el sol y empañadas por el rocío, Jerusalén me abría sus brazos y yo volvía a encontrar, mediante la magia de una memoria sensorial mucho más poderosa que la memoria, todas las mañanas de una Jerusalén cosificada por la noche, y todas las noches de una Jerusalén iluminada en el crepúsculo, una Jerusalén recorrida por hombres de paso apresurado. Alrededor está el desierto, alrededor no hay nada, no hay nada más que ella, Jerusalén, mi amada. En ella vivo, allí resido, entre el oro y las perlas, en el corazón del nido de águilas, en medio de las rocas solitarias, de los valles áridos, de las zanjas profundas, en el oasis del desierto, Jerusalén, en el corazón de mis pensamientos y deseada por mi alma, Jerusalén, hermosa cima, gloria de la tierra entera, monte Sión, profundidad del Norte, ciudad del gran rey, Jerusalén celeste me abría sus brazos y yo era suyo.

Empecé a caminar por la calle de Jaffa, llegué al ángulo noroccidental de la ciudad vieja, luego seguí los bastiones turcos hasta el puerto de Jaffa, que prosigue hasta el pie del monte Sión, desde donde se llega hasta la carretera de Belén y más allá.

Seguí Sión con el corazón pegado a sus muros, y Sión dorada por el sol me siguió, deteniendo mis pasos ante sus puertas, ante la paz de sus muros mis pies se detendrán por fin; entraré, entraré por la Gracia, y entraré, ved mi desdicha, entraré espléndido en la ciudad gloriosa, fuera de la mentira y de la abominación, feliz de mi nueva, entraré y dedicaré alabanzas a las puertas de la ciudad de Sión, transportado a la altísima montaña, entraré llevando la ciudad sobre mis espaldas, habitado por las generaciones, como hombre piadoso y como tal ataviado, entraré para la Eternidad.

Así fue como ascendí, amigos míos, así escalé Jerusalén, subí a la cima del monte Moriah, y esa ascensión tenía que cumplirse sobre la colina de las hermosas pendientes, en los valles ocre y plata. Sobre el monte Moriah se elevaba el Templo de Salomón. Ante mí, al sur, se hallaba la colina del Ophel, de forma lánguida. Al norte del Moriah se alzaba la colina de Bezatá, y más a la izquierda el Gareb, por debajo del cual se encuentra el monte Sión y a cuyo alrededor caracolea el torrente del Cedrón que se prolonga hacia el valle de Gehenna. Y detrás a lo lejos, el horizonte se cierra con el monte Scopus al nordeste y con el monte de los Olivos al este.

Allí, sobre el monte Moriah, se encontraba la Explanada del Templo, enmarcada al este por el valle del

Cedrón, al sur por la Gehenna, al oeste por el Tiropeón y al norte por la colina de Bezatá, que cierra la Explanada. Al contemplar los valles desde lo alto de la Explanada sentí vértigo. Fue en el Pináculo del Templo, en el lugar en que un sacerdote anunciaba la llegada del sabbat con un toque de *shofar*, donde Jesús fue tentado por el Diablo. Bajo la Cúpula de la Roca, al sureste, en el lugar en que Abraham realizó el sacrificio de su hijo, se encuentra una gruta en la que se conservaban las cenizas de la Vaca Roja, cenizas sagradas utilizadas para el agua lustral.

En la época de Salomón, se abrían cuatro puertas a lo largo del muro Occidental del Segundo Templo de Jerusalén. A través de una gran puerta se entraba en la calle del Tiropeón, luego se tomaba la calle de los fabricantes de queso y, por una gran escalinata en forma de L que reposaba sobre arcos de veinticinco metros, se accedía a la puerta que se abría a la gran basílica que se extendía en toda la longitud de la Explanada. Una segunda y una tercera puertas, monumentales, daban también a la Explanada.

Y vi el Templo, rodeado de plazas, formado por su Palacio, llamado Bosque del Líbano por su vestíbulo de grandes columnas, y por su Mansión con tres cámaras, y por su Porche de veinte codos de ancho y diez de fondo, y por su Santuario, Hekhal, de veinte codos de ancho y cuarenta de fondo. Y en su interior se hallaba el sanctasanctórum, Debir, que medía veinte codos por veinte, es decir, un cuadrado perfecto.

Y a tres lados se abrían tres pisos de habitaciones sostenidos por grandes vigas de cedro. Todo estaba hecho con piedras nobles, dorados y bronce, mármoles y oro.

Y os digo, amigos míos, que el Templo resplandecía hasta el amanecer, bajo la luna y bajo el sol, su piedra caliza blanca pulida por la luna y lustrada por el sol, sus puertas monumentales de bronce y de metal bajo la luz del alba, y sus pesados pilares que, como las columnas de la Nube, guiaban a los hebreos en el desierto, relucían al sol para elevarse hasta el Altísimo en el corazón de la noche.

Y ante las columnas se encontraba el Altar de los Holocaustos, sobre el que reposaban el gran pedestal y el pequeño pedestal, donde se encontraba el fuego. Y detrás de las columnas, hacia el oeste, las salas del Templo, revestidas de cedro y recubiertas de oro, cobijaban en su interior el sanctasanctórum con sus querubines, dos grandes estatuas doradas que custodiaban el Arca de la Alianza con las Tablas de la Ley, el bastón de Aarón y el maná del desierto.

Y el Templo era de una belleza sin igual, y su magnificencia, su magnitud de este a oeste y de oeste a este, sus columnas grandiosas, sus pilares, sus escalones y sus puertas de olivo, y sus muros espesos que cobijaban espacios secretos, deslumbraban a todo aquel que se acercara desde los tiempos de Salomón, que hizo construir el Primer Templo, que fue reparado en tiempos de Joás, que fue restaurado en tiempos de Josías, que fue destruido por Nabucodonosor, que fue reconstruido en tiempos de Herodes y que fue ampliado y embellecido hasta los tiempos de la guerra judía contra los romanos, hasta el momento en que Jesús expulsó a los mercaderes de su plaza, antes de que el Templo fuera incendiado y saqueado en el año 70, con la primera revuelta judía y antes de la construcción del Tercer Templo, a la llegada del Mesías. Sí, amigos míos, el Templo era de una belleza sin igual. Y vi ante mí, en el lugar del Templo, la mezquita Al-Aqsa. «Porque es allí, precisamente allí —pensé—, debajo de la gran cúpula, donde en otros tiempos se alzaba el Templo.»

Salí de la Explanada, anduve por las calles estrechas y me acerqué a la puerta de Sión, donde vi una aglomeración. Un grupo de cristianos escuchaba las palabras de una monja. Era una mujercita de unos sesenta años, de mirada intensa y cabellos escondidos bajo una toca negra, tan negra como su vestido, sobre el que pendía una cruz de madera. Se dirigía a los peregrinos que habían venido a Tierra Santa siguiendo los pasos de millones de hombres que, desde los primeros siglos de vuestra era, emprendieron el largo viaje para descubrir los lugares donde se originó su fe, con el fin de meditar y releer los textos de la Biblia.

—... Y que la paz reine en sus muros, por el amor de mis hermanos y de mis amigos, dejadme que os lo diga; sea la paz en sus muros, por el amor de la Casa, roguemos por su felicidad en el Reino de los Cielos, porque pronto, os lo anuncio, la Jerusalén terrestre será la Jerusalén celeste.

Estaba escuchando las palabras de la monja, vibrantes de emoción, cuando de repente sentí el frío de una hoja metálica contra mi espalda. Quise girarme, pero una voz murmuró a mi oído:

—No hagas el menor gesto.

—... Pero para acceder al Reino de los Cielos tenemos que hacer penitencia y tomar conciencia de que somos indignos —proseguía la monja, a quien los demás llamaban sor Rosalía—. Pertenezco a la generación que creció bajo el III Reich y, a causa de los crímenes de nuestra nación, el Juicio de Dios golpeó a Alemania. Entre las ruinas de la Segunda Guerra Mundial, hace cincuenta años, nació nuestra Comunidad de las Hermanas de María, que desde su origen ha estado consagrada a la penitencia. ¿Qué hemos hecho, qué les hemos hecho a los judíos? ¿A los hijos y a las hijas de Israel? ¿Qué hemos hecho al pueblo de la Alianza?

—¿Qué quiere de mí? —murmuré sin girarme.

—Cuando te lo diga, camina delante de mí. Haz un gesto, un solo gesto, y eres hombre muerto.

—Una gran carga sigue pesando sobre nuestros corazones: debemos confesar nuestra culpabilidad. Es hora, amigos, antes del Apocalipsis, es hora de arrepentimos de nuestra indiferencia y de nuestra falta de amor.

La monja me miraba. Tenía unos ojos claros de color azul verdoso, pómulos altos y rosados, la cara redonda y una boquita pequeña como la de una muñeca. Me esforcé por hacerle señas alzando las cejas e indicando con los ojos a mi asaltador, pero cuantas más muecas hacía, más intensamente me miraba ella, como si se dirigiera a mí para responder a mi grito mudo.

—Silencio —prosiguió—, hay que guardar silencio para meditar y admitir nuestra falta.

Entre la muchedumbre se oían murmullos, unos asombrados y otros indignados. Algunas personas abandonaban el grupo, pero nadie parecía darse cuenta de que yo estaba en peligro.

—Ahora —dijo el hombre.

Giré la cabeza: un coche de cristales ahumados parecía esperarnos en la calle, delante de la puerta. Inmediatamente me volví y eché a correr. Tomé la Vía Dolorosa, tropecé y caí; una anciana me ayudó a levantarme y proseguí mi carrera con mis asaltantes a los talones. Por el ruido que hacían comprendí que eran varios. Caí una segunda vez y una tercera.

Agotado, sin respiración, entré en el barrio blanco. Los músculos me dolían por el efecto de la carrera y sentía flaquear las piernas, pero aquel dolor agudo me producía una especie de embriaguez. Jerusalén, como una esposa de ojos dorados como dos soles, lanzaba rayos que penetraban en mi alma, y con su voz suave hacía estremecer mi corazón. Su boca color cinabrio tenía el sabor de la granada y su cuerpo olía a áloe y a cinamomo. Corrí como un poseído, y la cabeza me daba vueltas. Respiraba cada vez más ruidosamente y veía todos los aromas: exhalaciones de los muros calentados al sol y vapores especiados, cálidos y salados, y olía todos los colores que había en ella: el amarillo sobre su piel, el marrón, el ámbar, el rojo y el violeta. Entre luces y tinieblas, proseguí al límite del desvanecimiento en una penumbra en la que relucían miles y miles de estrellas; y la luz que llegaba de las más altas cimas, y el miedo de sentir mi vida en aquel peligro, y los suspiros roncós que emitía, me ayudaban a avanzar, y la luz del sol poniente y su aliento caliente en mi rostro aumentaban el misterio de mi supervivencia.

Tenía que detenerme, que respirar... Al llegar al Santo Sepulcro, me deslicé entre la multitud de peregrinos y el caos de construcciones pertenecientes a los cristianos latinos, griegos, armenios, coptos y etíopes, con la esperanza de despistar a mis perseguidores. Pero seguían detrás de mí. Me escondí en un rincón desde donde pude entrever a dos hombres de rostros enmascarados que avanzaban por las galerías, apartando a la muchedumbre en pos de mí. Jadeante, pasé ante la inmensa cúpula, la Anástasis, atravesé la basílica en la que se encuentra integrada la roca del Calvario, y me dirigí hacia la capilla del Calvario. Cerca del altar se veía la roca donde fue hincada la Cruz. No me giré, sabía que estaban allí, dos hombres de negro con rostros cubiertos por *keffieh* rojos. Ante la placa de mármol que conmemora el lugar en el que fue depuesto el cuerpo de Jesús, me deslicé detrás de una columna con los ojos fijos en la entrada, con la esperanza y el temor de ver surgir al enemigo... Vi las dos siluetas delineadas a contraluz. Antes de intentar comprender, volví a correr hacia la Explanada del Templo, a donde se accede por ocho escaleras, cada una de ellas coronada por un pórtico de cuatro arcos. Al sur de la Explanada se encontraba la mezquita Al-Aqsa, precedida por un vestíbulo de siete arcadas. Pero yo no tenía derecho a entrar en la mezquita y no podía refugiarme en ella, por miedo de hollar con mis pies el sanctasanctorum que se encuentra justo debajo.

Entonces, salí del barrio musulmán y entré en el barrio judío, y corrí casi sin aliento hasta el muro Occidental, el último refugio, el único que quedaba para mi supervivencia. Me dirigí hacia la izquierda, a la pequeña sala abovedada que hace las veces de sinagoga, y me precipité en ella. Allí había una decena de hombres orando. Mis perseguidores se quedaron a la entrada. Aproveché para salir por la puertecita de atrás y poner pies en polvorosa.

Entonces guardé silencio, y arrancaron mis miembros, y hundieron mis pies en el lodo. Mis ojos se velaron ante el Mal, mis oídos se taparon, mi corazón se sublevó; por sus malas inclinaciones, Belial apareció.

Por fin, pude escapar aprovechando el relevo de la policía que vigilaba el Muro. Seguí a los guardias hasta la puerta de Sión, y allí me metí en un taxi y me dirigí al hotel donde se alojaba Jane, cerca del King David, en el corazón de la ciudad nueva, un hotel blanco como los muros del templo.

Apenas entré, llamé a Jane, que me dijo que nos encontráramos en el King David. Allí, en la atmósfera aterciopelada del gran salón, los turistas estadounidenses hablaban en voz baja. Allí, en ese lujo inglés de los

años treinta, satinado de terciopelo y enriquecido con marqueterías preciosas, encontré un poco de descanso.

—Ary, ¿qué ha pasado? —dijo Jane al entrar y ver mis esfuerzos por encontrar una posición confortable, porque aún tenía los músculos doloridos por la carrera.

—No es nada —dije mirando el menú que nos ofrecía el camarero—. Me han perseguido unos hombres enmascarados.

Me di cuenta de que llevaba veinticuatro horas sin comer, y aunque estaba acostumbrado al ayuno, tenía hambre y sed. Pedí, para Jane y para mí, un plato de *hummus* y de *falafels*, los únicos platos judíos que ofrecía la occidentalísima cocina del hotel, y que yo no había probado desde que me fui a Qumrán.

—¿Estás seguro de querer seguir, Ary? —preguntó Jane con inquietud.

Le enseñé el periódico situado sobre la mesita que había ante nosotros.

—Dicen que las investigaciones de la policía se orientan hacia el yacimiento de Qumrán. Podrían descubrirnos, Jane. Descubrirnos y sospechar de nosotros. Está claro que tengo que continuar.

—También dicen que están investigando entre los samaritanos a causa de sus sacrificios. ¿Crees que el culpable no está solo?

—Eso sin duda. Hace un rato tenía a dos a los talones, más el conductor del coche. No se trata de un hombre, sino de un grupo.

—¿Y quiénes son?

—No lo sé.

—De todas formas, la tienen tomada contigo.

—¿Crees que puedo esconderme y rehuir el combate?

—Oh, por supuesto —dijo Jane—, tú eres el Escogido, el Elegido, el... ¡Mesías! Por eso tienes que sufrir, ¿no es verdad? ¿Sufrir y morir? ¿Hasta dónde piensas llegar, Ary?

En ese momento Jane me observaba con una expresión curiosa. En sus ojos volví a ver el mismo miedo de la víspera, cuando le revelé cuál era mi misión.

—Eres igual que mi madre —respondí—, no aceptas mi aspiración. Pero en la vida hay otros objetivos que jugar a ser un periodista arqueólogo en busca de un tesoro perdido.

—Se trata de un tesoro fabuloso...

—Entonces, todo es cuestión de dinero.

Se encogió de hombros, pero dejó de mirarme a los ojos. Comprendí que la había herido.

Abrió su maletín y sacó su ordenador portátil.

—¿Qué haces?

—Trabajo —dijo—. Sola.

—Por Dios, Jane, perdóname. No quería... No pensaba lo que te he dicho.

Sin responder, apretó algunas teclas y pronto se desplegó un texto, igual que nuestros manuscritos. «Así —pensé—, es como, después de un milenio de códices, volvemos al rollo.»

—Ten —dijo—, aquí tienes el texto que se refiere al Pergamino de Cobre.

El famoso Pergamino de Cobre contiene unas descripciones de artefactos y de tesoros con las indicaciones geográficas de los lugares en los que se encuentran. Descubierta en la gruta 3 en el año 1955, permitió un gran avance en la investigación sobre los Pergaminos de Qumrán. Thomas Almond, de la Universidad de Manchester, lo restauró utilizando una máquina de coser para recortar el rollo en segmentos, y efectuó fotografías de las tiras ayudado por el profesor Ericson, que participó en su lavado y descifrado.

El texto contiene un total de doce columnas con cinco inventarios, todos escritos en idioma hebreo no literario. Los lugares incluyen grutas, tumbas y acueductos. Hay una gran cantidad de tesoros de tamaño y carácter variable. La razón por la que se escribió en un material resistente como el cobre es desconocida. También se ignora quién escribió el texto, y si el tesoro mencionado es real o imaginario. La mayor parte de los investigadores se inclina a pensar que la lista descrita en el Pergamino de Cobre es simbólica y ficticia. Ello explicaría por qué hoy en día, a pesar de todas las búsquedas emprendidas, no se ha encontrado ni una sola pieza del famoso tesoro en el desierto de Judea.

—El misterio sigue en pie—dijo Jane—. Pero no comprendo por qué los esenios de Qumrán se habrían tomado el trabajo de grabar en cobre, que entonces era muy caro, una lista referida a un tesoro si el tesoro fuera ficticio.

—Es posible —dije— que ese pergamino no pertenezca a los esenios.
 —¿Y por qué se encontró el Pergamino de Cobre en las grutas?
 —Sin duda porque alguien lo puso allí. Pero no sé cuándo ni por qué.
 —Lo que significa...
 —... que el pergamino fue colocado en las grutas por gente que no era esenia.
 —Y eso explicaría el carácter diferente y único del documento.
 —Quizás alguien se sirvió de las grutas como una Genizah*.
 —¿Como la sinagoga de El Cairo? Los judíos no tiráis los libros que ya no queréis. Las letras inscritas en ellos son sagradas, ¿verdad?
 —Sí—dije—. Por eso los enterramos. Aunque..., si el manuscrito procediera de las bibliotecas del Templo de Jerusalén, podrían haberlo escondido en Qumrán en previsión del inminente ataque romano.
 —Pero ¿quiénes son los que lo dejaron ahí?
 —Para saber algo más necesitamos la opinión de un especialista, de un hombre que conozca perfectamente los pergaminos de Qumrán, de un hombre que pueda explicarlo todo...
 —¿En quién estás pensando? —dijo Jane tecleando en su ordenador.
 En la pantalla apareció un texto:

Según los manuscritos descubiertos en Qumrán, cerca del mar Muerto, los esenios formaban una comunidad que compartía todas sus posesiones, comían, rezaban y trabajaban juntos en el lugar de Khirbet Qumrán. La característica esencial de los esenios era su visión apocalíptica del mundo: el Apocalipsis no era sólo la espera de los últimos días y el paso a la era mesiánica, sino que significaba, según la etimología de la palabra, la «revelación de lo que está escondido». El Apocalipsis supone, así, la revelación de los misterios, tanto los misterios de la historia como los del cosmos.

Se conoce a los esenios gracias a un cierto número de descripciones de autores antiguos, Plinio, Filón y, muy en particular, Flavio Josefo. El origen de los esenios se sitúa probablemente en el movimiento hasídico de revuelta de los macabeos contra la helenización del Templo de Jerusalén, doscientos años antes de la era cristiana.

IDEAS CLAVE: determinismo, estructura jerárquica, noviciado para preparar a los recién llegados, vida en común, posesiones en común, estricta observancia de las leyes de la pureza ritual, comidas comunes y celibato de los miembros, Templo, Fin de los Tiempos.

—Fin de los Tiempos —murmuró Jane—. ¿No se dice que en el Final de los Tiempos el Templo será reconstruido?
 —En efecto.
 —Pero, para que sea reconstruido, es necesario recuperar sus objetos, sus tesoros, ¿no?
 —En efecto.
 —Pero ¿por qué alguien querría reconstruir el Templo, Ary?
 —¿Por qué?
 —Sí. Si en nuestra época hubiera gente que pretendiera reconstruir el Tercer Templo, ¿qué finalidad tendría?
 —Nosotros, los esenios, vivimos sólo con ese objetivo desde hace más de dos mil años. En efecto, como dice tu texto, el movimiento esenio nació cuando el Templo fue invadido por los griegos y algunos sacerdotes rebeldes lo abandonaron para vivir cerca del mar Muerto.
 —¿Por qué los esenios daban tanta importancia al Templo?
 —El Templo permitía abrir ciertas puertas... Estaba construido siguiendo las reglas de una geometría sagrada; por ejemplo, el sanctasanctórum formaba un cuadrado perfecto. El Templo estaba construido con los materiales más finos y ricos, como el mármol, las piedras preciosas y los tejidos más delicados... En él se escuchaba la música celestial del arpa y de él se escapaba el delicioso olor del incienso. El Templo, Jane, permitía el paso entre el mundo de lo visible y el de lo invisible.
 —Dicho de otro modo, gracias al Templo, y más exactamente al sanctasanctórum, es posible encontrar a Dios.
 En ese momento Jane me observaba de una manera extraña.

—Creo que era ésa la razón —dijo— por la que el profesor Ericson buscaba esos tesoros.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que su objetivo no era del todo científico, como decía, sino más... espiritual, si se lo puede llamar así.

—¿Y bien?

—Eso es lo que quería. Encontrar a Dios. Por ese motivo buscaba todos los objetos del Templo. Para reconstruirlo y para encontrar a Dios... Ello explicaría... su afán de perseverar. Su afán de consagrarle toda su vida. Como si... Como si estuviera librando una batalla, una guerra.

—¿Y tú, Jane, qué buscabas tú?

Se produjo un silencio. Ella bajó la mirada, pareció reflexionar un instante.

—Tengo que decirte la verdad —dijo—. Yo no creo. No creo en Dios. Ya no tengo fe. Pienso que la religión, las religiones, todas las religiones se equivocan y sólo engendran terror y violencia.

—Ah —dije—, así que era eso.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir?

—Ayer, cuando te vi, supe que algo había cambiado en ti. Pero ¿por qué?

—¿Por qué? —repetió Jane.

Se levantó, dio unos pasos y me mostró el paisaje.

—Por Qumrán, Ary. Demasiada violencia, demasiados asesinatos desde Jesús, demasiada injusticia para quienes le buscan. Cuando vi a Ericson ante el altar, comprendí que no era justo, que no era verdad, ¿comprendes? Comprendí que todo eso no era más que una historia de hombres y de guerras en la que Dios no entra.

—No interviene —respondí—, pero eso no significa que no exista. Él está presente incluso, y sobre todo, en tu rebelión. ¿Puedes entender eso?

La miré. Sus ojos se sumergieron en los míos. Como cegado, me quité las gafas. *Y entonces en mí mi corazón experimentó un gran cambio.*

Bajé los ojos y miré el ordenador. Sin gafas, me parecía un halo luminoso en cuyo centro bailaban unos signos negros. Entre ellos, unos espacios blancos dibujaban la forma de una letra: **ב** *bet*. La segunda letra del alfabeto que gráficamente representa una casa, de ahí la palabra *bait*, casa, residencia, hogar. Con la *bet* Dios creó el mundo, con la palabra *berechit*, al principio. Si inviertes los términos, obtienes «rechit bet», es decir: primero la casa. Antes no existía nada, todo era el vacío, la tierra estaba desierta y yerma, y la tiniebla ocupaba la superficie del abismo. Después, existía todo.

Estaba tan hermosa en ese momento, que no pude retener un gesto hacia ella, como para atraerla hacia mí.

Ella me detuvo con una mirada.

—¿Qué quieres de mí? —dijo.

Su voz se había endurecido, como cuando la vi la víspera.

—Dices que has pronunciado los votos, que te han ungido, me dices que eres el Mesías y que tu Dios está entre nosotros, entonces ¿qué se nos permite esperar?

—Quiero ayudarte.

—¡Cállate! Cállate, por favor... —dijo mientras se levantaba—. Tú no quieres ayudarme. Lo que quieres es encontrar a Dios.

—¿Y tú? —dije—. ¿Qué quieres tú?

—Yo te he amado, me he quemado, me he consolado y ahora ya no quiero amor.

Todos los fundamentos de mi cuerpo se estremecieron, y mis huesos se quebraron; y todos mis miembros fueron como un barco en el furor de la tempestad.



TERCER PERGAMINO. El pergamino del Padre

*Entonces supe que hay esperanza
para aquel a quien has sacado del polvo
por un misterio eterno.
Tú has purificado la esperanza perversa de sus pecados
para que se mantenga en el ejército de los Santos,
para que entre en la comunidad de los hijos de los cielos.
Tú has dotado al hombre del espíritu de la sabiduría
para que alabe tu nombre en la alegría
y cuente los prodigios de tus obras.
Pero yo, criatura de arcilla, ¿quién soy?
Amasado con agua ¿quién soy?
¿Cuál es mi fuerza?*

Pergaminos de Qumrán,
Himnos.

Cuando escribo, todo mi cuerpo participa en la acción, y mi cuerpo tiene que estar en perfecta armonía con mi espíritu. Así puedo recordar cada palabra, cada sonido, cada voz. Así puedo esperar. Esperar, tal es mi actividad, sólo esperar, esperar y rezar, tal es mi destino. Su reclamo es tan fuerte que muero por desearlo, y sin duda hoy estaría muerto si una señal no me hubiera sacado de esta gruta en la que me había refugiado sin saber que estaba siguiendo mi destino, y que la Historia, más grande que yo, me había llamado allí, al desierto de Judea, en el corazón de la tierra de Israel, para atribuirme un papel único, misterioso y sagrado.

Jane y yo repasábamos los datos en un intento de avanzar en la investigación. Ahora ya sabíamos que el profesor Ericson estaba buscando el tesoro del Templo a partir del Pergamino de Cobre hallado en las grutas de Qumrán, y que, con él fin de obtener un segundo pergamino, había hecho saber a los samaritanos que un Mesías había nacido en la tierra de Judea y que el Fin de los Tiempos se avecinaba. Por otro lado, para que Ericson estuviera al corriente del advenimiento del Mesías entre los esenios, forzosamente tenía que haber entrado en contacto con ellos, pero ¿cómo? ¿Y qué papel jugaban los masones en su búsqueda? Y sobre todo: ¿quién había matado a Ericson? ¿Los samaritanos, que se habían sentido engañados al ver que el Fin de los Tiempos no llegaba? ¿Un investigador del equipo, tentado por la fortuna que representaba el tesoro del Templo? ¿O Koskka, que parecía conocer tan bien a los masones? En cualquier caso, la llave del enigma se encontraba en un pergamino, en una escritura, en uno de los manuscritos incisos dos mil años antes. Era nuestra única certeza.

Aquella noche, un temor suplementario se añadió a mis dudas. Solo en la habitación del hotel, mientras entonaba el salmo de la noche, empecé a dar golpes en el suelo con el pie, y el ritmo entró en mi corazón, lento, tan sólo una voz murmurando una tonada sin palabras, una tonada dulce y voluptuosa; pero la tristeza se apoderaba de mí. Esa tonada hablaba de verdad y de sed no apagada, esa tonada hablaba del Dios que se aleja, del Dios escondido que desaparece y huye después de haberse dejado entrever. Sí, esa tonada era la tonada de la tentación.

La esperaba, oh cuánto la esperaba, mi oído se sobresaltaba al menor ruido, mi cuerpo se estremecía con su espera. Porque yo había conocido la alegría más intensa, sí, había conocido la delicia, y ahora me llegaba el momento de la desesperación más profunda y misteriosa, la de la espera decepcionada, del ardor quebrantado, de la locura atemperada. Y la voz se lamentaba, la voz humillada se desesperaba, y mis ojos lloraban sin fin, porque me sentía separado, separado y solo, mi corazón sangraba por su delito, y yo el orgullo, yo la arrogancia, yo la incomprensión, yo era la llaga que se abría sola.

Trance. Danza, danza en mi alma y canta, aún más aprisa, más y más aprisa, no pierdas el ritmo, pero no sigas el ritmo, y de repente una cabriola, que aumente el júbilo, así es la dicha, siempre detrás del júbilo que es su amante, así es la dicha, así sea, sobre la felicidad de mi corazón, de mi alma que se reencuentra a sí misma, en los acentos graves, los acentos tristes, los hermosos inciensos de los violines de mi alma, que chirría, llora y resopla, mi alma tan violentamente triste, mi alma nostálgica como un violín, acompañada por el ritmo de las palabras, sobre mi corazón danzante que se eleva y reposa, y álzate, álzate, alma mía, sobre el ritmo infinito, danza con mis pies, danza y álzate, álzate, más arriba, aún más arriba, más aprisa, cada vez más aprisa, álzate, elévate, elévate hacia la belleza que te transporta, estremécete desde lo más profundo de ti, todos los trinos se revuelven, flecos ligeros entre el cielo y la tierra, aún más arriba, más lejos, y toma, y retoma, y deja suspendida la frase que se repite, que recuerda, porque mi alma larga languidece y palidece, y mi alma sueña en su tregua, y mi alma coge y se recoge, y mi alma rima, se arrima, mi alma se posa, reposa, se dispone a recibir su paz, y mi alma habita y quita, y mi alma alegre, y mi alma móvil, y mi alma gozosa, fútil, recupera la postura y sigue el ritmo, reitera, mi alma saturada y amplificadora, y mi alma sumisa suspira y se agudiza, y mi alma cortante se eleva y mi alma pugnaz se agita, y alza, iza las velas y se deshace de sus cadenas, y mi alma atormentada y mi alma pura y mi alma dichosa, y mi alma triste, posa, se reposa, y otra vez alma mía, aún leve levanta y encuentra, pon y dispon, porque te quiero, infinitamente, te quiero muy fuerte, quiero verte y ver tu rostro infinito contra mi rostro y en tu murmullo insuflarme el aliento de la tristeza, desde el fondo de mi alma, olas sumergen mi corazón, te quiero, te veo, ven, ven a mí, te llamo, te espero, yo que te amo, te sueño, te deseo, te prendo, te sorprendo, te reprendo, seduciéndote, amando, amándote con el amor de los amantes, te amo, oh tú a quien amo, te amo con amor, te amo con la estancia de las almas en el tiempo, olvidado de presagios, deja planear tus alas sobre mi alma, deja que mi corazón siga soñando contigo, y sabe, oh, cuánto me aproximo a ti, y sabe, oh, cuánto te amo, mediante la danza de mi cuerpo que arrastra mi cuerpo, porque mi cuerpo es mi alma.

Desde el fondo de mi memoria, apareció mi bella amiga. Apareció Jane, bajo un sol deslumbrador.

Con un esfuerzo de voluntad, remonté la pendiente de los recuerdos. Unos minutos antes yo me encontraba allí, en el lugar del crimen, observando... Volví a ver el cementerio profanado, volví a ver el altar y los trazos de sangre en número de siete, y de súbito, con los ojos cerrados, me transporté a ese lugar unos segundos antes del encuentro y, prolongando la meditación, profundizándola mediante una tensión aún más grande, vi su sombra: la sombra de Jane, porque era ella lo que buscaba en los arcanos de mi memoria. Quería recuperar precisamente el instante transcurrido entre la visión del altar y la de la sombra. Sabía, sin saber por qué, que en ese instante escondido había algo precioso, inaudito, que la importancia del reencuentro, de *su* reencuentro, había borrado. Entonces, una vez más, cerré los ojos y de repente vi.

Cerca de los precintos policiales, casi enterrada, una crucecita roja, una cruz gótica con los extremos más anchos pintada sobre una especie de placa de metal parecido al cobre. En el preciso momento en que aquella cruz llegaba a mi conciencia, con la idea de alargar la mano y recogerla, Jane apareció detrás de mí y vi su sombra. Luego ella se situó delante, y colocó un pie encima de la cruz. ¿Intencionadamente? Esa era la cuestión. Aquella a quien yo amaba siempre se encontraba en lugares peligrosos.

Salí bruscamente del trance, en el momento en que una voz interior me sugería: *en lugares peligrosos, esconde pruebas.*

Me desperté con un sentimiento de terror. No sabía dónde estaba. Creí despertar en mi pequeña gruta de Qumrán, sobre mi jergón, como había hecho durante dos años, y no reconocía nada de lo que me rodeaba. Necesité un largo momento para recuperar la conciencia y recordar los acontecimientos de la víspera... y los de la noche. ¿Tenía que hablar con Jane, tenía que pedirle explicaciones?

Le había sugerido que hablara con mi padre, y en ese momento tuve la convicción de que era necesario hacerlo: no sólo porque él era un especialista capaz de aclararnos el misterio del Pergamino de Cobre, sino porque me era preciso verle, hablar con alguien en quien tenía total confianza. Mi padre había consagrado su vida al Texto y siempre decía que la herejía judía es la ignorancia, pero ¿acaso el conocimiento no es peligroso, acaso llamar a mi padre no era ponerle en peligro?

Tomé el teléfono y marqué su número, dudando aún. La señal sonó varias veces y cuando oí su voz firme, tranquilizadora, todas mis dudas se desvanecieron y le pedí que viniera al hotel.

También fui a ver a Jane a su habitación.

—Jane.

—¿Sí? —respondió con voz tensa.

—He citado a mi padre dentro de media hora en el hotel.

—De acuerdo —dijo Jane—. Me uniré a vosotros. Si no tienes inconveniente.

—Puede ayudarnos, de eso estoy seguro. Pero... él no tiene que correr ningún peligro.

—Comprendo. Sé lo que sientes. Yo también..., yo también tengo miedo.

Cuando bajé a los salones del hotel, en los que se daba cita todo un mundo de jóvenes turistas de todas las nacionalidades, mi padre ya estaba allí. Se levantó al verme, y me sonrió.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Hay novedades?

—Sí —dijo—. Para empezar, Jane formaba parte del equipo de arqueólogos del profesor Ericson.

Mi padre pareció sorprendido.

—De modo que, una vez más, vuestros caminos se cruzan.

—Es una coincidencia sorprendente.

—Tal vez no, Ary —dijo mi padre.

—¿Qué quieres decir?

—No creo en las coincidencias. Pienso que Jane no estaba allí por casualidad, como tampoco hace dos años, cuando nos cruzamos con ella en París.

—¿Entonces, qué estaba haciendo?

—No lo sé —dijo mi padre.

—La víctima, el profesor Ericson..., dirigía el equipo que realizaba las investigaciones...

—Sobre el Pergamino de Cobre, ya lo sé.

—¿Qué sabes de ese texto?

—¿Quieres saber si contiene realmente la descripción de un tesoro, o si se trata de una lista simbólica?

Mi padre se arrellanó en su asiento y pareció reflexionar intensamente. Su mirada se perdió un instante, a lo lejos, en dirección a las colinas de Judea. En ese momento llegó Jane, vestida con un traje chaqueta oscuro. Sus ojeras, sus pupilas inmóviles y el color sombrío de sus ojos negros le daban un aspecto

extraño, casi fantasmagórico.

—Buenos días, Jane —dijo mi padre, al tiempo que se levantaba para saludarla.

—Buenos días, David —respondió ella tendiéndole la mano.

—Siento mucho lo del profesor Ericson. ¿Le conocías bien?

—Por supuesto —dijo Jane—, para mí era algo más que un jefe...

Jane sonrió débilmente.

—Es posible que estuviéramos excavando de nuevo en el lugar equivocado...³

—Ary me ha dicho que deseáis saber algo más sobre el Pergamino de Cobre.

—Sí —dijo Jane—. Creo que tendríamos que haber venido a verle antes de la catástrofe, pero el profesor Ericson era muy estricto en ese tema, quería informar al mínimo de gente posible.

Miré a mi padre, que la observaba con una mezcla de solicitud y de curiosidad. Jane, por su parte, se sentó y cruzó las piernas con toda tranquilidad.

—Bueno —dijo mi padre—, tuve ese manuscrito en mis manos hace bastantes años. Su carácter no literario, la enumeración sucinta de las exposiciones, la escritura y el hecho de que hubiera sido hallado en las grutas de Qumrán demuestran que se trata de un documento auténtico. El texto es misterioso y muy difícil de descifrar, porque es imposible distinguir ciertas letras, casi iguales. Además, contiene muchos errores y las direcciones que llevan a los escondites son a la vez vagas y ambiguas. Sabemos ahora que ese manuscrito fue escrito aproximadamente cuarenta años después de los demás, y eso resulta sorprendente. Los traductores se contradijeron varias veces, unos indicaban un lugar y otros la dirección opuesta. Cuando por fin se logró descifrarlo, nos dimos cuenta de que nos hallábamos en presencia de una lista fabulosa: se había repartido un tesoro en 63 escondites descritos con precisión, y todos ellos alrededor de Jerusalén. El conjunto representaba no menos de varios miles de talentos de oro y plata, 165 lingotes de oro y 14 de plata, dos marmitas llenas de plata, vasijas de oro y plata que contenían perfumes preciosos, hábitos sagrados, objetos de culto, es decir, una fortuna considerable. Los investigadores se preguntaron qué credibilidad merecía todo aquello y pusieron en duda que el tesoro fuera real.

—Y tú —insistí—, ¿qué piensas?

—A pesar de todo lo que digan las versiones oficiales, no se trata de una leyenda.

—¿De dónde viene el tesoro? —pregunté.

Mi padre nos miró con intensidad, como si se preguntara si tenía que responder a esa pregunta. Al cabo de unos segundos murmuró:

—Es el tesoro del Templo, Ary. El tesoro del Templo, formado por los objetos sagrados procedentes del Templo de Salomón, de esplendor sin igual, a los que hay que añadir las contribuciones y los diezmos que se aportaban al Templo en ocasión de las fiestas y los sacrificios. Todo fue convertido en metales preciosos y luego reunido en un lugar central en el Templo de Jerusalén.

—¡Eso explica la considerable cantidad de oro y plata mencionada en el pergamino! —exclamó Jane, cuyos ojos habían empezado a brillar.

—Y probablemente el tesoro fue escondido fuera de la ciudad poco después del inicio de la guerra contra los romanos, justo antes de que las legiones entraran en Galilea —añadí.

—¿Cómo puede estar tan seguro de que se trata del tesoro del Templo? —preguntó Jane.

—Por muchas razones, Jane. Para empezar, el tesoro es tan considerable que no puede haber sido acumulado por un solo hombre ni por una sola familia. En segundo lugar, el tesoro del Templo desapareció misteriosamente, más o menos en la época en que fue grabado el Pergamino de Cobre. Además, en el Pergamino de Cobre se encuentran numerosos términos relacionados con la función sacerdotal, como por ejemplo el *lugin*, que era un tipo de recipiente que a veces se utilizaba para contener cereales procedentes de la porción atribuida a los sacerdotes, o el *efod*, que era una vestidura sacerdotal.

—¿Una vestidura de lino blanco?

—Exactamente.

—¿El Sumo Sacerdote llevaba un turbante en la cabeza?

—Sí, en efecto. ¿Por qué lo preguntas?

Jane y yo intercambiamos una mirada.

—Porque el profesor Ericson iba vestido así cuando lo encontramos sobre el altar.

—Todo esto no son más que hipótesis —prosiguió mi padre—. Pero puedo demostraros que el tesoro es real.

—¿De veras?

En ese momento, tomó una hoja de papel y un bolígrafo de su bolsa y los tendió a Jane.

—Ten, escribe algo. Cualquier cosa, pero que sea una frase entera.

³ Véase *Qumrán*.

Jane escribió: «La solución del misterio se encuentra en el Pergamino de Plata.» Luego dio la hoja a mi padre, quien la tomó y la leyó frunciendo el ceño.

—Ves, sólo a partir de esta frase podemos deducir numerosos aspectos de tu personalidad, de tus motivaciones y también de tu estado psicológico. Tu escritura tiene un trazo firme y grueso, lo que demuestra una personalidad decidida, activa, un sentido agudo de la responsabilidad que se traduce en una cierta rigidez. La barra de la «t» indica fuerza de voluntad, y el acento sobre la «o» una gran atención a los detalles. El rasgo horizontal de los ganchos inferiores, como en la «g», muestra, sin embargo, una gran agresividad, yo diría incluso que una cierta violencia. Eres capaz de agarrar al vuelo las situaciones y de reaccionar muy deprisa. Actualmente el sentimiento que predomina en ti es la desconfianza, como lo indica la última letra de la frase, más grande que las demás. También eres extremadamente reservada, como lo demuestran los lazos cerrados de la «o». El trazo superior de las letras demuestra que eres tenaz y que tienes una verdadera voluntad de poder. La zona media no predomina en el conjunto de la escritura, y eso demuestra que intentas controlar tus emociones y que no te dejas llevar por tus impulsos...

—¿Adónde quieres llegar? —pregunté.

—Ya estoy llegando. Se me ocurrió la idea de llevar una copia del Pergamino de Cobre a un experto grafólogo, que analizó la escritura y concluyó que el manuscrito había sido escrito por varias personas, porque había cinco estilos distintos. Además, percibió en la escritura una gran tensión nerviosa. Finalmente, vimos que el manuscrito no era esenio, sino que había sido escrito justo antes de la destrucción del Segundo Templo y que había sido redactado en un estado de pánico.

—En ese caso, ¿por qué el Pergamino de Cobre se encontraba en las grutas de los esenios? —dijo Jane—. ¿Y por qué dispersar el tesoro de ese modo?

Mi padre la miró un momento con expresión divertida.

—Imagina por un momento que tienes que esconder un fabuloso tesoro. Primero, evitarás llamar la atención. Y después, no lo esconderás todo en el mismo sitio, de modo que lo dividirás para transportarlo con mayor facilidad y hacer que sea más difícil descubrirlo.

Todos callamos. Mi padre pidió un café al camarero que se había acercado, un hombre joven y moreno vestido de blanco.

Cuando se alejó, mi padre lo siguió con mirada perpleja.

—Qué extraño —dijo—. Tengo la impresión de que ese hombre nos estaba escuchando.

—No, no —dije—, sólo estaba esperando que pidiéramos.

—No lo creo —se limitó a decir mi padre.

—¿Qué sabes de la familia Aqqoç? He leído en el Pergamino de Cobre que una parte del tesoro se encuentra en un terreno de su propiedad...

—Aqqoç era el nombre de una familia de sacerdotes cuyo linaje se remonta a los tiempos de David, una familia extremadamente influyente en la época del retorno de los judíos exiliados en Babilonia y que conservó toda su influencia durante el período de los Asmoneos. La propiedad familiar de los Aqqoç se encontraba en el valle del Jordán, no lejos de Jericó, es decir, en el centro de la región en la que se encuentra la mayor parte de los escondites descritos en el Pergamino de Cobre.

—Es el lugar en el que actualmente viven los samaritanos —dije.

—Después de su retorno del exilio, los miembros de la casa de Aqqoç no pudieron demostrar su genealogía con pruebas suficientes, y por ello perdieron su cualificación para las funciones sacerdotales. Por esa razón y en esas circunstancias, les confiaron otra responsabilidad, también relacionada con la organización del Templo, pero que ya no requería el máximo nivel de pureza genealógica necesario para el sacerdocio. En la época de la reconstrucción de las murallas de Jerusalén, dirigida por Nehemías, se dice que el jefe de la familia Aqqoç era Meremoth, hijo de Uriyya, hijo de Aqqoç. A ese hombre se le confió el tesoro del Templo.

—En resumen, se podría decir que los Aqqoç eran los tesoreros del Templo.

—Queda por ver si existe otra relación, aparte de la geográfica, entre los samaritanos y los Aqqoç —dijo Jane.

—¿Sabías que los samaritanos aún practican sacrificios de animales?

—Sí —dijo mi padre frunciendo el ceño—. Pero no en cualquier circunstancia. ¿Has asistido recientemente a un sacrificio?

—Cuando fuimos a verlos estaban sacrificando un carnero, y había un toro esperando.

—¿Un carnero y un toro?

Mi padre se hundió profundamente en su asiento para reflexionar mejor.

—Sí, ¿porqué?

—En los tiempos del Templo —empezó mi padre—, el Sumo Sacerdote se preparaba durante diez días

para la ceremonia solemne de la expiación. Cuando llegaba el día, se sumergía en una corriente de agua pura, y se cubría con ropas de lino resplandecientes de blancura antes de acercarse al lugar santo. Sólo entraba en el sanctasanctórum una vez al año, en la hora del Kippur, el día del Juicio. Diez días antes era el día de Roch Hachanah, el Primero del Año.

»La ceremonia empezaba con el sacrificio de un carnero y de un toro designados por el Eterno, en los que el Sumo Sacerdote abría siete surcos sangrientos. Luego se acercaba al chivo expiatorio, destinado a Azazel, y confesaba ante él los pecados cometidos por el Pueblo. Imponía las dos manos sobre el chivo y decía: "Oh, Señor, tu pueblo, la Casa de Israel, ha pecado, tus hijos han sido culpables ante ti. Por favor, por el amor de tu nombre, acepta la expiación de los pecados, de las faltas, de las iniquidades de que tu pueblo, los hijos de Israel, se ha hecho culpable ante ti, porque está escrito en la ley de tu servidor Moisés: En este día tendrá lugar la expiación que os debe purificar de vuestros pecados ante el Eterno". En ese instante, el Sumo Sacerdote pronunciaba el nombre inefable del Señor. Los sacerdotes y el pueblo, que estaba de pie en la entrada del santuario, al oír de la boca del pontífice el nombre majestuoso en toda su santidad, en toda su pureza, se arrodillaban y se prosternaban profundamente con la cara contra el suelo. Y el Sumo Sacerdote, después de dejarles terminar la bendición, concluía diciendo: "Sois puros". Se dice que cuando entraba en el sancta sanctórum, ante el propiciatorio que cubre el Arco, podía morir, porque Dios se manifestaba en ese lugar.

—En efecto —asentí. Y después de un silencio, añadí—. Pero allá abajo no hay ni Sumo Sacerdote ni sanctasanctórum.

—Y, sin embargo, todo parece haberse desarrollado como en los tiempos en que el Templo existía.

A nuestro alrededor crecía la algarabía; un grupo acababa de entrar en el hotel.

—Creo —terminó mi padre— que ese asesinato es una señal, como una letra o un pergamino que hay que descifrar con paciencia antes de comprender su sentido.

El camarero volvió y puso la taza de café delante de mí.

—No —dije, señalando a mi padre—. Era para él.

—Ah, perdón —exclamó el joven.

Se inclinó sobre mí y, con un movimiento circular, movió la taza al otro lado de la mesa.

—¿Cree usted que el autor del manuscrito era esenio? —preguntó Jane.

—La caligrafía del escriba recuerda sólo lejanamente el arte de escribir de Qumrán —respondió mi padre después de que el camarero se hubo marchado—. La mano autora del manuscrito es insegura e inexperta. Además, hay una curiosa mezcla de distintos tipos de alfabeto, de formas caligráficas y cursivas, así como varios cuerpos de letras. También se aprecia poca atención a una disposición ordenada del texto. El examen del documento con el ortógrafo lleva a las mismas conclusiones. El autor del catálogo no conocía ni la escritura neoclásica de los manuscritos de Qumrán, ni el arameo, ni la literatura mishnaica de que se valían los escribanos esenios. Es el hebreo hablado en su región.

—¿De qué fecha es la composición?

—Entre las dos revueltas, es decir, hacia el año 100, en cifras redondas.

Volvió a hacerse el silencio.

Mi padre se levantó en medio del alboroto general y se acercó a mí.

—El Pergamino de Cobre —dijo pasando la mano por el cuello de mi camisa— no es un texto esenio.

—Entonces ¿de dónde viene? —preguntó Jane.

En los ojos de mi padre brilló una luz divertida, como si hubiera tenido una idea.

—Jane, ¿conoces Masada?

—Sí, estuve allí...

—Mañana vendré a buscaros —dijo— y os llevaré.

Se inclinó hacia mí y me dio un minúsculo objeto redondo.

—Ten —murmuró—. Estaba en el cuello de tu camisa.

Miré el objeto con perplejidad.

—¿Qué es?

—Un micrófono, Ary. Colocado por el camarero, que por cierto ha desaparecido.

Colocó el micro ante sus labios y dio un silbido estridente.

—Ya está. Alguien, en alguna parte, debe de tener los tímpanos perforados.

Luego lo tiró al suelo y lo aplastó como si fuera una colilla.

Así fue como mi padre, al igual que dos años antes, se lanzó a la aventura sin dudar. Esta historia era también suya, porque él había vivido toda su juventud en las grutas de Qumrán, y aunque nunca me había

hablado de ello y había conservado el secreto en el fondo de su corazón hasta que los dos fuimos juntos allí, yo sabía que en aquel lugar estaban sus orígenes, su familia, su patria. Dos años antes, nos habíamos lanzado en busca de un pergamino perdido que contenía revelaciones sobre Jesús y que había apasionado al paleógrafo que había en él. Vi encenderse de nuevo la misma luz en el fondo de sus ojos cuando le hablé del Pergamino de Cobre. Pero ¿por qué quería llevarnos a Masada? ¿Era porque pensaba que los esenios, a los que creíamos pacifistas, habían participado en las actividades revolucionarias de los zelotes? Yo sabía que las excavaciones de Qumrán habían permitido hallar forjas que servían para la fabricación de armas, así como flechas no romanas e incluso fortificaciones. ¿Aquello significaba que Qumrán no era un monasterio sino una fortaleza? ¿Era posible que los romanos hubieran hecho salir a aquellos sacerdotes y monjes de sus grutas misteriosas, hasta el punto de tomar, de grado o por la fuerza, parte activa en la revuelta judía? En Qumrán había un pergamino sobre la guerra que demostraba que los esenios se habían preparado para combatir, no sólo espiritual sino físicamente. También había, entre los pergaminos del mar Muerto, un manuscrito llamado *Pergamino del Templo* que revelaba que los esenios tenían un sueño loco y visionario: reconstruir el Templo, porque detestaban el templo de Herodes, opulento y fastuoso, griego y romano, saduceo. Pero ¿qué relación tenían el Pergamino de Cobre y el asesinato de Ericson?

Ante todo teníamos que ver a Ruth Rothberg, la hija del profesor Ericson, en su lugar de trabajo: era conservadora en el Museo de Israel.

—¿Vamos juntos? —dijo Jane antes de salir—. ¿O es mejor que vayas tú solo? Creo que preferiré más hablar contigo que conmigo.

—No —dije—. No me conoce. Vamos juntos. Pero antes tengo que hacerte una pregunta —añadí bruscamente, mirándola a los ojos—. ¿Conoces la procedencia de una cruz roja gótica?

—Depende —respondió sin inmutarse—. Podría ser una cruz de caballero de la Edad Media... ¿Qué pasa? —añadió— ¿Por qué me miras así? Se diría que te he hecho algo..., o que sospechas de mí por algo.

—Tal vez tenga mis razones.

—Oye —dijo Jane con voz firme—. En este asunto, tú y yo somos un equipo. Si no hay confianza entre nosotros, está claro que no podemos seguir.

—De acuerdo —dije.

—Te escucho.

—Cuando el otro día nos encontramos en el lugar del crimen, había una cruz roja al pie del altar, medio enterrada en la arena. Pisaste la cruz, y creo que lo hiciste adrede.

Jane me miró con aire turbado.

—Sí, es verdad. La vi y no sabía si tú la habías visto, pero lo cierto es que quería llevármela y lo hice, sin que tú te dieras cuenta.

—¿Por qué?

—Ary, preferiría no hablar de eso ahora. Por favor, confía en mí.

—Ah, creía que los dos formábamos un equipo y teníamos que contárnoslo todo.

—Ary, te juro que te lo diré más tarde; lo sabrás, te lo prometo, pero por ahora no puedo decirte nada.

—Muy bien. Entonces volvamos a definir las normas de nuestra asociación.

Al oír estas palabras, Jane se turbó. Su mirada se empañó cuando dijo:

—Es porque... esa cruz, él siempre la llevaba encima. Pertenece a su familia desde hacía varias generaciones. Y yo quería quedármela... Como recuerdo.

—¿Y si se trataba de algo importante para la investigación?

Al oír estas palabras elevó la mirada al cielo, como si no supiera qué contestar a lo que yo le decía. Su explicación no se sostenía por ningún lado, no quería responderme. ¡Oh, Dios! Cómo la odiaba a veces, y qué desgraciado me sentía, inmerso así en sentimientos malvados y en viles inclinaciones.

Tomamos un taxi que nos llevó al lugar de nuestra cita, el Museo de Israel, situado en la ciudad nueva, al sur del barrio burgués de Rehavia.

A la entrada del Museo había un edificio blanco en forma de vasija de dimensiones gigantescas: era el Mausoleo del Libro, que albergaba los manuscritos del mar Muerto. Allí, alrededor de un gran tambor, se encontraba expuesto el Pergamino de Isaías, la profecía más antigua del Apocalipsis, que se remonta a hace 2.500 años. La vasija blanca cilíndrica había sido concebida por el arquitecto Armand Bartos de modo que el tambor pudiera descender automáticamente a un sótano, donde quedaría protegido por una coraza de acero en la eventualidad de un ataque nuclear. Así que el texto que anuncia el terrible Apocalipsis que ha de venir puede ser preservado en la terrorífica visión de una guerra futura. De ese modo, aunque todo lo demás perezca, el texto perdurará para siempre.

—Armagedón —murmuré—. El fin del mundo.

—¿Qué es Armagedón? —dijo Jane.

—La palabra «Armagedón» viene originariamente del último libro del Antiguo Testamento: los espíritus de los muertos realizarán prodigios e irán a buscar a los reyes de la tierra y del mundo entero para llevarlos a la batalla en el gran día del Todopoderoso. Está escrito que se reunirán en un lugar que en hebreo se llama Armagedón.

—¿Se sabe dónde está ese lugar?

—Armagedón es el nombre griego de una antigua ciudad de Israel, Megiddo.

—¿Y aún existe?

—En Megiddo se encuentra una de las bases aéreas más importantes de Israel, Ramat David.

—En el norte —dijo Jane—, muy cerca de Siria. Entonces Megiddo estaría...

—Estaría en primera línea de cualquier guerra real en el Oriente Medio actual.

—Entonces, ¿Armagedón podría empezar si los sirios declararan la guerra a Israel?

—En efecto, sí.

Jane pareció reflexionar un instante.

—Conozco bien Siria —dijo—. He hecho excavaciones allí.

No dijo más. En ese momento, sentí que necesitaba hablar conmigo pero, por razones que yo ignoraba, no se decidía a hacerlo.

Ante nosotros, marmórea, se extendía la ciudad por la que más se había combatido en el mundo desde los tiempos en que el rey David la conquistó: Jerusalén, incendiada por los babilonios, destruida por los romanos, asediada por los cruzados. ¿Iba Jerusalén, con sus tres mil años de conflictos sangrientos, a ser la ciudad en la que se desencadenaría el final, o bien, siguiendo el proyecto de su nombre, sería la ciudad de la Bienvenida?

Jane me arrancó de mis reflexiones arrastrándome al interior del gran edificio moderno adyacente al Mausoleo del Libro: el Museo de Israel, donde se encontraban expuestos los diversos textos y objetos de arte de todas las épocas relativos a Israel. Seguimos un laberinto de pasillos hasta un ascensor que nos llevó al piso de los despachos administrativos. Allí, sobre una puerta entreabierta, figuraba una placa con el nombre de Ruth Rothberg.

Llamé. Una voz femenina respondió:

—¡Adelante!

—Buenos días —dijo Ruth cuando entramos en su despacho, una habitación exigua y austera, adornada con algunos dibujos infantiles.

Un hombre estaba de pie al lado del escritorio y tenía a dos niños de la mano.

Las dos mujeres se saludaron.

—Ruth, te presento a un amigo, Ary Cohen; es escriba.

—Buenos días, Ary —dijo Ruth—, éste es mi marido Aarón, y mis hijos. Por favor, sentaos.

Ruth Rothberg era una mujer muy delgada de ojos azules; tenía los cabellos cubiertos por un pañuelo púrpura, como hacen las mujeres ultraortodoxas que no tienen derecho a mostrar sus cabellos a otros hombres aparte de su marido. Su rostro muy pálido, sus ojos oscuros de largas pestañas y su nariz un poco chata le daban el aspecto de una muñeca rusa. Debía de tener poco más de veinte años y parecía mucho más joven que su marido, que aparentaba por lo menos diez más. Era un hombre de aspecto serio, con la larga barba prematuramente gris que a veces tienen los estudiantes asiduos de las *yeshivas*, y los cabellos cortos y cubiertos por un casquete de terciopelo negro del que bajaban dos papillotes que formaban sobre sus sienes unos rizos perfectos. Unas gruesas gafas de concha escondían dos grandes ojos azules de aspecto singularmente vivo. A su lado había dos niños de rizos rebeldes y ojos soñadores. Escruté el rostro de Aarón Rothberg y de su esposa, deteniéndome en la interpretación de los rasgos de sus rostros. La frente de Aarón Rothberg estaba barrada en vertical por una letra que simboliza la unión, la creación y el origen de la vida, ׀, *waw*. La *waw*, por su facultad de unión en las frases, relaciona las cosas entre ellas y las unifica, como el aire o la luz. Pero la función más destacable de la *waw* es su capacidad para cambiar los tiempos: para convertir el pasado en futuro o el futuro en pasado. Por ello la *waw* ocupa un lugar esencial en el Nombre de Dios, el Tetragrama impronunciado.

En la frente de Ruth Rothberg, en un lugar idéntico al de su marido, se encontraba una ׀, *dálet*, cuya forma representa la puerta de una casa, de una ciudad o de un santuario. *Dálet*, cuyo valor numérico es cuatro, es la letra del mundo físico con sus cuatro puntos cardinales y, más en general, del mundo de la forma.

—La razón de nuestra visita —dijo Jane con voz titubeante— es que estamos investigando la muerte de tu padre y pensamos que quizá tengas algún dato que comunicarnos.

—Oh —murmuró Ruth—. Creo que aún no consigo comprenderlo. Me parece irreal.

—Por eso estamos aquí. Para comprender.

—Eres muy amable, Jane —dijo Ruth—, pero la policía investiga y hace su trabajo... ¿No es verdad, Aarón?

—Sí, vinieron a vernos ayer, y nos hicieron muchas preguntas sobre el profesor Ericson. Les respondimos lo mejor que supimos. Por ahora sólo podemos esperar.

Jane los miró desarmada.

—Yo también estoy seguro —intervine— de que la policía hace su trabajo, pero como dice el rabí Moisés Sofer de Przeworsk, «grande es el estudio que conduce a la acción». Dicho de otra forma, hay momentos en que se nos exige actuar en el mundo y no sólo esperar, y creo que estamos en uno de esos momentos.

—¿Es usted hasid? —preguntó Ruth mirándome con sorpresa, porque yo no iba vestido como un hasid, sino como un esenio, con mi camisa de lino blanco sobre un pantalón del mismo material y la gran kipá de lana que cubría mi cabeza no era el casquete de terciopelo negro de los hasidim.

—En efecto —dije—. He estudiado y vivido en Mea Shearim. Allí aprendí el oficio de escriba.

Aarón estaba inmerso en sus pensamientos. Sus ojos inmóviles brillaban con intensidad, y estaba claro que nos observaba con una expresión maliciosa.

—Creo —dijo al tiempo que se sentaba en uno de los sillones que había delante del escritorio y colocaba sobre sus rodillas a uno de los niños—, creo que Peter Ericson ha sido asesinado por estar implicado en la búsqueda del tesoro del Templo...

—Sí —dije—. Pero ¿por qué?

—Eso no lo sabemos. Pero puedo decirles que pasé mucho tiempo estudiando la Biblia con Peter. Creo... Creemos que hay una biblia bajo la Biblia, es decir, que podemos leerla como un programa, un programa de ordenador.

—Aarón es especialista en la teoría de conjuntos —explicó Ruth—, la rama de las matemáticas sobre la que se basa la física cuántica. Pero también trabaja sobre la Biblia. Según él, la Biblia está construida como un gigantesco entramado de crucigramas. Desde el principio hasta el final, incluye palabras clave que nos cuentan una historia escondida.

—Han visitado el museo —dijo Aarón—. ¿Han visto el manuscrito original de la teoría de la relatividad de Einstein?

—Sí —dijo Jane—. Es estremecedor que se encuentre aquí, en el mismo lugar que los manuscritos de Qumrán.

—Estoy seguro —dijo Aarón con la voz melodiosa de los estudiantes de las *yeshivas*— de que la distinción entre pasado, presente y futuro no es más que una ilusión, por tenaz que sea. Mis investigaciones me han llevado a la evidencia de que la Biblia revela acontecimientos sucedidos miles de años después de su redacción.

—¿Qué quiere decir?

—La visión de nuestro futuro está escondida en una clave que nadie podía descifrar... hasta la invención del ordenador. Creo que, gracias a la informática, podemos abrir ese libro sellado y leerlo por fin como se debe, es decir, como una profecía.

—Mi marido piensa que si la clave bíblica es auténtica, existe como mínimo una posibilidad de guerra... en un futuro cercano. Por esa razón...

Se detuvo, como si temiera haber dicho demasiado.

—¿Por esa razón se están preparando? —dije.

Aarón puso en marcha el ordenador portátil que había sobre el escritorio. Buscó un archivo y luego me ofreció el aparato. Leí: «*Toda la ciudad fue aniquilada en un instante. El centro quedó arrasado; los incendios desencadenados por el soplo de aire caliente empezaron a formar una tempestad de fuego.*»

—¿Qué es? —pregunté perplejo, porque aunque el texto me resultaba familiar, no sabía de dónde podría proceder—. ¿En qué pergamino se encuentra? Quiero decir, ¿en qué lugar de la Biblia? ¿Qué profecía?

—No es una profecía —dijo Aarón—. Es la descripción del bombardeo nuclear de Hiroshima. Sorprendente ¿verdad?

Jane me dirigió una mirada inquisitiva. Meneé la cabeza, desconcertado.

—La destrucción del mundo por un gigantesco terremoto es una amenaza constante, expresada en la Biblia con términos claros —dijo Aarón—. Y podemos incluso conocer el año: 5761.

—Entonces —respondí—, si todo está predicho, ¿qué nos está permitido hacer y qué podemos esperar?

—Todo lo que podemos hacer —dijo Aarón— es, como usted dice, prepararnos.

—¿Prepararnos para qué?

—Ya conoce el Monte del Templo —murmuró Aarón—. También lo llaman «la Explanada de las Mezquitas». Allí se encuentra la Cúpula de la Roca, que no es una mezquita sino un lugar de conmemoración. Allí, dicen, Dios pidió a Abraham que sacrificara a su hijo Isaac. Alrededor de esa roca sacrificial Salomón hizo construir su Templo, y allí se construyó el Segundo Templo.

—Dicho de otra manera, debajo de esa roca se encontraría el sanctasanctórum.

—Exactamente. Ya sabe que el año pasado un rabino decidió hacer abrir la puerta de Kiphonus con el fin de explorar el túnel que se encuentra bajo la Explanada del Templo. Una tarde fui al túnel para ver el estado de las obras. Había tres hombres..., me golpearon. Lo más extraño es que mis agresores no habían podido pasar por la entrada que yo había usado, y que daba a un pasadizo secreto, porque venían del lado opuesto: es decir, de la Explanada de las Mezquitas. Al día siguiente, el Waqf, la autoridad musulmana que controla los lugares sagrados, hizo venir camiones que llenaron el túnel con cemento y muraron la puerta. Pienso que si se hubiera podido seguir excavando detrás de la puerta de Kiphonus, se habría podido descubrir el sanctasanctórum.

—¿Usted cree? —dije— ¿De veras? Entonces, ¿el sanctasanctórum no está debajo de la mezquita Al-Aqsa?

—Creo que el Templo estaba mucho más al norte. Tengo toda clase de argumentos arqueológicos para demostrarlo. Incluso, si lo desea, puedo hacerle llegar el dossier.

—¿Cuáles son sus argumentos?

—Todo se basa en la observación precisa de la Explanada, donde hay un pequeño edificio, la Cúpula de los Espíritus o Cúpula de las Tablas. Es llamada Cúpula de las Tablas porque está consagrada al recuerdo de las Tablas de la Ley.

La tradición judía indica que las Tablas, así como el bastón de Aarón y la copa que contenía el maná del desierto se guardaban en el Arca de la Alianza, que se encontraba en el sanctasanctórum. Otros textos indican que las Tablas estaban colocadas sobre una piedra, la Piedra de Fundación, situada en el centro del sanctasanctórum. Todo ello invita a pensar que el sanctasanctórum no estaba situado debajo de la mezquita Al-Aqsa, como se cree, sino debajo de la Explanada.

—¿De veras?

—La superficie de la Explanada era mucho mayor que el espacio actual. Las excavaciones al sur de la Explanada han permitido descubrir escaleras y fortificaciones que comunicaban con otros espacios que llegaban hasta el muro occidental.

—¿Qué pensaba su padre? —pregunté a Ruth—. ¿Por eso estaba buscando el tesoro del Templo? ¿Para evitar la Tercera Guerra Mundial, o... para construir su arca de santidad, como Noé con el diluvio?

—Por favor, no se burle —dijo Ruth—. ¿Acaso ignora que la situación actual en Jerusalén es explosiva? Nosotros trabajamos por el desarrollo de nuestra ciudad a pesar de los atentados y de las amenazas constantes. Además, el primer ministro, que ha aceptado hacer numerosas concesiones por la paz, se ha negado a ceder los lugares sagrados explicando que, cuando Jesús vino a Jerusalén, hace dos mil años, no vio ninguna iglesia ni ninguna mezquita, sólo el Segundo Templo de los judíos.

—¿Tenía usted conocimiento de la existencia de un Pergamino de Plata que el profesor Ericson tenía?

—Vaya —dijo Ruth—, qué curioso. Es la segunda vez que me hacen esa pregunta hoy. En efecto, me lo traje con sus cosas.

—¿Y dónde está ahora?

—Creo que ahora ya debe estar en París. Un colega de mi padre ha venido a buscarlo pronto esta mañana. Ha dicho que tenía un gran interés desde el punto de vista arqueológico.

—¿Conoce usted su nombre?

—Koskka. Josef Koskka.

—¿Y tú qué opinas? —preguntó Jane mientras descendíamos los dos juntos por las escaleras del Museo de Israel.

—También ellos —dije— intentan construir el Templo para encontrar a Dios. Creo que trabajaban con el profesor Ericson, que formaban una especie de equipo: Ericson había emprendido la tarea de encontrar el tesoro del Templo y ellos tenían la misión de calcular exactamente el emplazamiento del Templo. Ahora sólo nos falta la tercera parte del rompecabezas.

—Los que lo construirán.

—Exactamente.

—¿Quieres decir los que aporten las piedras para la reconstrucción del Templo? ¿Los arquitectos, los constructores? ¿Los... obreros?

—En efecto —dije—. O los masones.

—Eso explicaría —dij o Jane— por qué Ericson se encontraba en Khirbet Qumrán... Conocía el emplazamiento gracias a las investigaciones de su yerno, sólo le faltaba encontrar el tesoro.

Perdidos en nuestros pensamientos, no vimos que Aarón y Ruth salían del museo con sus hijos hasta que pasaron por delante de nosotros, sin vernos. En ese momento, un coche vino en nuestra dirección como una exhalación. Salté hacia un lado, pero el coche se dirigió frontalmente contra la familia Rothberg al tiempo que resonaba un estruendo espantoso, un ruido de metrallata.

El coche se alejó tan rápidamente como había llegado, dejando a sus espaldas un baño de sangre. Petrificados, no pudimos reaccionar. Todo había pasado demasiado deprisa.

¡Oh, Dios! Mi frente se empapó con un sudor frío que se deslizaba hacia mis ojos y empañaba mi visión. ¿Quién podía estar lo bastante loco para cometer semejante atrocidad y por qué? ¿Cómo se podía siquiera imaginar y comprender algo así? Ante semejante acto, sólo cabía estupor, dolor, lamentación. Sí, me lamenté. Había llegado el momento. «Seamos fuertes —me dije—, seamos robustos, mostrémonos como hombres valerosos y no tengamos miedo.»

Oh, corazón, no seas débil. Y sobre todo nunca mires atrás, porque ellos son una comunidad de malvados y todas sus acciones salen de las tinieblas. Nos seguían, nos seguían y nos espían, no había ninguna duda. Y yo había sido vencido, abatido por una fuerza demasiado superior, inconmensurable, omnisciente y omnipresente: la fuerza de las tinieblas. ¿De dónde venían? ¿Quiénes eran? ¿Eran los malvados, los hijos de las tinieblas de los que se ha dicho: *el reflejo de su espada es como el fuego que arrasa los árboles, y el sonido de su voz recuerda la tempestad sobre el mar?* También se ha dicho que sufrirán la tortura y la condenación, porque Dios acabará por poner fin a toda maldad por los medios de la verdad y purificará a los hombres de sus caminos perversos expurgando a los impuros, de modo que los justos podrán aprender el conocimiento de los más altos, y los perfectos serán instruidos en la sabiduría de los hijos del Eterno.

De súbito, una voz procedente de mi interior me dijo:

«Despiértate, levántate, resuelve este misterio y golpea al malvado, porque si no, volverá su mano contra los pequeños y sucederá que de todo el país dos tercios serán suprimidos y sólo un tercio permanecerá. ¡Y serán como una antorcha de fuego en las gavillas y devorarán a diestra y siniestra a todos los pueblos de alrededor! ¿No ves cómo la cólera prende en los hombres como un brasero, los embriaga y los arroja unos contra otros, irremediablemente? Permanecéis en las grutas, pero tenéis que informaros sobre lo que pasa fuera y esperar el momento propicio. Ha llegado el momento, Ary, ha llegado el momento de que salgas de las grutas. Si eres el Mesías, si has sido consagrado, tienes que combatir.»

En el taxi que nos llevaba de vuelta al hotel desde la comisaría de policía, varias horas más tarde, Jane parecía aterrorizada.

Apretó los labios cuando me dijo, como en respuesta a mis dudas:

—Creo que no te querían a ti, el otro día, en la ciudad vieja.

—¿A quién, entonces?

—Creo que querían raptarte, Ary, no matarte. Si no, lo habrían hecho. Ya ves, están dispuestos a todo. Su método es el atentado, público y clamoroso. No se detienen ante nada.

—¿Y por qué querían raptarme?

—No lo sé.

—Jane ¿y si es a ti a quien quieren raptar?

—¿Y por qué lo harían?

—Podrían pensar que ahora eres tú quien posee el Pergamino de Plata. Tú eres quien debería apartarse de este caso. Después de todo, ni tú ni yo somos detectives.

—Si quieres dejarlo, eres libre de renunciar —dijo Jane—. Pero yo ni me lo planteo.

Me mordí los labios.

—¿Puedes decirme una cosa? —pregunté—. ¿Cómo se tomó el profesor la conversión de su hija?

—Me parece, si quieres saberlo, que la fruta no cayó muy lejos del árbol. El profesor Ericson vino a Israel porque sentía pasión por el judaísmo. A menudo me decía que, cuando comprendió que las interpretaciones de los Evangelios eran antijudías, se inició en el estudio del judaísmo y empezó a aprender hebreo y arameo. Luego estudió la religión en escuelas judías.

Me sorprendió su mirada perdida, pero me aseguró que estaba bien y, en vez de volver, me arrastró a la ciudad vieja de Jerusalén, pero no al barrio que yo conocía, al que iba cuando era estudiante a rezar, estudiar y bailar en las *yeshivas*. Me llevó con paso apresurado al dédalo de calles de la ciudad árabe, que

parecía conocer a la perfección.

Llegamos a una intersección de la que salían tres calles que dibujaban la letra 卍, *sin*.

—Aquí —dijo Jane— tendrás que quitarte la kipá. O podría ser peligroso para ti.

Con un gesto de la mano me quitó la kipá bordada que llevaba.

Ese contacto efímero me turbó hasta el punto que lo sentí en todo el cuerpo, un ligero escalofrío me recorrió todo el cuerpo como si de repente me encontrara desnudo.

Entonces comprendí que deseaba esa mano sobre mi frente, sobre mis mejillas y sobre mi cuerpo. Y que deseaba a la mujer que caminaba delante de mí, de formas bellas y seductoras, cuyos cabellos, como una cascada, atraían la mano y la boca, y cuyos hombros y cuello eran un refugio para el rostro, y su cintura estrecha y sus piernas esbeltas eran un abismo para el hombre que se perdiera en ellas, y de repente la vi como a una cierva avanzando en su desnudez, y el deseo me quemó la frente, las mejillas y el cuerpo.

Sin: viene de *shen*, diente, símbolo de fuerza vital. Espíritu de energía, acción heroica. Crepitar del fuego, elementos activos del universo y movimiento de todo lo que existe.

El dominio de la *sin* permite utilizar y dirigir las fuerzas del universo. Pero la *sin* también evoca los dientes de los malvados. Sus tres barras son las tres fuerzas del mal: *celos*, *concupiscencia* y *orgullo*.



CUARTO PERGAMINO. El pergamino del Tesoro

*Con sus fieles, con Israel,
Él selló una alianza eterna.
Desveló para ellos los misterios
que asombraron a todo el pueblo:
los sabbats sagrados, las fiestas de gloria,
los manifiestos, los caminos de la verdad.
Obedientes a Su voluntad
ellos excavaron los pozos de aguas inagotables.
Quienquiera que combata contra ellos, no vivirá.*

Pergaminos de Qumrán,
Escrito de Damasco.

Solo, frente al texto me encuentro solo, sin amigos. La ausencia y el exilio en mi cueva minan mi alma, y me abstraigo en mi tarea. Escribo loco, me elevo al mundo de las letras, del que soy demiurgo y maestro, y en el que he visto la más hermosa y verdadera de las vías secretas. La concentración es la apertura a la simplicidad; y la evidencia, es mi modo de comunicarme desde lo más profundo del recuerdo. Para conseguirlo, creo el vacío, como si todo a mi alrededor desapareciera de golpe y yo me encontrara solo en el mundo. Entonces, dejo de oír el menor ruido, la menor voz, el menor soplo de aire que pudiera perturbar la vida propia y misteriosa que es la vida del Espíritu, y mi concentración es tan grande que cada día pasado con la escritura me acerca al Creador. Pero ¡qué inmenso es el desierto! Largo como el éxodo de Israel en ruta hacia la Tierra prometida. ¡Qué desnuda es la vida del desierto!. Desde el momento del despertar hasta el del reposo, así transcurre toda mi vida volcada en el estudio de la Ley, en la espera del Día que tiene que nacer.

En nuestra investigación era necesario actuar de prisa, quemar etapas; pero de forma irremediable, lo hecho, hecho estaba para siempre y no podía ser deshecho. De todos modos era forzoso continuar, sin temor al peligro que se acercaba sensiblemente a nosotros a medida que avanzábamos. Porque no estábamos solos: los Asesinos nos perseguían.

Sabíamos que el profesor Ericson quería reconstruir el Templo con la ayuda de los Rothberg, y que su expedición arqueológica no era más que un pretexto para llevar a buen término su misión: elevar un Templo en el que encontrar de nuevo a Dios. En esta búsqueda, los masones desempeñaban un papel, pero ¿cuál? ¿El de arquitectos, el de constructores? ¿Cuál era su relación con el misterioso Pergamino de Cobre?

Aquella noche, en nuestra calidad de principales testigos del asesinato de la familia Rothberg, volvieron a citarnos en la comisaría, y allí nos dirigimos, custodiados por dos policías que vinieron a buscarnos al hotel.

Pasamos buena parte de la noche escuchando las preguntas de los detectives y relatando lo que había sucedido ante nuestros ojos y de lo que habíamos sido testigos impotentes; pero ciertamente, ¿no son los testigos siempre impotentes?

Tuvimos que contar, una y otra vez, lo que habíamos visto, cómo se abalanzó el coche sobre ellos, cómo dispararon los hombres que estaban dentro, cómo se desplomaron los cuerpos. También tuvimos que explicar las razones por las que estábamos allí, sin decir realmente por qué, y yo noté cómo sus sospechas rondaban a mi alrededor, pero no podía decir nada porque mi investigación era rigurosamente secreta. Los policías, que presentían una relación con el asesinato del profesor Ericson, no paraban de preguntarme por qué me interesaba ese asunto, de dónde venía, en qué me ocupaba, preguntas todas ellas a las que me costaba mucho responder. Parecían conocer mis aventuras precedentes, relativas a la desaparición del pergamino del mar Muerto. Para ellos ese caso había sido archivado sin resolver, porque no conocían la existencia de los esenios, pero estaban convencidos, con razón o sin ella, de que existía una relación, un contacto, una trama entre el sacrificio del profesor Ericson y las crucifixiones de los investigadores de los pergaminos del mar Muerto, y de que esa relación, ese común denominador, era yo. Finalmente, a las cuatro de la mañana, agotado, me vi obligado a jugar mi última carta: pedí permiso para llamar por teléfono y desperté en plena noche, en su domicilio, al jefe de los servicios secretos, Shimon Delam.

Media hora más tarde, lo vi llegar ante los ojos alucinados de los policías.

—Buenos días, Ary, buenos días, Jane —dijo.

Al cabo de pocos minutos, salíamos de la comisaría.

—¿Y bien? —dijo Shimon tomándome del brazo—, ¿qué está pasando?

—Eh, bueno —respondí—, es la familia Rothberg...

—Sí, ya sé —dijo Shimon.

—Estábamos allí justo antes del drama.

Le miré con embarazo.

—Creo que nos siguen, Shimon.

Shimon levantó una ceja.

Le hablé de mi aventura en la ciudad vieja, así como del micrófono detectado en el hotel King David. Nos detuvimos en la acera.

—No te asustes, Ary —dijo, mientras sacaba su estuche de palillos—. Los del micro éramos nosotros.

—¿Cómo? —exclamé, no sin alivio.

—Pues claro —respondió.

—¿Por qué?

—¿Para protegernos? —preguntó Jane.

Shimon pareció incómodo. Luego añadió con cierta precipitación:

—Ary, no te escondo que se trata de una misión peligrosa. Quiero decir..., mucho más peligrosa que el caso de las crucifixiones de hace dos años.

—Explicate, Shimon.

—Estamos tratando con unos criminales de otro calibre. Secretos, eficaces, rápidos y sobre todo... invisibles, lo que les hace...

—¿Invencibles?

—En cualquier caso, estás arriesgando tu vida... Al principio del caso no lo imaginaba, Ary, si no, no habría mezclado a tu padre en todo este asunto. Pensaba en una provocación, en un asesinato aislado. Pero ahora sé que están dispuestos a todo.

—¿Quiénes?

—Ahí es donde nos duele —dijo Shimon mientras mordisqueaba su palillo—. Nosotros, el Shin Beth, no sabemos quiénes son. Lo que voy a decirte resulta bastante increíble, pero es la verdad. Da la impresión de que sólo aparecen para matar. Una vez cumplida su misión, desaparecen sin que tengamos la más mínima idea de dónde se refugian.

—Sin embargo, Israel es un país pequeño, no resulta fácil esconderse...

—Ahí es donde te equivocas, Ary. Las cosas han cambiado mucho en estos dos años.

—¿Qué quieres decir?

—La apertura de las fronteras con Jordania y Egipto crea nuevas posibilidades de fuga. Tenemos agentes en los Territorios, por supuesto, pero ya no controlamos la situación. Ayer pusimos en alerta a la base aérea de Ramat David, en Megiddo. ¿Me sigues?

—Perfectamente —dije.

—Por eso voy a pedirte que seas prudente, Ary. Muy prudente. ¿De acuerdo, Jane?

Al día siguiente volvimos a reunirnos, Jane, mi padre y yo, en el hotel, y desde allí nos preparamos para la excursión a Masada.

Aún no comprendía por qué mi padre había decidido llevarnos a ese lugar, ni qué idea le rondaba por la cabeza, pero confiaba en él y sabía que estaba esperando el momento propicio para revelarnos su plan.

Mientras conducía por la carretera escarpada que salía de Jerusalén en dirección al desierto de Judea, respondió a las preguntas que le hacía Jane, sentada a su lado.

—Masada es conocida sobre todo como el bastión de los zelotes, que resistieron con valentía a los romanos en la época de la caída del Segundo Templo, en el año 70, hasta el momento en que, viendo que iban a ser capturados por los romanos, prefirieron sacrificarse en un suicidio colectivo.

Al pronunciar estas últimas palabras, mi padre dio un volantazo tan brusco que el coche se detuvo. Detrás de nosotros, un coche de cristales ahumados nos adelantó. Mi padre volvió a arrancar y se puso a seguir al coche que había partido como una exhalación.

—¿Qué haces?—dije.

—Estoy siguiendo a los que nos siguen.

—¿Por qué? —pregunté asustado.

—Así impedimos que nos sigan —respondió secamente mi padre pisando el acelerador.

—Pero —objeté—, ¿y si era el Shin Beth?

Le había revelado la identidad de los que nos habían colocado el micro.

—No lo creo —dijo mi padre inclinando la cabeza y acelerando aún más.

Íbamos a ciento sesenta kilómetros por hora, siguiendo la carretera llena de curvas que rodea el mar Muerto. Jane, a su lado, se sujetó nerviosamente el cinturón de seguridad mientras yo me agarraba donde podía, en el asiento trasero.

Mi padre, movido por no sé qué ardor, se colocó de repente puerta contra puerta.

—¿Quién es? —dijo.

—No puedo ver nada —dijo Jane—. Los cristales están ahumados... A menos que... —Y sacó de su bolsa un pequeño aparato parecido a unos prismáticos.

—Gafas de infrarrojos —remarcó mi padre apretando el acelerador.

—Están enmascarados con *keffieh* rojos... Son... ¡Dios mío!

De repente, unos disparos hicieron estallar el cristal de delante y alcanzaron a Jane, que cayó hacia delante.

Gotas de sangre salpicaron el parabrisas.

—¡Jane! —grité.

—Estoy bien —dijo ella con un suspiro, irguiéndose.

Mi padre levantó el pie del acelerador y por fin dejó escapar al otro coche.

Paramos en el arcén y salimos, jadeantes. Me precipité hacia Jane, cuyo brazo, rozado por una bala, sangraba abundantemente. Mi padre sacó un botiquín de primeros auxilios del portaequipajes. Jane se arremangó, y le hice un vendaje después de limpiar su brazo ensangrentado.

—Esto bastará —dijo—. La bala sólo me ha rozado. Pero el coche...

El cristal había volado en mil pedazos.

—No es nada —dijo mi padre—. Pero creo que si queréis proseguir esta investigación, haríais bien en armaros. Ten, Ary —dijo, uniendo el gesto a la palabra. Y me tendió un pequeño revólver—. Shimon me lo ha dado para ti.

—7,65 —dije al tomarlo—. Gracias.

—Tampoco esta vez creo que quisieran hacernos daño —dijo Jane.

—¿Cómo? —dije—. ¿Y esa bala?

—Los he visto —dijo Jane—. He visto sus armas: son tiradores de élite. Si hubieran querido matarme, lo habrían hecho. Es una advertencia.

—Una más —dije.

—Y esta vez no se trata del Shin Beth —añadió mi padre.

—En realidad, no estoy seguro. Pero tengo la sensación de que alguien está intentando atraer la atención sobre nosotros.

—¿Qué quieres decir, Ary?

—¿Por qué Shimon ha venido a buscarnos?

—Porque somos los únicos calificados para llevar a cabo la investigación...

—Eso es lo que él dice.

—¿En qué estás pensando?

—¿Y si Shimon nos estuviera utilizando como señuelo?

Mi pregunta quedó en suspenso.

—Bueno —dijo mi padre—. ¿Qué hacemos? ¿Seguimos?

Visto desde el norte, era un peñasco inmenso con precipicios a ambos lados, inaccesible salvo en dos puntos, por caminos escarpados. «Como Qumrán —pensé al llegar frente a Masada—, es un promontorio, pero en mayor medida aún que Qumrán, es también una fortaleza: una fortaleza inexpugnable.»

—Bajo la dirección de Ygael Yadin, que era jefe del ejército y arqueólogo —dijo mi padre—, los investigadores descubrieron el yacimiento de Masada al día siguiente de la guerra de la independencia, en 1948, así como el palacio de Herodes. En sus ruinas se han hallado monedas, vasijas con los nombres de sus propietarios y fragmentos de una quincena de textos hebreos. Cuando, en 1960, fueron publicados algunos rollos de Qumrán, las similitudes con los fragmentos hallados en Masada les resultaron tan curiosas a los investigadores, que se preguntaron si los manuscritos del mar Muerto no serían obra de una secta particular que viviera en Masada. Otros sugirieron que los esenios de Qumrán se habían unido a los defensores de Masada en los últimos meses de la segunda revuelta judía, en el año 70. Pero yo creo que sucedió lo contrario.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que fueron los zelotes los que terminaron por unirse a los esenios; o más exactamente, por refugiarse junto a ellos. La descripción de Flavio Josefo de las circunstancias del asedio romano de Jerusalén demuestra que toda Galilea había terminado por rendirse completamente a los romanos, salvo los fugitivos de Masada, los zelotes. El grupo de Masada, al resistir de manera tan valerosa y durante tanto tiempo a las legiones, puso en cuestión el poder de los romanos y los ridiculizó. Todos, en el país, sabían lo que había pasado en Masada. Los jóvenes se dejaban arrebatarse por las arengas de los zelotes, y lo mismo les ocurrió a los esenios, que vivían no lejos de allí.

»En esas circunstancias dramáticas, los habitantes de Jerusalén no tenían elección; escondieron sus riquezas, sus libros e incluso las numerosas filacterias que se hallaron en las grutas de Qumrán. El asedio y su amenaza explican por qué había que esconder los rollos en un lugar lejano, a pesar de todos los obstáculos.

—¿Por eso en Qumrán sólo se han hallado copias y no originales?

—La razón por la que en Qumrán sólo se han encontrado copias, y no escritos con autógrafos, es que

los sacerdotes de Qumrán sabían lo que iba a pasar. En su espíritu estaba claro que el Templo iba a ser destruido y que lo que podía asegurar la continuidad del judaísmo no era ya el culto del Templo, sino el Libro, en asociación con todos los demás libros en los que se fundamentaba la vida espiritual e intelectual del judaísmo. Por eso intentaron salvar sus pergaminos.

—¿Y el tesoro? —preguntó Jane.

—Venid —dijo mi padre sin responder a la pregunta—, vamos a subir a Masada.

—Pero —objeté—, es casi mediodía. ¡Deberíamos tomar el teleférico!

—Vamos, Ary —dijo mi padre—, nunca hemos tomado el teleférico.

—¡Por lo menos Jane! —exclamé— ¡Está herida!

Jane sacudió la cabeza. Sabía que era tozuda y comprendí que con esa frase sólo había conseguido azuzar su orgullo. Mi padre sonrió enigmáticamente.

—Voy a comprar agua —dije.

En la parada donde vendían agua había cola.

—Vamos —dijo mi padre—. No podemos esperar tanto rato.

Iniciamos la escalada por el camino llamado «de la serpiente», que tenía efectivamente el aspecto de una serpiente de cuerpo largo y sinuoso. Nuestros miembros empapados de sudor, aplastados por el calor, se convertían en un peso insoportable. Era como si estuviéramos atenazados entre la atracción terrestre, que tiraba de nosotros hacia abajo, y la fuerza del sol, que nos comprimía. Había que luchar con toda la fuerza de la voluntad. Con las cabezas descubiertas, nos arriesgábamos a una insolación que podía sernos fatal. Me estaba entrando vértigo a causa de la altura, del esfuerzo y de la deshidratación. Mi padre subía con agilidad, casi sin esfuerzo, hablando de vez en cuando, contando los tiempos duros de la revuelta de los zelotes contra los romanos; y nosotros, detrás de él, comprendíamos por qué los romanos no pudieron llegar a la cima del acantilado. Jane subía jadeante, y yo cerraba la marcha con un sudor frío que descendía por mi espinazo.

Bajo el sol de mediodía, nadie más se había atrevido a subir por la vereda escarpada. Eramos los únicos. En varias ocasiones, Jane miró atrás, como para evaluar la distancia recorrida, pero el camino era largo y la tierra parecía no alejarse nunca.

—Aún estamos a tiempo de volver atrás —dije a Jane.

—¿Acaso no hemos recorrido la mitad del camino? —dijo mi padre.

Jane no pronunciaba una palabra. Estaba pálida y unas manchitas rojas sonrojaban sus mejillas. Su paso era ahora más lento.

La adelanté y me acerqué a mi padre.

—Pero ¿qué quieres demostrar? —murmuré inquieto—. ¿Quieres matarla?

No respondió. Trepaba obstinadamente. Seguía el camino de la serpiente. Aquel ascenso bajo el sol de mediodía, cuando ni siquiera teníamos agua, era una locura. Y él lo sabía perfectamente.

Al cabo de dos horas de escalada, conseguimos llegar a la cima.

Jane, que con un supremo esfuerzo de voluntad había escalado el último tramo, se derrumbó sobre uno de los bancos, apenas sombreado por un toldo. Corrí a buscar agua, que le hice beber a pequeños sorbos. Poco a poco, sus mejillas pálidas recuperaron su color, y me sonrió.

Dejé que Jane recuperara sus fuerzas y hablé aparte a mi padre.

—¿Qué? ¿Estás contento? —dije— ¿Puedes decirme por qué? ¿Por qué has querido hacerla pasar por esto?

Mi padre no respondía.

—¿Vas a decirme de una vez qué sentido tenía todo esto?

—Creo que Jane ha seguido un entrenamiento especial.

—¿Un entrenamiento especial? Pero... ¿de qué estás hablando? ¿Qué sabes tú de esas cosas?

—Ary, sabes perfectamente que nadie habría soportado la mitad de lo que ha aguantado ella, herida y sin agua.

—¿Qué quieres decir?

Lamentablemente, no obtuve respuesta a mi pregunta: Jane se acercaba a nosotros.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí, muy bien. ¿Seguimos?

—Mirad —dijo mi padre descubriéndonos el asombroso paisaje de Masada—. Desde aquí podéis ver Qumrán y el mar Muerto a la izquierda, y ahí está el Herodium, el antiguo palacio de Herodes el Grande. En 132, durante la segunda revuelta contra los romanos, este palacio se convirtió en la residencia del nuevo, y último, príncipe de Israel, que se llamaba Bar Kochba. Y desde aquí son visibles todos los escondites del tesoro mencionados en el Pergamino de Cobre.

—¿De veras? —dijo Jane— ¿Y usted sabe exactamente cuáles son?

—Para leer el Pergamino de Cobre hace falta un buen conocimiento de la literatura rabínica, y para ello no bastan ni todas las técnicas de ordenador juntas... La primera frase, por ejemplo, «en las desolaciones del valle del Achor», se refiere a un lugar en particular, geográfico y geológico.

Y en ese momento mi padre empezó a dictar para nosotros una conferencia magistral acerca del Pergamino de Cobre, que parecía conocer de memoria. Fue como si desenrollara el pergamino ante nosotros, desvelando, con majestuosa simplicidad todo su contenido; fue como si mi padre se hubiera convertido en el mismo pergamino vivo y parlante, como si el paisaje inmenso que se extendía ante nuestros ojos fuera un palimpsesto que mi padre rascara para nosotros hasta revelarnos un texto más antiguo y sagrado que el del copista, como si nuestros ojos oyeran y nuestros oídos vieran el misterioso rollo que descubría uno a uno todos sus secretos.

—En la columna 1 del Pergamino de Cobre —dijo mi padre, señalando con el dedo, alternativamente, al este, oeste, norte y sur—, se menciona la ruina de Horebbah, que está en el valle de Achor; allí, bajo las gradas que miran al este, hay un cofre de plata que pesa diecisiete talentos.

»En la tumba de piedras, hay un lingote de oro que pesa novecientos talentos y que está oculto por sedimentos. En el fondo de una gran cisterna, en el paseo del peristilo, en la colina de Kohlit, hay enterrados hábitos de sacerdotes. En el agujero del gran pozo de Manos, bajando a la izquierda, cuarenta talentos de plata. Cuarenta y dos talentos bajo las escaleras de un agujero de sal. Sesenta barras de oro en la tercera terraza, en la cueva de los viejos lavaderos. Setenta y siete talentos de plata en la vajilla de madera que se encuentra en la cisterna de una cámara mortuoria en el patio de Matías. A quince metros de las puertas del Este, en una cisterna, se encuentra un canal en el que hay escondidas seis barras de plata, al borde de una roca. En el lado norte de la piscina, al este de Kohlit, dos talentos de monedas plateadas. Vajilla sagrada y hábitos, en el lado norte de Milham. La entrada se encuentra al lado oeste. Trece talentos de monedas plateadas en una trampilla al fondo de una tumba al nordeste de Milham. ¿Sigo?

—Sí, por favor —dijo Jane, que había sacado su cuaderno y empezaba a dibujar el yacimiento con sus escondrijos.

—Catorce talentos de plata bajo un pilar en el lado norte de la gran cisterna en Kohlin. A unos kilómetros de allí, al lado de un canal, se encuentran cuarenta y cinco talentos de plata. De nuevo en el valle de Achor, dos vasijas llenas de monedas de plata. En lo alto de la gruta de Aslah, doscientos talentos de plata. Setenta y siete talentos de plata en el túnel que hay al norte de Kohlin. Bajo una piedra tumbal del valle de Sekaka, doce talentos de plata. Es inútil que tomes notas.

Jane se detuvo, su mano temblaba ligeramente.

—¿Porqué?

—Bajo un conducto de agua, al norte de Sekaka —prosiguió mi padre—, debajo de una gran piedra en lo alto del conducto, hay siete talentos de plata. Hay vajilla sagrada en la angostura de Sekaka, en el lado este del pozo de Salomón. Hay veintitrés talentos de plata enterrados junto al canal de Salomón, cerca de la gran piedra. Y dos talentos de plata bajo una tumba en el lecho del río seco de Kepah, que se encuentra entre Jericó y Sekaka.

En ese momento, Jane y yo le escuchábamos admirados, tanto por su memoria como por la diversidad de los lugares y el considerable tesoro que parecía extenderse a pocos kilómetros de allí, ante nuestros ojos.

Mi padre se volvió e, indicando la dirección de Qumrán, prosiguió:

—Cuarenta y dos talentos de plata debajo de un rollo en una urna enterrada bajo la entrada de la cueva de los pilares que tiene dos entradas, la que mira hacia el este. Veintiún talentos de plata bajo la entrada de la cueva, debajo de una gran piedra. Diecisiete talentos de plata debajo del costado oeste del Mausoleo de la Reina. Bajo la piedra tumbal del Fuerte del Sumo Sacerdote, veintidós talentos de plata. Cuatrocientos talentos de plata bajo el conducto de agua de Qumrán, hacia el pozo del norte, a los cuatro lados. Bajo la cueva de Beth Qos, seis barras de plata. Bajo el rincón Este de la ciudadela de Doq, veintidós talentos de plata. Bajo la hilera de piedra a la entrada del río de Kozibash, sesenta talentos de plata y dos talentos de oro. Hay una barra de plata, diez piezas de vajilla sagrada y diez libros en el acueducto de la carretera al este de Beth Ashor, al este de Ahzor. Bajo la piedra tumbal situada a la entrada del barranco de Potter, cuatro talentos de plata. Bajo la cámara mortuoria al sudoeste del valle de Ha-Shov, setenta talentos. Bajo los regadíos de Ha-Shov, setenta talentos de plata. He dicho que es inútil que tomes notas.

Esta vez Jane, que había vuelto a escribir, se quedó inmóvil.

—Bajo la pequeña entrada, al borde de Nataf, siete talentos de plata. Bajo la bodega de Chasa, veintitrés talentos y medio de plata. Bajo las cuevas que miran al mar de las cámaras de Horon, veintidós talentos de plata. En el borde del conducto, en el lado este del seno de la cascada, nueve talentos de plata.

Mi padre hizo una pausa. Se volvió, e indicando la dirección de Jerusalén, prosiguió:

—Sesenta y dos talentos de plata, contando siete pasos a partir del pozo de Beth Hakerem. Trescientos

talentos de oro en la entrada del estanque del valle de Zok. La entrada en cuestión se encuentra en el lado oeste, cerca de una piedra negra puesta sobre dos soportes. Ocho talentos de plata bajo el costado oeste de la tumba de Absalón. Diecisiete talentos bajo el conducto del agua que corre debajo de las letrinas. Hay oro y vajilla sagrada en las cuatro esquinas de la piscina. Cerca de ahí, en el rincón norte del pórtico de la tumba de Zadok, bajo los pilares del atrio cubierto, diez piezas de vajilla sagrada de resina, así como una ofrenda. Monedas de oro y ofrendas bajo la piedra angular situada junto a los pilares que rodean el trono y hacia lo alto de la roca, al oeste del jardín de Zadok. Hay cuarenta talentos de plata escondidos en la tumba bajo la columnata. Catorce piezas de vajilla sagrada de resina bajo la tumba del pueblo de Jericó. Vajilla de áloe y madera de pino blanco en Beth Esdatáin, en el pozo que se encuentra a la entrada de la pequeña piscina. Más de novecientos talentos de plata cerca del pozo del arroyo, en la entrada oeste de la cámara de la sepultura. Cinco talentos de oro y sesenta talentos más bajo la piedra negra de la entrada. Cuarenta y dos talentos de monedas de plata en las proximidades de la piedra negra de la cámara de la sepultura. Sesenta talentos de plata y vajilla sagrada en un cofre bajo los escalones del túnel superior del monte Garizim. Sesenta talentos de plata y oro cerca del arroyo de Beth-Sham. Un tesoro de setenta talentos bajo el túnel subterráneo de la cámara mortuoria.

Mi padre se detuvo y se sentó sobre una roca.

—Un tesoro considerable, como veis, y un trabajo considerable para esconderlo —dijo—. Lo que pasó...

Se calló para recuperar el aliento. Sus ojos llenos de emoción empezaron a brillar con una intensidad particular. Era la señal de que iba a llevarnos a uno de sus fabulosos viajes a través del tiempo, porque nadie como mi padre sabía contar las historias del pasado como si fueran presentes.

A nuestro alrededor se había formado una pequeña aglomeración formada por turistas e israelíes de excursión, atraídos por ese narrador cuyas palabras revelaban un tesoro que tal vez existía..., o tal vez no tenía realidad sino en sus palabras.

—Sucedió en tiempos antiguos, hacia el año 70 de nuestra era, cuarenta años después de la muerte de Jesús —empezó mi padre—. Jerusalén estaba asediada por los romanos. En medio de la aflicción y las tinieblas sobre la tierra, con gran estrépito y polvo, el fuego prendió en Jerusalén. Tito había llegado a la Ciudad Santa con 60.000 hombres. Había empezado a atacar por el norte y el oeste con sus arietes; luego, abierta una primera brecha en el muro, envió a Flavio Josefo para negociar la rendición, pero los rebeldes se negaron. Entonces los romanos asediaron la ciudad construyendo muros a su alrededor, y empezó la hambruna. Luego lanzaron sus arietes contra la Torre Antonia y los judíos se vieron obligados a replegarse al recinto del Templo, de murallas inviolables. Entonces empezó el verdadero asedio. Los romanos, durante seis días, hicieron trabajar sus arietes, pero no había nada que hacer, la muralla resistía. Construida por Herodes, el infatigable constructor, parecía inexpugnable. Las piedras blancas eran de tal volumen que cada una de ellas pesaba una tonelada.

»El hombre que tenía la responsabilidad del tesoro del Templo, Elías, hijo de Meremoth, pertenecía a la familia Aqçoç, pero era demasiado joven para desempeñar su función, pues era el último superviviente de su familia. Los romanos, que querían saquear el Templo y apoderarse de su tesoro, los habían matado a todos. Elías, cuando vio que la derrota ante los invasores era inevitable, decidió no hacer como su padre y sus tíos, que custodiaron el Templo a cualquier precio, a riesgo de sus vidas. Comprendió que el Templo iba a ser destruido por segunda vez y que nadie podría impedirlo. Lo único que se podía salvar era lo que contenía: en primer lugar los textos, los textos grabados sobre pergamino, y luego todos los objetos rituales, así como el oro y la plata, que constituían un tesoro fabuloso. Entonces Elías reunió a los sacerdotes del Templo, los Cohen y los Levi, en la gran Sala de Reunión:

»—Amigos —dijo—, yo no soy sacerdote como vosotros, porque mi familia decayó en la época del exilio de Babilonia, pero desciendo de una larga dinastía de sacerdotes y por ello tenéis que escucharme, aunque sólo sea el tesorero del Templo. El Templo será destruido, es inevitable. Cada día que pasa, los invasores están más cerca; cada día abren nuevas brechas en nuestras murallas, y llegará el día en que el Templo será incendiado, y todo lo que contiene arderá y será consumido por las llamas. Entonces, amigos, todos seremos deportados como nuestros antepasados a Babilonia, nos dispersarán por todo el mundo, y si el Templo es destruido, y si nosotros ya no tenemos país, y si perdemos Jerusalén, ya nada podrá unirnos de nuevo y será el fin de nuestro pueblo.

»Entonces se hizo el silencio y todos se miraron, asustados.

»—No podemos impedir la destrucción del Templo, pero sí hay algo que podemos salvar, una cosa esencial que nos une. —Todos los ojos convergían en Elías, esperando lo que iba a decir. Recuperó el aliento y dijo—: Son nuestros textos. Por ello, amigos, os lo ruego, confiadme los pergaminos, los rollos santos de la Torá, para que pueda salvarlos y custodiarlos en un lugar que conozco, en el desierto de Judea. Allí estarán

seguros durante años, hasta que regresemos y reconstruyamos el Templo. Pero si no me dais los textos, desaparecerán para siempre, serán polvo, y sin los textos, lo que desaparecerá será el judaísmo entero, y con él, ¡nuestra historia y nuestro pueblo!

»Los Levi y los Cohen asintieron con la cabeza y murmuraron palabras de aprobación, porque su discurso les había conmovido; no eran muchos los que le escuchaban, sólo una decena, pero una decena de hombres ya forma una Asamblea. Entonces el Gran Cohen se levantó:

»—Elías, hijo de Meremoth, de la familia Aqçoç. —dijo—, tú eres el tesorero del Templo, como has dicho. Desde el exilio, tu genealogía es problemática y no podemos considerarte uno de los nuestros. Por ello llevarás contigo todos los objetos del Templo, así como el tesoro que te ha sido confiado con tu cargo, pero no puedes llevarte los textos. Nosotros custodiaremos aquí los textos, hasta el fin, porque el Eterno, así como salvó a los hebreos de Egipto, ¡nos tenderá la mano y hará un milagro! Hace dos mil años, el pueblo de Abraham se estableció en el país de Canaán, entre el Jordán y el Mediterráneo. Más tarde, parte de los hebreos emigraron a Egipto, pero, bajo la guía de nuestro profeta Moisés, regresaron a Canaán. Hace setecientos años, los reinos nacidos de David y de Salomón fueron destruidos por los asirios y el pueblo hebreo fue llevado cautivo a Babilonia. Una vez más, pudimos volver aquí por gracia de Ciro, rey de los persas. Luego, hace ciento treinta años, nuestra tierra fue conquistada por los romanos y gobernada por un simple procurador. De nuevo nos vemos amenazados por la deportación lejos de nuestra tierra, ¡pero regresaremos, como hemos regresado siempre! Desde Babilonia o desde Egipto, desde la Galia o desde Persia, regresaremos.

»—Cuando regresemos, necesitaremos reunimos y probar al mundo nuestro derecho legítimo sobre esta tierra —dijo Elías con la voz vibrante de emoción—. Y sólo los textos nos permitirán demostrar que esta tierra nos pertenece. Sólo los textos nos permitirán acordarnos siempre de nuestro país y no olvidar jamás a Jerusalén.

»—Elías, hijo de Meremoth, tú eres un zelote, —dijo el Sumo Sacerdote.

»El Sumo Sacerdote sabía que, al acusarlo de ser un zelote, desacreditaba a su interlocutor. A diferencia de los fariseos y de los sumos sacerdotes, los zelotes, extremistas de origen popular, rechazaban los compromisos con el ocupante y querían acelerar la realización de las promesas divinas.

»—No ignoro que los zelotes han organizado una revuelta general y que pretenden apoderarse de Jerusalén —dijo Elías—. Pero ése no es mi objetivo.

»Elías no osaba mirar al Gran Cohen a la cara. Era él quien, el día del Kippur, entraba en el santasanción y hablaba con Dios. No se podía replicar a lo que decía el Gran Cohen, y aún menos hacer objeciones. De modo que Elías no dijo nada más, pero las lágrimas descendieron por sus mejillas, pues veía aproximarse el fin de su pueblo. Cuando salió del Templo, la pena oprimía su corazón. Dio unos pasos por la explanada. A lo lejos resonaba el estruendo de los arietes romanos, que intentaban perforar las murallas. Entonces se dirigió hacia el Pináculo y miró hacia abajo, hacia el fondo de todo, y tuvo vértigo. Y el vacío lo atraía, lo tentaba, lo llamaba.

»—¡Elías, Elías! —dijo una voz a sus espaldas—, sé por qué tu corazón está triste y pienso que tienes razón. ¡Pero, por favor, no te arrojes al vacío!

»Elías se volvió. Era Tsipora, la hija del Gran Cohen, que siempre se deslizaba al interior del Templo, entre los hombres; y como sólo era una muchachita, se lo permitían.

»—Mi padre —dijo Tsipora— no quiere darte los textos sagrados, pero puedes tomar las copias, que están hechas por buenos escribas de mano experta. ¡Reúne todas las copias que puedas encontrar en casa de los sacerdotes, de sus familias, de tus amigos y de los amigos de tus amigos, y llévatelas lejos del Templo para esconderlas!

»Entonces Elías, al oír estas palabras, se regocijó en su corazón, porque había hallado una respuesta a su pregunta. Hizo tal y como Tsipora le había dicho. Reunió todas las copias de los textos sagrados que encontró, las que se encontraban en la biblioteca del Templo, las que estaban en casa de los sacerdotes y las que poseían los habitantes. Todos le dieron sus textos, que eran buenas copias, hechas por excelentes escribas. Luego reunió todos los objetos del Templo, los vasos, los utensilios, los incensarios, así como todo el oro y la plata del Templo, y se dispuso a partir.

El grupo que rodeaba a mi padre le escuchaba con atención. Unos niños se deslizaron hasta la primera fila, para oír mejor. Mi padre bajó la voz y prosiguió:

—Era de noche. Una larga caravana avanzaba silenciosamente por un túnel situado bajo el Templo y que pasaba por debajo de las murallas de la ciudad. Diez camellos y veinte asnos transportaban un cargamento precioso. Quince hombres les acompañaban; a su frente estaba Elías. Dos de ellos se habían disfrazado de romanos, porque eran espías que hablaban perfectamente su lengua. Salieron de la ciudad y se adentraron en el desierto, en el que permanecieron durante varios días. Cuando llegaba la noche, se

escondían en ciertos lugares. Elías poseía el mapa en el que se encontraba la lista de los objetos, con cada uno de los escondites donde ocultarlos. Carecía de pergamino, porque, con el asedio, los animales que quedaban en la ciudad habían sido sacrificados para ser comidos. Entonces se le ocurrió la idea de utilizar un rollo que nunca sería destruido por el tiempo, que no sería comido por las ratas, que no sería reescrito o borrado. Un rollo de cobre.

Mi padre se detuvo un instante, Jane lo miraba con la boca abierta.

—Tampoco había escribas, todos estaban muertos, los romanos los habían matado; entonces eligió a cinco hombres que conocían la escritura y les dictó la lista.

—¿Por qué? —preguntó una voz entre la concurrencia.

—¿Por qué? —repitió mi padre—. Para reconstruir el Templo, por supuesto, con todos sus objetos, para reconstruirlo en tiempos futuros, próximos o lejanos. Porque con el estudio se perpetúa un pueblo, pero con el Templo la historia se hace real y se encarna.

—Sí, pero ¿por qué cinco escribas y no uno solo?

—Para que ninguno conociera la lista completa de los escondites en los que se encontraba el tesoro del Templo —respondió mi padre—. Y para que el secreto nunca fuera divulgado. En su huida, llegaban a los lugares en los que los objetos debían ser escondidos. En cada ocasión, Elías tomaba un camello o un asno y se alejaba de la caravana, porque nadie más que él debía saber dónde se encontraban exactamente los escondites.

»Un día, de madrugada, Elías había escondido los objetos correspondientes al vigésimo primer animal, y al volver junto a la caravana encontró a los dos falsos romanos discutiendo con auténticos romanos. Estos últimos empezaron a examinar la carga de los animales restantes. Eran nueve, cuatro asnos y cinco camellos, que transportaban pergaminos, porque todos los objetos del Templo ya habían sido escondidos. Los romanos empezaron a desenrollar los pergaminos... No comprendían qué era aquello, esperaban descubrir comida, oro o plata, y se encontraban con una caravana de pergaminos. Volvieron con su patrulla, que se encontraba justo enfrente: eran una decena de hombres. Elías siguió oculto durante todo ese tiempo, porque no sabía qué podía ocurrir. ¿Seguirían su camino? ¿Qué habían contado sus hombres, les habrían creído los romanos? Pasaron varios minutos en los que todos contuvieron la respiración. Pero en el desierto no había aire ni ruidos, sólo el sol que se desplomaba sobre las cabezas, que calentaba la sangre, que hacía enloquecer.

»De repente, los romanos se pusieron en formación. Unos instantes después, cargaron contra la caravana. Al ir montados sobre caballos, toda la ventaja estaba de su parte. Elías, impotente detrás de su roca, vio, horrorizado, cómo empezaba la batalla, cómo los romanos exterminaban a sus hombres sin piedad, los traspasaban con sus espadas, y no perdonaban tampoco a los falsos romanos, que habían intentado defender la caravana. Fue una matanza. Cuando la patrulla se alejó, sólo quedaban los camellos, los asnos y los rollos de pergamino. Los romanos no habían perdonado una sola vida humana.

»Entonces, Elías salió de su escondite. Soltó a los animales que no cargaban nada y se llevó a los otros, sobre cuyos lomos reposaban pesadas vasijas llenas de pergaminos. Reemprendió la marcha por el desierto, eligiendo caminos secundarios para no topar con los romanos. Los animales le seguían, sedientos, agotados como él mismo; lentamente avanzaban por el desierto, sobre la piedra y sobre la roca, y él los guiaba, y los manuscritos seguían su lento camino bajo el sol del desierto, para refugiarse, protegerse y eternizarse.

»Desde lo alto de una roca percibió el mar. Estaba en pleno desierto, pero no era un espejismo. Vio el mar, y supo que había llegado. Allí se encontraba un grupo distinto a todos los demás, un grupo de hombres fervientes que esperaban el Final de los Tiempos, que se purificaban, que se preparaban y que custodiarían los textos. Los llamaban "esenios". Elías fue recibido por un instructor, un hombre de edad avanzada, vestido con una túnica blanca, un antiguo sacerdote del Templo llamado Ithamar.

»—¿De dónde vienes, viajero? —le preguntó—. Pareces muy fatigado.

»—Vengo del Templo —dijo Elías—. Y el Templo será destruido. Los romanos están a punto de romper la muralla de la ciudad. Por ello he escapado llevando conmigo las copias de nuestros textos sagrados, para dároslos a vosotros y para que vosotros los guardéis.

»—¿Por qué copias?, —preguntó Ithamar.

»—Porque los sacerdotes del Templo no me han dejado tomar los originales.

»—Los sacerdotes del Templo —dijo Ithamar—... Los saduceos. El Templo será destruido por culpa de su rigidez.

»—También he traído un rollo en el que he hecho grabar todos los escondites en los que se encuentra el tesoro del Templo."

»—¿Has llevado contigo el tesoro del Templo?, —dijo Ithamar.

»Entonces Elías conoció a los esenios, y les entregó los manuscritos, y los esenios lo acogieron y le

prometieron lo imposible: que aquellos escritos perdurarían. A pesar de las guerras, a pesar del tiempo que pasa y destruye, a pesar del sucederse de las generaciones de los hombres, prometieron constituirse en guardianes de los textos.

»Entonces Elías fue recibido en la Sala de Reunión y habló a los Numerosos:

»—Amigos —dijo—, cuando llegue el momento, será preciso reconstruir el Templo. Este es el rollo en el que he consignado los lugares en los que he enterrado el tesoro del Templo. Por éste y por los demás pergaminos, han muerto hombres. Han muerto para que un día podamos volver a ver el Templo. Os entrego este rollo, a vosotros que sois los guardianes del desierto, porque es en vuestro desierto donde se encuentra el tesoro del Templo, no lejos de vuestras grutas, y no lejos de Jerusalén. Y todos vosotros, antes de que el Templo sea reconstruido, seréis la llama eterna de la Historia, vosotros seréis el Templo.

Mi padre hizo una pausa. La concurrencia a nuestro alrededor era cada vez más numerosa. Grupos de estadounidenses y de italianos se habían unido a los demás. Todos, en silencio, escuchaban la palabra surgida del pasado en el amplio teatro de Masada.

—Ese mismo día, un soldado romano se acercó, solo, a la muralla del Templo; no había recibido ninguna orden de sus superiores. Nadie le había dicho que hiciera lo que iba a hacer. Con paso de lobo, se asomó a una de las espilleras. Daba a una cámara recubierta de madera de cedro. Encendió la antorcha que tenía en la mano y la arrojó dentro. Cuando Elías volvió, el Templo estaba en llamas. En medio de la aflicción y las tinieblas sobre la tierra, con gran estrépito y polvo, el fuego había prendido en Jerusalén, y las osamentas descarnadas del valle fueron las de la Casa de Israel derrotada.

»Entonces Elías miró a Jerusalén desde el monte de los Olivos, Jerusalén rodeada de campos y de arenas. Sobre la torre de David había algunos árboles y un camino que llevaba a la muralla, y alrededor de ella, sólo montañas calvas. Jerusalén al borde del desierto, Jerusalén que ardía. El Templo ardía, el Templo en llamas era saqueado, miles de hombres, de mujeres y de niños intentaban escapar y eran degollados por los romanos. El oro, que reinaba en profusión, se fundía. Las placas de oro se escurrían por la fachada del Templo, del muro y de la puerta entre el vestíbulo y el sanctasanctórum. Todas las rocas duramente esculpidas, las terrazas y las tierras niveladas, se derrumbaban, ennegrecidas por el humo, ¡y nada sino ceniza quedaba de ellas! Ruinas de todas clases se acumulaban, cubriendo el Templo de ceniza y de polvo negro. El Pináculo había caído y la misma roca, que se elevaba majestuosamente, se hundió. La Explanada, de una belleza sin igual, la Explanada que dominaba el valle del Cedrón, frente al monte de los Olivos de follaje plateado, frente a las terrazas generosas, coronada por escalinatas, pórticos y jardines, la Explanada, maravilla de las maravillas, no era más que un gigantesco altar en el que ardía el fuego. Los altos pórticos de piedra maciza se derrumbaban uno a uno, y con ellos las murallas sostenidas por columnas. El pórtico real, desde donde el sacerdote anunciaba la llegada del sabbat con un toque de *shofar*, cayó a tierra y se rompió como un jarro en pedazos minúsculos.

»Los pavimentos de mármol se despegaban, los mosaicos se borran, el domo de dos cúpulas se partió en pedazos, y todas las puertas caían, las bóvedas se hundían, los grandes arcos se derrumbaban y los muros se desmoronaban. El mármol blanco estaba negro por el hollín; el mismo cielo, ennegrecido, ya no enviaba más luz; la oscuridad era tan grande que hacía llorar. Las paredes revestidas de cedro, las paredes doradas con decoración floral, las paredes de palmas, todas las paredes del Templo ardían, y con ellas las puertas, con sus goznes y sus charnelas, los largos vestíbulos, las columnas y las estelas, los atrios y los escalones, todo se consumía en una hoguera sin fin. Las salas y los pisos se desplomaban sobre el altar del Holocausto, del que ascendían altas llamas; el bronce se fundía, el ladrillo se ennegrecía bajo el incienso incandescente, las murallas se desmoronaban como hojas de ceniza, los mercados y los depósitos y todos los barrios circundantes doblegaban, humillados, las torres; las ciudadelas, inexpugnables gracias a las tres murallas de la ciudad, se convertían en juguetes humeantes; los cuarteles y el palacio de Herodes, protegido por fortificaciones y murallas, el palacio formado por dos edificios principales, con sus salas de banquetes, sus baños y sus apartamentos reales rodeados por jardines, bosquecillos, lagos y fuentes, no era más que un montón de ruinas. La puerta de cobre de Nicanor, que había escapado milagrosamente al naufragio durante su transporte por mar y que comunicaba el patio de las Mujeres con los últimos patios interiores, la puerta se fundió sobre sus quince escalones y se escurrió como el vino. Allí en aquellos tiempos se colocaban los levitas y cantaban acompañados por instrumentos musicales.

»El patio de los Israelitas, los que no pertenecían a las familias sacerdotales o levíticas, la cámara de la Talla, de piedra tallada, donde se reunía el Sanedrín, y la sala del Hogar, donde pasaban la noche los sacerdotes de servicio, no eran más que brasas humeantes; el Altar de piedra encalada, virgen de todo contacto con el hierro, era violado por el fuego; el Lugar del Sacrificio, con las Tablas de mármol, los postes y las rocas, donde el sacerdote santificaba a la Vaca Roja, el mismo Lugar del Sacrificio se convertía en sacrificio.

»Los hombres huían por doquiera; miles y miles de hombres se empujaban, se precipitaban en el pánico, intentando escapar de las llamas; las mujeres llevaban a sus hijos que lloraban, los hombres llevaban a sus mujeres que lloraban, los sacerdotes llevaban a los hombres que lloraban. Pero todos ellos ardían en las llamas, todos caían bajo las piedras, todos se ahogaban en el polvo y el fuego. Y los que lograban escapar eran prendidos por los romanos, que mataban a hombres, mujeres y niños.

»Entonces Elías elevó la mirada al cielo, invocó al Dios del conocimiento del que proviene todo lo que es y lo que será, y rezó para que un día el Templo fuera reconstruido, para que llegara el día en el que acogiera de nuevo las ofrendas de las gentes llegadas de las cuatro partes del mundo.

Mi padre calló. Dio unos pasos para indicar a la concurrencia que la historia había terminado. La gente se dispersó poco a poco en un único murmullo, y nos quedamos solos.

—Dos mil años después —murmuró mi padre—, yo estuve allí. Formaba parte de una expedición de arqueólogos que realizaba prospecciones a partir del Pergamino de Cobre. En la columna 1 figura la descripción de un gran agujero encima de un muro. En el fondo de ese agujero, según el Pergamino de Cobre, hay algo azul. Una mañana, nos encontrábamos en las grutas cerca del mar Muerto, ante una cueva abierta en la parte superior de la montaña. Era la primera prospección que se hacía en el lugar. Desde la cima de la montaña, vi la cueva correspondiente al pasaje mencionado en el rollo. Entramos el jefe de la expedición y yo mismo. El suelo de la caverna estaba cubierto de piedras. Una de ellas atrajo mi atención: no era una piedra natural. Parecía esculpida, grabada por una mano humana. Comprendí que era allí donde había que excavar. Al cabo de unas horas, habíamos puesto al descubierto un bloque de granito que pesaba varias decenas de kilos. Lo empujamos a un lado, y vimos que ocultaba la entrada de un pasadizo que llevaba a una cámara gigantesca de la que partía un corredor que seguimos. Desembocaba en una sala circular.

Mi padre hizo una nueva pausa.

—¿Y bien? —pregunté—, ¿dónde estaba la cosa azul?

—Seguimos descendiendo a lo largo de un túnel tan estrecho que nos obligaba a reptar como serpientes. Y de repente, todo pareció extraño. Había... como un gran espejismo, al fondo del pasadizo. Al final del túnel, en la oscuridad más absoluta, vi de repente, a diez metros de mí, un aura de un azul resplandeciente sobre el suelo de una nueva sala. Llamé a mis compañeros, que se habían quedado detrás de mí, pero en voz baja, por miedo a provocar un derrumbamiento; no me oyeron. Entonces, solo, fui hacia ese resplandor, me sentí impelido a hacerlo como por una fuerza sobrenatural, una fuerza extraña que emanaba de esa luz azul, una luz translúcida filtrada por la roca, de un azul evidente, de un azul más claro que el azul del mar, de un azul verde, turquesa y malva, índigo pastel, un coral negro de azul salvaje, un azul que no venía de arriba... ¡sino del centro de la Tierra! Cuando llegaron los demás, el fenómeno había terminado. Evidentemente, nadie me creyó. Pensaron que había sido víctima de una alucinación. Mucho más tarde comprendí qué había ocurrido. Un físico me explicó que se trataba de un fenómeno natural: cuando el sol en su apogeo emite un rayo filtrado por la roca situada encima de la cavidad, la intensidad del rayo es tan fuerte que proyecta su aura hasta la cueva situada abajo, de forma parecida a la cámara que proyecta una película.

»Pero nada podrá borrar esa impresión de fluorescencia sobrenatural, esa iluminación auténtica de la cámara. Durante largas noches, ese azul me ilumina y me embriaga. Era un efecto... astronómico. Podría ser una parte del tesoro, y quizá la única que aún permanece.

—¿Cree que el tesoro ya no se encuentra aquí? —preguntó Jane de repente.

—Lo que yo creo —dijo mi padre—... no tiene mucha importancia. En cuanto comprendieron cuál era el increíble contenido de ese texto, los investigadores consideraron improbable que ese tesoro existiera. La Escuela bíblica de Jerusalén, estrictamente católica, que se había apropiado de los textos de Qumrán durante casi veinte años con la intención de obtener la exclusiva del acceso a los pergaminos del mar Muerto, pretendió dejar establecido que se trataba de un texto fantasioso, y que era imposible que el tesoro existiera realmente.

—¿Por qué? —preguntó Jane.

—Siempre por la misma razón, Jane. Porque no quieren que se reconstruya el Templo.

—También el profesor Ericson creía que esas reservas de oro y plata procedían de Jerusalén y que pertenecían al Templo. Por ello formó el equipo.

—¿Qué habéis encontrado?

Jane se acercó a él.

—Hasta ahora, no mucho —murmuró—. Cerámica, reservas de incienso que realmente podrían haber pertenecido al Templo, ketorita. Ah, y también había una vasija en el suelo, muy grande, llena de cenizas de un animal...

Mi padre reflexionó un instante. Mis ojos se cruzaron con los suyos. Habíamos tenido la misma idea.

—Las cenizas de la Vaca Roja.

Lo dijimos al mismo tiempo. Jane nos interrogó con la mirada.

—Una vaca de una especie muy rara —expliqué— cuyas cenizas permitían la purificación ritual del pueblo. La vaca, sin taras ni defectos, tenía que ser un animal que nunca hubiera llevado el yugo. Se tomaba su sangre y se rociaba siete veces sobre el altar. Luego se quemaba la vaca y el Sumo Sacerdote tomaba madera de cedro, hisopo y carmesí y los echaba en el centro del brasero en el que se consumía la vaca. Por fin, se tomaban las cenizas de la vaca y se las depositaba en un lugar puro. Las cenizas habían de utilizarse para dar el agua lustral, destinada a la absolución de los pecados. La Vaca Roja, sin defectos, era extremadamente rara; a veces pasaban años antes de que se encontrara una. Pero es el único animal, según la Biblia, que permite la purificación necesaria para la realización del ritual del Templo.

—¿Cree que fue el mismo Elías quien dejó esas cenizas en Qumrán con vistas a la reconstrucción del Templo?

—Ciertamente —dijo mi padre.

—¿Qué pasó luego? —preguntó Jane.

—Luego —murmuró mi padre.

Marcó una pausa. Pareció reflexionar un instante antes de proseguir.

—Por medio de los manuscritos del mar Muerto descubrimos, gracias a unas cartas depositadas en Qumrán, lo que pasó luego. El Templo fue destruido. El país fue invadido por los romanos, pero el grupo de los zelotes organizó una resistencia feroz contra el invasor. En el año 132, el emperador Adriano declaró que Jerusalén era una ciudad romana y construyó un templo en el lugar en el que se había encontrado el Templo de Jerusalén. Un hombre llamado Simón Bar Kochba encabezó la revuelta contra los romanos en el año 132, sesenta años después de la destrucción del Templo. Ese hombre contaba con el respaldo de varios rabinos eminentes, entre los que se encontraba el rabí Aquiba, el más grande rabí de Israel, que proclamó que Bar Kochba era el Mesías. Bar Kochba consiguió liberar Jerusalén y proclamó la Judea libre. Pero Adriano mandó a su general Severo para que terminara con la revuelta, cosa que hizo, asediando las plazas judías fortificadas para provocar la hambruna. Más de 580.000 judíos perecieron en esa revuelta. Por lo que respecta a Qumrán, el lugar sirvió de refugio a los insurrectos y a su jefe, Bar Kochba. Éste, mientras estaba allí, tuvo conocimiento de los textos y, en particular, del Pergamino de Cobre. Así fue como Bar Kochba concibió la idea, insensata, de liberar Jerusalén y reconstruir el Templo. Todo ello sucedía setenta años después de que Elías entregara el Pergamino de Cobre a los esenios tras esconder el tesoro del Templo. También por esa razón creyeron que él era el Mesías. De todos modos, cuando supo que su residencia, el Herodium, antiguo palacio de Herodes el Grande, había caído, comprendió que su misión había fracasado. Dejó el Pergamino de Cobre en el mismo lugar en que lo había encontrado y partió hacia Bittir, donde murió esperando que, más tarde, alguien lograría reconstruir el Templo.

Mi padre había murmurado estas últimas palabras mirándome fijamente.

—... Además de devolver el Pergamino de Cobre a los esenios, Bar Kochba enriqueció el tesoro del Templo con los dones de los ricos judíos de la Diáspora que apoyaban su rebelión y habían creído en él, a lo que hay que añadir el dinero procedente de los pagos en especies, así como las ofrendas... Una suma considerable que Bar Kochba tenía en su poder y que depositó en algunos de los escondites de Elías.

—¿Por qué cree que los romanos se enojaron tanto con el Templo? —preguntó Jane.

—Los romanos sabían que Jerusalén iba a tener una importancia fundamental para ellos. Sentían que, en su voluntad de existir a través del Templo, la ciudad seguía llevando al mundo pagano el mensaje de que el Final de los Tiempos había de llegar, y que un día la dominación romana cesaría.

—¿Y luego?

Jane y yo lo dijimos al mismo tiempo. Una vez más, mi padre sonrió con la sonrisa de serenidad, de dominio de sí mismo, que yo conocía tan bien, una sonrisa feliz y auténtica.

—Luego —dijo—, pasaron dos mil años, los pergaminos fueron redescubiertos y analizados por los investigadores del equipo internacional. Por lo que respecta al Pergamino de Cobre, el profesor Ericson se ocupaba de él desde hacía varios años.

Jane palideció cuando se pronunció ese nombre. Sorprendí su mirada, que se endureció de pronto al cruzarse con la mía.

—El profesor Ericson estaba tan obsesionado por el rollo que decidió buscar el tesoro del Templo. Pensaba, esperaba, que el tesoro existía realmente. Al principio no fue nada fácil. El Pergamino de Cobre, hallado en Qumrán, había sido transportado a Ammán, en Jordania, durante las guerras árabe-israelíes. El profesor Ericson convenció al director de los bienes arqueológicos jordanos de que el tesoro mencionado en el Pergamino de Cobre podía ser desenterrado, algo que para los demás miembros del equipo internacional era inadmisibles. Se negaban a ver que uno de los pergaminos, y no el menos importante, se les escapaba. Pero era imposible detener al profesor Ericson, que emprendió expediciones arqueológicas en lo que

entonces era Jordania con el fin de buscar el oro y la plata mencionados en el Pergamino de Cobre. Pero la historia arqueológica, una vez más, fue a estrellarse contra la Historia a secas. En 1967, después de un mes de amenazas militares y retóricas por parte de Egipto y Siria, Israel emprendió una ofensiva masiva contra Egipto. Al día siguiente, se produjeron combates esporádicos en la frontera entre Israel y Jordania. Y después tuvo lugar la batalla de Jerusalén. La apuesta estratégica de la batalla se centraba en dos lugares: el muro occidental y el Museo Rockefeller, en las cercanías de la antigua ciudad árabe, ¡donde se encontraban... los manuscritos del mar Muerto! El 7 de junio, a última hora de la mañana, un destacamento de paracaidistas israelíes avanzó lentamente hacia el muro de la ciudad vieja y, después de un tiroteo con las tropas jordanas, consiguió rodear el Museo. Al mismo tiempo, las columnas israelíes avanzaban en dirección al valle para atraer a las fuerzas jordanas lejos de Jericó y de la costa noroccidental del mar Muerto. Fue entonces cuando el yacimiento de Khirbet Qumrán y los cientos de fragmentos de Qumrán cayeron bajo control israelí.

»La mañana del 7 de junio de 1967, la batalla de Jerusalén se encontraba en su momento culminante. Al amanecer me despertó Yadin, el jefe del ejército, y entré en el Museo Rockefeller escoltado por paracaidistas israelíes. Atravesé las galerías y de repente, al fondo de un pasillo, vi una gran sala en la que había una mesa larga, inmensa: la Scrollery. Allí se encontraban los manuscritos del mar Muerto. Era hacia el fin de la mañana. Los paracaidistas fatigados descansaban en el claustro del museo, alrededor de la piscina. Al cabo de unas horas, vi aparecer a Yadin y a tres arqueólogos atónitos, como tocados por la gracia divina. Nunca habían visto tantos fragmentos, dispuestos de ese modo en centenares de placas, frágiles, a punto de convertirse en polvo o bien de ser descifrados: procedían del sanctasanctórum de los manuscritos. Pero yo me sentí decepcionado, porque entre todos esos textos buscaba uno que seguía faltando. Los jordanos lo habían conservado apartado de los demás, a sesenta kilómetros de allí, perfectamente protegido en la ciudadela de Ammán, donde se encuentra el Museo Arqueológico de Jordania, que se eleva como una colina puntiaguda en el centro de la ciudad moderna. Entre los fragmentos y objetos de cerámica, un cofrecillo de madera y terciopelo contenía algo distinto e infinitamente precioso. Los siglos pasados en las grutas no habían dañado el documento, pero la manipulación con máquinas modernas había terminado por dañarlo. Los bordes superior e inferior se estaban desmenuzando, y algunos fragmentos se habían desprendido y esparcido en la vitrina. El Pergamino de Cobre estaba desapareciendo, se marchitaba. El profesor Ericson intervino de nuevo: ¡era el único que podía hacerlo! Con la ayuda de la red masónica, lo transportó a Francia, donde aún se encuentra, para que lo restauraran.

—¿Y el tesoro? —dijo Jane—. El tesoro del Templo. ¿Dónde está ahora? ¿Es posible que aún se encuentre en los lugares que nos ha indicado?

—Estuvo, pero eso no quiere decir que aún esté. Creo que en la actualidad todos los escondites están vacíos.

—¿Vacíos? —preguntó Jane—. Pero ¿por qué cree que están vacíos?

—Porque visité algunos de ellos, Jane, hace cuarenta años.

—¿Cómo? —exclamó Jane, más pálida que nunca—. ¿Los ha visitado?

Lo miró pasmada, como si años de su vida acabaran de desmoronarse con una sola palabra, como si todo el trabajo del profesor Ericson, el ideal de una vida, no hubiera sido más que un espejismo.

—Y puedo afirmar que no había nada en su interior.

—Entonces, ¿dónde está el tesoro?

Jane se había sentado sobre una roca, agotada de repente. Palpó su herida, simplemente porque sentía que le dolía. Miró hacia todos los lados, como buscando una ayuda o que alguien la liberara de esa pesadilla.

—Para robar el tesoro —dijo mi padre con dulzura—, antes era necesario encontrarlo. Y para localizarlo, como os he dicho, hacía falta ser un erudito.

—Quizás el profesor Ericson había hallado la respuesta a esa pregunta —murmuré—. Y sin duda eso le supuso morir del modo que lo ha hecho.

—En cualquier caso —dijo Jane poniéndose bruscamente en pie—, ya no hay nada que buscar aquí. —Y, dando un paso hacia mi padre—: Pero usted —dijo—, ¿no está negando ahora la existencia del tesoro del Templo tal y como hacen los investigadores de la Escuela Bíblica?

—No —dijo mi padre con calma—. Estoy seguro de que el tesoro del Templo existió o existe todavía. Estoy seguro de que fue escondido en estos lugares..., pero también sé que hoy ya no está ahí.

Mi padre había bajado la voz. Eran las seis. A nuestro alrededor, la tarde caía lentamente. A lo lejos, las montañas del Moab, veladas por un halo de polvo, dibujaban formas vaporosas por encima del lago de asfalto que brillaba a la luz del crepúsculo con reflejos grises y turquesas. No había un solo pliegue, un solo movimiento. El mar bajo el sol poniente se ennegrecía, el sol inscribía en él sus últimas letras.

—Creo —dijo lentamente mi padre— que todas las búsquedas relativas al Pergamino de Cobre se han revelado infructuosas porque el tesoro del Templo fue trasladado.

—¿Trasladado? —dijo Jane—. ¿Adónde?

—A lo mejor la respuesta se encuentra en el Pergamino de Plata —dije.

—¿El Pergamino de Plata? —dijo mi padre.

—Sí —dijo Jane—. Hay otro pergamino, un Pergamino de Plata que poseían los samaritanos. Se lo dieron al profesor Ericson poco antes de su muerte.

—Un Pergamino de Plata —repitió mi padre—. Eso significa que entre la época de la segunda revuelta de Bar Kochba y hoy, habría un eslabón perdido...

—Que se encontraría en el Pergamino de Plata.

—¿Qué contiene ese rollo? —preguntó mi padre.

—Nadie lo sabe, salvo... el profesor Ericson —dije.

—Y Josef Koskka —añadió Jane.

Ya era tarde cuando volvimos a Jerusalén. Mi padre nos dejó en el hotel. Pedí a Jane que consultara su ordenador, al que yo llamaba «el Oráculo». Subió a su habitación y volvió a bajar enseguida pertrechada con su portátil. Después de una ojeada a nuestro alrededor para asegurarnos de que nadie nos espiaba, nos instalamos. Sin embargo, yo sentía una especie de presencia difusa, una presencia no enemiga, y empecé a preguntarme si el Shin Beth no nos estaría siguiendo constantemente.

Jane se sentó en un sillón y colocó su ordenador delante de ella, sobre la mesita baja prevista para ese uso. Al cabo de unos minutos, me hizo una señal para que me acercara.

—Creo que ha llegado el momento de saber algo más acerca de uno de los miembros del equipo —dijo.

En la pantalla se desenrolló un texto:

JOSEF KOSKKA, investigador polaco, especializado en las civilizaciones orientales, arqueólogo en el Próximo Oriente, autor de 23 obras científicas sobre su especialidad. Inició sus estudios en París, en la Universidad Católica, y más tarde en el seminario de Varsovia; estudió teología y literatura polaca en la Universidad Católica de Lublin, así como en el Instituto Bíblico Pontificio de Roma.

—¿Eso es todo? —pregunté— ¿No hay nada más?

Jane tecleó unos instantes más en su ordenador y vimos aparecer:

JOSEF KOSKKA. Nacido el 24 de diciembre de 1950 en Lublin, Polonia. Tres años en la Universidad Católica de París. En octubre de 1973 solicita ser admitido en la Universidad Católica de Lublin. Allí estudia teología y obtiene la licenciatura en paleografía. Sólidos conocimientos de las lenguas antiguas, griego, latín, hebreo, arameo y sirio. En octubre de 1976 marcha a Roma y se inscribe en la Facultad de Ciencias Bíblicas, así como en el Instituto Oriental. Aprende siete idiomas más: árabe, georgiano, ugarítico, acadio, sumerio, egipcio e hitita. Al concluir sus estudios en el Instituto Bíblico conoce trece lenguas antiguas, sin contar las lenguas modernas: polaco, ruso, italiano, francés, inglés y alemán.

Prosigue sus investigaciones en Israel con los equipos arqueológicos del Servicio de Antigüedades de Jordania, de la Escuela Bíblica y Arqueológica francesa de Jerusalén y del Palestine Archaeological Museum.

Colabora en el estudio de centenares de fragmentos procedentes de la gruta 3 de Qumrán. Participa en numerosos hallazgos epigráficos en los acantilados de Qumrán y en la región: excavación de grutas y exploración de los acantilados. Vuelve a París, donde reside actualmente, como investigador en el Centro Polaco de Arqueología y Paleografía.

—¿Qué te parece, se llevó deliberadamente el Pergamino de Plata sin hablar con los demás miembros del equipo? —preguntó Jane.

—Es posible. Pero eso quiere decir que conocía su contenido.

—¿Crees que aceptaría colaborar con nosotros?

—Creo que hay que hacer todo lo posible para saber más sobre él y sobre ese misterioso Pergamino de Plata.

Era tarde cuando me despedí de Jane. Decidí volver a Qumrán para ver a los míos y darles cuenta de los nuevos acontecimientos, los tristes acontecimientos sobrevenidos en los últimos días.

Tomé prestadas las llaves del *jeep* de Jane, entré en el coche y me senté al volante. Llevaba conmigo el revólver que me había dado mi padre, pero mi túnica de lino no tenía bolsillos. Sólo me quedaba una solución: colgarlo de los hilos de lana blanca, las filacterias que pendían del pequeño chal de oración que no me quitaba nunca.

La luna iluminaba la tierra con su luz blanca, excavando profundas grietas en las rocas y en el curso torturado de los torrentes que llegaban al mar, en el que se reflejaban las montañas del Moab por un lado y los golfos del desierto de Judea por el otro.

A mitad de camino entre los dos picos y el mar Muerto, se podía distinguir una terraza de marga sobre la que se recortaban unas ruinas, y en las paredes rocosas del desierto, en las cavidades excavadas por las aguas, nuestras grutas se escondían de las miradas, rodeadas por los *ued* que vierten al mar.

Una vez en Qumrán, me dirigí a la sinagoga, una gran cavidad oblonga en cuyo extremo se hallaba una sala que servía de lugar de reuniones del Consejo Supremo. Allí estaban Isakar, Peres y Yov, los sacerdotes Cohanim y Ashbel, Ehi y Muppim, los Levi, así como Guera, Naamane y Ard, hijo de Israel, acompañado por Levi el Levi.

Aquí, en esta sala, nadie habla antes que otro de mayor edad, ni antes que aquel que estaba inscrito primero, ni antes del hombre al que se interroga. Y en las sesiones de los Numerosos, nadie habla antes que el inspector de los Numerosos.

Pero yo había sido ungido, yo era el Mesías. Por eso me correspondía el derecho de dirigirme a los Numerosos, sentados sobre taburetes de piedra, todos vestidos de blanco.

—Tengo algo que comunicar a los Numerosos —les anuncié.

En esta ocasión, ningún grito, ningún tumulto turbó mis palabras y me expresé en un silencio absoluto.

—Os explicaré —dije con una voz que la gruta hacía resonar alta y clara—, os explicaré lo que he hecho y lo que he visto cuando me encontraba en Jerusalén.

Lo narré todo, hasta el más mínimo detalle. Les hice partícipes del asesinato de la familia Rothberg, les hablé de los hombres que me habían seguido y que habían atentado contra mi vida. Añadí los nuevos datos sobre el asesinato del profesor Ericson y asimismo lo que había sabido por mi padre: que el tesoro del Pergamino de Cobre ya no se encontraba en el desierto de Judea, que había sido trasladado, y que quizás el Pergamino de Plata que habían custodiado los samaritanos contenía alguna pista.

El silencio que había envuelto mis palabras se prolongó hasta bastante después de que hube terminado. Luego, Levi se levantó.

—Desconfiemos de los espíritus malignos —dijo— y de los espíritus terroríficos, para que advenga el Espíritu de Dios, insondable y todopoderoso. Tienes que reunir tus fuerzas, sin ningún miedo. No les temas, porque su deseo tiende hacia el caos. Nunca olvides que el combate es tuyo y que de ti viene el poder, como así fue declarado en una ocasión: *Una estrella ha surgido de Jacob, un cetro se ha alzado de Israel, y golpea las sienes de Moah, y derriba a todos los hijos de Seth.*

Entonces Ashbel, el Maestro de la Intendencia, se levantó. Era un hombre pequeño, de rasgos hieráticos y rostro de bronce.

—¿Cuál es la relación entre el tesoro del Templo y el asesinato del profesor Ericson? —preguntó.

—El profesor Ericson iba en busca del tesoro del Pergamino de Cobre. Creemos que ha sido asesinado por esa razón.

—¿Crees que hay un traidor entre nosotros? —preguntó Ard, el simple de espíritu.

En efecto, el profesor Ericson había muerto en el yacimiento de nuestros antepasados, y no por casualidad, dado que nos buscaba y sabía que los esenios habían designado a su Mesías. ¿Cómo podía saberlo? Oh, Dios mío, ¿qué significaba todo eso?

—Todo terminará por tener sentido. Pero, para comprenderlo, habré de partir —dije—. Tengo que realizar un largo viaje, porque el Pergamino de Plata se encuentra, sin duda, en París.

—Quieres partir —dijo Levi el Levi.

—A Francia, a Europa —dije—. Donde haga falta.

—Es imposible —respondieron Ehi y Muppim, los Levi.

—¿Imposible?

—No puedes salir de aquí —dijo Levi—. Tu misión tiene que realizarse entre nosotros, con nosotros. No debes correr peligro. Nos has dicho que tu padre pensaba que Shimon Delam podría utilizarte como señuelo. Si te vas lejos, ¿quién te protegerá?

—Tengo que irme —repetí—. Es necesario. Por todos nosotros. Por nuestra seguridad.

Guera, el Maestro del Consejo, se levantó.

—Cuando surge un problema en la comunidad —dijo con su voz grave—, la asamblea se constituye en tribunal, lo sabes. En lo que se refiere a los juicios, nos esforzamos en ser escrupulosos y justos. Y cuando juzgamos reunidos en número de cien por lo menos, nuestra decisión es irrevocable. Y para quien ha cometido faltas graves, se ha establecido la pena de excomunión. El excluido muere de consunción en el destino más miserable. En efecto, sujeto por los juramentos y por las costumbres, no puede tomar parte en la alimentación de los demás, y, con el cuerpo enflaquecido por el hambre, se ve reducido a comer hierba. Para aquel que blasfema contra la palabra del Legislador, está prevista la pena de muerte. Para saber si debes partir, si debes proseguir con esta misión, es preciso reunir al tribunal.

—Es la hora de la comida —interrumpió Ashbel.

Entonces me invitaron a seguirlos a la gran sala que servía de refectorio.

Pronuncié la bendición sobre el vino, luego partí el pan. Aquellos gestos, que había realizado tantas veces desde que fui a vivir a Qumrán, de repente me parecieron extraños. A mi alrededor, cien hombres tenían los ojos fijos en mí. Todos me miraban como si intentaran capturarme con su mirada, y comprendí que no tenían ninguna intención de dejarme partir.

Aquella noche, como no lograba dormir a pesar del cansancio, salí. Muppim, acompañado por Guera, rondaba ante la entrada. Sin duda, los habían apostado allí para evitar que me marchara, que huyera.

Fui al scriptorium sin dirigirles la palabra. Había luna llena y veía cómo su sombra se deslizaba entre las piedras. Sentí la presencia de Muppim.

Sobre mi mesa estaban mis pergaminos, mis estiletos, todo mi material. «Tengo que escribir —pensé—, tengo que escribir porque el verbo quema.» La voluntad de decir es lo único que queda cuando todo parece perdido. Consideré el pergamino sobre el que estaba escribiendo; no el de Isaías, que recopiaba, sino el que estaba escribiendo: el pergamino de mi vida.

𐤔, *tet*, novena letra del alfabeto, posee el valor numérico 9 y representa el fundamento, la base de toda cosa. Se la encuentra por primera vez en la Biblia con la palabra *Tov*, que significa bien, bueno. Y *tet*, cambio de estado, es la única letra que se abre hacia arriba. Por ello la *tet* expresa el refugio, la protección, la asociación de las fuerzas para salvar la vida. Examinando la *tet* de cerca, observé que está compuesta por una 𐤓, *yod*, en el centro, rodeada por la 𐤌, una *kaf* girada, que tiene la misión de protegerla.

Estaba sentado en una especie de taburete construido con una pequeña tabla de madera colocada en diagonal y rematada por otra tabla horizontal. Imitando a la *tet*, lo coloqué encima de una roca que había en un rincón y lo empujé hasta la estrecha hendidura del techo que daba luz a la cueva.

Entonces, subido en él, conseguí trepar y deslizarme fuera de la cueva por aquella grieta que dejaba entrever el cielo.

Cuando salí, en plena noche, diez Numerosos me esperaban fuera.



QUINTO PERGAMINO. El pergamino del Amor

*Ella se me apareció en su magnificencia
y la conocí
La flor de la vid da la uva,
y la uva produce el vino que regocija los corazones.
Por sus caminos apisonados anduve
porque la conocí siendo joven.
La escuché.
En su profundidad la comprendí
y ella me sació.
Por ello le rindo homenaje.
La contemplé
y realicé el bien.
La deseé
y nunca desvié el rostro.
La deseé
hasta sus últimos extremos.
Abrí la puerta
que permite descubrir el secreto.
Me purifiqué
para conocerla en la pureza.
Yo conservé la inteligencia del corazón,
y no la he abandonado.*

Pergaminos de Qumrán,

Salmos pseudodavidicos.

En lo alto de la cueva, al claro de luna, reconocí a los diez hombres del Consejo.

—¿Pero qué hacéis? —pregunté al verlos formar un corro a mi alrededor—. ¿Acaso no soy el Mesías, vuestro Mesías?

—Te hemos ungido para que cumplas la misión —dijo Levi— y eres nuestro Mesías. Pero tienes que seguir nuestros textos. Eres nuestro Mesías, no nuestro rey. Eres nuestro enviado, no nuestro gobernador. Eres nuestro elegido, ¡pero no porque tú lo quieras!

El círculo se iba cerrando en torno a mí sin que yo pudiera hacer nada. En ese momento me miraban amenazadoramente. Entonces, como último recurso y apremiado por el apuro de aquella situación, hice lo increíble: metí la mano en mi camisa de lino, deshice el nudo al que estaba atado el revólver, lo extraje y encañoné a Levi.

—No os mováis —dije—. Apartaos y dejadme pasar.

Me miraron, incrédulos.

—Vamos —repetí—. Dejadme pasar.

Se apartaron. Me alejé sin volverles la espalda y sin dejar de apuntarles con el revólver hasta el momento en que desaparecí entre las rocas.

Corrí por el desierto, en el que reinaba un resplandor difuso e inquietante. Todo estaba velado por un halo borroso a través del cual se distinguían, moviéndose como fantasmas, las sombras de los arbustos, rocas o pequeños animales nocturnos, como escorpiones y serpientes. Temía que los esenios me persiguieran. En el firmamento poblado de estrellas sólo lucía una delgada luna en cuarto creciente, apenas visible. Hacía frío, mucho frío, y mi cuerpo, desnudo bajo mi túnica de lino blanco, se estremecía como un arbolillo azotado por el viento. El olor de azufre que procedía del mar Muerto era aún más penetrante que durante el día, casi me mareaba. El silencio profundo de la noche me envolvía, y el roce de mis pies sobre la arena me aterrorizaba. Me volvía sin cesar, con la certidumbre de ser seguido, pero eran sólo unas hienas; a veces percibía sus ojos amarillos y oía sus chillidos estridentes. La noche reinaba a mi alrededor: avancé con los ojos semicerrados, sobrecogido por un inmenso cansancio, casi sonámbulo. Avancé con el dolor de haber abandonado a mi comunidad, de haber amenazado a los míos con un arma.

¿Qué había hecho? ¿Qué violencia me había arrastrado?

Mi espíritu en tumulto no lograba concentrarse. Mis pasos me guiaban lejos de ellos, apremiándome a proseguir y a partir. También sabía en qué responsabilidad estaba incurriendo al huir, al desertar de ese modo. Conocía todas las leyes sobre el castigo de los infieles: las que se aplican a los traidores, a los que se adentran por los senderos del Mal, a los que hacen lo que está bien a sus ojos y siguen las malas inclinaciones de su corazón, a los que se dejan seducir por el pecado, a los que siguen los malos caminos, a los que han entrado en la Alianza para salir de ella, y a los que no escuchan los preceptos de los Justos. *Que nadie se acerque para tener comercio con ellos, pues están malditos.*

En ese instante, en la noche helada del desierto de Judea, habría querido que el ángel Uriel se presentara y guiara mis pasos, que me enseñara los ciclos de la luna y que ello me confortara, pero no había nada, ni ángel, ni nube, ni maná; yo estaba solo, solo bajo la luna, trastabillando entre las dunas, con los ojos fijos en la oscuridad como si estuvieran cubiertos por una venda, abrumado por lo que acababa de hacer.

Ciego, como ante Aquel que creó la Tierra con todas sus simas, los mares con sus abismos, las estrellas con su altura insondable.

De madrugada encontré la carretera de Jerusalén, hice autostop y fui recogido por un camión militar en el que dormitaban los soldados después de una larga noche de guardia.

En el hotel, llamé a mi padre y le hice partícipe de mi aventura de la noche y de mi proyecto de viaje a París. Su reacción, para mi gran sorpresa, fue parecida a la de los esenios. Me pidió que renunciara al viaje.

—Pero si tú mismo viniste a buscarme a las cuevas —respondí—, ¿ahora me impides que vaya hasta el fin de mi misión?

—¿Te das cuenta del peligro que corres al seguir esta investigación fuera de Israel?

—Escucha —respondí—, bien podría suceder que el Pergamino de Plata contuviera la clave del misterio. Además, es la única pista que tenemos.

Cuando vi a Jane, no le conté los acontecimientos de la noche: había decidido seguirla, proseguir la investigación, casi a mi pesar, contra la voluntad de los esenios. Sin embargo, como había actuado cediendo a un impulso, aún no conocía el alcance de mi acto e ignoraba qué fuerza secreta, más poderosa aún que la de mi comunidad, me había impulsado a actuar así.

La miré, no podía dejar de mirarla. Sus ojos negros de largas pestañas me envolvían; la delicadeza y la transparencia de su piel me atraían; habría podido grabar en ella letras de oro como en un pergamino. Veía palabras que descifraba sobre su piel, y cada día advertía en ella nuevos misterios.

En Tel Aviv tomamos el avión a París y allí nos alojamos en un hotel cerca de la estación Saint-Lazare.

Era primavera. Soplabla una ligera brisa y el cielo era hermoso. Jane iba vestida con un pantalón y una blusa de colores claros. Yo llevaba las ropas que había comprado a toda prisa en las tiendas del aeropuerto: una camiseta y un pantalón vaquero sobre el que colgaban las filacterias del pequeño chal de oración que no abandonaba jamás. También me había afeitado la barba ritual y mi rostro aparecía bajo una luz distinta, como si llevara puesta una máscara (¿o como si me la hubiera quitado?) Descubrí, como si pertenecieran a otro, mi mandíbula cuadrada, mis mejillas hundidas, mi boca de labios delgados.

Tomamos habitaciones separadas; estábamos bajo el mismo techo, era ya tarde, de noche. Nos saludamos y cada cual cerró su puerta.

Me parecía oír su respiración al otro lado del tabique. En mi espíritu se agitaban las sombras de su rostro, sobre mis labios el fuego de su boca, en mi frente el arrebato de su mirada, en mi alma el desmayo de sus sueños. No sé cómo pude resistir el deseo de reunirme con ella, la llamada de su nombre era demasiado fuerte. Débil al otro lado del tabique, me debatía, presa de una sensación tal que ya no podía vivir, ni existir, ni respirar. En la noche, yo ya no era nada. Me arrojé contra la almohada, manteniéndome despierto para no debilitarme, para no morir. Estaba transido de frío, y, sin embargo, mi rostro ardía; anhelé el alba, la luz del día, pero tardaba en venir, y yo no veía nada, no conseguía salir de aquel mundo silencioso que me envolvía bajo su helada cobertura. La imaginé en su sueño y me imaginé a su lado, desrizándome suavemente entre sus sábanas, entre sus sueños, entre sus brazos, mis labios sobre sus labios, mis manos sobre su corazón, mi corazón latiendo con todas sus fuerzas. Todos los deseos del mundo se concentraban en mí, que había vivido sin ella como un asceta, y ahora me estremecía de impaciencia. La quería toda para mí, y unirme a ella eternamente. Y desaparecía, mudo de ternura, como una chispa, un grano de arena, una mota de polvo sobre la roca. Desaparecía y en el mundo no quedaba nada más que ella.

Al día siguiente, como estaba previsto, fuimos a la Embajada de Polonia, cerca de la explanada de los Inválidos, porque en ella se encontraba el Centro Polaco de Arqueología y Paleografía.

Cruzamos el patio interior de un edificio suntuoso cuyo interior estaba adornado con molduras, pinturas y artesonados dorados de estilo barroco.

Pedimos ver a Josef Koskka. Unos minutos más tarde apareció una mujer de unos cuarenta años, alta, encaramada sobre unos tacones altísimos, elegantemente vestida con un traje sastre oscuro. Tenía un rostro largo de rasgos finos y una boca subrayada por un carmín color sangre.

—¿Qué desean?—dijo.

—Queremos ver a Josef Koskka.

—En este momento es imposible. Lo siento.

—Es muy importante —insistió Jane—. Estamos investigando el asesinato del profesor Ericson.

—Están investigando —repitió la mujer con aire dubitativo.

Me miró de arriba abajo. Los hilos blancos de mi pequeño chal de oración sobresalían de mis vaqueros, porque la costumbre dicta que tienen que ser visibles. Llevaba una kipá negra en la cabeza, discreta, pero que pareció no escapar a su mirada penetrante.

—Dígale que hemos venido a propósito del Pergamino de Plata —dije.

Unos minutos más tarde nos acompañó hasta lo alto de una escalinata de mármol cubierta por una espesa alfombra roja. Mientras esperábamos, entró en una habitación de la que salió casi inmediatamente. En su rostro, de tez muy pálida, ojos claros casi oblicuos, labios rojos, vi unas arrugas que formaban la letra *א*, 'ayn, que significa mal asentado, que comporta un desequilibrio.

Nos hizo entrar en un despacho lleno de libros y objetos antiguos. Josef Koskka estaba allí, sentado a su mesa de despacho, con un bolígrafo en la mano, como si se dispusiera a escribir.

—Gracias, señora Zlotoska —dijo mientras la mujer salía del despacho—. Ary, el escriba —añadió—. ¿Qué puedo hacer por usted? ¿Y por ti, querida Jane?

—Ayudarnos —murmuró Jane.

Koskka reflexionó un instante, mientras juegueteaba nerviosamente con su bolígrafo. Luego tomó un cigarrillo, lo introdujo en una boquilla negra y lo encendió con la mirada perdida en el vacío.

—Sabéis tan bien como yo —dijo bajando la voz— que en todo lo relativo al Pergamino de Cobre nuestro objetivo es evitar la publicidad y proseguir las investigaciones, diría... en secreto. De ese modo

respetaréis el trabajo de Ericson. Sabéis que era el único que creía desde el principio en este proyecto. Todo el mundo pensaba que el Pergamino de Cobre era un documento escrito por los esenios. De todos modos, los miembros de la Escuela Bíblica y Arqueológica habían difundido la idea de que se trataba de una broma, un juego estúpido que no conducía a ninguna parte. Pero Peter sabía que tenía que existir una razón sólida para que unos hombres se entregaran a una tarea tan ardua como grabar un rollo de cobre.

—¿Quiénes son sus enemigos? —le interrumpí.

—Por descontado, quienes piensan que el pergamino no indica ningún tesoro.

—¿Y usted qué piensa? —pregunté.

—Que eso es falso. Real y verdaderamente existe un tesoro.

—Me gustaría mucho ver el original —murmuré, como para mí—, el que fue grabado por los escribas. Querría intentar recuperar su estado de ánimo a través de la contemplación de las letras.

—Nada más fácil —dijo Koskka—. En marzo, en presencia de Su Majestad la reina Nor de Jordania, el pergamino fue devuelto al reino hachemita de Jordania. Yo mismo ayudé a restaurarlo.

—¿Así que el pergamino está en Jordania? —dije descorazonado.

—No exactamente. En este momento el pergamino está en el Instituto del Mundo Árabe, en el marco de la exposición dedicada a Jordania. Servidor se ocupa de ella.

—¿Qué sabe del Pergamino de Plata? —pregunté bruscamente.

—Sabemos que lo tiene usted —añadió Jane—. Y nos gustaría verlo.

Justo en ese momento sonó el teléfono. Koskka respondió.

—Sí —dijo Koskka—. Esta noche. De acuerdo.

Tapó el aparato con la mano.

—Bueno —dijo sin responder a la petición de Jane—. Ha llegado el momento de despedirme de ustedes.

Lo dijo con un tono que no admitía peros. Nos encontramos fuera en menos tiempo del que hace falta para decirlo.

—¿Qué opinas? —preguntó Jane cuando estuvimos fuera de la Embajada.

—Bastante glacial, ¿no?

—Es un hombre extraño... Creo que deberíamos saber más sobre él. Y hay que esclarecer el misterio del Pergamino de Plata.

—Y, por supuesto —dije—, tienes un plan.

Hacia las seis de la tarde, Jane y yo nos apostamos delante de la Embajada de Polonia.

Unos minutos más tarde, Koskka salió. Subió a un autobús delante de la explanada de los Inválidos. Nos metimos en el coche que habíamos alquilado y tomé el volante. El autobús nos guió hasta la XXª Circunscripción de París. Koskka bajó, dio unos pasos por la calle de Bagnolet, luego giró de golpe y entró en un callejón sombrío y estrecho. Por fin, sacando unas llaves de su maletín, se detuvo ante la puerta de un edificio pequeño de viviendas en el que entró.

Nos quedamos unos instantes más dentro del coche, aparcados frente a la casa, preguntándonos qué podíamos hacer. ¿Teníamos que esperar? ¿Provocar una nueva entrevista con él? Las luces del segundo piso se encendieron y se apagaron de nuevo; tal vez Koskka se había acostado. Empezábamos a pensar que no habíamos adelantado mucho cuando los faros de una camioneta nos cegaron.

Entonces se abrió la puerta de la casa y la cabeza de Koskka asomó por el resquicio de la puerta. Cuando vio que llegaba la camioneta, salió con un paquete en las manos. El vehículo se detuvo al llegar a su altura, para dejarle subir.

Cuando el conductor arrancó, Jane y yo le seguimos. La camioneta nos condujo a través de un largo y curioso recorrido. No iba deprisa, no teníamos ningún problema para seguirla. Yo cuidaba de dejar que un coche se interpusiera entre nosotros para que no notaran nuestra presencia. En primer lugar, nos trasladamos al barrio de Saint-Germain-des-Prés. Ante la Cervecería Lip, la camioneta se detuvo bruscamente. Allí parecía esperarla un hombre de unos cincuenta años, que llevaba varios libros en la mano. Subió rápidamente al vehículo mirando a derecha e izquierda, como si temiera que le vieran. Luego nos dirigimos al barrio de la Ópera. En la calle del Cuatro de Septiembre nos detuvimos frente a un gran edificio, sede de una compañía financiera. Allí, después de unos minutos de espera, un hombre atravesó el portal, hizo una seña al conductor y subió a su vez. Hubo varias paradas más hasta los Campos Eliseos, en las que subieron varios hombres. La camioneta prosiguió su camino por el cinturón de París y al final se detuvo al oeste de la capital, en la puerta de Brancion.

El lugar de destino era una calleja particularmente estrecha, en la que se elevaba, en medio de varios

edificios vetustos, una curiosa construcción en ruinas, una especie de casa solariega con una torre cubierta por un tejado cónico apenas visible desde la calle, porque un grupo de árboles la disimulaba. Uno de los hombres bajó de la camioneta y se paró delante de una pesada puerta de madera, que empujó. Todos los pasajeros salieron silenciosamente y entraron en el edificio. La camioneta se fue inmediatamente.

Aparcamos el coche y, después de esperar un breve instante, bajamos a nuestra vez. Desde la puerta no se oía ningún ruido. La calle estaba desierta. Intercambié una mirada con Jane. Estaba dispuesta. Empujé el pesado portón y entramos con paso felino. Allí, un oscuro pasillo daba a otra puerta. Cruzamos el pasillo echando ojeadas detrás de nosotros. Nadie parecía seguirnos. De repente, detrás de la puerta, oímos unas voces.

—Hermanos, tened paciencia hasta el cumplimiento de nuestra misión, ¡porque el día está cerca! Sí, es un hecho que Jerusalén no está en paz, y lo sabemos. Pero proseguiremos nuestra obra, nuestra misión en este mundo.

El silencio duró largos minutos, luego la voz resonó de nuevo.

—Hermanos, han querido amedrentarnos, han intentado destruirnos al matar al profesor Ericson.

Después de estas palabras, se produjo un barullo espantoso. Entre ruidos metálicos y pies que golpeaban el suelo, gritos y suspiros, unas voces pedían venganza y gritaban: «¡A mí, Baucéant, al rescate!»

—Pero existe la posibilidad —prosiguió la voz, que tenía la sensación de haber oído en alguna parte—, de que esta generación, nuestra generación, aporte la paz. No ignoráis el motivo que nos reúne aquí: vamos a reconstruir el Templo, ¡el Tercer Templo! Gracias a los escritos del profeta Ezequiel, conocemos las dimensiones exactas de ese Templo sin igual. ¡Gracias a nuestros arquitectos, tenemos las medidas, que son las dimensiones de la Explanada situada al norte de la mezquita Al-Aqsa! Nuestros ingenieros han trabajado sobre esas medidas y ahora sabemos que es posible reconstruir el Templo en su verdadera posición, en la Gran Explanada, ¡en el mismo lugar en el que se sitúa la Cúpula de la Roca!

Se produjo un silencio. Jane y yo nos miramos, estupefactos.

—¿Quiénes son esos hombres? —susurré.

Me hizo seña de que lo ignoraba. Entonces me acerqué a la puerta, sobre la que, a la altura de la vista, había un ventanillo de unos diez centímetros de largo, protegido por una rejilla.

Me situé ligeramente de lado para que no me vieran desde dentro y atisé una gran sala en la que todo estaba tapizado de negro e iluminado con cruces rojas. En el centro había un catafalco adornado con una corona e insignias misteriosas. Junto a él estaba dispuesto un trono. A su alrededor, una especie de destacamento formaba guardia delante de un centenar de personas vestidas con túnicas blancas y rojas cubiertas por un manto de armiño herido por una cruz roja, y la misma cruz se repetía en las paredes de la sala. De repente recordé la crucecita que Jane había recogido cerca del altar: me pareció que se trataba de la misma.

Había asistido a numerosas ceremonias entre los esenios, pero nunca había sido testigo de un despliegue tan grande de lujo. Todos los asistentes tenían el rostro cubierto por un capirote blanco y llevaban un cinturón adornado con franjas de oro, una toca de armiño rodeada por una banda y rematada por una borla con tres plumas de oro, provista de una diadema dorada. Al flanco llevaban colgando una espada adornada con rubíes y piedras preciosas.

En el centro de la asamblea estaba en pie un hombre, también enmascarado. Era él quien hablaba. En la mano derecha sostenía un cetro con un orbe rematado por la misma cruz roja que aparecía en todas partes. De su cuello pendían dos cadenas: de la primera, hecha de pesados eslabones rojizos, colgaba una medalla que representaba una efigie medieval. La segunda era una especie de rosario compuesto por cuentas ovaladas esmaltadas en rojo y blanco. Un gran cordón de seda roja cruzaba su pecho de derecha a izquierda. De ese cordón colgaba también la famosa cruz.

—Juntos —dijo— reconstruiremos el Templo. Juntos como nuestros hermanos hace mil años, que fueron a Acre o a la tierra de Trípoli... a Apulia o a Sicilia, a Francia o a Borgoña, con un único objetivo: ¡construir el Tercer Templo! Vamos a proseguir la tarea del arquitecto Hiram, y el templo será el resultado de todos los templos consagrados al mayor de los arquitectos, de todas las catedrales, las mezquitas y las sinagogas. ¡Todos se reunirán en ese Templo en el que se encontrará el sanctasanctorum!

Mientras hablaba, dos hombres se acercaron desde el fondo de la sala llevando un maniquí de madera colocado sobre un soporte, que llevaba en el brazo derecho un escudo de torneo y en el izquierdo una barra con una cadena a la que iba sujeta una bola maciza de hierro. Uno de los hombres hundió un pivote en el corazón del maniquí, como para convertirlo en diana.

—Ésta es la efigie de Felipe IV el Hermoso —dijo el maestro de ceremonias—, y éste nuestro lema: *Pro Deo et Patria*, porque vamos a protegernos con el hierro y no con el oro en ese día, en ese día en que el mundo sabrá que no hemos dejado de existir ¡y que nuestra orden ha resucitado oficialmente!

Se produjo un movimiento en la sala. Unos hombres se levantaban, otros cambiaban de sitio. Jane, detrás de mí, me tocó ligeramente la espalda para indicarme que me apartara, porque, para seguir el desarrollo de aquella extraña ceremonia, me había adelantado demasiado.

Por precaución, me retiré un poco. Oímos un ruido como de papel arrugado y, luego, resonó en el recinto la misma voz, pero aún con más fuerza.

—Y aquí —dijo—, ¡aquí está la prueba!

Entonces se produjo un silencio absoluto. Volví a acercar el ojo a la rejilla.

El maestro de ceremonias tomó una caja de madera barnizada que abrió con la mayor delicadeza. En ese instante apareció un rollo frágil, antiguo, de color plateado. Temblando, reconocí el rollo que tenía en las manos Peter Ericson en la fotografía que me había enseñado Jane.

El extraño personaje mostró a la concurrencia el Pergamino de Plata, que desenrolló a medias y del que se podía ver el interior, recubierto por una escritura fina y apretada. Lo alzó en el aire, como Moisés las Tablas de la Ley, como el oficiante durante el sabbat; lo elevó al cielo para que todos pudieran contemplarlo.

—¡Esto, hermanos, nos viene directamente del pasado! ¡Esto ha atravesado el tiempo y viene a nosotros desde Tierra Santa! ¡Esto contiene el secreto que nos permitirá reconstruir el Templo! Por esa razón vamos a reunirnos todos en Tomar, en Portugal... Una reunión mundial de preparación.

Después de estas palabras se produjo una inmensa algarabía. Unos empezaron a golpear el suelo con su espada, otros se pusieron en pie, los de más allá saludaron esas palabras con una efusión de alegría y abrazos.

De repente, me sobresalté. Una puerta sonó detrás de nosotros, luego se acercaron unos pasos. Nos giramos para salir, pero un hombre nos bloqueaba el paso. Su rostro estaba cubierto por un casco de placas de hierro. También él estaba vestido con una túnica, pero ésta era blanca y negra.

—¿Qué queréis? ¿Quiénes sois y qué estáis haciendo aquí?

—Nos hemos equivocado de dirección —dijo—. Estamos buscando la salida.

Entonces el hombre sacó una espada de su vaina y se acercó a nosotros con aire amenazador. Con una patada a la empuñadura hice volar el arma, que recuperé antes de que tocara el suelo. Pero el hombre me agredió con tal violencia que me derrumbé, atontado, sin fuerzas para volver a levantarme...

En una especie de bruma, vi a Jane proyectar su pierna derecha e impactar con su talón en el centro del pecho del hombre, que quedó aturdido, inmóvil por unos instantes. Ella aprovechó para aplastarle la nariz y asestarle un golpe en la glotis que lo dejó sin respiración y doblado en dos. Pero volvió a levantarse y le dirigió un puñetazo que ella esquivó con un movimiento de cabeza. Rápida como el rayo, le lanzó un directo al plexo seguido de un golpe en la nuca con el canto de la mano abierta, pero no pudo evitar que el hombre la aferrara por la garganta. La estaba estrangulando. Inmediatamente, me arrojé sobre él por detrás. Jane agarró con sus manos las muñecas del hombre, las separó con un gesto brusco y se liberó con viveza por medio de una especie de pirueta hacia atrás.

—Vamos —dijo—, deprisa.

Corrimos a la puerta y luego hasta el coche, en el que montamos a toda prisa.

—Jane —dije en cuanto recuperamos el aliento—. No sabía que eras experta en artes marciales. Me lo habías ocultado.

—He practicado algo de karate...

Pensé en lo que me había dicho mi padre: «Esta mujer ha seguido un entrenamiento especial.»

—¿Quién era esa gente? —dije.

—No lo sé, Ary, pero no son masones.

—¿Y el maniquí? —seguí—. ¿Qué es?

—Un estafermo —murmuró Jane—. Un maniquí que se utilizaba en los torneos medievales. El justador tenía que golpearlo al galope con su lanza. Si erraba el golpe y no se agachaba a tiempo sobre su montura, el maniquí pivotaba sobre su eje y asestaba automáticamente, contra la nuca o la espalda del caballero torpe, un golpe de maza que podía ser mortal...

—Entonces, esos hombres... ¿eran caballeros medievales?

—Me parece —dijo Jane— que esos hombres son templarios.

—¿Templarios? —repetí, incrédulo.

—Sí, la orden militar medieval que fue en otro tiempo perseguida y suprimida. Pero esta noche hemos descubierto que aún existe.

—¿Y crees que el profesor Ericson era uno de ellos?

—El profesor Ericson era masón, pero es posible que haya una relación entre las dos órdenes. Los templarios, al igual que los masones, tuvieron buen cuidado de conservar su saber en secreto. Al igual que los masones, se interesaron por la arquitectura, y especialmente por la arquitectura sacra. Ellos construyeron,

por ejemplo, la catedral de Chartres.

—Constructores —dije—, como los masones... Y la cruz que había al pie del altar, aquella cruz gótica, es la misma que llevaban esos hombres sobre sus ropas. Pero tú ya lo sabías, ¿no es así?

—Sí —dijo mirándome—, lo siento, ya lo sabía.

—¿Por qué no me contaste todo eso?

—Por ahora no puedo decírtelo, pero tienes que confiar en mí.

Habíamos llegado a nuestro hotel. Paré el motor y Jane se volvió hacia mí.

—¿Has podido ver lo que estaba escrito en el Pergamino de Plata? —preguntó.

—No. Pero no parece estar escrito en hebreo, sino en escritura gótica, medieval.

Jane me miró con aprensión. Los hijos de la luz combaten contra los hijos de las tinieblas, y ella se encontraba involucrada en esa lucha de otras épocas. Yo también tenía miedo, mucho miedo. Pero ¿miedo por quién? Me invadió una sensación de vértigo. Me sentí arrastrado a mi pesar hacia un abismo desconocido. Estaba condenado. Había dejado a mis hermanos, abandonado mi comunidad, perdido la sabiduría que me era familiar y que tanto necesitaba. Lo había dejado todo por ella, para seguirla, para protegerla, y mi corazón inquieto escrutaba el horizonte, mi corazón ciego se perdía en sus meandros, sin saber nada, sin conocer ni reconocer nada: lo ignoraba todo, de dónde venía, adónde iba, incluso quién era. Temblaba, temblaba con toda mi alma, con todo mi cuerpo, ¡me sentía ofuscado! Los secretos superiores, que me había acostumbrado a intuir, me eran indiferentes. ¿Era eso el amor? En tal caso, quienquiera que entra en ese mundo sin nombre es, por más que posea múltiples conocimientos e innumerables certidumbres, como un recién nacido acabado de salir del vientre de su madre. Para él ya no existe la ley, no existe la sabiduría de lo alto ni la sabiduría de aquí abajo; cuando el amor le llega a uno, uno acude al amor desnudo e ignorante, como si de repente sus ojos se abrieran por primera vez al mundo y al único ser que puede decirle: ¡ven y mira!

Allí, en aquel coche de alquiler, me incliné sobre ella, mi aliento contra su aliento. Quería besarla, pero ella desvió el rostro y se produjo un intercambio de respiraciones entre nosotros. Su aroma suave llenó mi alma de felicidad, y fue como siete besos de amor y de dicha, y su olor se elevó hacia lo alto, como el olor de un sacrificio, porque se trataba de un aliento supremo que asciende y que anuda lazos secretos entre los seres y los encadena el uno al otro hasta que todo se vuelve una única cosa.

Aquella noche, solo en mi cama, recibí el beso robado, el beso perdido que tanto había deseado. Su respiración profunda penetró en mí y mi respiración en ella me dio una fuerza tal que me sentí pletórico de poder, de fuerza y de humanidad. Invadí su imagen hasta el punto de perderme entre el deseo y la realidad, porque ella era carnal, era auténtica. Y tan grande fue la tentación de verla, de alcanzarla, de arrebatársela, que me levanté, me vestí rápidamente y salí de mi habitación. Con el corazón disparado, me acerqué a su puerta y apliqué la cabeza contra ella, como si pretendiera convencerla para que se abriera, a fuerza de ruegos. Pero permaneció cerrada, sellada como un jardín prohibido. Permanecí allí, inmóvil, con la cabeza inclinada, la mano sobre el pomo, durante no sé cuánto tiempo. Ah, me dije, si tan sólo osara llamar, entrar, tomarla entre mis brazos, levantarla, besarla y posar mi frente sobre su frente, llevarla a la cama y abrazarla...

El Instituto del Mundo Árabe era un edificio enorme cuya planta era un rectángulo perfecto; sus dimensiones y su arquitectura, recortada como un encaje negro, resultaban impresionantes. Mi corazón latía con fuerza cuando penetré junto a Jane en ese templo que cobijaba el original del Pergamino de Cobre.

En el primer piso se había instalado la exposición sobre Jordania. En el centro de una gran sala que guardaba diversos objetos antiguos y fotografías, una mesa rectangular cubierta por un cristal atraía las miradas.

Entonces vi, tal como era, el auténtico Pergamino de Cobre. Una placa de metal de dos metros y medio de largo por treinta centímetros de ancho, compuesta por tres hojas de cobre cosidas formando una banda que podía enrollarse sobre sí misma, como los pergaminos sobre los que yo escribía. En su cara interna se desplegaba un texto en lengua hebrea, inscrito sobre el metal a golpes de buril. Había sido restaurado, ya no quedaban trazas ni de envejecimiento ni de óxido y, por un milagro de la tecnología, de la electrónica o de la informática modernas, las letras aparecían como si hubieran sido trazadas el día antes.

Y el texto se materializó, un mensaje llegado desde la noche de los tiempos, un mensaje metálico sobre el cobre. ¿Quién podía imaginar que ese rollo iba a sobrevivir a los hombres, a las guerras, a los movimientos de la Historia? ¿Y quién sabía que bajo las palmeras y bajo las piedras, debajo de los huesos convertidos en polvo, en las arenas del desierto, en las sombrías cavidades del mar Muerto, en las vasijas rotas, se encontraba ese texto? ¿Quién sabía que sólo las letras persistían, y que llevaban en ellas el aliento de los que han vivido?

El Pergamino de Cobre era tan viejo que casi había sucumbido en cuanto vio la luz del día después de dos mil años transcurridos en las cuevas; casi se había desintegrado y convertido en polvo. Replegado sobre sí mismo, se negaba a abrirse a la vida. Así pues, fue necesario operarlo, con gasas, lentes de seguridad y cola de laboratorio. Luego había viajado hasta Ammán y allí, expuesto a los ojos de todos, había sufrido una grave recaída. De nuevo tuvo que atravesar los mares y los continentes, hasta Francia, donde una segunda operación lo había devuelto a la vida.

En ese momento observé el texto, al que reconocía, que sabía casi de memoria, porque las letras hebreas tienen el don de grabarse en la memoria, impresionan como por una virtud mágica. El punzón había dado su forma al cobre, que se estriaba con los signos, y esos signos, estaba seguro de ello, remitían a otros signos que a su vez remitían, lo sabía, a otros signos más, hasta el Secreto, el Misterio de los Misterios.

Desde hace más de dos mil años, escribimos sobre pergamino, de apariencia más bella que el papiro y, sobre todo, más resistente: gracias a ello los rollos de nuestra secta se han conservado a pesar de la erosión del tiempo. ¿Por qué Elías, hijo de Meremoth, había elegido esta materia en vez de los pergaminos, cosidos entre ellos con hilo de lino o tendones de animal y tratados rigurosamente según las instrucciones rabínicas?

Habría podido usar la piel de cabra, que presenta un aspecto gris, o la de oveja, que es de color blanco mantecoso, con el lado del pelo más amarillo y oscuro que el de la carne, y cuya corteza se vuelve blanca, y gracias a su mejor permeabilidad permite la penetración de la cal cuando es blanqueada. Habría podido usar la vitela, suave, fina y preciosa, que procede de animales nacidos muertos, de la ternera, el cordero o el cabrito. Nunca se aja, es sólida hasta el punto de ser crujiente, es lisa pero no deja que la pluma resbale, y es de un blanco tan puro que parece iluminado. Por esa razón utilizamos la vitela de ternero para copiar nuestro texto sagrado, la Torá. Entonces, ¿por qué el cobre y no la vitela? Elías también habría podido emplear la piel de cabra, de cabrito, de oveja, de cordero, de gacela e incluso de antílope. Los maestros curtidores se habrían ocupado de la preparación, que exige largo tiempo y una extrema minuciosidad. Habrían rascado la piel, la habrían limpiado perfectamente por el lado de la carne, llamada flor, que es la más apta para recibir la escritura y conservarla. Habrían cortado el pelo y alisado las crines. Luego habrían curtido la piel, después la habrían lavado con agua caliente antes de tratarla con un aceite precioso para hacerla flexible y propicia para recibir la escritura. Por fin, la habrían tendido al exterior para que se secara al sol y al aire. También habrían tenido que suprimir el exceso de grasa, difícil de eliminar, que hace la escritura y la pintura casi imposibles, porque las tintas y los colores no se adhieren a un soporte resbaladizo. Una piel correctamente apercaminada fija la tinta sin absorberla... Habrían podido hacer todo eso, ¿pero cuánto tiempo habrían tardado? ¿Cuánto tiempo habría durado?

Elías había elegido el cobre para que perdurara, para que resistiera hasta el Día del Juicio. Y ése será el día, el último y el primero en que todas las naciones se unirán, en que las ciudades reunidas oirán el anuncio de ese hecho, y sabrán que es digno de fe, y los árboles derribados se erguirán, y las casas en ruinas se reconstruirán, y los hombres caídos se levantarán del polvo, tomarán el molino, molerán la harina, y entonces surgirá el Eterno, revestido del poder y de la gloria, y, como un esposo a su esposa, irá a Sión resucitada, adornada con ropas de esplendor, y Jerusalén la Cautiva será liberada, porque el Señor enviará a su mensajero para que lleve la nueva a los humillados, para aliviar los corazones heridos y para anunciar a los cautivos la evasión, a los prisioneros la liberación, y para proclamar el año del Favor, para reconstruir las devastaciones del pasado, las desolaciones de nuestros antepasados, y para volver a levantar a los que visten ropas de duelo, reerigir las ciudades devastadas, de generación en generación, y para proclamar por fin el Día, el día cierto, el día supremo, el último día.

Entonces reemprendí la lectura del texto, de esas letras aprendidas en mi infancia, y las pronuncié, desgranándolas una a una, sin preocuparme de saber qué eran y qué indicaban sus formas, sus números, sus nombres y sus disposiciones. Las leía, casi sin darme cuenta, en mi fuero interno para que actuaran en mí.

Reconocí las líneas. Para que el texto no fuera demasiado denso, se habían previsto espacios al inicio y al final del rollo, y del mismo modo entre las columnas. Entre las letras, el espacio era del grosor de un cabello; entre las palabras, de una letra pequeña; entre las líneas, de una línea entera; y de cuatro líneas entre los epígrafes, como entre los cinco Libros de la Torá. Si aún sobraba espacio, el escriba se las arreglaba para rellenarlo alargando ciertas letras que brillaban en el cobre. Sin embargo, algunas letras diferían de las demás. Según una tradición oral que se transmite de escriba a escriba, desde el Sinaí, en el Rollo de la Torá y en ciertos manuscritos se encuentran algunas letras cuya dimensión difiere de la de las demás. Se supone que esas letras determinadas se resaltan para transmitir un sentido escondido a lectores iniciados.

Bajo mis ojos, las letras despertaban de un largo sueño, como mensajeros celestes, ángeles creados con el fin de dar a conocer la voluntad divina a todo lo que existirá un día. Mientras intentaba leerlas, se organizaron ante mí, colocándose en el orden correcto con cantos de alegría, orgullosas y felices de su victoria sobre el tiempo. De repente, se pusieron a bailar una danza demente, asumiendo todas ellas la forma

de א, *yod*, el punto fundamental, el punto inicial, por la que lo desconocido y la nada se convierten en el Ser. Entonces contemplé ese punto y vi el origen, el primerísimo acto de la creación. Luego א primera del Tetragrama, se alargó en א, que se convirtió en א. Así eran las letras, se unían y se reproducían, bajo el rayo luminoso del cobre, terminando por formar un mundo, fuego negro sobre fuego de cobre, trazos de luz infinitos sobre las tinieblas que reinan en esta permanente confusión.

De súbito, la gran sala de exposiciones se llenó de luz, y el día se aclaró con las letras recuperadas para recordar la existencia celestial a la vida terrenal.

Formaban palabras de otro tiempo, palabras de devoción y de orgullo, aportaban noticias del lugar original cuya huella constituían. En el camino secreto que formaban, buscaban para existir el aliento de aquel que las pronunciaría y que, al deletrearlas, entraría en su mundo mediante el aliento de su boca, en el mundo de las letras pronunciadas. Y vi claramente que si esas letras llegaban a desaparecer, si eran borradas, el mundo desaparecería. Entonces las pronuncié, leí el Pergamino de Cobre despacio, en voz baja, meditando cada letra, intercambiando con cada una de ellas una vocal contra una consonante, orando largamente, y cada sonido me reconfortaba, cada sonido era imagen, cada uno era intención y voluntad. A través de las letras yo ascendía un grado, a través de cada etapa me elevaba del mundo sensible al mundo celeste, a través de la asociación de las letras, a través de la pronunciación y del pensamiento que las exalta —א,ש,מ,ה,א— cobraban vida y se elevaban ante mí. ¡Cómo aparecían en su esplendor gráfico, hermético, en su forma perfecta, y cómo viajaban desde el Pergamino de Cobre hasta mi lengua, mi boca y mis labios, y cómo vivían en mí hasta tal punto que yo sólo era su receptáculo, y cómo me inspiraban, y cómo me purificaban hasta el nivel del pensamiento puro, perfectamente abstracto, perfectamente concreto! Revelaban cosas, objetos, maravillosos tesoros, lugares insospechados que modelaban con sus formas, y se alargaban a través del aliento que salía de mi boca parlante. Eran individuos, concebidos por hombres y trazados por un escriba, aún por la materia, pero ya por el espíritu. Negras de aspecto, pero contenedoras de pensamientos misteriosos, de alusiones e indicaciones a un tesoro, y ese tesoro era el secreto de la creación del mundo, el porqué del porqué, el recuerdo de Dios esculpiendo con su buril de fuego las criaturas cuando hizo existir el mundo diciendo que el mundo existía.

Mi rabí, cuando yo era hasid, me había enseñado la magia de las letras y su energía creadora, capaz de cambiar situaciones nefastas y de anular los malos presagios. Para ello era preciso concentrarse hasta el punto de colocarse como entre paréntesis y olvidar todo lo que sucedía alrededor de uno, hacer el vacío alrededor para unirse a la palabra divina a través de la luz de las letras. De ese modo intenté remontarme hasta el inicio de todas las cosas por el aliento primero que se escondía dentro del cobre brillante, e intenté, más allá del velo del mundo sensible, llegar a lo Innombrable. Y entonces comprendí lo que sólo un enamorado —un hasid— puede comprender: el mundo sólo está ahí para mostrar el camino de lo invisible. Y ese camino era el de las letras que lo formaban.

Porque eran hermosas, ¡y fervientes!, y contemplarlas resultaba gratificante. Vi el resplandor del cobre iluminado por la letra. Vi la profundidad insondable que permite predecir el pasado y recordar el futuro. Y vi la creación con todos los seres, la tierra, el aire, el agua y el fuego, la sabiduría y la inteligencia, y todo ello existía gracias a las letras que realizaban el milagro del principio. Una de ellas se destacó: א, *taw*, marca, sello divino, plenitud de la creación y totalidad de las cosas creadas. *Taw* es el conocimiento de lo absoluto y de su misterio que se revela al alma simple. La perfección de *taw* permite que el aliento dinámico de *sin* produzca sus fuerzas. *Taw*, dije. *Taw*. Cerrando los ojos. *Taw*. *Taw*. Estaba allí. Lo sentía.

—¡Ary!

Me volví. Detrás de mí estaba Jane.

—Es la tercera vez que te llamo —dijo—. Parecía que no me oías.

—Tenemos que irnos —dije.

—Sí —dijo Jane—. Además, el museo está cerrando.

Bajamos al primer piso y, al salir del Instituto, paseamos a lo largo del Sena siguiendo el *quai* Saint-Bernard.

—Oye —dijo Jane, mirando a derecha e izquierda para asegurarse de que no nos seguían—. He visto a Koskka, que aparentemente estaba allí para terminar una copia del Pergamino de Cobre... Ha entrado en un despacho con dos hombres que no conozco. Me he acercado a la puerta fingiendo que admiraba una cerámica, y he escuchado.

—¿Qué decían?

—No lo he oído muy bien, pero hablaban del profesor Ericson... y del Pergamino de Plata.

—¿Y? —dije.

—No fue escrito ni por los esenios ni por los zelotes. Data de la Edad Media ¡y habla de un fabuloso tesoro!

—Entonces mi padre tenía razón al decir que faltaba un elemento en esta historia y que debía haber un eslabón perdido.

El crepúsculo caía sobre los muelles del Sena, majestuoso, bajo una suave brisa que hacía oscilar los cabellos de Jane, haciéndola aún más etérea.

—¿Y tú —dijo suavemente—, qué has descubierto del Pergamino de Cobre?

—He visto —dijo— lo que puede ver un hasid.

—Entonces, ¿la has alcanzado?

—¿Qué?

—La *devequt**.

Al llegar al Pont des Arts, nos sentamos en un banco ante los muelles por los que pasaban motoras en un zumbido de luces verdes, rojas y naranjas. «Estoy demasiado enamorado», me dije en ese instante, porque mi corazón desborda de amor, me preocupo demasiado por ella, y si bien ya no soy el Mesías, soy un hombre que sólo vive por ella, mi religión es ella, mi ley es ella, mi esperanza, mi trance, mi *devequt*. Y he aquí que por amor he arruinado mi vida y no retengo mis lágrimas, porque pienso que no podría exultar en presencia de Dios, que no ha llegado para mí la hora propicia, y que no podría abrazarla con un beso como Moisés abrazó a Dios.

El amor... Había oído hablar de él, en los libros y en los bancos de la universidad. Me habían enseñado que si falta la experiencia del amor, los hombres y las mujeres no pueden realizar la plenitud de su ser y son incapaces de sentir hacia el resto de la humanidad esa benevolencia sin la cual la humanidad sólo se inclina al mal. Siempre había creído que el amor era un peligro, una fuerza anárquica, que no era un bien, y desconfiaba del hombre que ama a la mujer. *Porque sus caminos son las vías de las tinieblas y los senderos de la falta.*

—Es verdad —dijo Jane—, tú eras escriba antes de ser ungido. Y antes de ser escriba eras hasid, y antes...

—Antes era soldado. Pero todo eso queda muy lejos.

—¿Ya estás echando de menos la escritura?

—Es como si mi gesto se hubiera visto bruscamente interrumpido por los acontecimientos, que me han precipitado fuera de mí, a mi pesar, y me han frenado en seco cuando no debo detenerme en ningún sitio, en ningún momento, a riesgo de perder mi concentración... Pero lo que más echo de menos es la comunidad.

—Volverás con ellos —dijo Jane—. Muy pronto.

—No.

—¿Por qué no?

—Los he dejado, Jane. He huido de los esenios.

Jane me miró un momento, sin comprender.

—Me fui porque se negaban a dejarme venir aquí. Y esta vez quise seguirte.

—Ary —dijo Jane—. No tenías que hacer eso. Es...

—Te quiero.

Se produjo un silencio.

—Te quiero —proseguí—, desde la primera vez que te vi. Hace dos años fue una sorpresa, demasiado grande sin duda para que pudiera comprenderla. Después la sorpresa se fue, pero el amor permaneció.

—Es imposible —dijo Jane levantándose—, es imposible y lo sabes muy bien. Si eres quien eres... Todo esto no tiene sentido.

—¿No tiene sentido? —dije—. Quizá sí. Recuerda, en los Evangelios se habla del discípulo a quien Jesús amaba, pero nunca se menciona su nombre.

—Se cree que se trataba de Juan el Evangelista, ¿no?

—Juan, exactamente...

Jane me miró sorprendida.

—¿Crees que soy tu discípulo, Ary? ¿Porque tengo el mismo nombre que Juan?

—Podría ser.

—Entonces no has entendido... No has entendido nada. Yo no tengo papel ni misión. No soy de los vuestros. Ary, no quiero representar el papel que me propones y que para mí no tiene el sentido que tú le estás dando.

Se levantó y me miró con desolación:

—No creo en tu amor.

Al caer la noche, volvimos a apostarnos en el portal vecino a la casa de Koskka, y esperamos de

nuevo, en un silencio incómodo que ni ella ni yo podíamos romper.

Una hora más tarde llegó la camioneta, la misma de la víspera. Koskka subió al vehículo, que se dirigió directamente a la puerta Brancion. Volvimos a encontrarnos ante el edificio de la noche anterior.

Apenas eran las diez. Sin saber qué hacer, nos dirigimos al bar que había en la esquina. Era un viejo café de paredes desconchadas y atmósfera turbia de humo, punto de encuentro de los habitantes del barrio, que bebían y charlaban en el bar después de su jornada de trabajo: el lugar ideal para obtener algunas informaciones.

En cuanto nos sentamos a una mesa cerca de la ventana, el patrón, un orondo hombretón jovial de mejillas rubicundas y rasgos marcados, nos ofreció el menú.

—Vaya, qué curioso —dijo Jane—. ¡Esto no se parece en nada a un menú corriente!

—¿Cómo? —dijo el hombre—. ¿No le gusta mi menú?

—No, no es que no me guste. Es que la cocina de la casa me parece muy original.

—Eso es porque... —dijo el hostelero con énfasis—, porque mi cocina viene de tiempos antiguos, ¿saben? Me ha sido transmitida por mis padres, mis abuelos...

Se acercó a nosotros y, casi en un susurro nos dijo:

—¡Es la antigua cocina de los templarios, los caballeros de los mantos blancos y la cruz potenziada roja! Trajeron de Oriente el libro de recetas de un sobrino de Saladino, Wusla Ila al-Habib.

—¿De quién?

—De Wusla Ila al-Habib —repitió el hostelero con un acento particularmente convincente—. ¡El más grande de los cocineros! Fue durante una de sus comidas cuando el Gran Maestro de la Orden del Temple decidió confiar a los templarios la función de guerreros internacionales, un papel parecido al que hoy atribuimos a las tropas humanitarias: fueron los antepasados de... ¡de los cascos azules de la ONU!

Jane y yo intercambiamos una mirada a medias interrogativa y a medias irónica.

—Pero ¿por qué los templarios? —preguntó Jane.

—Los templarios —prosiguió el hombre— eran excelentes farmacéuticos. Ellos descubrieron las virtudes de la *Spirea ulmaria* —la reina de los prados— contra los dolores de las articulaciones, lo que permitió, mucho más tarde, descubrir los derivados salicílicos contenidos en la planta. Así nació, señorita, el medicamento más utilizado en el mundo, es decir...

El hostelero entornó los ojos en blanco, preparando su golpe de efecto.

—... ¡la aspirina! La cocina, señorita, siempre ha estado relacionada con la brujería. Pero parece usted triste... El néctar es rojo y alivia los dolores. E igualmente el vinagre, o sea el vino... agrio: remedio milagroso para una vida más sana. Vinagre, cebolletas, estragón, pimienta en grano, clavo, tomillo, laurel y ajo, deje macerar todos esos ingredientes en una botella durante un mes más o menos, consúmalos como acompañamiento de distintos platos, a su gusto, y ya me dirá...

Se inclinó sobre Jane, muy cerca de su oído, con un aspecto casi amenazador:

—Debe saber, señorita, que la col acompaña al arroz, los pepinillos a la carne o la caza, que los tomates son exquisitos con el pescado, y sobre todo, sobre todo, ¡no olvide el vino y el pan! Agua y harina, agua de lluvia, elemento natural llegado de lo alto, del cielo. Así es como la cocina sigue la misma migración de las tribus sacerdotales, de oeste a este.

—¿Podría usted decirnos —preguntó Jane, decidida a detener ese torrente de palabras— qué hay en... la crema de berenjenas, por ejemplo?

—La crema de berenjenas es el plato más delicioso que hayan probado en su vida —dijo—. La base son dos berenjenas asadas, dos escalonias, cuatro dientes de ajo, un pimiento rojo, treinta aceitunas negras deshuesadas, tres hojas de menta, una cucharada grande de vinagre, cuatro cucharadas grandes de aceite de oliva, sal y pimienta.

—¿Cómo la prepara?

—Se asan las berenjenas y el pimiento a la brasa después de perforar la piel varias veces, luego se retira la piel de las berenjenas y de los pimientos mientras aún están calientes. En un mortero se machacan las escalonias, el ajo, la menta y las aceitunas. Luego se añaden las berenjenas y el pimiento, y se sigue machacando todo, con movimientos giratorios. Se vierte el aceite en un hilo, girando con delicadeza. Se añade la sal, la pimienta y el vinagre.

—¿Y ese plato? —dijo Jane, por fin interesada, señalando los platos de nuestros vecinos.

—Eso es un *cassoulet*. Se prepara en un gran caldero en el que se echan cinco litros de agua salada aromatizada con especias, cuatro codillos de cordero y de cerdo, dos chuletas, cuatro huesos de buey, un rabo de toro, una paletilla de cordero, cuatro zanahorias, una rama de apio, una col verde pequeña, dos puerros, una calabaza pequeña, medio kilo de alubias blancas, alubias negras, alubias rojas, garbanzos, cuatro cebollas, cuatro dientes de ajo, mostaza, sal, pimienta, un vaso de vinagre, cuatro vasos de aceite de oliva y

una cucharadita de pasta de mostaza.

—Tomaremos la crema de berenjenas —decidí—. Dígame —añadí, para cortar su verborrea—, ¿conoce a sus vecinos, los de la casita roja, allí, hacia la mitad de la calle?

—¡Huy, ése es más raaaro! Es un polaco, heredero de una familia noble, creo. O, dicho de otro modo, nadie sabe con qué medios se gana la vida. ¡Dicen que trabaja en una gran obra filosófica... y poética!

Cenamos rápidamente y salimos del café para volver a la casa. En la fachada a oscuras, sólo estaba iluminada la ventana del piso.

De común acuerdo, Jane y yo empujamos la pesada puerta de madera. Volvimos a encontrarnos en el vestíbulo, como la víspera... cuando, de repente, un caballero blandió su espada contra nosotros. Paralizados en la penumbra, sin saber qué hacer, vimos cómo dirigía su hoja amenazadora contra nosotros. Estaba tocado con un yelmo que protegía su rostro con una doble hoja de metal. Su espada de doble filo y punta afilada permitía golpear al adversario de tajo y de estocada. Llevaba un escudo triangular, ligeramente curvo, de madera recubierta de cuero. Su armadura tenía un espaldarón para proteger los hombros. Me acerqué a él. Bruscamente, con el filo de mi mano derecha, le asesté un golpe sobre el hombro. Con la izquierda, le quité la espada. Se desplomó pesadamente a mis pies.

Me incliné: era un maniquí vestido con una cota de malla y calzones sobre una estructura de tiras de cuero trenzadas. Jane y yo intercambiamos una sonrisa de alivio. Paso a paso, con discreción, avanzamos por el pasillo, igual que habíamos hecho la víspera, pero esta vez recorrimos la planta baja. En todas las habitaciones se amontonaba un batiburrillo de armaduras y muebles de época, periódicos y objetos heteróclitos, hasta la gran sala en la que se había celebrado la reunión.

Estaba muy oscuro. Jane sacó una linterna de su bolsa y la dirigió hacia una mesa abarrotada de documentos diversos. Iluminó un pergamino escrito en francés:

Y el santo anciano me dijo: para que conduzcas perfectamente a su término el viaje, al que me envían a ayudarte, recorre este jardín, porque verlo te ayudará a ascender mejor por el rayo Divino. Y la Reina del Cielo, por quien me consumo enteramente de amor, nos concederá toda gracia, porque yo soy tu fiel Bernardo.

—San Bernardo, Regla del Temple —dijo una voz cavernosa.

Con un mismo movimiento, Jane y yo nos dimos la vuelta.

—Durante el concilio de Troves, en 1128, san Bernardo dictó los primeros estatutos de la regla del Temple. Y yo soy el Gran Maestre del Temple en la actualidad.

El hombre que se hallaba delante de nosotros no era otro que Josef Koskka.

—Pero ¿qué orden es ésa? —pregunté.

—Nosotros somos los que acusan a la Iglesia de asustar las almas con vanas supersticiones y de imponer creencias sin fundamento. Nuestra doctrina se ha extendido de siglo en siglo, de país en país, al principio abiertamente, después en secreto, porque la Iglesia había decidido combatirnos y decretó que nuestra orden era la negación de Cristo. ¡Nosotros nos dirigimos a quienes desprecian sus propias voluntades y desean servir como caballeros y, con esmero diligente, están dispuestos a vestir para siempre la nobilísima armadura de la obediencia!

Josef Koskka calló y se acercó a nosotros. Una lamparita iluminó su rostro, dándole un relieve aterrador.

—Fue el 14 de enero de 1128, día de San Hilario... En la iglesia donde se celebraba la ceremonia, cirios y velas habían sido encendidos para la inauguración del concilio. Mientras el secretario de la asamblea transcribía en un pergamino las declaraciones de los oradores, los teólogos, los obispos y los arzobispos eran presentados a los caballeros que asistían al gran día. El concilio estaba presidido por el legado del papa, el cardenal Mathieu d'Albano. Ante esa asamblea, el caballero Hugues de Payns solicitó una regla para la nueva orden que acababa de fundar. Una organización destinada a defender a los peregrinos de Tierra Santa y a proteger los caminos que llevan a Jerusalén. Así nació el Temple, que había de vivir una epopeya extraordinaria hasta... hasta que sobrevino la Traición y el Gran Maestre murió en la hoguera, ¡acusado injustamente de los crímenes más odiosos!

Dio unos pasos y señaló un cuadro que había colgado en la pared.

—Es una copia de las *Meninas*, de Velázquez —murmuró Jane.

—Cuando fue admitido en la Orden de Santiago, el pintor retocó el cuadro para representarse en hábito de templario, con la cruz de la orden. Pero mire mi espada —prosiguió Koskka dirigiéndose a mí—. Esta hoja es nuestra espada, la de los templarios, la «Nuestra Señora»... La que los soldados del negro manto reciben después de su iniciación, durante la cual se revisten con el manto blanco...

—En el Génesis está escrito: «Y habiendo expulsado al hombre, Dios puso querubines al este del jardín del Edén, y la llama de la espada vibrante; para guardar el camino del árbol de la vida...» —murmuré.

—En efecto, es la espada de los Bravos, ¡la espada de los Ángeles del fuego bíblico! Una espada terriblemente eficaz contra los enemigos... Pero vosotros estáis de nuestro lado, si he comprendido bien. Buscáis al asesino de nuestro hermano. Por ello me contentaré con ponerlos en guardia. Dejad de espiarnos y de seguirnos, o sufriréis una desgracia.

—¿Cuál era el papel de Ericson en vuestra orden? ¿Y qué relación os une a los masones?

—La masonería —dijo Koskka— tiene orígenes antiguos: la cofradía del faraón Tutmosis, los magos samaritanos y la comunidad ascética de Qumrán... Uno de sus emblemas es la pala del obrero, un emblema utilizado por los esenios.

Había dicho las últimas palabras mirándome con atención.

—Los masones descienden de los templarios...

—¿Cómo se entiende eso? —pregunté, mientras mi mirada se detenía en la vitrina de un gran mueble, en cuyo interior reconocí la caja de madera que Koskka había abierto durante la ceremonia templaria y que contenía el Pergamino de Plata.

Koskka sorprendió mi mirada, se levantó, dio unos pasos y se colocó delante del mueble, como para esconder el rollo.

—Hemos recreado la orden de los templarios en el seno de la masonería. La Orden del Temple es la parte militar de la organización. ¿Habéis comprendido? Todo esto es demasiado peligroso para vosotros. Por última vez, os aviso: si queréis salvar la vida, alejaos de aquí, olvidad este asunto y todo lo que habéis visto.

—Es cosa de locos —dije a Jane una vez de vuelta en el hotel—. El Gran Maestro del Temple...

—Creo que él fue quien arrastró al profesor Ericson a esta aventura... Y quizás incluso se sirvió de él para llevar su misión a buen fin.

—¿Por qué la Iglesia ha perseguido tanto a los templarios?

—Se basaron en algunos de sus ritos, como los besos, para acusarlos de herejía.

Jane abrió la puerta de su habitación y me invitó a seguirla.

—¿Los besos?—dije—. ¿Qué besos?

—Se dice que los templarios, cuando procedían a su rito iniciático de ingreso en la Comunidad, se besaban en algunos lugares muy precisos: un beso entre los hombros, otro en la base de los riñones, el tercero en la boca.

—El beso —dije adelantándome con prudencia— es un procedimiento que los cabalistas judíos llaman el misterio de la balanza, que activa la sabiduría y la inteligencia, representadas por los dos hombros, en el mundo del Fundamento, representado por la base de los riñones.

—Ah —dijo Jane—. ¿Crees que los templarios conocían la práctica de la cábala? ¿Y dónde la aprenderían?

—La cábala tuvo una gran influencia en las sociedades secretas. Es un saber misterioso que va al encuentro de todos los saberes... Por ejemplo, la interpretación de las letras. Se dice que aquel que conozca la explicación de las letras hebreas conocerá todo lo que existe, de principio a fin. También se dice que todo lo que está escrito en la Torá, en las palabras o en su valor numérico, en las formas de las letras trazadas, o incluso en los puntos de las letras y sus coronas, representa una entidad espiritual, es decir, una idea o un pensamiento. Para nosotros, las letras no son producto del azar, tienen un origen celestial. Una tradición cuenta que en el momento en que Moisés bajó del Sinaí y vio el culto idólatra que su pueblo rendía al Becerro de Oro, entró en cólera hasta el punto de que, para castigar al pueblo, rompió las Tablas sagradas. Entonces, por voluntad divina, se vio que las letras se elevaban una tras otra, en volutas, al cielo. Las tablas se volvieron tan pesadas que Moisés no pudo cargar con ellas y se partieron en el suelo: eran las letras lo que hacía que las pesadas tablas fueran tan ligeras.

—La escritura —murmuró Jane—. Efectivamente, en la escritura se encuentra la clave del misterio...

Se sentó en la cama. Como cada vez que tenía una duda, empezó a teclear en su ordenador. Me senté a su lado y la miré mientras efectuaba su búsqueda. Al cabo de unos minutos, inclinó la pantalla hacia mí para que pudiera leer.

Los templarios son una cofradía fundada en la Edad Media, hacia el año 1100, con la finalidad de proteger a los peregrinos que se dirigían a Tierra Santa y evitar que los bandidos los mataran y robaran en su camino hacia Jerusalén. Durante cerca de dos siglos, los templarios fueron los consejeros, diplomáticos y banqueros de los papas, emperadores, reyes y señores. ¿Por qué fueron

tan duramente castigados por las leyes de la Inquisición? Sigue siendo un misterio. De todos modos, sus relaciones diplomáticas con el islam les valieron la acusación de connivencia con el enemigo.

Las acusaciones dirigidas contra la Orden del Temple precipitaron su caída. La Orden del Temple recibió el golpe de gracia en 1317, cuando el papa Juan XXII confirmó la sentencia provisional de su predecesor Clemente V. El Temple fue definitivamente abolido.

Jane volvió a teclear. Era tarde. Me adormecí en el sofá, cerca de la ventana, donde me había tumbado.
—¿Ary?

Sentí una respiración muy cerca de mi cara.

Estaba junto a Jane, en su habitación, en medio de la noche. El aliento de la sabiduría y la inteligencia, el aliento del Consejo y del poder, y el aliento del conocimiento, soplaban en torno a ella. Pero ningún hombre recibe los cuatro alientos, salvo el Mesías. De los cuatro alientos viene el Aliento.

Cuánto temblé en ese instante, cuánto temblé de deseo y cuánto soñé con depositar un beso de amor en su boca y unir mi aliento a su aliento, para siempre. Cuánto soñé con estar cerca de ella, y cuan deslumbrante me pareció aquel momento improbable.

Ah, me dije, cuánto suspiraba mi corazón y cuánto la quería mi alma. A pesar de lo que me había dicho, a pesar de su rechazo, me encontraba cerca de ella, a dos pasos de ella, y bastaba un gesto para que mi corazón, enredado en los lazos del amor, abriera su corazón y sus labios sellados. ¡Oh, Dios! ¡Que pueda atarla a mí, para siempre, en justicia y en derecho!

En vez de eso, mi deseo, como una herida, me desgarraba por dentro y me consumía, y mi amor se abría como una llaga que no tenía cura posible. Yo estaba enfermo, enfermo de amor hasta la eternidad. ¿Acaso no había conservado mi corazón intacto para compartirlo con ella? Cuanto más la veía, cuanto más la contemplaba desde lo más profundo de mi ser, más sentía esa fuerza descabellada, irracional, que me empujaba hacia ella por una poderosa ley de atracción llamada deseo.

«Ah —me dije—, si al menos... Si al menos fuera judía.» Estaba a dos pasos de ella, y habría alargado mi mano hacia ella, y ella se habría acercado. Y ella habría preparado su boca para recibir un beso. Y entonces yo le habría dado el beso, en el labio superior, arriba hacia el infinito, tal y como está escrito: *que me bese con los besos de su boca.*

Nos habríamos acercado el uno al otro, y nos habríamos besado el uno al otro con un afecto de amor, y nos habríamos unido en el amor, y su piel, como una caricia suprema, procedería de la Primera Luz. Así sea.

Y su piel sería una caricia, y su caricia sería buena como el vino, que es alegría y regocijo. Y su piel sería caricia, ternura preciosa, más que el vino, y el amor de su carne fortificaría mi alma, por fin rendida a su juventud. Y ella me besaría con los besos de su boca, con sus caricias mejores que el vino, con su perfume de olor suave. Nardo y azafrán, caña aromática y canela; y en el fondo de ella habría siete besos que serían los siete grados, porque los besos serían en número de siete, habría un beso procedente de cada grado como los besos de Jacob: en siete palabras están incluidos sus besos, así está escrito.

Y las lámparas de lo alto se encenderían, y todas las llamas del cielo se iluminarían y brillarían con una luz radiante, así sea. «Ah —me dije—, sería arrastrado tras ella, instalaría mi residencia en medio de ella, iría a su encuentro, tendería la mano hacia ella para volver a verla, recibirla y apagarla, con la imagen del *álef*; donde se encuentran los secretos, en el fuego de olor calmante.» Y *álef* era ella, la luz suave, la llama serena, el secreto de todos los secretos. «Ah —me dije—, recogería el olor sagrado de su piel en la mía, y loco de felicidad y de emoción, sabría quién soy porque estaría en ella, y ella en mí, y así nos habríamos unido.»

«Ah —me dije—. Cuánto suspira mi alma.»

Cuando desperté, ya amanecía. Jane me miraba con aire perplejo.

—¿Has estado trabajando todo el tiempo? —pregunté.

Asintió con la cabeza.

—Sí. He buscado información sobre los templarios. Es extraño, Ary, es extraño comprobar hasta qué punto os parecéis.

—¿Os? —dije—. ¿De quiénes estás hablando?

—Los templarios y los esenios. Vivís en el ideal de la doble vocación, aparentemente contradictoria, de monjes y soldados. Habéis adoptado reglas extrañamente parecidas a las que consagráis una obediencia absoluta, con la voluntad de ir siempre adelante, sin tener en cuenta los límites ni las medias tintas. Tenéis el mismo objetivo: reconstruir el Templo. Todo eso no puede ser fruto de un azar.

—Ah, ya veo —dije—. ¿Piensas, como ha dicho Koskka, que los templarios conocieron las reglas de

los esenios?

—Sin ninguna duda.

—Entonces, ¿podrían haber conocido el sacrificio del Día del Juicio?

Se levantó de golpe y se puso la chaqueta.

—Sí, eso creo.

Cuando aparqué el coche delante de la casa de la puerta Brancion, eran aproximadamente las cuatro de la madrugada. En la explanada no había nadie. La ciudad dormía en un negro silencio. Empujamos la pesada puerta de madera y volvimos a recorrer el pasillo que llevaba a la sala en la que reposaba el Pergamino de Plata. Allí esperamos unos minutos. No sonó ninguna alarma.

Jane sacó la linterna, que barrió la sala con un delgado haz luminoso.

Nos esperaba la parte más delicada de la operación: sustraer el Pergamino de Plata, para lo que era preciso abrir la vitrina del pesado mueble donde lo habíamos visto la noche anterior. Jane, encargada de la delicada operación, iba vestida con un jubón negro y medias y zapatos también negros. Se puso de puntillas, abrió la vitrina y extrajo la caja de madera mientras yo le pasaba las pinzas que habíamos traído. Tomó las pinzas y, sin temblar, sujetó con ellas el rollo, y me lo pasó inmediatamente. Lo tomé con delicadeza y lo envolví en un paño.

En ese momento, resonaron unos pasos: alguien subía la escalera. Apenas tuvimos tiempo de escondernos: el hombre que apareció ante nosotros era el hostelero que habíamos conocido la víspera. En la mano llevaba la espada de los templarios, la lanza de los querubines. Tenía la forma de **𐤆**, *zayn*, séptima letra del alfabeto, letra del combate y de la fuerza, del poder que asume la lucha por la vida.



SEXTO PERGAMINO. El pergamino de los Templarios

*Me han ignorado en tanto que tú me has ennoblecido.
Me han exiliado como a un pájaro de su nido.
Han alejado de mí mis amigos y parientes.
Me han convertido en un alma perdida,
porque son los propagadores de la mentira,
los visionarios de la falsedad,
los fomentadores de maquinaciones,
los Hijos de Belial,
los que convierten la Ley que tú inculcaste en mi corazón
en palabras fraudulentas.
han privado a los sedientos de la bebida del saber,
han apagado su sed con vinagre
para ver cómo divagan con sus palabras,
atrapados en sus trampas.*

Pergaminos de Qumrán,
Himnos.

En la escuela nunca aprendí Historia, sólo tengo unas vagas nociones sobre Occidente y sus misterios, porque yo vivo la Historia y la Historia vive en mí a través del rito. La Historia es la memoria de mi pueblo, y yo no hago distinciones entre el pasado, el presente y el futuro, de modo que para mí la Historia, tal como se la concibe generalmente, no existe.

Pero sabía que en ese momento estaba en juego el presente, y no sólo el de la cristiandad, sino el nuestro, así como nuestro futuro, porque el presente no es otra cosa que el futuro, que a su vez es un pasado convertido, porque los actos que realizamos lo son siempre en función de una interpretación del pasado. Por ello el combate contra las fuerzas del pasado no me sorprendía, no me asustaba. Y ésa era sin duda la razón por la que Shimon Delam había apelado a mí para esta misión.

Abrí la ventana de la gran sala que daba a la calle. Dejé pasar a Jane antes de seguirla. Volvimos sin contratiempos a nuestro hotel. Allí, en la habitación de Jane, contemplamos nuestro precioso botín. Medía unos veinte centímetros de largo y estaba enrollado por los dos lados. Era como una hoja de plata desgastada, envejecida, ajada por el tiempo. Descansaba en un silencio de mil años. La toqué. Su textura algo rugosa contrastaba con el suave halo de sus reflejos plateados. Era la Luna frente al Sol del Pergamino de Cobre. Era la noche frente al día. En nuestros textos está escrito que cuando Dios creó las dos grandes luces, al principio las dos eran equivalentes y compartían el mismo secreto, la una adoraba a la otra; luego se separaron y su drama fue cruzarse siempre, sin poder encontrarse nunca.

—No es casualidad que sea de plata —murmuró Jane—. Es sabido que la plata constituye el gran secreto de los templarios. Un misterio que ningún historiador ha podido aclarar.

Jane me contó cómo los templarios, que habían combatido contra las incursiones sarracenas del siglo XII en Provenza y en España, habían sido los encargados de financiar las luchas contra los musulmanes. Y me habló del misterio de su riqueza. Durante casi dos siglos, los templarios tuvieron en sus manos la mayor parte de los capitales de Europa. Gracias a la confianza que inspiraban, fueron los tesoreros de la Iglesia, de los reyes, de los príncipes y de los nobles. Reyes y príncipes reconocían la Orden del Temple como un lugar en el que podían depositar cualquier suma para los pagos previstos por los tratados. En resumen, el Temple fue una especie de *banco monástico*.

—¿Y bien? —me dijo, señalando el Pergamino de Plata—, ¿empezamos?

—Espera —respondí—, antes tengo que llamar a Shimon. Teníamos prevista una cita telefónica.

—¿De verdad es ésa la razón por la que quieres llamarle? —preguntó Jane—. ¿O es que tienes miedo de lo que tal vez vas a descubrir en este rollo?

Era cierto. En realidad, tenía miedo de lo que iba a leer y quería informar a Shimon de los últimos acontecimientos antes de descubrir la verdad.

Marqué el número de Shimon con una mano ligeramente temblorosa. Al otro lado del hilo, oí su voz firme, algo ronca. Le puse al corriente de nuestra conversación con Koskka, de nuestro descubrimiento de los templarios y del robo del Pergamino de Plata.

—Bien —dijo Shimon—... Aquí ha habido escaramuzas en un pasadizo secreto debajo de la Explanada del Templo. Han vuelto a intentar abrirlo con la ayuda de explosivos, y el Waqf, la autoridad musulmana, ha reaccionado con violencia y desplegado a su policía por toda la zona. Los que han intentado hacer saltar el pasadizo formaban parte de una sociedad secreta. Aparentemente, intentaban desbloquear el acceso al sanctasanctórum.

Se produjo un silencio.

—Seguid a Koskka —prosiguió Shimon con voz grave—. Es importante. ¿Me has dicho que los templarios se reúnen en Tomar?

—En efecto —dije—. Eso hemos oído Jane y yo en el Instituto del Mundo Árabe.

—¿Cuándo?

—Pronto, pero no conocemos la fecha exacta.

—Mañana tendréis dos billetes para Tomar esperándoos en el aeropuerto.

—La verdad, Shimon —empecé—. No sé si es una buena...

—Y en cuanto sea posible, quiero un informe sobre ese Pergamino de Plata. Aunque, por lo que a mí respecta, no creo que pueda contener la clave del enigma... Resulta absurdo que un pergamino medieval nos dé la solución de un crimen cometido la semana pasada, ¿no? Bueno, hasta pronto.

—Sin duda —dije al oír el pitido que indicaba que la línea se había cortado.

Shimon se equivocaba. Un hombre como él debía de tener todas las dificultades del mundo para

imaginar que el Pergamino de Plata pudiera contener las informaciones que estábamos buscando. Por otra parte, ¿quién podría imaginar una cosa así?

Jane se acercó a mí, y cuando empezó a desenrollarlo, sentí un tremendo escalofrío. Era como si un hombre viniera a hablar con nosotros. *Un hombre que venía del fondo de los tiempos.*

Yo, Philemon de Saint-Gilles, en el año de gracia de 1320, de veintinueve años de edad, monje de la abadía de Cîteaux, me dispongo a contar la historia de un descubrimiento sorprendente hecho al alba de una noche terrible. Porque he asistido al martirio y a la agonía de un hombre que me ha hecho una revelación tal que pone mi vida en peligro, y, sin embargo, debo consignarla. Este es mi trabajo, el de copista y calígrafo encargado de las tareas delicadas, y me ha sido ordenado, no por un dignatario de la nobleza o del clero, sino por el santo deber de complacer a Dios y sólo a Dios. Escribo con una pluma, un tintero, dos piedras puntiagudas y dos cuernos. También dispongo de un punzón ordinario y otro más delgado, porque no escribo sobre un pergamino ordinario, sino sobre un rollo de plata fina, para que nunca sea borrado, nunca sea copiado y nunca desaparezca. Y para escribir usaré la letra carolingia, de una claridad perfecta y de una gran belleza; trazaré las mayúsculas, y también las minúsculas, finas y cuadradas, porque me será más fácil punzar los caracteres carolingios en este rollo de plata.

Grabo este rollo con letras agudas como las bóvedas de crucería ojivales y los arcos de las ventanas de la bella abadía en la que vivía en otro tiempo, antes del encuentro que cambió el curso de mi destino. Que mi relato nunca caiga en las manos de la Iglesia, del clero y de la nobleza de este tiempo, porque sería inmediatamente destruido, borrado. Mediante estas precauciones perdurará, espero, para ser leído en un futuro lejano.

Este es mi relato. El 21 de octubre del año 1319, en una prisión del Louvre, escuché las confidencias de un hombre del que fui confesor. Ese hombre, acusado de herejía y condenado a muerte, me hizo unas revelaciones de tal importancia que podrían cambiar el curso de la Historia humana. Ese hombre era caballero y monje. Tenía la paciencia por escudo, la humildad por armadura y la caridad por lanza, y con ellas acudía en socorro de todos y combatía por el Señor.

Nunca olvidaré ese día del 21 de octubre de 1319, el día en que fui llamado a una cámara sombría de un calabozo del Louvre, infestada de ratas vivas y ratas muertas, bajo el humo negro de las antorchas. Ante una pesada mesa se encontraban unos hombres de rasgos endurecidos por el odio: los juristas de la corte. Un hombre se encontraba ante ellos, un joven y valiente caballero, de aspecto soberbio, de alta estatura, de cuerpo aguerrido y rasgos sorprendentemente delicados, de cabellos negros como el azabache y de ojos oscuros que brillaban con una luz poco ordinaria: así era Adhemar de Aquitania. En la época en que tenía lugar esta escena, yo formaba parte de la Inquisición, y por ello pude ver a ese hombre responder a las preguntas de sus verdugos y sufrir el aceite hirviendo que chamuscaba sus miembros. Vi a uno de los prelados, Regis de Montsegur, hombre de vientre redondo, de ojos azules como el acero y boca desdentada, acercar su antorcha al rostro de rasgos desfigurados:

—Así pues, Adhemar de Aquitania —dijo—, decís que formáis parte de la Orden del Temple.

—En efecto —dijo Adhemar.

—Decidnos, Adhemar de Aquitania, si los templarios son gnósticos y docetas.

—No somos ni gnósticos ni docetas.

—Decidnos si sois maniqueos, que distinguen entre un Cristo superior y un Cristo inferior o terrenal.

—No somos maniqueos.

—¿Sois caprocráticos?

—No.

—¿Nicolaístas?

—Somos templarios.

—Decidnos si formáis una secta libertina.

—Somos cristianos.

—¿Sois cristianos? —preguntó el hombre, fingiéndose sorprendido—. ¿No habéis abrazado la religión de Mahoma, como se rumorea?

—No hemos hecho ningún pacto con el islam.

—¿No afirmáis que Jesús fue un falso profeta, o un criminal?

—Jesús es nuestro profeta y nuestro Señor.

—¿No habéis negado la divinidad de Jesús?

—No la negamos.

—Sin embargo, en el seno mismo de la Orden oficial, habéis constituido una sociedad con sus maestros, sus doctrinas y sus designios secretos.

—En efecto.

—¿No habéis dispuesto que se pisotee la Cruz para entrar en vuestra Orden?

—Eso es una calumnia —dijo Adhemar, que sufría de una manera atroz.

—En vuestras ceremonias capitulares, ¿no os declaráis decididos a conquistar el mundo?

—No tenemos ese objetivo.

—Sabemos que la recepción de vuestros novicios se hace a puerta cerrada, en las capillas y las iglesias de las encomiendas, y de noche...

—Es exacto —murmuró Adhemar.

—Hablad más alto —dijo el hombre—. No os oímos.

—Es exacto —repitió Adhemar—, la iniciación de los adeptos se hace a puerta cerrada.

—Decidnos si el postulante no está obligado a negar a Dios, al Hijo de Dios y a la Santa Virgen, así como a todos los santos.

—Es falso.

—Decidnos si no enseñáis que Jesús no es el verdadero Dios, sino un falso profeta, y que, si sufrió en la cruz, fue en castigo a sus crímenes y no para la redención del género humano.

—No lo profesamos.

—Decidnos —prosiguió el hombre, alzando la voz— si no obligáis al neófito a escupir tres veces sobre una cruz que le presenta un caballero.

—Eso es una calumnia —jadeó Adhemar.

—... ¡Si no os despojáis de vuestras ropas para daros besos impúdicos, primero en la boca, luego entre los hombros y en tercer lugar en el ombligo!

—No nos damos besos impúdicos.

—Con vuestra inmensa riqueza, ¿no estáis negando a Cristo, que era pobre? —preguntó el prelado, que hacía esa pregunta por tercera vez.

Entonces Adhemar, con un esfuerzo sobrehumano, levantó la cabeza y se irguió:

—Alimentamos a un pobre durante cuatro días cuando muere un hermano, y recitamos cien Padrenuestros en la semana que sigue a su fallecimiento. A pesar de los gastos de la guerra, cada casa del Templo ofrece hospitalidad tres veces a la semana a todos los pobres que quieran venir.

—Os lo pregunto una vez más: ¿no negáis nuestra fe?

—Con respecto del ardor de nuestra fe —dijo Adhemar—, cito el glorioso nombre de los caballeros de Safed capturados por el sultán tras la caída de la fortaleza: eran ochenta. El sultán les ofreció salvar la vida si renegaban de su fe. Todos se negaron y los ochenta fueron decapitados.

—¿No intentáis reconstruir el Templo para conquistar el mundo?

—En ese punto respetamos la palabra de Jesús. En el patio de los Gentiles, la parte del Templo accesible a todos, ¿acaso Jesús no se levantó contra los mercaderes? ¿No distribuyó golpes, no volcó las mesas de los cambistas de moneda, los puestos de los vendedores de palomas? A todos ellos dijo lo que está escrito en los textos: «Mi casa será llamada casa de oración. Pero vosotros estáis haciendo de ella una cueva de bandidos.» Luego dijo: «Destruiré este Templo hecho por la mano del hombre, y al cabo de tres días construiré otro que no estará hecho por mano humana.

Ante mí, los prelados redoblaban sus esfuerzos para coger en falta a su prisionero.»

—¿No decís que Jesús no sufrió? —preguntó uno de ellos— ¿Y que no murió en la cruz?

—Decimos —dijo Adhemar— que sufrió y que murió en la cruz.

—¿No hacéis tocar o envolver ídolos en cordones que os ceñís entre la camisa y el cuerpo?

—No, los hermanos llevan cinturones o cuerdas de hilo de lino sobre la camisa, sin ídolos.

—¿Por qué razón llevan el cinturón?

—Para diferenciar entre el cuerpo y el espíritu, la parte baja y la parte alta.

—¿Negáis la divinidad de Jesús?

—Amo a mi Señor Jesucristo y lo reverencio. ¡Nuestra Orden, la Orden del Temple, ha sido instituida santamente y aprobada por la sede apostólica!

—Sin embargo, cada miembro, desde su iniciación, debe negar a Cristo, y en ocasiones al crucifijo, así como a todos los santos y las santas de Dios, según la orden de quienes la reciben.

—Son crímenes atroces y diabólicos que no cometemos.

—¿No decís que Cristo es un falso profeta?

—Creo en Cristo, que sufrió en su pasión y que es mi Redentor.

—¿No os hacen escupir sobre la cruz? —dijo el Inquisidor, indicando a los verdugos que vertieran más aceite sobre los miembros de Adhemar.

—¡No! —exclamó, con un lamento terrible.

—¡Júralo!

—¡Lo juro! Para honrar a Cristo, que sufrió en su pasión, llevo el manto blanco de nuestra Orden, sobre el que está cosida una cruz roja, en memoria de la sangre vertida por Jesús en la cruz.

—El manto blanco, ¿no lo lleváis en memoria de una secta de judíos que vivía a orillas del mar Muerto y cuyos miembros iban vestidos de lino blanco?

—¡Jesús, nuestro Señor, era judío!

Al oír estas palabras, los prelados intercambiaron una mirada.

—¡Este hombre —dijo uno de ellos— es un hereje!

Los prelados se miraron satisfechos. Habían cumplido su trabajo. Algunos felicitaron a Regis de Montsegur por haber realizado su interrogatorio de manera tan satisfactoria y haber sacado a la luz la cara escondida del hereje. Entonces, Regis de Montsegur se adelantó y, ante todos, ordenó:

—Adhemar de Aquitania, te condeno, por orden del Tribunal de la Santa Inquisición, a ser quemado vivo. ¿Tienes alguna petición antes de la ejecución de la sentencia?

—Sí —murmuró Adhemar—. Deseo confesarme.

En una noche ventosa y triste, confesé a Adhemar de Aquitania, como me había sido ordenado por Regis de Montsegur. En la sombría cámara de la prisión del Louvre, descubría un hombre orgulloso, abatido por las pruebas que acababa de sufrir, pero en el que ardía una especie de llama venida de otra parte. Ese hombre, en la sombra de su calabozo pútrido e infestado de ratas, ese hombre que sufría a causa de sus heridas, ese hombre condenado a la hoguera, me sonrió con tal bondad y agradecimiento que me sentí consternado.

Yo era un joven monje, entonces, y por primera vez había sido llamado para formar parte de la Inquisición. Habiendo vivido a la sombra del claustro, no sabía qué era lo que me esperaba fuera e ignoraba todo el mal que el hombre es capaz de hacer al hombre.

—Ven —dijo Adhemar de Aquitania—, veo que tienes miedo de acercarte a mí.

Entonces me adelanté y me senté en el suelo, a su lado. Vi la magnitud de sus quemaduras, pues ese hombre estaba en carne viva.

—Habla, hijo mío —dije—. Te escucho.

—Te hablaré —murmuró—, porque veo en tus ojos que eres bueno y que sabrás escuchar.

La habitación estaba a oscuras, y los postigos cerrados. Leíamos a la débil luz de la lamparilla de noche que iluminaba el rollo plateado, estriado por las letras negras sobre un fondo de luna. Sólo interrumpía mi lectura para mirar de vez en cuando a Jane, silenciosa a mi lado.

»En el año de gracia de 1311, hace ocho años —empezó Adhemar de Aquitania—, decidí partir de la tierra de Francia, pues deseaba morir en Jerusalén, en pos de Hugo de Vermandois, hermano del rey de Francia; del conde Esteban de Blois; de Godofredo de Bouillon, y de sus hermanos Balduino y Eustaquio, conde de Boulogne. Todos ellos habían partido hacia Jerusalén, se habían lanzado al asalto de la ciudad con legiones de valerosos guerreros montados sobre caballos blancos y portadores de blancos estandartes; todos ellos fueron enviados por Jesucristo y capitaneados por san Jorge, san Mercurio y san Demetrio. Gracias a ellos, llevado por su gloria, yo pensaba que domaría los vientos de arena, los terremotos y las tempestades, y que haría la guerra santa después de dos siglos de un conflicto gigantesco con personajes inmensos: Ricardo Corazón de León, Saladino y los veintidós maestros del Temple que combatían a su lado, guerreando hasta la muerte, con el fin de arrancar la Tierra Santa de las manos de los enemigos de Jesucristo. Así lo hicieron durante el terrible asedio de Antioquía, que duró más de un año y después del cual cayeron las plazas turcas, una tras otra: Iconum, Heraclea y Cesárea, tras la caída de Marsh.

»Así pues, me embarqué con la cabeza descubierta, vistiendo el manto blanco con la cruz roja, noble guerrero adiestrado en las artes de la guerra, del torneo y de la caza, me embarqué, digo, con mis ocho caballos y mis escuderos, armado con una cota de malla que me cubría de la cabeza a las rodillas, con un yelmo provisto de una protección para la nariz, y con la pesada espada que nunca me abandonaba, pues la llevaba incluso en el lecho. También tenía un hacha, una daga y una larga lanza, para el caso en que hubiera que cargar contra el enemigo. Formaba parte de una cofradía de hombres semejantes a mí, que no llevaban otro emblema que la cruz roja sobre el manto blanco y sólo obedecían las órdenes de su mariscal, él mismo sometido a la Regla. Como monjes, estábamos ligados a nuestros hermanos y a nuestros superiores por la obediencia, que, según la muy estricta regla de esta Orden en particular, tenía que ser inmediata, sin dudas y sin demoras, como si la Orden emanara directamente de Dios. Así ha dicho el Señor: desde el momento en que su oído me percibió, me obedeció. Así, sin tardanza, sin desidia, sin contradicción de espíritu y sin fastidio, consagré mi vida a seguir a mi Orden, pues yo no vine a la Tierra para cumplir mi voluntad, sino la que le ordena el amor de Dios, que es paciente, que es útil, que nunca es celosa, ni se irrita ni desaparece. Esa Orden de la que yo formaba parte, es la Orden del Temple.

»Había decidido abrazar los votos y vivir para siempre en esa comunidad. Había vivido en Tomar, en Portugal, en la más importante de las cofradías templarlas. Allí, el día de mi recibimiento, acepté la Regla y lo consigné por escrito. De ese modo me comprometía no comentar la Regla, a no interpretarla ni contradecirla, y a no violarla. Por encima de todo, la Regla del Temple comportaba una condición esencial: el secreto.

»A bordo de la nave del Temple, en dirección a Jaffa, remábamos, seguidos de cerca por los navios de vigilancia, para prevenir un ataque de los piratas. Era toda una flota la que viajaba hacia Tierra Santa: naves y bajeles de transporte de dimensiones imponentes, con dos palos y seis velas, ¡algunas medían más de treinta metros de altura! Y además estaban las galeras, que los galeotes llevaban a remo, así como galeazas y otros barcos menos imponentes, todos ellos en ruta, siguiendo un largo y peligroso periplo a través de mares desconocidos y lejanos.

Adhemar hizo una pausa, una ligera sonrisa flotaba en su rostro marcado por el sufrimiento. Recordaba los tiempos felices de la partida y de la esperanza, y el recuerdo le aportó algo de consuelo.

—No encontramos ningún pirata, pero nos enfrentamos a una terrible tempestad en alta mar — prosiguió—, contra la que luchamos duramente; y cuando volvió la calma, mirando aquel mar, por fin sereno, pensé en Jesucristo, en su infancia, en su vida y en su pasión. Pensé en el Templo en el que María, su madre, recibió la nueva, cerca de la piscina probática. En el Templo fue presentada María ante el altar de los Holocaustos para que la bendijeran los sacerdotes. Al Templo se dirigió para realizar el rito de purificación y celebrar la consagración del primogénito. Y en el Templo predicó Jesucristo, y contempló su esplendor al atardecer, desde el monte de los Olivos.

Adhemar se detuvo y, tendiendo una mano hacia mí:

—Ven —me dijo—, acércate más, pues tengo miedo de que nos escuchen.

Me acerqué a Adhemar. Vi brillar sus ojos en la noche, sus ojos llenos de vida en un rostro atormentado.

—Entre los templarios hay un secreto que los maestros transmiten a sus discípulos. Nos han enseñado esta historia:

»Cuando Jesús era niño, José y María subieron a Jerusalén para dirigirse al Templo. Era el día de la ceremonia que presidía el Sumo Sacerdote. Jesús vio llegar del norte a los doce sacerdotes, portadores de coronas y de túnicas largas y estrechas. Ante ellos, el Maestro del Sacrificio se volvió hacia la fachada norte del patio de los sacerdotes, hacia el lugar destinado a la inmolación. Entonces puso la mano sobre la testuz del animal y el sacrificador degolló al animal con su cuchillo. Y los levitas recogieron la sangre del cordero en una jofaina, y otros lo desollaron. La sangre y la carne fueron llevadas al sacrificador, que vertió una pequeña cantidad sobre el altar y quemó la grasa y extrajo las entrañas. Luego dejó que la carne se asara sobre el fuego del altar.

»En el santuario, el sacerdote realizó el acto final: esparció la sangre en una cubeta de bronce, agitó el incienso, pronunció una oración sobre la sangre vertida ante el altar, y luego dibujó con su dedo siete trazos de sangre sobre el animal sacrificado. Cuando hubo concluido, volvió al patio y pidió a los sacerdotes que bendijeran a los fieles reunidos. Los levitas respondieron «Amén». Uno de los sacerdotes leyó los versículos sagrados, otro entró en el santuario y, solo, habló con Dios y pronunció su Nombre, que contiene cuatro letras: yod, he, waw y he. Era el sacrificio del Día del Juicio.

Jane y yo levantamos la cabeza al mismo tiempo y nos miramos.

—¿Crees —dijo Jane— que el hombre que mató a Ericson ha leído este texto y que por eso conocía el ritual del Día del Juicio?

—Es posible —dijo—. Pero veamos cómo sigue.

»—*Estás viendo el sacrificio del Día del Juicio. Jesús se volvió: un anciano se le había acercado.*

»—*Sí —dijo el niño, mirando al hombre de blanco.*

»*A su lado había otros hombres vestidos de lino blanco como él.*

»—*Muy pronto llegará el Juicio Final. Muy pronto tendrá lugar el último Juicio y el advenimiento del Reino de los Cielos. Porque muy pronto ¡vendrá el Mesías!*

»—*¿Quiénes sois vosotros? —preguntó Jesús.*

»—*Somos los antiguos sacerdotes del Templo, nos hemos retirado al desierto. El Templo que estás viendo, en el que se realizan los sacrificios rituales, este Templo está mancillado por la presencia romana. Por ello será destruido, y habrá que esperar mucho tiempo antes de que llegue el momento de su reconstrucción.*

»—*¿Y cómo lo sabéis? ¿De dónde venís? —preguntó el niño—. ¿Quiénes sois?*

»—*Vivimos cerca del mar Muerto, en las profundidades del desierto. Hemos dejado a nuestras familias y vivimos reclusos, orando y purificándonos, porque creemos que el Final de los Tiempos se acerca. Por ello hay que predicar el arrepentimiento a las gentes. Sólo así llegará el Reino de los Cielos, que hay que anunciar para que todos se salven.*

»—*He oído hablar de vosotros —dijo Jesús—. Os llaman esenios.*

»—*Y nosotros hemos oído hablar de ti. Eres el niño prodigioso que sabe interpretar la Ley.*

»*Así encontró Jesús a los esenios, que le iniciaron en sus creencias, y así fue como los esenios encontraron a Jesús, en quien vieron al Mesías que tanto esperaban.*

»*Más tarde, cuando Jesús subió a Jerusalén, expulsó a los mercaderes del Templo. Los golpeó con un látigo hecho con pedazos de cuerdas que servían para atar a los animales vendidos como víctimas de sacrificio. De acuerdo con el deseo de los hombres del desierto, quería destruir ese Templo, que los romanos habían mancillado y los saduceos habían profanado con su sacerdocio ilegítimo y con su calendario ilegal, que fijaba al arbitrio de ellos los tiempos sagrados y los tiempos profanos. Quería levantar otro Templo, que no sería construido por la mano del hombre.*

—*Comprendo —dijo a Adhemar, interrumpiéndolo para que pudiera recuperar el aliento—. Ahora los caballeros templarios veneran ese Templo, después de haber fundado su Orden, su comunidad, su cofradía.*

—*En efecto, ésa es la razón por la que fuimos a Jerusalén. Los turcos, que habían perdido Jerusalén, dejaron la Ciudad Santa en manos de los egipcios. Después de cinco siglos de ocupación, Jerusalén fue liberada del yugo musulmán: por fin era cristiana. Entonces empezaron a acudir los colonos y los peregrinos, cada vez más numerosos, deseosos de llegar a Jerusalén. Pero eran asesinados por los ladrones emboscados en los caminos dispuestos a cometer los peores crímenes, a*

despojar a los peregrinos, a robarles sus pertenencias y su plata. Por ello los caballeros templarios, amados de Dios y ordenados a su servicio, renunciaron al mundo y se consagraron a Jesucristo. Con votos solemnes pronunciados ante el Patriarca de Jerusalén, se comprometieron a defender a los peregrinos contra los salteadores y bandoleros, a proteger los caminos y a servir como caballeros al Rey Soberano. Al principio sólo eran nueve que, después de tomar la santa decisión, vivieron de limosna. Después, el rey les concedió ciertos privilegios y los alojó en su palacio, cerca del Templo del Señor. En el año de gracia de 1128, después de haber residido nueve años en el palacio, viviendo juntos en la pobreza, recibieron una Regla de manos del papa Honorio y de Esteban, patriarca de Jerusalén: les fue concedido un hábito blanco. Más tarde, en tiempos del papa Eugenio, se colocó la cruz roja sobre el hábito, y se adoptaron el color blanco como emblema de inocencia y el rojo para recordar el martirio.

»Así nació la Orden del Temple. Pero su papel no se reducía a la defensa de los peregrinos. Los caballeros del Temple eran los más orgullosos y valerosos de todas las órdenes. Francia les debió su supervivencia en Tierra Santa, pues fueron los más hábiles defensores del Reino, los enemigos más temibles, que nunca pedían piedad y nunca pagaban rescate por su libertad. Cuando los apresaban vivos, los musulmanes los decapitaban y mostraban sus cabezas sobre picas.

»Después de la larga travesía —prosiguió Adhemar; sólo le quedaba una noche de vida y sentía un gran temor del alba—, cuando llegué por fin a Tierra Santa, creí asistir a un milagro. La tempestad nos había retrasado y nuestras reservas de agua disminuían a ojos vista. Nos habíamos racionado durante toda la parte final del viaje. Y de repente vi una tierra bendita, con dátiles, manzanos, limoneros, higueras y grandes cedros junto al mar, y olí los aromas deliciosos del bálsamo, la mirra y el incienso. Había cañas de miel, cañas de azúcar, claveros, mirísticas y pimenteros. Había los castillos de Tierra Santa, con sus patios y jardines florecidos de rosas y regados con fuentes, con sus pavimentos cubiertos de azulejos y de alfombras turcas. Entonces, con todos mis compañeros, tomé los caballos, los asnos y los mulos, así como los bueyes y las ovejas, los perros y los gatos; compré camellos y dromedarios, cambié mi pesada túnica por un turbante y una chilaba, y mis botas por unas babuchas, y me vestía la usanza oriental.

El despertador. Era la hora. El teléfono sonó varias veces para anunciarnos que eran las seis y teníamos que partir. En el taxi que nos llevaba al aeropuerto, no pudimos dejar de proseguir la lectura del Pergamino de Plata.

—Cuando llegué por fin al campamento templario, que se encontraba en las cercanías de Jerusalén, me asignaron un equipo extremadamente austero: un jergón, una sábana y una manta de lana ligera contra el frío, la lluvia, el sol, y que también protegía a los caballos. Recibí dos sacos: uno para la ropa de cama y la muda, y otro para los espaldarones y el arnés. También me dieron un saco de malla metálica que servía para transportar la armadura. Un lienzo me servía de mantel, y otro de toalla para mi aseo.

»La noche de mi llegada, el mariscal responsable de la disciplina llamó a los caballeros a reunirse para la cena. El mariscal era quien llevaba el estandarte Baucéant y lo enarbolaba como señal de reunión durante el combate. También había un comendador de la Carne que se ocupaba de la intendencia: señal de que la comida iba a ser copiosa.

»Entramos en el refectorio. Algunos comían en la primera mesa, otros, los sargentos, comían aparte después de haber escuchado juntos los oficios y los sesenta padrenuestros obligatorios: treinta por los bienhechores vivos, treinta por los muertos. Una vez en su sitio, cada cual esperaba hasta que toda la comunidad estaba presente. No faltaba nada: pan, vino, agua, así como lo prevenido en el menú. Luego, el capellán dio la bendición y cada hermano pronunció un padrenuestro. No me había equivocado al pensar en la comida; ese día sirvieron buey y cordero, y me regalé, pues hacía varios meses que no probaba la carne. Al concluir la cena, el mariscal, hombre de piel curtida por el sol, y de barba y cabellos blancos, me hizo llamar a una sala aparte.

»—Adhemar —dijo cuando estuvimos completamente solos—, has venido a Tierra Santa enviado por nuestros hermanos, no para proteger a los peregrinos, sino para cumplir una misión. Aquí, aunque sin duda tú lo ignoras, ha corrido mucha sangre, demasiada. Los cruzados han matado a decenas de miles de musulmanes y judíos.

»Esta Jerusalén, conquistada por la sangre, nos será arrebatada por la sangre. Los turcos han reconquistado Cesárea y acaban de asaltar el castillo de Arsur. Nuestro reino, que llamamos Reino de Jerusalén, no deja de reducirse debido a las campañas de Baibars. Los castillos templarios de Beaufort, Chastel Blanc y Safed han sucumbido, así como el Krak de los Caballeros, en Siria, que era considerado inexpugnable.

»Como mariscal de los templarios, veo cómo las derrotas dispersan nuestros ejércitos, veo a nuestros escuadrones en retirada y cómo disminuye el número de combatientes. Veo destruidos nuestros castillos, veo a nuestros cristianos inmolados. Ya no sé a cuantos hermanos, que me eran cercanos, he llorado, colgados o decapitados por los sarracenos. Pronto San Juan de Acre será asediada. Y mañana lo será Jerusalén. Hace más de treinta años que estoy en Tierra Santa y me aproximo al fin de mi vida, no por la edad, pues aunque parezco de edad avanzada, a causa de la dureza de mi vida, los combates, las heridas y las derrotas, no lo soy. Debes saber la verdad: en otro tiempo poseíamos este país; ahora sólo somos un puñado ante nuestros numerosos enemigos. El reino de Oriente ha perdido tanto que nunca más podrá levantarse de nuevo. Siria ha jurado que no permanecerá ningún cristiano, ni en la Ciudad Santa ni en el país. Elevarán mezquitas en nuestros lugares santos, en la Explanada del Templo, donde está nuestra casa-madre, el Templum Domini, y sobre la iglesia de Santa María. Y nosotros no podemos hacer nada sin los refuerzos que se nos niegan.

»—¿Cómo? —respondí—, ¿nuestros hermanos en tierra de Francia ya no os apoyan?

»—Nos niegan la cruz que hemos asumido. De todos modos, haría falta una ayuda considerable para salvarnos. Por esta razón te han hecho venir. Eres joven y vigoroso, fuerte en el combate y conoces las artes y las letras. Mañana irás a Jerusalén, donde te esperan. ¡Ve, Adhemar, y salva lo que puedas salvar!

»—Pero ¿qué puedo hacer? —dije— ¿Qué puedo salvar?

El mariscal me observó un momento, intensamente, y me respondió con estas palabras, que no pude entender:

»—Nuestro tesoro.

»Al día siguiente, al amanecer, subí a Jerusalén con el corazón turbado por las palabras del mariscal, pero satisfecho por el descubrimiento de la ciudad de mis sueños. Durante el lento ascenso a la Ciudad Santa, mi caballo sufría, porque la pendiente era dura. Pero mi corazón vibraba de alegría y de impaciencia: ¡por fin iba a ver la Ciudad Santa, la ciudad de la paz! Entre dos valles, en la cima de un monte, ya avistaba su muralla, y me regocijaba.

Adhemar se detuvo un instante en la contemplación de ese momento. Estaba casi sin aliento, y cada vez parecía tener más problemas para respirar. Aunque no se quejaba, sus quemaduras le causaban un gran dolor.

—¡Ah, Jerusalén! —suspiró Adhemar, como si contemplara con sus ojos la ciudad eterna, la ciudad que reconstruyó Godofredo de Bouillon, donde estableció su capital y su corte para recibir a los peregrinos que acudían a contemplar la tumba de Jesucristo, por docenas de miles, desde todos los países de la Europa cristiana: de Francia, de Italia, de Alemania, de Rusia, de la Europa del

Norte, de España, de Portugal.

»Vi las murallas de Jerusalén, a las puertas del desierto, en la cima de la montaña, e impelido por el viento, como atraído por la luz, entré en la ciudad blanca, que parecía dormir a la luz del crepúsculo. Vi las cúpulas brillantes y me cegaron como un espejismo. Detrás de mí, el desierto y las montañas azules; delante, las piedras brillantes y los pequeños arbustos diseminados en los que los beduinos apacentaban sus ovejas.

»Por la puerta de Damasco entré en la ciudad de grandes edificios elevados por los cruzados, con sus órdenes religiosas: templarios, hospitalarios, benedictinos. Se diría que cada cual había querido elevar su templo, su santuario. Allí, pude ver las dos cúpulas que dominaban la Ciudad: al este, la del Templo y del Señor, la antigua mezquita transformada en iglesia; y al oeste, el domo del Santo Sepulcro. Una capilla, por encima de la cual se elevaba el torreón del hospital, dominaba el campanario del Gólgota. Las tres torres reinaban sobre una multitud de torrecillas, de almenas, de campanarios y de terrazas, y sobre las cuatro torres maestras del muro exterior de la ciudad. Cuatro anchas calles unían esas torres, y a su alrededor se apiñaba una gran multitud de iglesias, monasterios y viviendas apretadas entre un dédalo de estrechas callejuelas que formaban el conjunto de los barrios. Esas calles dividían la ciudad en cuatro barrios distintos: la Judería, al norte, era el más importante. La gran puerta de la Ciudad y la de san Esteban se abrían al campamento de los cruzados. Los dos ejes norte-sur, llamados calle de san Esteban y calle de Sión, partían de la puerta de san Esteban y se dirigían, uno hacia el Templo y la puerta de la Tenería; y el otro hacia la puerta de Sión. Las dos calles transversales eran la del Templo, al norte, que unía el Templo con el Santo Sepulcro, y la calle de David, que permitía acceder, desde la puerta del mismo nombre y pasando por la iglesia de san Gil, a la gran Explanada, la antigua Explanada del Templo.

»Después de dejar el Santo Sepulcro, me dirigía la calle de las Hierbas, donde se encontraban los mercaderes de especias y frutas. Luego tomé la calle de los Tapices, con sus exposiciones de tejidos multicolores. Y luego, por la calle del Templo, donde se podían comprar la concha y la palma de peregrino, llegué a la Explanada. Allí se encontraba el terreno concedido a los pobres caballeros de Jesucristo al inicio de su fundación por los canónigos del Templo. Desde el terraplén, unos escalones ascendían hasta la Cúpula de la Roca y el Templum Domini.

»Allí, ante la Explanada, entre las murallas de Jerusalén y la puerta Dorada, se encontraba la casa madre de Jerusalén, la Casa del Temple, en el mismo lugar que ocupó el Templo de Jerusalén. Ante mí se alzaba el edificio resplandeciente de mármol blanco. ¡Sí, allí había sido construido el Templo!

»Los caballeros del Temple vivían en un palacio del que se decía que había sido construido por Salomón. En la gran caballeriza había más de dos mil caballos y mil quinientos camellos. Los hombres ocupaban los edificios adyacentes al palacio, en cuyo interior se encontraba su iglesia, Santa María de Letrón.

Casi habíamos llegado. Jane estaba sentada junto a la ventanilla del avión, discretamente inquieta por la espera, y yo la miraba.

Iba vestida con unos sencillos vaqueros y una blusa blanca. Sus cabellos estaban recogidos con una goma y llevaba sus gafas de sol, un velo que me impedía quedar cegado por la sombría claridad de su mirada.

Salimos del avión; recuperé el equipaje de Jane, una bolsa pequeña y el maletín de su ordenador. No sé por qué, pero, con ese simple gesto, me di cuenta de repente de que era feliz, y que ese sentimiento era la fuente de la que bebía desde que había abandonado la tierra de Israel.

En el autobús, resistí el deseo de volver a abrir el Pergamino de Plata para proseguir su lectura.

—¿Cómo es posible que la Orden del Temple se haya perpetuado durante más de cinco siglos? — pregunté.

—Hay quien lo explica a través de una carta de transmisión que se remonta a 1324. Jacques de Molay, último Maestro del Temple, designó como sucesor a Jean-Marc Larménus, de Jerusalén, quien a su vez

habría transmitido el gran maestrazgo a François Théobald, de Alejandría. Se supone que Larménius firmó la carta de transmisión, y que ésta fue rubricada posteriormente por todos los Grandes Maestres, desde el siglo XIV hasta el XIX.

—¿De dónde procede su fortuna?

—Ése es el famoso secreto. Según todas las probabilidades, el tesoro no estaba formado por dinero en metálico, sino por objetos sagrados, pedrerías y joyas... Y consiguieron esconderlo a tiempo.

—A lo mejor la respuesta se encuentra aquí, en el Pergamino de Plata.

—Fui recibido por los templarios de Jerusalén, que me condujeron a mi habitación. Allí, para mi gran sorpresa, no me asignaron una plaza en el dormitorio, entre los hermanos caballeros, sino que me alojaron en una de la hilera de celdas individuales que se abrían a un pasillo. La mía estaba amueblada con una silla, un baúl y una cama con un colchón de paja, una almohada, una sábana y una manta, además de una colcha o cobertor, un lujo que no conocía desde hacía tiempo, yo, que tantas veces había dormido sobre un jergón de hierro, o sobre la arena del desierto, bajo las estrellas.

»Fui llamado a Capítulo después de la cena. El Capítulo era la autoridad suprema de la Orden, y tenía lugar todas las semanas en cualquier lugar en que se encontraran reunidos cuatro o más hermanos, con el fin de juzgar las faltas cometidas contra la Regla y de decidir los asuntos cotidianos que concernían a la Casa. Pero aquél no era un Capítulo como los demás, y aquella noche no iba a ser como las demás noches. Porque iba a tener lugar la elección del Gran Maestre, y yo me disponía a vivir uno de los momentos más intensos de mi vida.

Una vez en Tomar, nos hicimos llevar al modesto hotel en el que habíamos reservado habitación. Después de las largas horas de inmovilidad, decidimos dar un paseo en cuanto nos hubimos instalado.

Caminando uno junto al otro, descubrimos la pequeña ciudad portuguesa. Amigos, ¿cómo podría contároslo? Era la hora del atardecer, y el crepúsculo, con su cielo vestido de sombras grises y negras, cayó sobre nosotros y nos envolvió con su dulzura serena y misteriosa. Era la hora del atardecer y ya no había presente ni pasado, sólo la frágil claridad que precede a la noche. ¿Y si el amor no era una reminiscencia, sino un futuro, un futuro puro? Todo lo que había habido antes de ella ya no existía, y yo me encaminaba hacia el silencio para observarla mejor. En ese instante, amigos, yo enarbolaba en alto, muy en alto, el estandarte del amor.

—Ary —dijo Jane de repente tomándome del brazo—. Ahora estoy segura de que alguien nos sigue.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—Desde el aeropuerto de París un hombre nos está espionando. Y ahora nos sigue. Escucha.

Oímos unos pasos precipitados a nuestras espaldas.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—No estaba segura.

—Ven, volvamos al hotel —dije arrastrándola.

En el hotel, acompañé a Jane a su habitación.

Había un desorden indescriptible. Evidentemente, la habitación había sido registrada. Jane se precipitó hacia sus cosas y empezó a buscar algo frenéticamente.

—¿Dónde está el Pergamino de Plata? —dijo.

Su maleta estaba abierta y habían sacado sus cosas.

—¡Ya no está! —exclamó Jane—. ¡Querían el Pergamino de Plata!

Tomé el chal de oración que había dejado en la maleta de Jane y lo apreté con delicadeza.

—Ary —me dijo Jane, mirándome con aire desconcertado—. Eres... increíble. Acaban de robarnos nuestra posesión más preciosa y lo primero que buscas es tu chal... Nunca... Nunca podré entenderte.

Se dejó caer en la cama, abarrotada con el equipaje revuelto de su maleta forzada. Tomó la almohada para colocarla debajo de su cabeza.

—¡Ary! —murmuró de repente.

Seguí su mirada, fija en el lugar que había dejado libre al retirar la almohada. Había allí un puñal, un pequeño puñal antiguo, incrustado de pedrería.

Nos miramos asustados. Escruté sus ojos aterrorizados. Sus párpados temblaban. El puñal dibujaba la

letra נ. En su lado negativo, la *nun* representa las cincuenta puertas impuras. En Egipto, el pueblo de Israel estuvo a punto de caer en la quincuagésima puerta de la impureza hasta el momento en que Moisés vino a salvar a los hijos de Israel y los sacó de la esclavitud. La liberación de Israel aparece mencionada en la Torá en cincuenta ocasiones, pues el pueblo hebreo tenía que dejar Egipto para encontrar a Dios.



SÉPTIMO PERGAMINO. El pergamino de la Guerra

¡Levántate, héroe! ¡Captura a los enemigos!
¡Hombre de gloria, amasa tu botín!
¡Coloca la mano sobre sus nuca, oh guerrero!
Pisotea sus túmulos cubiertos de cadáveres,
aplasta a los pueblos enemigos.
Que tu espada devore su carne
y traiga la gloria a tu país,
y llene tu patrimonio de bendiciones.
Un ganado innumerable se apacentará en tus tierras,
oro y plata y piedras preciosas llenarán tus templos.
Regocíjate, oh Sión,
abre tus puertas y acoge la opulencia de las naciones.

Pergaminos de Qumrán,
Reglamento de la Guerra.

Jane y yo nos miramos sin saber qué decir. Luego desplegué el chal de oración y extraje el Pergamino de Plata, que había escondido en él.

Y entonces, en medio del temor y del dolor, todo desapareció, todo se borró en nuestra soledad absoluta, y quedamos solos, frente a frente, solos frente al peligro, solos pero unidos ante la prueba. En ese instante en el que fuimos hasta tal punto infinitos que el mismo peligro dejó de existir, conocí el amor, ese amor que, desafiando todos los peligros, muestra la evidencia de su existencia real.

¿No corríamos a una muerte que nos llegaría del peor modo posible? ¿No estábamos en lucha contra los bárbaros? ¿No íbamos a desaparecer en la masa de las tinieblas, juguetes inconscientes de la historia y de todas sus desgracias? Y, sin embargo, yo me sentía feliz porque estaba junto a ella, en medio del peligro si era preciso, y ése era mi lugar en el mundo. ¡Por fin! La tomé en mis brazos y la estreché contra mi corazón, que latía con tal fuerza que atravesó mi pecho contra su pecho. La estreché y, tomando su cabeza con mis manos, la miré en lo más profundo de sus ojos; ella dispuso los labios para recibir un beso; yo posé mi frente sobre su frente y luego mis labios sobre sus labios, y con la fuerza de mi juventud reencontrada, con todo mi corazón, con todo mi espíritu y todo mi poder, le di un beso de amor.

Entonces, todas las letras se dispararon fuera del pergamino, inquietas por nuestros esfuerzos. Y setenta y dos letras se mofaron ante el misterio del hombre para el que el tiempo ya ha pasado. Todas las letras se elevaron contra mí, con sus formas y sus cuerpos, en un único concierto de despecho. *Cuéntame, oh tú, a quien mi alma ama.* Oh letras, aquí tenéis mi historia terrible y misteriosa: he abandonado la casa de mis hermanos y lo he dejado todo por esta mujer. Me he ido para cumplir mi misión, que se había convertido en nuestra misión. Pero todas las letras se alzaban y se burlaban de mí, y una tras otra hacían su comentario, y todas ellas estaban presentes, todas, claro está, menos **N**, álef.

Sí, aquí la tenéis, oh letras burlonas, aquí tenéis mi historia: estoy en esta habitación junto a aquella a quien amo, y nunca he conocido la dicha antes de esta dicha en la que reside la misma sabiduría, que muy pocos conocen, porque os lo digo, amigas, tal es el secreto de los secretos, con todos los puntos de las vocales y la entonación debida, el secreto que sólo se transmite a los sabios de corazón. Estoy transido de dicha, y sumido en el abismo profundo de la felicidad existo plenamente en mi plenitud reencontrada, en mi plenitud desconocida, así sea. Y yo, en este instante, estoy solo en el mundo con aquella que desea mi corazón. Y las letras exaltadas saltan, de abajo arriba, de arriba abajo. Y yo, en mi gloria inédita, hago la alabanza de la Mujer, que se eleva y me eleva hasta el mundo de las almas, y las letras soplan, soplan, so plan sobre el fuego ardiente, sobre el incendio de mi corazón. *Que me bese con los besos de su boca.*

Y veo, letras del Nombre, en el corazón del temblor, veo, en las simas del gran abismo, en lo más profundo de mi vida, estrechando a Jane contra mi corazón, ciñendola con fuerza para tranquilizarla, veo lo invisible.

Porque estamos los dos tendidos el uno junto al otro, mi frente sobre su frente, mi mano sobre su pecho, mi pierna contra su pierna. Sublimes, sublimes besos de amor que colman y alimentan el corazón y el alma sensible, así está escrito: *que me bese con los besos de su boca.* Allí se encuentra la paz, y todas las letras, unidas en un acuerdo perfecto, se unen, letras mayúsculas, letras minúsculas, letras voladas por encima de la línea que revolotean de abajo arriba y letras por debajo de la línea que viajan de arriba abajo, todas enlazadas de emoción y de agradecimiento hasta formar una palabra, una sola palabra.

Así estábamos, apretados en la penumbra, mis labios sobre sus labios, mi cuerpo sobre su cuerpo, cuando oímos una llave que se introducía en la cerradura de la habitación; todas las letras se volatilizaron amedrentadas.

Una sombra se adelantó. Abalanzándome sobre ella la derribé en el suelo y amenacé con romperle la botella en la cabeza.

Jane encendió la luz y dio un grito de sorpresa. El hombre que acababa de deslizarse en la habitación no era otro que Josef Koskka.

—¿Qué hace usted aquí? —dije, ayudándole a levantarse.

—Soy yo quien debe hacerlos esta pregunta —respondió, mirando a su alrededor—. ¿Qué ha pasado aquí?

—No lo sabemos —dijo Jane—. Pero tal vez usted sí lo sabe.

—¿Por qué me seguís?

—Ya se lo hemos dicho: investigamos.

—Me investigáis a mí —respondió con calma—. Estáis equivocados. ¿Qué queréis saber?

—Hemos venido hasta aquí con la intención de ayudarlo —dijo Jane.

Se produjo un silencio durante el cual el hombre nos observó con una cierta preocupación.

—Muy bien. Venid mañana, a las siete de la tarde en punto, a la catedral de Tomar, bajo la nave principal.

—¿Qué pasará? —preguntó Jane.

Koskka miró de soslayo el puñal colocado en la cabecera de la cama.

—Nuestros enemigos son temibles. Todos nosotros corremos un grave peligro...

—¿Todos? —respondió Jane— ¿Está usted seguro de correr peligro? ¿O de hacerlo correr a los demás?

—Nuestra Orden siempre ha querido preservar la libertad, y su razón de ser es la caridad. *Non Nobis, Domine, Non Nobis, Sed Nomini Tuo Da Gloriam...*

—¿Es el lema de la Orden? —dijo Jane.

—Era el del profesor Ericson.

—Salmo 115, versículo 1 —añadí.

—El profesor Ericson —empezó Koskka— era el jefe de la rama estadounidense de nuestra asamblea, que reconoce la Constitución de Estados Unidos como ley suprema.

Koskka dio unos pasos por la habitación.

—Era un grupo en plena expansión, Jane. Al matar al profesor Ericson han decapitado una organización mundial.

—¿Cuál es vuestra misión?

—Intervenir en la política exterior de Israel. Organizar estudios para establecer una política de seguridad de acuerdo con los diplomáticos estadounidenses, canadienses, australianos, británicos, europeos y de los países del Este. Proteger Jerusalén como capital de Israel y reunir fondos para hacer investigaciones con vistas a...

Hizo una pausa antes de concluir:

—... a la reconstrucción del Templo.

—¿Y por qué ustedes? —dijo.

—Por la tarde —dijo Koskka—, estad en la catedral de Tomar a las siete en punto.

Al día siguiente por tarde, el sol se ponía sobre la colina que domina la ciudad, se deslizaba entre las torres del Convento de Cristo, abrazaba la tierra como una madre cálida cubre a su hijo con una sábana de colores tenues, ocre, dorado, marrón claro, rosa anaranjado.

En silencio, penetramos en el territorio otrora ocupado por los templarios. En la cima de la colina había una meseta estrecha que una silueta aguda dominaba con orgullo, como la punta de una espada sobre una formidable atalaya,alzada para oponerse al invasor y tocar el cielo. Una nube coronaba la colina, una nube que protegía el Ribat, el Templo cósmico elevado en el aire.

Atravesamos el cementerio de los monjes, construido en el siglo XVI, y nos dirigimos al centro del vasto complejo, al inmenso Convento de Cristo, edificio de belleza cincelada, de arcos y pilares acanalados, de pesados capiteles... Un templo, me dije, un templo que atestigua la pureza de la vida del templario, porque todo lo que hay allí parece estar organizado en torno al cuadrado y las rectas paralelas que suben hacia el cielo, igual que el Templo de Salomón. Los templarios habían construido un recinto en el que se levantan un castillo y una iglesia octogonal en el centro de las fortificaciones.

En el claustro de ese convento-fortaleza, todo estaba tranquilo. La luz penetraba como una voz celestial por las aberturas de las fachadas y las ventanas de las naves laterales. La luz entraba indirecta, modelada, infinitamente suave. Como los *Morabitun*, los hombres de los *Ribats* musulmanes, los piadosos templarios venían a cumplir en este lugar su servicio temporal, combinando la oración y la acción militar.

—Hacia mediados del siglo X —explicó Jane—, España y Portugal estaban en poder de los musulmanes, que llegaron hasta las zonas más septentrionales de la Península con el saqueo de Barcelona, Coimbra y León, así como de Santiago de Compostela. El Temple participó activamente en la reconquista de Lisboa y de Santarém a partir de 1145. Los templarios, ayudados por los hospitalarios y los caballeros de Santiago, defendieron el territorio con tenacidad... Se dice que los templarios participaron en la creación de Portugal. Incluso en 1312, cuando el papa Clemente escribió la bula que suprimía la Orden, Diniz, el rey de Portugal, declaró que los templarios poseían el usufructo eterno de sus tierras y que era imposible quitárselas. Después de la disolución del Temple, el rey Diniz, para que prosiguiera la Orden, dispuso la creación de otra absolutamente idéntica: la Orden de Cristo, cuyo cuartel general era el Convento de Cristo.

—Sin duda, ésa es la razón por la que los templarios han decidido reunirse aquí. Esta es una tierra de acogida para ellos...

En la entrada de la iglesia había una rotonda octogonal de dos pisos, sostenida por gruesos pilares y

rodeada por una girola. La iglesia tenía una fachada gótica en cuyo centro había grabada una gigantesca rosa, a su vez marcada con un signo: la misma estrella que ya había visto en las tumbas de los monjes cuando pasamos por el cementerio.

—Oye —dije a Jane—, ¿no es ésa una estrella de David?

—Es el Signum Solomonis, la firma de los templarios.

—Una estrella de David inscrita en una rosa de cinco pétalos.

—La rosa y la cruz...

—¿Vienes? —dijo Jane.

—Me está prohibido —respondí—. No tengo derecho a entrar en una iglesia.

—¿Porqué?

—Formar una imagen de Dios para hacerlo visible siempre nos ha estado prohibido, pues Dios es incognoscible y por ello imposible de representar.

—¿Y cómo —dijo Jane— pasáis de lo visible a lo invisible?

Hubo un silencio durante el cual me miró de modo extraño.

—Pronunciando el nombre de Dios.

—¿Así, simplemente pronunciando su nombre?

—Sí. Conocemos las consonantes de su nombre: *yod*, *he*, *waw* y *he*. Pero no conocemos las vocales. Sólo el Sumo Sacerdote del Templo, en el sanctasanctorum, tenía el conocimiento de las vocales y podía pronunciarlas. No tenemos ninguna imagen para representar lo invisible... Desconfiamos de los impulsos sensibles y afectivos para entrar en contacto con Dios.

—Ah, claro —dijo Jane—. ¿Y qué crees que haces cuando cantas y bailas para llegar a la *devequt*? Las imágenes no son fotografías, una representación de acontecimientos tomados de la realidad. Están compuestas como los textos y tienen un significado. De ellas se desprenden cuatro sentidos principales: el sentido literal representa el acontecimiento, el sentido alegórico anuncia la llegada de Jesús, el sentido tropológico explica cómo lo que ha sido revelado por Jesús tiene que ser cumplido por todos los hombres, y el sentido anagógico hace aparecer con antelación la realización final del hombre perfecto en compañía de Dios. Mira el Tetramorfo de la entrada.

—No —dije—. No quiero verlo.

—No es una representación de Dios —dijo Jane.

Abrí los ojos. El Tetramorfo representaba la visión del profeta Ezequiel: un hombre, un león, un toro y un águila. Jane me explicó que los teólogos leían en él un retrato de Jesús: el hombre por su nacimiento, el toro por su sacrificio cruento, el león por su resurrección y el águila por su ascensión. También veían en él la realización del hombre por el mundo de la inteligencia, el toro por la donación de sí mismo al servicio de los demás, el león por su poder de vencer el mal y el águila porque se sentía atraída hacia lo alto y hacia la luz.

—Gracias a la adquisición de estas cualidades —dijo Jane—, el hombre se hará igual a Jesús y formará una unidad con él.

Observé el Tetramorfo, y de repente vi aparecer la visión de Ezequiel. En el centro había un dibujo que se parecía a los cuatro animales, con el siguiente aspecto: los cuatro tenían una cara de león, una cara de hombre, una cara de toro y una cara de águila. Sus alas estaban desplegadas hacia lo alto: todos ellos tenían un par de alas que se unían y otras dos paralelas al cuerpo. En la clave de la bóveda que se encontraba sobre sus cabezas había una piedra de zafiro en forma de trono, y sobre ella, en lo alto de todo, estaba sentado un ser resplandeciente de apariencia humana. A su alrededor aparecía un fuego lleno de luz.

Un pasillo al fondo de la rotonda llevaba al claustro del cementerio, de arcadas góticas, frisos flamígeros y patios que desbordaban de flores de colores alegres. Nos dirigimos hacia la nave para acceder al gran claustro al que se abría la ventana de Tomar, esculpida como un encaje de piedra, que representaba una vegetación que crecía y se entrelazaba hasta el vértigo, con zarcillos, volutas innumerables y raíces laberínticas: con todo aquello que forma parte del gran reino vegetal.

Desde la terraza superior del gran claustro se podía contemplar todo el convento y toda la región. No había nadie en el horizonte. Empezamos a preguntarnos dónde tendría lugar la cita...

Nos sentamos a la sombra de una roca: eran casi las siete de la tarde.

—Ahora estaba allí, y nadie podría arrancarme de allí para impedir lo que iba a pasar. Todos, en ese instante solemne, se habían revestido con la túnica blanca, color de la inocencia y de la castidad. Allí estaban todos los comendadores de las provincias de la Orden. Tras los caballeros venían los sargentos, los sacerdotes y, por fin, los hermanos de oficios, es decir, los servidores.

»En medio del silencio, el Comendador de la Casa de Jerusalén se acercó a mí. Vestido con un gran manto de lino blanco con la cruz potenziada roja, el Comendador resultaba impresionante por su gran estatura, sus ojos escrutadores y su rostro afeitado, estriado de arrugas venerables. Siguiendo la costumbre, me arrodillé ante él. Entonces, lentamente, tomó el cetro, que era un bastón en cuyo extremo se encontraba una espiral con la cruz roja, y me lo entregó. Era el abacus: la insignia del Gran Maestre de la Orden.

»—El abacus —dijo— representa a la vez la instrucción y el conocimiento de las verdades superiores. Pero el Gran Maestre de la Orden es, ante todo, un jefe bélico.

»Se produjo un silencio.

»—Por supuesto lo acepto —murmuré al fin, sin alzar la cabeza—, pero no comprendo. El Gran Maestre de la Orden ha sido elegido: se llama Jacques de Molay.

»—Hemos tenido conocimiento de tus proezas —dijo el Comendador— y de tu gran inteligencia. Hemos conocido tus gestas de guerra y tu inmenso coraje. Nos ha llegado noticia de todo ello. Jacques de Molay ha sido designado Gran Maestre, pero... deseamos que tú seas nuestro Maestre secreto.

»—¿Cuál es mi función? —dije— ¿Y qué esperáis de mí?

»—Nuestro rey, Felipe el Hermoso, nos es hostil —respondió el hermano Comendador.

»—¿Cuál es la razón de su hostilidad?

»—Poseíamos un ejército de cien mil hombres y quince mil caballeros en todo el mundo. Eramos una potencia situada fuera de su control. Cuando ocurrió la revuelta de los parisinos, el rey de Francia se dio cuenta de que el único lugar seguro era, no su palacio, sino la fortaleza del Temple, donde se refugió. Pero ese tiempo ha pasado, Adhemar. Te hemos elegido para que sepas la verdad: Felipe el Hermoso desea la destrucción de nuestra Orden: ¡quiere eliminar nuestro poder para apoderarse de nuestro tesoro!

»—¡Pero es imposible! —dije—. ¡El Papa, el papa Clemente V nos protegerá!

»—No —dijo—, no nos protegerá.

»—¿Cómo es posible? —exclamé horrorizado.

»—¡Ay! Es una conspiración y no podemos hacer absolutamente nada. Pero hay otra orden, una orden negra, que tiene encomendada la misión de no dejar que jamás se apague la noble antorcha y de transmitirla a su vez.

»El Comendador se levantó y, mirándome, exclamó:

»—¡Ahora tú eres el jefe de la Orden secreta!

Había llegado el momento. La hora de la cita se acercaba.

—Tengo que irme —dije a Jane—. Espérame aquí.

—No estoy tranquila —murmuró, mirándome con ojos inquietos—. ¿Y si es una trampa?

—¿Nos damos cita aquí dentro de, digamos, dos horas?

—De acuerdo.
Pero su voz carecía de convicción. Me miró con ansiedad.
—¿Y si en dos horas no has vuelto?
—Entonces, avisa a Shimon Delam...

Entré en el castillo bajo el arco abovedado. Una pesada escalinata de piedra llevaba al primer piso. Todo estaba impregnado por un silencio de muerte. De repente, la gran puerta de madera de dos batientes ante la cual me encontraba se abrió para dar paso a Koskka.

—¿Está listo?

—Sí.

—Bien, muy bien —dijo—. Espero que haya comprendido la situación. Aquí hay hermanos que han venido de todo el mundo, haga exactamente lo que yo le diga y no le pasará nada. No tiene nada que temer de nosotros, pero ahora sabemos que los Asesinos no están lejos.

Empecé a seguir al extraño personaje por un dédalo de pasillos altos y estrechos hasta una escalera de caracol que nos condujo a los sótanos del castillo. Allí, en una antecámara abovedada, me dio un manto blanco, que me puse mientras él hacía lo propio con el suyo. Entramos por una puertecita en el refuerzo del muro, en la que reconocí el sello de los templarios. Se veía grabado un edificio octogonal, coronado por una gigantesca cúpula recubierta de oro que presentaba un curioso parecido con la mezquita de Tomar.

En una pequeña capilla iluminada con antorchas y velas había un altar, y ante el altar, un hombre arrodillado con las manos juntas. No se podía ver su rostro, pero junto a él se encontraba un hombre con el uniforme de gala de un caballero templario.

Siguiendo a Koskka, me deslicé hasta el fondo de la sala, esperando que nadie notara mi presencia.

»—Hermanos —dijo el Comendador dirigiéndose a todo el Capítulo, mientras yo estaba ante él, de bruces contra el suelo—. En este momento, nuestro hermano ha sido introducido en un mundo nuevo, hacia una vía más elevada en la que puede redimirse de sus pecados anteriores y salvar nuestra Orden.

»Luego añadió, con voz más fuerte:

»—Si alguien de aquí se opone a la recepción del impetrante, que hable, o que calle para siempre.

»Un profundo silencio acogió sus palabras.

»Entonces el Comendador dijo con voz fuerte:

»—¿Deseáis que lo hagamos venir ante Dios?

»Y la concurrencia respondió a una:

»—Hacedlo venir ante Dios.

»Me levanté y me arrodillé ante el Comendador.

»—Sire —dije—, he venido ante Dios, ante vos y ante todos nuestros hermanos. Os ruego y os solicito por Dios y por la Virgen que me recibáis en vuestra compañía y en las buenas obras de la Casa como aquel que quiere ser para siempre siervo y esclavo de la Casa.

»Se produjo un silencio tras el cual el Comendador añadió:

»—*¿Deseáis estar desde ahora y para todos los días de vuestra vida al servicio de la Casa?*

»—*Sí, si Dios quiere, sire.*

»—*Bien, querido hermano —prosiguió el Comendador—, escuchad lo que os voy a decir: ¿prometéis a Dios y a la Virgen que todos los días de vuestra vida estarán dedicados al Temple? ¿Queréis, en todos los días de vuestra vida, dejar de lado vuestra voluntad y cumplir la misión que se os confiará, sea esta la que fuere?*

»—*Sí, sire, si Dios lo quiere.*

»—*¿Y prometéis a Dios y a la Santa Virgen María que todos los días de vuestra vida viviréis sin nada que os pertenezca?*

»—*Sí, sire, si Dios lo quiere.*

»—*¿Y prometéis a Dios y a la Santa Virgen María que respetaréis todos los días de vuestra vida la Regla de nuestra Casa?*

»—*Sí, sire, si Dios lo quiere.*

»—*¿Y prometéis a Dios y a la Santa Virgen María que todos los días de vuestra vida ayudaréis a salvar, por la fuerza y el poder que Dios os ha dado, la Santa Tierra de Jerusalén, y a proteger y salvar las que poseen los cristianos?*

»—*Sí, sire, si Dios lo quiere.*

»*Entonces el Comendador indicó a todos que se arrodillaran.*

»—*Y nosotros, por Dios y por la santa Virgen María, y por nuestro padre el Apóstol y todos los hermanos del Temple, os acogemos para que gobernéis la Casa según la Regla que ha sido establecida desde el principio y que seguirá igual hasta el final. Y también vos nos acogéis en todas las buenas obras que habéis realizado y realizaréis, y nos guiaréis como Gran Maestro.*

»—*Sí, sire, si Dios lo quiere, acepto.*

»—*Querido hermano —respondió el Comendador—, ¿de vos deseamos algo más de lo que la Orden os ha pedido con anterioridad! Pues de vos queremos el mando: ¡pues es una gran cosa que vos, que sois siervo de otro, os convirtáis en guía de todos!*

»*Pero, para ser nuestro guía, nunca actuaréis según vuestro deseo: si deseáis estar en tierra, se os mandará al mar; si deseáis estar en Acre, se os mandará a la tierra de Trípoli o de Antioquía. Y si deseáis dormir, se os hará velar, y si deseáis velar, deberéis descansar en vuestro lecho. Cuando estéis sentado a la mesa y queráis comer, seréis enviado a algún lugar al que os llame vuestra función. Os pertenecemos, pero vos ya no os pertenecéis.*

»—*Sí —respondí—, acepto.*

»—*Querido hermano —dijo el Comendador—, no os damos la dirección de la Casa para obtener riquezas o disfrute de vuestro cuerpo o de vuestro honor. Os confiamos la Casa para evitar y*

combatir el pecado de este mundo, para rendir servicio a Nuestro Señor y para salvarnos. Y tal debe ser la intención por la que debéis pedirla. Así seréis nuestro Elegido.

»Incliné la cabeza en señal de aceptación.

»Entonces el Comendador tomó el manto de la Orden, lo colocó solemnemente sobre mis espaldas y cerró los broches mientras el hermano capellán leía el salmo: Ecce quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum.

»—Qué bueno y agradable es vivir todos juntos como hermanos —dijo.

»Luego leyó la oración del Espíritu Santo y cada hermano pronunció un padrenuestro.

»Cuando hubieron terminado, el Comendador se dirigió al Capítulo en estos términos:

»—Queridos señores, veis que este hombre valeroso tiene un gran deseo de servir y dirigir la Casa y dice que quiere ser todos los días de su vida Gran Maestre de nuestra Orden. En este momento, os solicito de nuevo que si alguno de vosotros tiene conocimiento de algún impedimento para que pueda cumplir su misión en la paz y la gracia de Dios, lo diga ahora o que calle para siempre.

»Respondió un profundo silencio. Entonces el Comendador repitió su pregunta a toda la concurrencia:

»—¿Deseáis que lo hagamos venir ante Dios?

Un pesado silencio reinaba en la asamblea.

Había un centenar de personas, todas vestidas con el manto blanco de la cruz roja, cuando el Maestro de ceremonias, un hombre de unos cincuenta años, delgado, de barba gris y cabellos negros, repitió su pregunta a la Asamblea:

—¿Deseáis que lo hagamos venir ante Dios?

De repente, uno de los hombres se adelantó. Cerré los ojos: reconocí al hostelero que nos había comentado su menú con tanta verborrea.

—Comendador —dijo—, os informo que esta ceremonia no es conforme. Por ello nuestro hermano no puede ser ordenado.

—Explicaos.

—*Beau Sire*, hay un traidor entre nosotros. Un extraño está aquí presente.

Se oyeron murmullos de aprensión. El Comendador hizo callar a los presentes con un signo. El silencio volvió inmediatamente.

—Explicate, Intendente y Maestre de la Carne —dijo al templario-hostelero.

Entonces, el hostelero alzó el dedo y señaló en mi dirección. Yo estaba de pie junto a la puerta, detrás de todos. Toda la concurrencia se volvió. Inmediatamente, dos hombres se deslizaron entre la puerta y yo, bloqueando la salida.

Todos callaron, como si retuvieran el aliento, sin apartar sus miradas de mí. Koskka, a mi lado, no hacía un solo movimiento. El Comendador me hizo un gesto para que me acercara.

Me adelanté hacia él, que me observaba de arriba abajo. Entonces me indicó que me pusiera de rodillas, cosa que hice.

—Querido hermano, ésta es la reunión de los templarios, reservada sólo a los templarios. En todas las cosas que os vamos a preguntar, decid la verdad, pues si mentís, seréis severamente sancionado.

Asentí.

—¿Estáis casado o prometido, corréis el riesgo de ser reclamado por una mujer a la que se os devolvería después de haberle causado gran vergüenza?

—No.

—¿Tenéis deudas que no podéis pagar?

—No.

—¿Sois sano de cuerpo y de espíritu?

—Sí.

—¿Estáis en el Temple por simonía?

—No.

—¿Sois sacerdote, diácono o subdiácono?

—No.

—¿Estáis afectado por una sentencia de excomunicación?

—No.

—Os vuelvo a poner en guardia contra la mentira, por benigna que sea.

—No —repetí con una voz que temblaba ligeramente, pues, en realidad, no me hallaba lejos de estarlo, entre los esenios.

—¿Y juráis que veneráis a Nuestro Señor Jesucristo?

A esta pregunta no pude responder, pues me estaba prohibido por la Regla, por mi Regla. Detrás de mí se oían extraños ruidos metálicos. Alcé la cabeza y vi que todos habían sacado escudos de bronce pulidos como espejos. Los escudos estaban orlados por una trenza en forma de lazo de oro, plata y bronce entrelazados, y adornados con piedras preciosas de diversos colores. Todos ellos alzaron sus escudos, como si quisieran protegerse del mal.

Delante de mí, el Comendador sostenía con las dos manos un sable con el que me rozó la mejilla.

—Entonces el Comendador me hizo acercarme a él para someterme al ritual de los besos. Acercó su rostro al mío y me besó en la boca, centro del aliento de la palabra. Luego me besó entre los hombros, que son el centro del soplo celestial. Luego se inclinó y me besó en el hueco de los riñones, en el lugar en que se lleva el cinturón, que es el nervio de la vida terrena.

»Así me dio a entender que por esas dimensiones yo quedaba consagrado al Temple y nada más que al Temple. Luego me condujeron a una pequeña sala y me dejaron solo hasta la noche. Luego, tres hermanos vinieron a buscarme y me preguntaron tres veces si persistía en aceptar la terrible carga que me incumbía. Como persistí en aceptar, me condujeron de nuevo ante el Capítulo, donde me esperaba el Comendador.

»—Este es el manto blanco del Gran Maestro —dijo—. Simboliza la relación con la divinidad y la inmortalidad para aquel que lo lleva. Y éste es el escudo o la égida, marcado con la cruz roja de la Orden.

»Puso la pesada espada incrustada de oro y piedras preciosas en mi mano derecha y declaró:

»—Recibe este acero en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y sítete del mismo en tu propia defensa y en la de la Orden, y no hieras a nadie que no te haya hecho daño.

»Volvió a enfundar la espada en su vaina.

»—Lleva contigo este acero, pero recuerda que los santos no conducen los reinos con el acero.

»Saqué el arma de su vaina, la blandí tres veces en cada mano y volví a envainarla mientras el capellán declaraba, abrazándose:

»—Así seas un Gran Maestro pacífico, fiel y sometido a Dios.

Me mantuve inmóvil ante el Comendador, que esperaba mi respuesta a su pregunta. Estaba atrapado: podía decir que era soltero, que no tenía riquezas ni deudas, pero no podía jurar por Jesús. A mi alrededor empezaron a sonar terribles chirridos, silbidos y crujidos.

Entonces el Comendador deslizó su sable sobre mi garganta. Me era imposible escapar: conocía esta regla, su Regla, que también era la mía: *Y practicarán obediencia mutua, el inferior hacia el superior, por el trabajo y por los bienes.*

Cada cual debía estricta obediencia a aquel cuyo número de orden designaba como más veterano y su superior, como ese mismo superior debía obediencia a los que habían sido citados antes que él. Quienquiera que opusiera una negativa a la orden de su hermano jerárquicamente superior, recibía una sanción severa. Dicho de otro modo, cada una de las personas presentes en la reunión estaba a las órdenes de otra, que estaba a las órdenes del Comendador, que a su vez estaba a las órdenes... del Gran Maestre. Sólo él podía salvarme. Busqué a Koskka entre la concurrencia con desesperación. Pero Josef Koskka se había quedado en el fondo de la sala, silencioso, con el rostro impasible.

¿Era una trampa? ¿Me había hecho acudir a la sesión de los Numerosos para ejecutar-me?

En mi interior sopló un viento de vértigo hasta las puertas de la Muerte. Porque había sido atrapado por Belial, y por su plan maléfico, arrastrado a mi pesar en la locura de la borrasca.

Entonces, de repente, y como no podía hacer otra cosa ante ese sable que tenía sobre la garganta, a punto de morir como un animal sacrificado, creé el vacío y busqué una letra: **h**, *he*.

He, larga inspiración, soplo de vida, ventana sobre el mundo, pensamiento, palabra y acción de las que está hecha el alma, se me presentó. *He*, como el soplo de Dios que, con diez palabras, creó un mundo. Respiré profundamente. *He*, y fue como al principio, cuando Dios creó el cielo y la tierra, y la tierra era el caos y las tinieblas cubrían la superficie del mundo.

Pero ¿cómo pudo haber una creación del mundo si ya había cielo y tierra? No podemos elucidar el misterio de la creación, pero podemos dejarnos llevar por el soplo, cuyo origen está en el corazón. *Ruah*, vientos y materiales sutiles, vapores y nieblas. Cólera, cólera, abrazo del soplo vital, palabra de la profunda respiración. *Reah*, perfume del aire que entra en el cuerpo por el olfato. Cuando un hombre se encuentra en una situación difícil y eso le angustia, tiene la respiración entrecortada, pero cuando está tranquilo, puede inspirar el aire que entra en él para refrescarlo; por ello se dice que respira.

Intenté inspirar, respirar profundamente el aliento material y sensible para calmar los latidos de mi pulso y la terrible pregunta que soplaban en el fondo de mi corazón: ¿qué iban a hacer conmigo? ¿Qué querían y qué hacía yo, cogido en esa emboscada? ¿Y qué podía hacer para salir de ella?

Entonces recordé el soplo de Dios planeando sobre la superficie de las aguas, ese viento que Dios nos había enviado para separar el cielo y las aguas, y efectué una inspiración.

De súbito, una impresión se formó en mi alma, a partir de sí misma, limpia en su unidad; de súbito, una experiencia íntima se formó en mi corazón, partiendo de la Voluntad suprema para llegar a las veintidós chispas que se mueven por una acción espontánea como la ley del amor. Y se hizo la luz: la luz del fuego.

—A la luz de las antorchas finalizó la ceremonia y los hermanos se dispersaron. Entonces, el Comendador me hizo sentar delante de él, en la gran sala de la Casa del Temple. Estábamos allí, frente a frente, y nuestras sombras parecían inmensas proyectadas sobre el suelo. Nos miramos, yo, joven y vigoroso, aún sorprendido por lo que acababa de acontecer, pero con el cuerpo inclinado hacia delante, listo para el combate, y el viejo Comendador, de mirada penetrante, escrutando el alma hasta profundidades abismales, con el cuerpo delgado, seco, de los caballeros que han guerreado demasiado.

»—Gran Maestre —dijo el Comendador—, nuestros hermanos te han llamado a gobernar, a servir a nuestra bella compañía de la caballería del Temple. Ahora debes saber ciertas cosas que nos conciernen.

»Enumeró las faltas que podían privarme de mi función, precisó las obligaciones que me incumbían y terminó de este modo:

»—Te he dicho lo que debes hacer y lo que no debes hacer. Si he omitido decirte algo, si hay algo que deseas saber, puedes preguntármelo y te responderé.

»—Recibo tu proposición con agradecimiento —respondí—. Dime por qué me has hecho venir, por qué me has hecho elegir y qué misión deseas confiarme. Pues soy joven, pero no ingenuo: sé que soy un instrumento en tus manos.

»El Comendador no pudo evitar una sonrisa.

»—Has comprendido la suerte que reservamos a los nuestros, pero lo que no sabes es que existe un medio de conservar nuestro secreto, de propagarlo para perpetuar los sublimes conocimientos y los principios fundamentales de nuestra Orden.

»—Te escucho.

»—Conozco tu inteligencia y sagacidad, por ello sabrás tanto como yo de los misterios que conservamos en secreto. Pero, antes que nada, debes jurar que perpetuaras la Orden hasta el Día del Juicio final, en que tendrás que rendir cuentas ante el Gran Arquitecto del universo.

»—Lo juro —repetí—. Ahora habla, te escucho. Hace un rato me has contado que existe una conspiración contra nosotros, por el hecho de que poseemos un tercio de París y la maciza silueta de nuestra iglesia oscurece el cielo como un desafío, ¡tan cerca del palacio del Louvre, donde vive el rey! Como has dicho, a él le asusta nuestra riqueza; pues el Temple es poderoso y rico. Pero ¿acaso la riqueza de la independencia de nuestra Orden no nos hace intocables? Nadie osará robar al Temple del modo que han despojado a los lombardos y a los judíos.

»—No lo creas. Según mis informadores, ya han empezado a confiscar los bienes del Temple.

»—El rey nos ama. Los templarios no pueden estar sometidos a la arbitrariedad. Estamos protegidos por la inmunidad eclesiástica.

»—Si te hablo de este modo, si hemos decidido apelar a ti y si te hemos elegido, es porque estamos en peligro, en grave peligro. Se está montando una terrible maquinación contra nosotros.

»—¿Quién? —exclamé— ¿Quién nos odia?

»—El papa Clemente, representante de Dios en la tierra.

»—El papa Clemente —repetí, incrédulo.

»—Debes saber, Adhemar, que el papa Clemente ha convencido al rey, y que el fuego arde. En toda Francia los emisarios del rey han encendido hogueras. Los inquisidores ya han obtenido confesiones de Jacques de Molay, Gran Maestre del Temple; de Geoffroy de Gonaville, Comendador de Poitou y de Aquitania; de Geoffroy de Charney, Comendador de Normandía, y de Hugo de Payrando, Gran Visitador de la Orden. Después de dedicar toda una noche a la cuestión, la comisión cardenalicia hizo elevar un patíbulo en la plaza de Notre Dame antes de pronunciar la sentencia pública. Los inquisidores hicieron subir a los templarios al patíbulo. Les obligaron a arrodillarse. Luego, uno de los cardenales dio lectura a las confesiones hechas por los templarios, después de lo cual proclamó la sentencia final: se les concedía el favor de no hacerles morir en la hoguera gracias a la confesión que habían hecho de sus faltas y de sus fechorías durante la noche. En consecuencia, se les condenaba a prisión de por vida.

»—¡Dios mío! —exclamé acongojado—, ¿cuándo ha sucedido todo esto?

»—Lo hemos sabido por nuestros emisarios regresados de tierra de Francia. Todo sucedió poco después de tu partida hacia Tierra Santa.

»—Contadme qué ocurrió después. ¿Qué le ha sucedido a nuestro Gran Maestre, Jacques de

Molay?

»—El Gran Maestre y el Comendador de Normandía se alzaron contra sus jueces. Interrumpieron la lectura de la sentencia. Revelaron ante todos que habían sido interrogados y que les habían obligado bajo tortura a confesiones que no eran verdaderas. El rey les había prometido que serían libres si aceptaban hacer esas confesiones. Pidieron a los inquisidores que anularan la terrible sentencia. Ellos respondieron que habían cometido el pecado de la mentira ante Dios, el rey y los cardenales. En realidad, esa mentira no era nada comparada con la promesa de libertad que les había hecho el rey. Pues la libertad habría significado la prosecución de nuestro proyecto. En vez de ello, les impusieron el peor de los castigos: el calabozo de por vida, la fosa, los muros húmedos, la soledad, las tinieblas y el silencio. Y al fin: la muerte. Por ello prefirieron el reconocimiento de la mentira ante la Inquisición, es decir: la muerte por el fuego.

»Entonces el Gran Maestre Jacques de Molay tomó la palabra ante todos y dijo:

»—Declaramos que nuestras confesiones obtenidas de este modo, tanto por la tortura como por la astucia y el engaño, son nulas y no sucedidas, y no las reconocemos como verídicas.

»Inmediatamente los inquisidores hicieron venir al preboste de París. Este condujo a los prisioneros a los calabozos del Temple. Felipe el Hermoso reunió con urgencia al Consejo. Esa misma noche, se proclamó que el Gran Maestre del Temple y el Comendador de Normandía serían quemados en la isla del Palacio, entre el jardín del rey y los agustinos. Murieron ante el rey Felipe el Hermoso y el papa Clemente, maldiciéndolos y convocándolos ante el Tribunal de Dios antes de que concluyera el año.

»Yo estaba anonadado, sufría por lo que acababa de oír, por mis hermanos víctimas de tamaña injusticia, sin saber que más tarde yo mismo había de sufrir la misma suerte...

»—Por eso te hemos elegido, Adhemar —dijo el Comendador—. Te confiamos la misión de mantener secretamente el Temple con vida después de que hayamos desaparecido.

»—¿Qué debo hacer?

»—Sabes que en Jerusalén, en el curso de estos últimos siglos, se desalojó en varias ocasiones a sus habitantes judíos, y que incluso fue rebautizada como Aelia Capitolina para ser consagrada a Júpiter Capitolino. Después de estos sucesos, la supervivencia del pueblo judío se basó en la diáspora. Los judíos de las comunidades dispersas por el mundo depositaron sus esperanzas en el estudio de los libros sagrados. Nosotros descendemos de los judíos. Nuestra Orden está fundada sobre la verdadera palabra de Jesucristo, que fue, como sabes, discípulo de los esenios. Pero lo que ignoras es que nuestra Orden se creó cuando un manuscrito, un rollo de la secta de los esenios, fue descubierto por unos cruzados en la fortaleza de Khirbet Qumrán, cerca del mar Muerto.

»—¿Qué dice ese pergamino?

»—Ese pergamino, curiosamente, es de cobre... Indica las localizaciones de un tesoro inmenso. El rollo fue descifrado por nuestros hermanos templarios ayudados por los monjes, que sabían leer y escribir. Visitaron todos los lugares en los que estaba escondido el tesoro. Lo desenterraron según las indicaciones precisas del manuscrito. Utilizaron una parte, la que consistía en barras de oro y plata, y conservaron la otra, pues se trataba de objetos rituales del Templo. Ese es el secreto de nuestra inmensa riqueza, que no hemos revelado a nadie. Y ese tesoro es el que debes recuperar, ahora, para esconderlo. Por ello irás mañana al castillo de Gaza, donde un hombre vendrá a buscarte.

»—¿Quién? —dije.

»—Un sarraceno. Aprenderás que no todos son nuestros enemigos. Ese hombre te llevará al lugar al que debes ir. Parte esta misma noche; piensa en tus compañeros cautivos, en los que fueron golpeados por el mal de la lepra y en los que combatieron y murieron por la espada, y piensa en el difunto Gran Maestre del Temple y en el Comendador de Normandía, y prométeme que todo ello no habrá sucedido en vano.

»Me levanté.

»—Yo, Adhemar de Aquitania —dije—, caballero y recién nombrado Gran Maestre, prometo a Jesucristo obediencia y fidelidad eternas, y prometo que defenderé, no sólo de palabra, sino también por la fuerza de las armas, los Libros, tanto el Nuevo Testamento como el Antiguo, y prometo ser sumiso y obediente a las reglas generales de la Orden según los estatutos que nos fueron prescritos por nuestro padre san Bernardo.

»Prometo que cuantas veces sea preciso surcaré los mares para ir al combate. Que me alzaré contra los reyes y los príncipes infieles. Que jamás seré sorprendido sin caballo y sin armas, y que en presencia de tres enemigos no huiré, sino que lucharé. Que no utilizaré los bienes de la Orden, que no poseeré nada y que mantendré perpetuamente la castidad. Que jamás revelaré los secretos de nuestra Orden, y que no negaré a los religiosos, en especial a los religiosos de Cîteaux, ningún servicio de armas, de ayuda material o de palabra.

»Ante Dios, por mi propia voluntad, juro que mantendré todas estas cosas.

»—Que Dios te ayude, hermano Adhemar, así como los Santos Evangelios.

En la gran sala del castillo, el fuego prendió de repente y se extendió a una velocidad increíble, como si viniera de todas partes al mismo tiempo. Las paredes, el suelo, los muebles, todas las cosas de madera ardían, se consumían rápidamente y producían una humareda sofocante. Todos echaron a correr para escapar del incendio y de su humo tóxico, dominados por un violento pánico. Algunos gemían a causa del ahogo, otros caían desvanecidos.

Yo estaba preparado, pues sentía al Señor en el fuego que ardía, y pensé: «Surge, surge, oh Señor, revístete de poder, brazo del Señor, surge como en los días de antaño, de las generaciones de otras épocas. ¿No eres Tú quien ha prendido el fuego en esta sala?»

Así decía la Regla: los malvados serán expulsados cuando el mal sea erradicado; y cuando el humo se eleve, entonces la justicia, como un sol, se revelará a la faz del mundo, y el conocimiento llenará el mundo y la perversión cesará. Y yo, que aún experimentaba la felicidad que excede los límites de la pasión, sin saber qué hacer, salí en la confusión y escapé. Corrí hasta perder el aliento en la noche, llevado por las letras que aumentaban mi impulso.

𐌱, *guímel*, tercera letra del alfabeto, símbolo de la beneficencia y de la misericordia. 𐌿, *mem*, cuyo valor numérico es 40, como los cuarenta años que pasaron los hebreos en el desierto antes de encontrar la Tierra prometida. Y 𐌺, *sámej*. Su forma redonda evoca la rueda del destino, en movimiento constante.



OCTAVO PERGAMINO. El pergamino de la Desaparición

*La mujer se esconde en los rincones secretos.
La mujer permanece en las plazas de las ciudades.
La mujer espera en las puertas de la ciudad.
La mujer no teme nada,
lo mira todo.
Sus ojos impúdicos observan
al hombre sabio para seducirlo,
al hombre fuerte para debilitarlo,
a los jueces para que dejen de impartir la justicia,
a los hombres de bien para hacerlos malvados,
a los hombres rectos para que se desvíen,
a los hombres modestos para que falten
y se alejen de la justicia
y se llenen de vanidad
lejos de la voluntad del Bien,
a todos los hombres, para que se hundan en el abismo,
al Hijo del Hombre, para que se pierda.*

Pergaminos de Qumrán,
Artifícios de la mujer.

Desperté de mi desesperación y vi, en el fondo de mi memoria, un recuerdo totalmente olvidado que me invadió con tanta fuerza que me fue imposible resistir la risa, una risa formidable. Tenía tres años y mi padre me llamaba: «Ary», y me hablaba del león que es fuerte en el combate.

Abrí los ojos. Me encontraba en un campo, en medio de ninguna parte. A mi alrededor todo daba vueltas; estaba caído en el suelo, sin saber quién era, ni dónde estaba, ni a qué siglo había ido a parar, ni qué edad tenía. Sobre mí gravitaban miradas temerosas. Eran campesinos, que me miraban como si hubieran visto un muerto. Tumbado boca abajo con la cabeza humillada, la barbilla sobre el pecho, los ojos en blanco, tumbado como si estuviera en una nube, sentí una vibración interior que venía al mismo tiempo de fuera y de dentro de mí. Sé que se produjeron otras cosas, pero no me acuerdo de ellas, y no consigo encontrarlas en mi memoria.

Como un viajero fatigado después de un largo camino, me levanté lentamente, oyendo una música infinita que sonaba sólo para mí. Un águila pasó sobre mi cabeza, desplegando sus alas muy arriba en el cielo. Sólo entonces recordé lo que había pasado la víspera: estaba prisionero en medio de una asamblea de templarios, y en el preciso momento en que el Comendador puso su sable sobre mi garganta, dispuesto a darme muerte, el fuego prendió en la sala y yo pude escapar.

En ese momento, todo parecía vacío y apagado, sorprendentemente tranquilo, como después de un sueño, como si el mundo de la víspera se hubiera volatilizado. Decidí regresar prudentemente a la iglesia de Tomar, para buscar a Jane en el lugar donde la había dejado.

Cuando llegué, ya no había nadie. Desde una cabina telefónica llamé a nuestro hotel; me dijeron que Jane había estado allí unas horas antes, pero que se había marchado sin precisar adónde. Volví al hotel. Pedí la llave de su habitación, y encontré sus cosas desparramadas. Entre ellas estaba mi chal de oración, que desplegué con delicadeza: el Pergamino de Plata seguía allí; sin duda ella lo había escondido antes de irse, como yo mismo había hecho la víspera. Me senté y la esperé hasta altas horas de la noche. Por fin, de madrugada, me dormí, agotado por el cansancio y la inquietud.

Al despertar, no me quedaba ninguna duda: había sido raptada. Pero ¿a quién llamar? ¿A la policía portuguesa, la francesa, la estadounidense o la israelí? A mi alrededor, todo vacilaba. No sabía quién era el profesor Ericson, ya no sabía quién era quién, ni Josef Koskka, ni lo que quería, ni quién era Jane, ni lo que cada uno de ellos escondía en su corazón.

Tuve la tentación de llamar a Shimon, pero algo me retuvo. Tenía miedo de poner a Jane en peligro. Para calmar mi espíritu, intenté recapitular, recordar todos los acontecimientos ocurridos desde que dejé las cuevas, reunirlos, darles un sentido. Para ello, tenía que concentrarme, poner el mundo entre paréntesis hasta encontrar la voz profunda de la verdad.

Abrí el Pergamino de Plata y, sin leerlo, contemplé sus letras.

Vi la letra *c*, que corresponde a la letra **כ**, *kaf*, que evoca la palma de la mano, el cumplimiento de un esfuerzo producido con la intención de domar las fuerzas de la naturaleza. Esa letra estaba trazada en la frente del profesor Ericson, inmoldado sobre un altar según el sacrificio ritual del Día del Juicio. Era masón, y al mismo tiempo jefe de una sociedad secreta, brazo armado de la cofradía masónica, que habíamos descubierto que aún existía: la Orden del Templo. Con su Gran Maestre Josef Koskka querían reconstruir el Templo, lo que haría posible pasar de lo visible a lo invisible, o, dicho de otro modo, encontrar a Dios. La misión de Ericson era encontrar el tesoro del Templo, en el que estaban incluidos todos sus objetos rituales, como las cenizas de la Vaca Roja, que permiten la purificación necesaria para el Día del Juicio. Para ello, había sido ayudado por su hija Ruth Rothberg y el esposo de ésta, Aarón, que formaban parte del movimiento hasídico. Su misión era investigar el emplazamiento del Templo para localizar con exactitud su centro más sagrado y secreto: el sanctasanctorum, donde tenía lugar el encuentro con Dios. Los arquitectos, los constructores, eran los masones, cuyo poder financiero y político les permitiría obtener los fondos necesarios para la reconstrucción del Templo.

Sí, se trataba exactamente de eso. El papel de cada uno me resultaba ahora perfectamente claro. Las piezas del puzle encajaban: los samaritanos tenían las cenizas de la Vaca Roja, los hasidim sabían dónde había que construir el Templo, los masones podían reconstruirlo y los templarios tenían que aportar el tesoro de los objetos rituales. Pero el tesoro ya no estaba en los lugares descritos por el Pergamino de Cobre. Su nueva localización se encontraba en el Pergamino de Plata, escrito en la Edad Media por un clérigo. ¿Cómo había llegado el rollo a poder de los samaritanos? ¿Había encontrado Ericson el tesoro del Templo leyendo el Pergamino de Plata? Si lo había encontrado, ¿qué había hecho con el tesoro? ¿Por qué se interesaba por Melquisedec, el Sumo Sacerdote que oficiaba en los últimos tiempos? Volví a pensar en la letra **כ**, *kaf*, la dominación de las fuerzas de la naturaleza ¿Qué fuerza había intentado dominar Ericson?

Luego contemplé la letra *n*, *N*, o **נ**, *nun*, letra de la justicia y de la retribución. *Nun*, sobre la frente de Shimon Delam. ¿Por qué me había empujado a este caso amenazándome con revelar la existencia de los esenios? ¿Qué esperaba de mí? ¿Que ejerciera el papel de señuelo para atraer a los Asesinos?

Luego vino la *l*, o **ל**, *lamed*, letra del aprendizaje y de la enseñanza. La de mi padre, David Cohen. ¿Qué intentaba enseñarme? ¿Qué quería que ignorase? ¿Por qué, durante todos esos años, mi padre me había escondido su relación con los que se separaron de sus hermanos para ir al desierto, en un deseo de fidelidad absoluta hacia el mundo revelado? ¿Cómo había podido vivir en Jerusalén, entre las murallas de una ciudad que tenía la obligación de ser tan sagrada como un campamento del desierto, donde habría debido residir la presencia divina y donde todos ridiculizaban su santidad? ¿Cómo coexistir en esa ciudad con los que no se purificaban, si era esenio? ¿Cómo compartir el techo con los que uncían juntos a animales de especies distintas, con los que mezclaban el lino y la lana en sus ropas, con los que sembraban semillas diferentes en los mismos campos? ¿Cómo él, el Cohen, había podido vivir con los que no tenían ningún escrúpulo respecto del contacto con los muertos, o pensaban que la sangre no transmite la impureza? ¿Cuál era su papel en esta historia, y por qué había venido a buscarme?

Vi la *q*, o **ק**, *kof*, letra de la santidad, pero también de la impureza, la que se encontraba en mi frente... Yo, que al contrario de mi padre, me había retirado y entrado a formar parte de la comunidad esenia por un acto voluntario, y que había seguido una por una todas las etapas exigidas, yo, que había pasado por todos los grados, en los que el instructor había verificado mis actos y gestos, ¿había progresado hacia la santidad o había caído en las trampas de la impureza? En cada una de las etapas, había probado mi progreso en la observancia perfecta de los preceptos de la Ley. Para ser miembro de la comunidad de los Hijos de la Luz, era necesario tener en cuenta muchas cosas del reino de la Luz.

¿Por qué mi tarea tenía que ser tan dura? ¿Formaba parte de mi iniciación? ¿Por qué los sacerdotes y los levitas proclamaron para mí no sólo las bendiciones y maldiciones del contrato, sino también las que incumbían al Hijo del Hombre? Intenté concentrarme, pero las letras me llamaban, como si quisieran ayudarme a encontrar un sentido, y en lugar de ser yo quien las contemplaba, ellas se pusieron a mirarme, mostrándome las palabras que formaban, como para ayudarme a dar respuesta a todas las preguntas que les hacía.

—Tenía la señal suprema: el atributo de Gran Maestre, la bula y el sello con la efigie de los templarios: dos caballeros sobre un caballo con la lanza enristre. Así fue como me puse en marcha hacia el territorio de Gaza. Allí se encontraba una de las fortalezas del Temple, frente al puerto de embarque. En señal de reconocimiento llevaba a Baucéant, la bandera negra y blanca de los templarios, pues nosotros somos sinceros y benevolentes con nuestros amigos, negros y terribles con aquellos a quienes no amamos.

»Llegué a la fortaleza de los templarios de Gaza, donde debía encontrar al sarraceno, según me había dicho el Comendador. Esperaba encontrar una fortaleza bien custodiada, con numerosos hermanos caballeros, como las que había visitado antes, pero el lugar estaba desierto. Sólo había un templario que, cuando me vio bajar del caballo, corrió hacia mí con aspecto espantado. Me presenté y le comuniqué la razón de mi llegada: tenía que encontrarme con un hombre que debía conducirme a un lugar secreto que sólo él conocía.

»—¿Conoces el nombre de ese hombre al que debes ver? —preguntó el joven templario.

»—Es un sarraceno.

»—Ah —dijo el joven templario con alivio—. Entonces, debo decirte que estamos en una situación terrible y que la fortaleza de Gaza pronto será arrasada.

»—¿Qué está pasando? —pregunté.

»—Bastantes cosas —dijo el joven templario—. Hace diez días el puerto de embarque de Gaza fue invadido por los turcos y nos vimos obligados a asediarlo por tierra, desde nuestra fortaleza. El puerto estaba defendido por sólidas murallas, de una altura y espesor demasiado grandes para que

pudiéramos tomarlas por asalto. De todos modos, emprendimos la lucha bajo la dirección del Comendador de nuestra fortaleza, auxiliado por el Maestre del Temple y el Maestre del Hospital, que había accedido a colaborar con nosotros. Después de cuatro días de asedio, cuando estábamos ya a punto de abandonar la empresa, los turcos recibieron refuerzos por mar. Eran temibles guerreros, y su jefe, el feroz Muhamat, al ver que contaba con una superioridad patente, dio la orden de quemar nuestras máquinas de guerra, arietes y onagros, a las puertas de la ciudad. Pero las llamas lamieron las murallas, de modo que, una noche, se abrió una brecha y cayó un panel entero, por el que entramos de inmediato.

»Pero no éramos muchos, éramos menos numerosos que los turcos, que se arrojaron sobre nosotros sin piedad. Habíamos caído en nuestra propia trampa. Cuarenta de los nuestros perecieron en ese combate desigual. Luego, los turcos se concentraron en masa en la abertura del muro para defender la entrada. Colocaron ante la brecha grandes vigas, así como viguetas de toda clase de maderas, arrancadas de navios. ¡Colgaron de la muralla que habíamos intentado traspasar los cadáveres de los cuarenta templarios que habían matado en el asalto! Qué más puedo decirte, hermano, al final sólo dos conseguimos escapar de aquel asedio infernal.

»—¿Dónde está el que escapó contigo?—pregunté.

»Pero el templario no respondió.

»—¿Dónde está? —insistí—. Los turcos no tardarán en ponerse en camino para tomar la fortaleza.

»—Tenemos orden de no partir hasta recibir a la caravana de Nasr-Eddin, por ese motivo nos hemos quedado.

»—No queda tiempo —dije montando en mi caballo.

»—No podemos partir antes de reunimos con la caravana de Nasr-Eddin —repitió el hombre—. Nasr-Eddin es el sarraceno al que tienes que ver. Esa es la orden del Comendador y no podemos desobedecerla.

»—¿Dónde está nuestro hermano?—repetí.

»Entonces, el joven templario se acercó a mí y me dijo, con voz temblorosa:

»—Se ahorcó ayer, cuando vio que los turcos se acercaban.

»Callamos.

»—Muy bien —dije, mostrándole el abacus—, ahora te ordeno que me sigas.

»Tomamos nuestros caballos y nos alejamos rápidamente de la fortaleza. Entonces vimos a lo lejos una caravana que se aproximaba. Se detuvo ante nosotros. El hombre que estaba a su frente desmontó del caballo y nos saludó. Era un hombre joven, vestido con las ropas azules de los hombres del desierto.

»—Me llamo Nasr-Eddin —dijo el hombre—. ¿Y tú, quién eres?

»—Me llamo Adhemar de Aquitania y soy un caballero templario perseguido por los turcos.

»—*Estás perseguido —dijo Nasr-Eddin—. Permíteme entonces que os ofrezca mi hospitalidad, a ti y a tu compañero; yo soy el hombre al que debías encontrar. Yo mismo me veo perseguido por la hermana del califa de El Cairo, pues maté a su hermano. Me han dicho que se ha puesto en camino con cien hombres y que ha prometido una fuerte recompensa a quien le entregue a Nasr-Eddin, ¡vivo o muerto!*

»—*En ese caso te encuentras en un grave apuro. ¿Por qué mataste al califa?*

»—*No quería que me viera con su hermana, la hermosa Leila, porque yo no pertenecía a su dinastía. Una noche en que fui a verla, él me tendió una emboscada y, para defenderme, me vi obligado a matarle... Nunca más he podido ver a la princesa. Ella exige venganza por su hermano, aunque sé que su corazón llora por mí. ¡Hoy, prefiere verme muerto antes que lejos de ella! Al oír mi historia, los templarios me ofrecieron hospitalidad a cambio de...*

»—*¿De qué?*

»—*De un servicio que debo hacerles.*

»—*¿Cuál? —pregunté.*

»—*Lo sabrás, pero más tarde; no nos queda mucho tiempo y tenemos un largo camino que recorrer.*

»*Vestí las ropas azules del desierto y me acomodé en la caravana de Nasr-Eddin, que iba a buen paso.*

»*En la caravana, al cabo de unos días, nadie habría podido reconocermé. Mi piel estaba curtida por el sol y había adquirido el color ocre del desierto, mis ojos se habían rodeado de arrugas de tanto estar entrecerrados, como los de los hombres del desierto, y mi boca estaba seca como la suya, pues había aprendido a ahorrar el agua.*

»*Pasamos por los conventos del Temple en Chastel-Pélerin, Cesárea y Jaffa. Luego tomamos la gran ruta de peregrinación sobre la que se elevaba la fortaleza teutónica de Beaufort. Llegamos a las tres grandes fortalezas del Temple: La Fève, Les Plains y Caco. En cada etapa, constaté con desesperación que aquellas fortalezas, consideradas inexpugnables, estaban abandonadas o habían sido tomadas por los turcos.*

»*Al cabo de un largo y peligroso camino, la caravana llegó a su destino final: la ciudad portuaria de San Juan de Acre, en la que desembarcaban los peregrinos antes de tomar la ruta de Jerusalén.*

»*La casa de los templarios se encontraba entre la calle de los Pisanos y la de santa Ana, contigua a la iglesia parroquial de san Andrés, que dominaba el magnífico golfo de San Juan de Acre, con su gran torre del homenaje cuadrada y sus muros tan gruesos como el espacio de una habitación. En sus esquinas había atalayas con veletas en forma de leones rampantes de latón dorado. La fortaleza era segura: tenía una planta cuadrada y estaba defendida en los cuatro costados por torres redondas o cuadradas, como los Ribats musulmanes, a la vez fortalezas y conventos. Allí nos refugiamos, en sus salas subterráneas, espaciosas y silenciosas, acogidos y alimentados por mis hermanos templarios.*

»*Nasr-Eddin era un hombre joven de una belleza llamativa. Sus ojos claros en su rostro sombrío y sus cabellos negros le daban el aspecto de un príncipe. Su encanto e inteligencia eran tales que los*

templarios se alegraron de acogerlo y de instruirlo en los dogmas principales de la religión cristiana, así como en la lengua franca.

»Una tarde, a la hora del crepúsculo, Nasr-Eddin y yo salimos al puerto de San Juan de Acre, rodeado de murallas construidas por los caballeros para asegurar la protección de sus tierras. Desde allí se veía el mar, y detrás la ciudad, en la que se mezclaban los alminares y las arquerías de las iglesias de los cruzados. El mar embravecido parecía querer romper las barreras e invadir las tierras, pero el ruido del oleaje y la vista del horizonte tras el que se encontraba mi tierra natal, me fueron tan dulces que respiré a pleno pulmón el aire marino, pensando con nostalgia en la dulce tierra de Francia.

»—Tu corazón está triste —dijo Nasr-Eddin.

»—Pienso en mi país —dije—. No sé cuándo ni cómo lo volveré a ver, si es que vuelvo a verlo algún día.

»—Eres mi amigo y querría consolarte —dijo Nasr-Eddin—. Me has salvado la vida del mismo modo que yo he salvado la tuya. Me has enseñado tu religión y ahora estamos ligados. Ha llegado la hora de que sepas quién soy.

»—Te escucho —dije.

»Bajo el cielo iluminado por la luz de mil estrellas alrededor de la delgada luna en cuarto creciente, ante el mar desencadenado que venía a golpear la muralla con sus olas, Nasr-Eddin me reveló quién era y cuál era su papel en mi misión.

»—Formo parte de una cofradía secreta cuyo jefe se llama "el Viejo de la Montaña". Como vosotros, combatimos contra los sarracenos. Y como vosotros, debemos obediencia total y ciega a nuestro jefe. Descendemos de la rama menor de Mahoma, por Ismael, hijo de Agar. Pero nos hemos separado de los musulmanes para conservar los verdaderos preceptos del islam. Somos famosos como guerreros temibles, pero no atacamos ni a los templarios ni a los hospitalarios, pues nos hacemos la siguiente reflexión: ¿Para qué matar al maestro si se limitarán a poner a otro en su lugar? ¿Quieres escuchar nuestra historia?

»—Te escucho —dije.

»—Adhemar, lo que voy a decirte es muy complicado, pero esencial para comprender nuestro mundo. Después de la muerte de nuestro profeta Mahoma, la comunidad islámica fue gobernada por cuatro de sus compañeros, elegidos por el pueblo, que recibieron el título de califas. Uno de los cuatro era Alí, el yerno del profeta. Alí tenía a sus propios discípulos, ardientes y fieles, que se llamaban shi'a o «adherentes». Los chiitas pensaban que sólo Alí habría debido asumir la sucesión de Mahoma, según el derecho de familia. Los chiitas afirmaban que, al contrario de los sunnitas de Bagdad, descendían del profeta. El sexto imam chiita tenía dos hijos. El mayor, Ismail, habría debido suceder normalmente a su padre, pero murió antes que él. Entonces, éste designó a su hijo menor, Musa, como su nuevo sucesor. Pero Ismail, el mayor, ya había tenido un hijo, Mohammed-ibn-Ismail, y antes de morir lo había declarado imam. Los discípulos de Ismail se separaron de Musa y siguieron a su hijo. Les llamaron ismailitas. Pero los imams ismailitas tuvieron que ocultarse, pues eran los jefes de un movimiento que atrajo a los místicos y a los revolucionarios del chiismo. Se hicieron tan numerosos que crearon un ejército y conquistaron Egipto, donde establecieron la dinastía de los fatimíes, de la que desciendo. ¿Me sigues?

»—Eso creo —dije—. Desciendes de los fatimíes, que descenden de los ismailitas, que descenden de los chiitas, que descenden de Alí, yerno del profeta.

»—Los fatimíes —prosiguió Nasr-Eddin sonriendo, satisfecho al ver que había comprendido su explicación— eran gente abierta y culta, y gracias a ellos El Cairo se convirtió en la capital más brillante de nuestro pueblo. Pero nunca consiguieron convertir al resto del islam, pues la mayor parte de los egipcios no abrazaron el ismailismo. Un día, hace de ello doscientos años, un persa converso llegó a El Cairo y alcanzó los más altos rangos iniciáticos y políticos del ismailismo: se llamaba Hassan-ibn-Sabbah. Pero no pudo alcanzar el poder, porque el califa Mutansir había designado a su hijo mayor, Nizar, que fue encarcelado y matado por su hermano menor Al-Mustali.

»Hassan-ibn-Sabbah, que había conspirado a favor de Nizar, se vio obligado a abandonar Egipto. Al llegar a Persia, se convirtió en el jefe del movimiento revolucionario nizarí. Tomó posesión de una montaña en el norte de Irán en la que construyó una fortaleza en un nido de águilas: Alamut. La visión de Hassan-ibn-Sabbah se hizo legendaria en el mundo islámico. Con sus discípulos, hizo revivir en la cima de su roca el esplendor de El Cairo. Pero era preciso encontrar un medio de proteger Alamut... Entonces, Hassan-ibn-Sabbah tuvo una idea que iba a revelarse de una temible eficacia, una idea monstruosa y sencilla a la vez, una idea inaudita que, sin embargo, consiguió llevar a la práctica... La idea, Adhemar, era el asesinato.

»Si un gobernador o un político amenazaba a los nizaríes, inmediatamente corría el riesgo de ser asesinado. Pero no simplemente asesinado, sino asesinado de manera pública. Tal era la terrorífica idea de Hassan-ibn-Sabbah: matar públicamente a personajes públicos. Su mayor crimen fue el asesinato del primer ministro persa, el hombre más poderoso de su época. Para llegar a ese resultado, es evidente que necesitaba de seguidores devotos hasta el punto de morir, pues esas hazañas casi siempre implicaban la muerte de quien las ejecutaba.

»—¿Cómo conseguía convencer a sus discípulos? —pregunté.

»—Gracias al qiyamat —murmuró Nasr-Eddin. Pero eso lo sabrás más tarde, es nuestro secreto...

»Se produjo un silencio en el que Nasr-Eddin miró a lo lejos, con una extraña sonrisa en los labios.

»—El caso es —prosiguió Nasr-Eddin— que la reputación de Hassan-ibn-Sabbah se afianzó, y pronto la amenaza bastó para que la mayor parte de la gente renunciara a hacer nada contra él. A menudo, los hombres de Hassan se contentaban con poner un cuchillo sobre la almohada de aquellos a los que querían llegar, y eso bastaba...

»Al oír esas palabras, no pude evitar un estremecimiento.

Un sudor frío me resbaló por la espalda. Un cuchillo colocado sobre una almohada, como el cuchillo encontrado sobre la almohada de Jane. ¿Qué podía significar? Proseguí la lectura con el corazón encogido.

»—Cuando Hassan murió —prosiguió Nasr-Eddin—, designó a un sucesor, que fue llamado "el Viejo de la Montaña". Actualmente reina el quinto sucesor de Hassan. El Viejo de la Montaña es un hombre culto, místico, entusiasta de las más profundas enseñanzas del ismailismo y el sufismo. Pero ahora ya no consigue disipar la amenaza que pesa sobre nuestra secta. Nos vemos perseguidos por los mongoles, que capturan nuestros castillos uno a uno. Alamut ya ha caído... El Viejo de la Montaña se ha visto obligado a retirarse a Siria. Por ello tuve que ir a Egipto, para encontrar apoyos entre los fatimíes, pero fracasé, por las razones que ya conoces...

»—¿Cómo se llama vuestra Orden?

»—Nos llaman los Asesinos... Vosotros y nosotros tenemos el mismo origen.

»—¿Cómo? —dije—. ¿De qué origen hablas?

»—Sé —dijo Nasr-Eddin—, sé lo que te han contado. Te han dicho que en 1120, un hidalgo llamado Hugues de Payns, un caballero de la Champaña establecido en Tierra Santa, decidió fundar una milicia para proteger y guiar a los peregrinos por los caminos que llevan a los Santos Lugares; que su objetivo era combatir, pero al mismo tiempo llevar una vida religiosa según la Regla; que el rey Balduino II os aprobó, os instaló en Jerusalén y os puso bajo la autoridad del patriarca de Jerusalén y de los canónigos del Santo Sepulcro.

»—Todo eso es cierto —respondí—. Nuestra Orden nació para la defensa de los peregrinos y de los Santos Lugares.

»—Ésa —respondió Nasr-Eddin— es la versión oficial. En realidad, la Orden del Temple se construyó alrededor del Templo, para el Templo y por el Templo.

»—¿Qué quieres decir?

»—Las cruzadas no se emprendieron para liberar los Santos Lugares, que nunca han dejado de ser accesibles. Amigo mío, debes saber que fueron los templarios quienes incitaron a emprender las cruzadas con el objetivo de sitiar Bizancio y de tomar Jerusalén para reconstruir el Templo. Y eso no es todo. Voy a revelarte otro secreto. A orillas del mar Muerto existe una encomienda templaria, en un lugar llamado Khirbet Qumrán, fundada en 1142 por tres templarios: Raimbaud de Simiane-Saignon, Balthazar de Blacas y Pons des Baux. Esa encomienda fue construida sobre una fortaleza romana surgida de la restauración de un antiguo convento-fortaleza esenio. El primer Comendador fue el caballero de Blacas. La encomienda tenía como objetivo encontrar y reunir el tesoro del Templo.

»—¿El tesoro del Templo? ¿Por qué?

»—A orillas del mar Muerto encontraron a unos hombres... unos esenios que aún vivían allí, refugiados en las grutas del desierto, sin que nadie lo supiera. ¡Habían consagrado sus vidas a recopilar los pergaminos! Pergaminos que revelan la verdad sobre la historia de Jesús: porque Jesús era el Mesías que esperaban los esenios. Pero cuando los templarios que estudiaron los manuscritos empezaron a revelar lo que habían encontrado, la Iglesia se asustó. Por esa razón ahora ha decidido la muerte de la Orden del Temple.

»—No lo entiendo —dije.

»—Vosotros y nosotros —explicó Nasr-Eddin— somos los continuadores de una misión antigua que empezó hace mucho tiempo, en el año 70, cuando las legiones de Tito tomaron Jerusalén y quemaron el Templo de Salomón después de haberlo saqueado. Un grupo de insurrectos dirigido por el tesorero del Templo, un hombre de la familia de Aqçoç, se había preocupado de esconder el tesoro del Templo antes de que los romanos irrumpieran en ese lugar santo y lo saquearan. Hizo consignar por cinco de sus hombres que sabían escribir los lugares en los que se encontraban los tesoros; para mayor seguridad, hizo grabar ese escrito en un rollo de cobre que confió a unos judíos que vivían en las cuevas del mar Muerto, cerca de Qumrán, antiguos sacerdotes que se habían apartado del Templo porque lo consideraban impuro...

»—Los esenios —murmuré.

»—Sí, y la continuación de esta historia se produjo mil años después, cuando los cruzados descubrieron las cuevas con los manuscritos, que exhumaron... Uno de los manuscritos atrajo su atención, pues era de cobre. Ese rollo contenía todas las indicaciones para encontrar un tesoro fabuloso que no era otro que el tesoro del Templo. Decidieron fundar una orden y asumieron el nombre de templarios. Pero no han dilapidado ese tesoro gigantesco. Excelentes financieros, se contentaron con algunas docenas de barras de oro y plata, que hicieron fructificar para construir catedrales y castillos...

»—Así —dije—, los templarios descubrieron el tesoro del Templo...

»—Los templarios exhumaron el tesoro del Templo excavando en todos los escondites, uno a uno, en el desierto de Judea; lo encontraron todo siguiendo las instrucciones del Pergamino de Cobre, y todo seguía allí, incluso más. ¡Un tesoro fabuloso, Adhemar, de una belleza extraordinaria! ¡Barras de oro y plata, vajilla sagrada incrustada de rubíes y piedras preciosas, candelabros y objetos rituales de oro macizo!

»Al oír aquello, me sentí aturdido. Así, como me había dicho el Comendador y lo confirmaba Nasr-Eddin, la Orden del Temple no se había creado con ánimo de cruzada ni para defender a los peregrinos en Tierra Santa, sino para defender y reconstruir el Templo. Por esa razón los hermanos compraron su casa y construyeron sus castillos, utilizaron un sello que marcaba su secreto, eligieron números y colores, se besaban en lugares simbólicos, ¡todo ello demostraba que los hermanos conocían las doctrinas ocultas de la ciencia esotérica de los judíos!

»—Vosotros, los templarios —dijo Nasr-Eddin—, sois los nuevos esenios, los monjes soldados que esperan el Final de los Tiempos para reconstruir el Templo...

»—Y para ello mantenemos contactos con los representantes de otras tradiciones, para unir nuestras fuerzas en el secreto, para reconstruir el Templo...

»—Y en particular os habéis ligado a nosotros, los Asesinos... El Comendador de Jerusalén, al ver próxima la derrota, firmó una alianza con el Viejo de la Montaña y le confió el tesoro para que lo conservara en su fortaleza, en Alamut; pero cuando Alamut cayó, el Viejo de la Montaña hizo transportar el tesoro a Siria, donde ya no está seguro. Como te he dicho, nosotros mismos nos encontramos bajo la amenaza de los mongoles. Peor aún: el Viejo de la Montaña está dilapidando el tesoro para comprar armas... Adhemar, si quieres salvar tu Orden, o la memoria de tu Orden, tienes que recuperar el tesoro y esconderlo hasta...

»—Hasta el Final de los Tiempos —murmuré.

»—Te llevaré a ver al Viejo de la Montaña. Pero debo advertirte: es tan temido como respetado y siembra el terror a su paso. Su único principio es: nada es seguro, todo está permitido. Si en el seno de su secta goza de una autoridad absoluta, es por el terror que inspira. Sus hombres, que le obedecen ciegamente, atemorizan a todo el mundo, porque no temen nada. Para ellos, está dotado de un poder superior. Nunca se le ve comer, ni beber, ni dormir, ni siquiera escupir. Desde la salida hasta la puesta del sol, está en el pináculo de roca sobre el que se alza su castillo, y ruega por su propio futuro y su gloria. Manda a una legión de asesinos, hombres sin piedad dispuestos a todo, incluso a dar sus vidas.

»A la mañana siguiente partimos después de Primas. Galopamos a lo largo de la costa hacia el norte, en dirección a Siria. Durante tres días y tres noches, avanzamos a través de las colinas desnudas y las montañas del desierto; en algunas ocasiones nos deteníamos en alguna aldea para abreviar a nuestros caballos y avituallarnos. En otras ocasiones, nos uníamos a las caravanas de mercaderes, que hablaban árabe, persa, griego, español o incluso eslavo. Para atravesar los

continentes, de Asia a África, pasaban por Palestina, situada en la encrucijada de todos los caminos. Procedentes de Egipto, llegaban a la India o a China y luego volvían por la misma ruta con almizcle, alcanfor, canela y otros productos orientales que habían cambiado por esclavos.

»Al fin, llegamos a una región verde y fértil, una región serena que se parecía a Portugal, y vimos, en la cima de una montaña, una gigantesca fortaleza flanqueada por cuatro torres: el Ribat del Viejo de la Montaña.

»Empezamos a escalar la montaña con nuestros caballos fatigados, en medio de los valles que se extendían alrededor y de las montañas peladas de Siria. Después de cruzar un puente que franqueaba un gran precipicio, vimos las murallas del Ribat, de una altura impresionante, construidas sobre columnas romanas que les servían de cimiento.

»Penetramos en la fortaleza después de haber entregado nuestras armas a los guardias. En el gran patio situado delante de la entrada del castillo, dos refiks, o compañeros, vinieron a buscarnos. Iban vestidos con un hábito blanco, adornado con bandas de color púrpura, que recordaba nuestro hábito, el hábito de los templarios.

»Los refiks nos condujeron hasta los dars, los orantes, vestidos de lino blanco, que estaban reunidos en una gran sala octogonal abarrotada de tapices y de almohadones bordados con hilo de oro, en cuyo centro se encontraba una gran bandeja de oro macizo con una tetera y vasos. Los dars nos saludaron y nos invitaron a sentarnos. Luego, nos sirvieron el té. Humedecí los labios en el vaso. El té tenía un sabor extraño y dudé antes de beber.

»—No te fías —dijo Nasr-Eddin tomando mi vaso, del que bebió antes de devolvérmelo—. ¡Ten, ahora puedes beber!

»A nuestro alrededor se habían sentado diez dars en círculo, y todos ellos bebieron en silencio. Algunos se recostaban en los almohadones y parecían adormecidos entre los vapores azucarados del té y del incienso que ardía por toda la sala.

»Al cabo de unos instantes, empecé a sentir una cierta torpeza, mezclada con una extraña sensación de bienestar. Mis labios sonreían sin que yo lo quisiera. Tenía ganas de hablar, de reír y de cantar. Pero los dars se levantaron. Nos escoltaron a través de largos pasillos hasta una gran sala luminosa en la que había sillas y mesas incrustadas de piedras preciosas, donde nos esperaban los fedauis, los devotos. Los fedauis se inclinaron ante nosotros para saludarnos y desearnos la bienvenida. Abrieron la puerta de la sala, que daba a un jardín.

»Entré en el jardín y, oh milagro de aquella tarde majestuosa, vi todo lo que la mirada puede percibir de hermoso y encantador. El sol lanzaba débiles rayos de un tono dorado, desplegando sus tintes rosados sobre las nubes de encaje. Una ligera brisa traía un hálito de frescor. La vegetación era lujuriantemente densa, y había sido organizada en un sabio desorden. Entre matorrales sublimes corría, con un rumor melodioso, un arroyo de agua transparente que adquiría matices de color verde turquesa. Alrededor del arroyo había rosas recién abiertas, tan frescas que me entraron ganas de comerlas.

»Desde la cima de la montaña en la que se encontraba ese jardín, se veía la tierra tan redonda, que tuve la sensación de encontrarme a la vez allí y en otra parte, fuera del tiempo.

»De repente, el mundo dejó de existir, y yo estaba solo ante el agua que fluía, emocionado por su fragilidad; y mis ojos deslumbrados por la belleza sonreían satisfechos, sorprendidos, felices, arrebatados, pues se había abierto para mí la puerta del placer, de la dicha y de la felicidad.

»Vi arbustos verdes y azules, inmóviles bajo la brisa, de contornos tan finos que parecían dibujados por un pintor; eran árboles perfectos. Árboles abrazados, entretejidos, de tacto suave como el de la seda, de tonos verdes recamados sobre el fondo verdeante; árboles velados de oro y de bronce con el sabor del alba, velos de oro y de bronce color verde manzana, velos de fuego y de otoño, sueños del verano profundo, árboles de suaves colores fundidos y entrelazados, velos de fuego y de otoño color verde ciruela, velos de mora y de cereza.

»Aquel paisaje enmarcado en el crepúsculo escarlata parecía haber sido dibujado para mí y por mí, velos de mora y de cereza de color verde malva, velos de nube oscura, velos de cielo verdegris, verde de horas alargadas en nuevas horas, verdes de taza de té teñidos de bronce, suaves, suaves colores fundidos y enlazados, árboles, don del aliento a la sombra del inmenso cielo murmurado, celebrado, gritado, sobre el terciopelo verde del jardín.

»—¡Mira! —dije a Nasr-Eddin—, ¡mira, el árbol perfecto!

»Entonces llegaron las mujeres, indolentes, cantando y danzando al son de las mandolinas. Traían bandejas cargadas de dulces que comimos, pues teníamos apetito. Jamás había sentido semejantes aromas y perfumes, y jamás un alimento había tenido tanto sabor, y conocí el sentido de la palabra delicia. Luego una de las mujeres se acercó a mí y posó sus labios sobre los míos. ¿Cuánto tiempo duró? ¿Una hora, dos horas, más? Sonriente, imprecisa, indecisa, tenía largos cabellos sedosos y ojos límpidos de arroyo, y me decía:

»—Únete a mí.

»Y yo le decía: "Amiga, mis ojos te devoran y sin embargo no me atrevo a verte". Y le decía: "Busco tu mirada y no consigo contemplarte". Y le decía: "Me cuesta sostener tu visión y me deslumbras". Y le decía: "Sólo tengo de ti una vaga percepción". Y le decía: "No conozco el color de tus ojos, pero sé la altura de su expresión". Y le decía: "No conozco el trazo de tu boca, pero sé la profundidad de tu sonrisa". Y le decía: "Sé que las aletas de tu nariz le dan una expresión noble y orgullosa". Y le decía: "Me fascinan los ademanes amplios de tus manos, pero no sé si son pequeñas o grandes". Y le decía: "De tu cuerpo sólo conozco los movimientos". Y le decía: "Amiga, conozco el ritmo, los impulsos de esos movimientos". Y le decía: "Te veo en todas partes; en cada mujer, me parece verte a ti". Y le decía: "Tú eres todas las mujeres y sólo te diferencia tu caminar". Y aún:

»"No conozco tu forma".

»"No sé verte cara a cara".

»"Te conozco por la vida que te mueve".

»"Te conozco por los ojos del amor".

»Y sentí que mi cuerpo se elevaba y volaba sobre el agua, como raptado por un aliento supremo, ardiente, que veía, sentía, gritaba, perdía el tiempo y veía el placer, sobre el polvo ardiente y el cántico de la tarde entonado por voces muy dulces, una tonada sin palabras, de intensos fulgores, una tonada de ternura, de alegría y de tristeza, de colores muy vivos, intensos, abigarrados. Respirando profundamente, me dejé aspirar hasta el fondo, hacia la ondulante columna de la libertad. Alzando sus velos, desafiando su poder, busqué el límite de su carne, trastornado por el contacto y su delicia. Me eternicé entre suspiros sobre las rosas de la mujer del dulce surco. Fui bienaventurado en su paraíso. Acababa de penetrar en el otro mundo cuando los refiks vinieron a buscarme, y me arrancaron de los brazos de mi amiga.

De repente interrumpí mi lectura. Acababa de encontrar un punto que evocaba la letra de las letras, la letra del inicio, la letra **■**, *yod*. La contemplé largo tiempo. Y, de repente, todo cobró sentido; y me sentí estupefacto al comprobarlo. ¿Cuánto tiempo duró? No sabría decirlo, pues había estado demasiado absorto en la comprensión activa del texto... *Yod*, la letra dibujada en la frente de Jane. Tenemos cien mil razones para amar a quienes no amamos, y no tenemos ninguna para amar a un ser en particular, y, sin embargo, a ése amamos. Había mil modos de olvidar el negro resplandor de su mirada, y, sin embargo, no lo olvidaba, pues me había alejado de mí, hacia otro mundo, como una humareda que se eleva, donde todo era sombrío y hermoso, donde yo emprendía el vuelo con el corazón trastornado; y el corazón me había vencido cuando ella alzó los ojos en el desierto, y mi oído prestó atención a la llamada de mi nombre, y la urgencia de responderla y volver a oír su voz había sido como una llamada ante la cual ya nada más existía. A partir de ese momento, había vivido en la espera. Es decir, me armaba de paciencia, como me había armado desde siempre.

Había dado, sí, lo había dado todo. También había entregado mi corazón; y había entregado mi tiempo; y mi sueño; y había entregado mi misión, mi ideal; había entregado incluso lo que no tenía; y me había perdido; había dado tanto que yo ya no existía; de mí ya no quedaba nada, sólo un punto, **■**...

—Los lassiks o afiliados me arrastraron con dificultad, pues yo no deseaba abandonar el jardín; en vano el mismo Nasr-Eddin intentaba convencerme y hablarme de la razón por la que habíamos venido, no quería oír nada. Por la fuerza, Nasr-Eddin me alejó de los placeres que habían envuelto mi corazón.

»Atravesamos largos pasillos y túneles interminables, al final de los cuales se encontraba el palacio del Viejo de la Montaña. La entrada estaba custodiada por veinte discípulos armados con espadas y puñales. Acompañados por los refiks, entramos en la gran sala en la que el Viejo de la Montaña estaba sentado en un trono de madera con incrustaciones de piedras preciosas.

»Vimos a un hombre muy anciano de barba blanca y cabellos que caían sobre sus hombros, cubiertos con un tejido de aguas rojas y negras. Pero sus ojos oscuros, entre la multitud de arrugas que surcaban su rostro, parecían sorprendentemente jóvenes.

»—Hace mucho tiempo que te espero, Nasr-Eddin —murmuró el Viejo de la Montaña.

»Nasr-Eddin se arrodilló ante él, tomó su mano y la besó.

»—Perdóname, pero he tenido problemas en El Cairo...

»—Lo sé —dijo el Viejo de la Montaña.

»—He venido a verte, acompañado por mi amigo...

»—Es inútil que me lo presentes —dijo el Viejo de la Montaña volviéndose hacia mí—. Te llamas Adhemar de Aquitania y eres el Gran Maestre de la Orden Negra, la segunda orden del Temple. Y yo soy aquel a quien debes ver.

»Me incliné profundamente ante el Viejo de la Montaña, que me indicó que tomara asiento delante de él. Nasr-Eddin hizo lo mismo.

»Entonces, ante mí, el Viejo de la Montaña abrió una caja de plata que contenía una corona de oro, así como un candelabro de oro de siete brazos.

»—Míralo bien, Adhemar —dijo el Viejo de la Montaña—. ¿Sabes qué es esto?

»—*¡Diría que es el candelabro del Templo, por los grabados que he podido ver!*

»—*¿Sabes por qué se encuentra aquí?*

»—*Sí —dije—, porque vos poseéis el tesoro del Templo y nosotros debemos recuperarlo.*

»*El Viejo de la Montaña me observó un instante y respondió:*

»—*¿Recuperarlo, por qué? Ahora nos toca a nosotros, los Asesinos, asegurar la perennidad de la Orden, puesto que nosotros disponemos de una organización militar y religiosa que aprendimos de los esenios, como vosotros los templarios. Como vosotros, seguimos la Orden militar y religiosa de los esenios, basada en el Manual de Disciplina, que es la base de nuestras reglas, tanto en el uniforme y las ropas como en la iniciación de los mantos blancos, propios de nuestras dos órdenes, la cristiana y la islámica. Nuestra jerarquía es idéntica a la vuestra, pues el Gran Maestre, el Gran Prior y el Prior, los hermanos, soldados y sargentos, corresponden a los lassiks, refiks y fedauis. Llevamos túnicas blancas bordadas en rojo, similares a los mantos blancos con la cruz roja de la Orden. Tenemos la misma Regla: la Regla de la Comunidad de los esenios. Hassan-ibn-Sabbah, el fundador de nuestra Orden, se inspiró en esa Regla para crear nuestra cofradía secreta.*

»*Vosotros y nosotros hemos surgido de la misma Orden: la Orden secreta de los esenios.*

Así pues, Jane tenía razón cuando advirtió la extraña similitud entre los templarios y los esenios. Los templarios habían tomado su Regla de los esenios..., y lo mismo hicieron los Asesinos.

»*Dirigí una mirada inquieta a Nasr-Eddin, cuyos ojos imperturbables seguían fijos en el Viejo de la Montaña. ¿Cual era el plan de Nasr-Eddin? ¿Tenía un plan? ¿Cómo recuperar el tesoro?*

»—*Ahora descansad —dijo el Viejo de la Montaña—, pues veo que aún estáis fatigados por vuestro largo viaje.*

»—*¿Podríamos beber un poco más de ese té delicioso con el que nos habéis acogido? —preguntó Nasr-Eddin.*

»*Comprendí que pedía hospitalidad al Viejo de la Montaña, pues la hospitalidad tiene un valor sagrado y está prohibido matar al que la recibe.*

»*Inmediatamente, el Viejo de la Montaña mandó llamar a uno de los refiks, que aportó una bandeja en la que se encontraba una hierba seca de olor dulzón. El refik tomó unas hebras, las dispersó con precaución en la tetera en la que había agua caliente y la ofreció al Viejo de la Montaña.*

»—*Ten —me dijo.*

»—*¿Qué es?*

»—*Esta es la hoja que has bebido en tu té —respondió el Viejo de la Montaña—. Es el secreto de la obediencia: es la hierba que lleva al paraíso. Aquí la llamamos hachís. Con la esperanza de poder beber una infusión de esta hierba mágica, mis hombres hacen todo lo que les digo que hagan.*

»*Hizo llamar a uno de los muchachos que estaban junto a la puerta, y éste vino a arrodillarse ante él.*

»—Como ves —me explicó el Viejo de la Montaña—, en mi corte hay muchachos de doce años destinados a convertirse en valientes Asesinos. Alí —dijo—. Acércate.

»El muchacho se inclinó profundamente ante el Viejo de la Montaña.

»—¿Aún deseas ir al Paraíso?

»El muchacho asintió con la cabeza.

»—Lo daría todo por volver allí, aunque fuera una sola vez.

»—¿Y deseas ir allí para la eternidad?

»—¡Daría mi vida por ello!

»Entonces el Viejo de la Montaña se levantó y se acercó a la puerta:

»—¿Ves esa roca?

»—¡Sí!

»—¡Ve, tírate desde ella e irás al Paraíso para siempre!

»—Así será hecho —dijo el muchacho, y volvió a inclinarse ante el Viejo de la Montaña.

»El muchacho salió con paso seguro y se dirigió a la roca.

»—Pero, ¿no piensa detenerlo? —exclamé.

»—¡Detenerlo es imposible! No querrá. Le he prometido lo que más desea en este mundo. Volver al jardín...

»A lo lejos, el muchacho había llegado al borde del abismo y, sin dudarle un instante, se arrojó.

»Se produjo un silencio durante el cual la estupefacción no me dejó decir palabra.

»Como si no hubiera pasado nada, el Viejo de la Montaña y Nasr-Eddin se recostaron sobre los almohadones de seda, frente a frente, y me invitaron a hacer lo mismo.

»—El Paraíso... —dije, sintiéndome de nuevo preso por los vapores de la hierba—. ¿Qué es?

»Apenas pronuncié esas palabras, empecé a sentir una extraña sensación de bienestar y de solaz, al mismo tiempo que una súbita proximidad hacia mi interlocutor. Era como si me sumergiera en su mirada alegre, triste y profunda; como si me uniera a él, dispuesto a escucharlo durante horas; como si flotara en un tiempo lento, gloriosamente, sonriente, familiar, planeando por encima de las palabras del Viejo de la Montaña y viendo con una extraña precisión cómo las palabras asumían la forma de las cosas y las cosas a su alrededor asumían la forma de las palabras, pues, de repente, todo era perfecto: el té que bebía, los almohadones sobre los que estábamos sentados, la sala de ángulos redondeados por el vapor del incienso, que se elevaba lentamente sobre nosotros y ascendía

magnífico hasta el cielo.

»—*El Paraíso —dijo el Viejo de la Montaña— es lo que has visto y vivido en tu carne hace poco, cuando estabas en el jardín. Nosotros tenemos dos principios: la ley divina, sharia, y el camino espiritual, tariqah. Tras la ley y el camino se encuentra la realidad última, haqiqah, es decir, Dios o el Ser absoluto. La realidad, Adhemar, no está fuera del alcance de los hombres. De hecho, existe y se manifiesta en el nivel de la conciencia, como tú mismo has experimentado. Y esa experiencia es tan fuerte, tan inaudita y buena, que sólo aspirarás a una cosa en la vida: volver a encontrarla.*

»—*¿Y es posible?—pregunté.*

»—*Es posible para el hombre perfecto, el imam: su conocimiento es una percepción directa de la realidad. Nuestro Maestro Hassan-ibn-Sabbah proclamó que era posible cuando proclamó el Qiyamat, o Gran Resurrección... es decir... ¡el Final de los Tiempos! Retiró el velo y abrogó la ley religiosa. El qiyamat es una invitación a cada uno de sus seguidores a participar en los placeres del Paraíso en la Tierra. Así vemos nosotros el Final de los Tiempos. La conciencia de que este mundo, Adhemar, no es otra cosa que el placer de disfrutar de él.*

»*El Viejo de la Montaña bebió un sorbo de té; luego se levantó de su silla y se recostó sobre un almohadón, invitando a sus huéspedes a que hiciéramos lo mismo.*

»—*Y ahora —dijo el Viejo de la Montaña—, decidme la verdad. ¿Por qué habéis venido?*

»—*Nos han enviado los templarios para deciros esto —dijo Nasr-Eddin—. Los templarios y los Asesinos han convivido en paz durante un cierto tiempo.*

»—*Los Asesinos han pagado un tributo anual de 2.000 besantes a los templarios a cambio de su protección —respondió el Viejo de la Montaña—. ¡Al pedirnos semejante tributo los templarios demostraron que no nos temían, porque son fuertes e invencibles!*

»—*Pero los Asesinos no pagan el tributo desde hace casi cinco años. Los templarios os ofrecen la paz a cambio del tesoro del Templo, que os fue confiado para que lo conservarais en la fortaleza de Alamut; pero ahora es forzoso que lo devolváis...*

»*El Viejo de la Montaña lo observó profundamente, sin decir una palabra. En cuanto a mí, me había tendido y empezaba a sumergirme en un sueño delicioso, olvidado de todas las cosas que dependían del resultado de nuestra misión en aquel lugar.*

»*Cuando el Viejo de la Montaña nos señaló que había llegado el momento, era ya muy tarde. Salí en la noche para celebrar maitines. En voz muy baja, murmuré la oración. Recé trece padrenuestros en honor de la Virgen y trece en conmemoración del día. La oración me reconfortó: porque había perdido la noción del tiempo y ya no sabía quién era ni por qué había venido.*

»*Luego me dirigí a las cuadras para asegurarme de que los caballos estuvieran bien atendidos y para impartir órdenes a los escuderos. Había allí veinte caballos, cada uno de ellos cargado con dos enormes alforjas en las que se encontraba el tesoro del Templo. Nasr-Eddin se unió a mí y dejamos el castillo, arrastrando detrás de nosotros la larga reata de caballos atados unos a otros. Avanzamos lentamente, sin imaginar que, al pie de la montaña, nos esperaba una veintena de hombres. A su frente estaba el Viejo de la Montaña.*

»Desmontamos de nuestros caballos. Eché una mirada inquieta a Nasr-Eddin, que me devolvió una mirada horrorizada.

»—¿Qué esperabais? —preguntó el Viejo de la Montaña—. ¿Que los miembros de nuestra secta se unieran a vosotros en la fe de Jesucristo y se bautizaran... como tú, Nasr-Eddin?

»Nasr-Eddin, petrificado ante la mirada llena de odio del Viejo de la Montaña, no se atrevió a responder nada.

»—Queremos la paz —dije—. Vosotros y nosotros somos los mismos, vos mismo lo habéis dicho.

»—Pero tú, Nasr-Eddin, el renegado, has asesinado al califa, y su hermana aún te busca. Me ha ofrecido 60.000 dinares por tu cabeza.

»Hizo una señal a dos refiks, que dirigieron sus sables hacia Nasr-Eddin.

»—¿Sabes qué te pasará si te devuelvo a la hermana del califa? Te hará descuartizar y colgará tu corazón de la puerta de la ciudad.

»Entonces comprendí que el Viejo de la Montaña había esperado a que saliéramos de su casa para respetar la ley de la hospitalidad, pero que su corazón, seco y árido, estaba lleno de odio.

»A lo lejos se oían los cantos y las plegarias de los musulmanes del pueblo vecino. Nasr-Eddin, tendido en el suelo, imploraba perdón, y yo me preparaba para morir con la cabeza erguida, sin una palabra, según la costumbre templaria.

»—¡Esta noche —me dijo Nasr-Eddin—, estaremos juntos en el Paraíso!

»—No lo creo —dijo el Viejo de la Montaña haciendo un gesto a un lassik, que me ofreció una taza de té humeante.

»Bebí un largo trago, y durante un momento no supe si se trataba de veneno o de hachís. Luego, al advertir la mirada de mi compañero, le ofrecí la taza. Entonces, el Viejo de la Montaña se acercó y con una mirada impasible, casi sonriendo, quitó la taza a Nasr-Eddin.

»—Di a tu amigo que aquí solamente yo puedo dar de beber.

»Y, con un movimiento terrible, el Viejo de la Montaña desenvainó su larga espada de Damasco, y dirigiéndola contra Nasr-Eddin, le cortó el brazo. Contempló el espectáculo un momento, saboreando su victoria, y lo decapitó. Su cabeza cayó a mis pies. Miré al Viejo de la Montaña a los ojos. Sin mostrar la menor emoción, monté en mi caballo. Me puse al frente de la caravana, y partí.

Elevé la mirada al cielo, pero allí no había ninguna señal para mí. Las imágenes volvían a mi mente sin cesar. Pensé en el asesinato del profesor Ericson, en el de los Rothberg, recordé el cuchillo colocado sobre la almohada de Jane, y me sentí petrificado de terror. ¿Qué había ocurrido en el curso de la ceremonia templaria? ¿Por qué mis recuerdos eran tan vagos? ¿De dónde venía aquel fuego, y quién lo había provocado, si no había sido Él, para salvarme con su esplendor? Pero si fue así, ¿por qué no había ningún otro signo para mí? Me encontraba en las tinieblas, padeciendo sufrimientos eternos; imaginaba lo peor y me sentía completamente inerte. Esperaba algo, una señal, una demanda, un chantaje, pero nada acontecía.

Atardecía. En el fondo, en el último extremo del firmamento, intenté verle, entreverle. Pero Él había puesto muy por encima de nosotros las bóvedas de su residencia celestial, para que yo descendiera a lo más

profundo del abismo y fuera sumergido por las aguas de lo alto. Intenté encontrar al Uno, pero no había palabra para el Uno en el que yo pensaba, y no era posible penetrar su misterio. Yo venía de una tierra que había dejado de ser mía y me dirigía hacia un país desconocido. Seguía mi camino solitario hacia el Final de los Tiempos, hacia el Juicio Final.

Pero ¿quién era yo para percibirle? ¿Quién era yo? ¿Quién era yo en realidad? ¿Era el hombre del octavo pergamino, el llamado León, era el Hijo, no lo era? ¿Era aquel que será amarrado como un cordero y salvado, pues Dios salva para que se cumpla su palabra? ¿Era el brote que surge de las raíces, y el Espíritu del Eterno estaba en mí? ¿Qué había sido, puesto que me había ido antes de la guerra, de la búsqueda de los Hijos de la Luz contra los Hijos de las Tinieblas, de los hijos de Levi, de los hijos de Judas, de los hijos de Benjamín, de los exiliados del desierto contra los ejércitos de Belial, los habitantes de Filistea, las bandas de Kittim de Asur y aquellos que les secundan, los traidores? Pero ¿quiénes eran los Hijos de la Luz y quiénes eran los Hijos de las Tinieblas? ¿Y yo? ¿Era el Hijo del Hombre, del linaje de David, del de los hijos del desierto, porque habían vertido sobre mi cabeza el aceite de bálsamo? ¿O era la débil planta, el brote de una tierra reseca? Más tarde vendría la guerra, en el mundo entero, contra los Hijos de las Tinieblas, sin tregua, y contra el sacerdote impío, pero ¿quién era yo en realidad, y cuál era mi papel en esta historia? ¿Y cuándo llegaría mi hora? Estaba escrito que era preciso allanar la vía de Dios en el desierto, estaba escrito que todo se estaba preparando y que existía un tesoro de piedras preciosas y de objetos sagrados, procedentes del Templo antiguo, para que el Mesías se dirigiera a Jerusalén cubierto de gloria y reconstruyera el Templo, así estaba escrito.

No, yo no era el de la confianza imperecedera, el que sabe hacer manar agua en el desierto y torrentes en la estepa, yo no era el consolador de todos los males, de todas las exacciones y locuras exterminadoras, el que decía: Dios traerá de nuevo, restablecerá, restaurará. En la montaña no estaba el rostro transfigurado de aquel que había sido ungido y a quien la nube amparaba bajo su sombra. No, yo no soy el hijo bienamado, escuchadme, ¡porque yo no soy el Hijo del Hombre! Soy hijo de Adán, simplemente, hijo de Dios, ser mortal de carne, de carne. Nadie había previsto mi venida, nadie había deseado mi llegada, y yo era semejante a todos. El espíritu del Señor no está en mí. Pero el espíritu de temor y temblor... ¡Oh, Dios! ¿Qué le habían hecho a Jane? ¿Dónde estaba?

Para ahogar mi dolor, en el fondo de la desesperación, bebí, sí, bebí de la misma botella de whisky que había tomado en el hotel y me dominó la embriaguez, que arranca el sentimiento de toda relación con el mundo exterior. Mi corazón revoloteó libre, se posó en las alas de mi destino, ascendiendo hacia Aquel a quien no sabemos nombrar.

¿Cuál iba a ser el fin? Tenía que saber si los malvados se volverían mejores por la esperanza de los honores que recibirían después de su muerte; y si los malvados permanecerían eternamente tales o por el contrario pondrían un freno a sus pasiones en el temor de que, aunque escaparan en vida al castigo, sufrirían después de la muerte un castigo eterno. ¿Quién decidía sobre todo ello? Un nuevo amor me enardecía, un amor separado, dilatado, preservado. En la intimidad de la Unidad, yo era puro en mi interior, sin imagen, sin figura, como liberado, ser no creado en un espacio silencioso sin límites en el que me perdía, sufriendo un dolor creador que permitía acceder al conocimiento de sí a través de la alegría, que es vuelo del alma y del cuerpo; y me pareció que me elevaba por encima de mí y flotaba en el aire, lejos en el tiempo, en el mundo del principio, cuando Dios creó el cielo y la tierra, y la tierra era caos, y las tinieblas cubrían la superficie del abismo. Y el espíritu de Dios aleteaba sobre la superficie de las aguas. Y Dios dijo: «Hágase la luz.» Y la luz fue hecha. Dios vio que la luz era buena y separó la luz de las tinieblas. Dios llamó a la luz día y a las tinieblas noche. Hubo así tarde y mañana. Día uno. ¿Quién era Él? ¿Era posible que me salvara? ¿Estaba allí cuando había invocado su nombre en la ceremonia de los templarios? El Poderoso, el Terrible, el Misericordioso, el Compasivo. ¡Oh, Dios! ¿Dónde está Jane?

En ese momento tenía que conocer, que encontrar el Juicio Divino, tenía que saber si efectivamente yo era el Maestro de Justicia. En el pergamino de la guerra está escrito que los Hijos de la Luz combatirán contra los Hijos de las Tinieblas, el ejército de Belial, las tropas de Edom, con armas, pendones y armaduras de guerra. En el centro de esa guerra había un personaje doble que era el hombre de la mentira. ¿Y si ese hombre de la mentira fuera una mujer? ¿Si Jane no había desaparecido? ¿Si no había sido raptada, sino que me había dejado por su propia voluntad? «*Mañana, a las siete de la tarde en punto, en la iglesia de Tomar.*»

¿Y si todo había sido solamente una emboscada?

El dolor y las dudas me estaban volviendo loco. Pensaba, pensaba demasiado, pues pensar es una debilidad, una distancia, un lamento, pensar es evocar, no es sino invocar la vida que, tal como es, no piensa. Pensaba y vivía la verdadera disociación del cuerpo y del espíritu, en que este último recuerda bruscamente

en la separación y la prueba, y se revela en su fuerza codiciosa, en ruta hacia la vida futura, porque es cierto que el cuerpo es corruptible y que su materia no subsiste, pero el espíritu sobrevive, como llevado por una fuerza superior.

¿Y si todo hubiera sido una mentira, una mascarada? Si yo era el Mesías, ¿no tenía la capacidad de hacer milagros? Y si no era Ary, el Hijo del Hombre, el Mesías de los esenios, entonces era Ary Cohen, hijo de David Cohen, y la guerra en la que estaba implicado no era la de los Hijos de la Luz contra los Hijos de las Tinieblas, sino una guerra contra mí mismo. En ese caso no había necesidad de esperar. No era preciso esperar más. Era preciso actuar.

En mi habitación, sobre la mesita de noche, había un teléfono. Finalmente, me decidí a llamar.

Shimon Delam, jefe de los servicios secretos israelíes, Shimon Delam, el hombre de la justicia, que ya me había sacado de más de una situación comprometida.

Marqué su número. Mi mano temblaba ligeramente, así como mi voz, como si sintiera de manera confusa que iba a obtener la solución, la clave del enigma, y ya la estuviera rechazando.

—Shimon —dije—, soy Ary, Ary Cohen.

—Ary —respondió Shimon—. Esperaba tu llamada.

—Es a propósito de Jane. Jane Rogers.

—Claro —dijo Shimon—. Claro.

—Necesito información sobre ella.

—¿Es muy importante para ti?

—Es cuestión de vida o muerte.

—Bien.

Le oí encender un cigarrillo.

—Ya imaginabas que Rogers no era una arqueóloga como los demás —dijo Shimon.

—¿Qué quieres decir con eso?

Hubo otro silencio. Luego oí:

—Trabaja para la CIA.

—¿Para quién? —exclamé.

—Para la CIA, precisamente. Ary, ¿recuerdas el caso de las crucifixiones que os confié a tu padre y a ti?

—¿Sí?

—Su trabajo de ayudante sólo era una tapadera. En realidad, ya trabajaba para la CIA.

—¿Y me lo dices ahora?

—Vamos, Ary, has hecho el servicio militar, sabes que...

—Sí —respondí—, claro, lo sé.

—Estaba investigando sobre Siria, su tapadera era la arqueología, hasta que... hasta el drama, el asesinato de Ericson... Cuando os persiguieron a los dos, en Masada, la perseguían a ella, Ary. Es una agente temible. Le han pedido que se aparte del juego, pero se ha negado. Ha querido seguir en este caso para ayudarte, creo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me llamó ayer. Me pidió que te transmitiera un mensaje.

—¿Qué quiere de mí?

—Me dijo que, en caso de presentarse algún problema, si las cosas se ponen mal, vuelvas a Qumrán.

—Más solo de lo que lo había estado jamás, en la desesperación más profunda, me puse en camino hacia el lugar al que debía ir: el desierto de Judea, cerca del mar Muerto, el lugar llamado Qumrán.

¡Oh, amigos, cuán lleno de amargura estaba mi corazón! Jane, espía... Me había llevado consigo para cumplir su misión, se había servido de mi amor para realizar su plan, y todo eso, tal vez, desde el principio. Tal vez no me había amado nunca y me había mentido desde nuestro primer encuentro, dos años antes.

Me había tendido una trampa, había alzado hacia mí sus párpados impúdicos, me había encantado con su corazón, me había apartado de mi camino y de mi vida, y yo lo había abandonado todo por ella, otorgándole una confianza ciega, sin intentar esconderme, fiel a su llamada, dispuesto a correr todos los peligros.

¡Cuánto la odiaba! ¡Y qué feliz me sentía al tener noticias tuyas, al saber que estaba viva! O al menos al conservar esa esperanza. Mi mirada empañada en lágrimas se cruzó con mi mirada en el espejo colgado

frente a mí.

Los pliegues de mi frente habían dibujado la letra: , *tsadi*, aceptación de una prueba con el objetivo de acceder a otro nivel de existencia o de conciencia, o incluso a un cambio de ciclo. El justo es aquel que ha debido sublimar la cara oscura de la prueba para convertirla en un fundamento por el que su vida resulta magnificada.

A causa de ella, yo ya no era el Hijo del Hombre. A causa de ella, era pobre y estaba solo, pobre de corazón y solo de espíritu. Pero a causa de ella, era hombre.



NOVENO PERGAMINO. El pergamino del Retorno

*Entonces mi corazón se aceleró, temeroso,
mis caderas temblaron,
mi gemido llegó al Abismo
hasta lo más recóndito del Sheol,
pues me aterroricé al escuchar
tus debates con los Valerosos,
tu disputa con el ejército de los Santos.*

Pergaminos de Qumrán,
Himnos.

Tomé el avión de vuelta a Israel, y me elevé sobre la superficie de la Tierra hasta un lugar no importunado ni por las nieves ni por los insensatos calores de los desiertos. Casi había terminado la lectura del Pergamino de Plata y, en ese momento, *sabía*.

Sabía quién había matado al profesor Ericson y a la familia Rothberg, y sabía, por qué. Sabía cuál era el papel desempeñado por los masones y por los templarios, con su Gran Maestre Josef Koskka. Sabía por qué los samaritanos tenían el Pergamino de Plata y por qué se lo habían entregado a Ericson. Sabía por qué Shimon me había mandado a esta peligrosa aventura. Sabía quién se había apoderado del tesoro del Templo y sabía dónde estaba depositado. También sabía dónde podía encontrarlo. Era el único que lo sabía, *el único en el mundo*. Los que habían leído el Pergamino de Plata conocían el lugar en el que estaba escondido, pero ignoraban dónde se encontraba ese lugar. En cuanto a los que conocían su ubicación, no habían leído el Pergamino de Plata. Shimon tenía razón: para resolver el enigma, había que ser a la vez sabio y soldado.

—Para disfrutar del presente instante, en este vuelo que nos conduce al país del Señor, aquí tenéis unas propuestas de meditación.

Alcé la cabeza, que tenía apretada entre las manos. Allí, en el avión, había una veintena de peregrinos cristianos a los que servía de guía un monje, un hombre rechoncho de aspecto candoroso, vestido con un hábito de estameña, del que colgaba una pesada cruz de madera.

—Este amplio mar —proseguía el monje— fue atravesado en su momento por los primeros Apóstoles, que vinieron a predicar la palabra de Cristo. Partiendo del puerto de Cesárea, eran necesarias por lo menos tres semanas cuando los vientos eran favorables. Desde mediados del siglo IV, innumerables peregrinos nos han precedido con el ardiente deseo de seguir los pasos del Señor. La tierra de Palestina es la patria espiritual de todos los cristianos, porque es la patria del Redentor y de su madre. Recordad el final del Libro de los Hechos de los Apóstoles... San Lucas relata minuciosamente el viaje de Pablo a Roma, el itinerario, la escala forzosa en la isla de Malta y por fin su ministerio en Roma. A través de las pruebas que jalonan su viaje, nos muestra lo que el mismo Jesús había declarado a menudo: el itinerario del discípulo será el de su maestro, porque no hay misión sin prueba. Pero esas pruebas, hermanos, preparan un rico fermento. Roguemos juntos para fortificarnos nosotros mismos por la fe y el coraje de los primeros apóstoles y de los primeros misioneros. Roguemos por todos los misioneros, roguemos también por aquel que acompaña a los apóstoles, ¡desde Jerusalén hasta todos los extremos de la tierra!

»Y pensad en san Jerónimo, que fue a Palestina y permaneció allí hasta su muerte, y que allí tradujo la Biblia al latín, la lengua del pueblo. Y pensad en su emoción al haber visitado Jerusalén, Hebrón y Samaria, al haber pisado el suelo que Jesús pisó con sus pies. Y para vosotros, hermanos, el paisaje de Tierra Santa será una revelación.

En un día, había vivido lo que otros viven en una vida: había amado, había sabido y había visto el mal. Así me encontraba, solo en el mundo, con el corazón infinitamente triste, triste y desolado por haber perdido a mi amigo, que se había sacrificado por mí, para que yo pudiera cumplir mi misión. E igualmente estremecido por la crueldad del Viejo de la Montaña, sólo me quedaba un deseo: hacer lo que debía hacer y dormir, para siempre.

Ahora lo sabía: los esenios habían designado al Mesías, su Mesías, Jesús. Cuarenta años después, el guardián del tesoro del Templo, un hombre de la familia de Aqçoç, había depositado el Pergamino de Cobre en sus grutas, donde se encontraban consignados todos los lugares en los que se escondía el fabuloso tesoro del Templo.

Setenta años después, un hombre llamado Bar Kochba, hijo de la estrella, creyendo ser el Mesías, había intentado liberar Jerusalén y reconstruir el Templo, y también él había fracasado. Mil años después, unos cruzados descubrieron el tesoro y decidieron reconstruir el Templo. Pero, al mismo tiempo que el tesoro, descubrieron la fe de los esenios y crearon una Orden consagrada al Templo. Al carecer de Mesías, habían tenido una idea inaudita, sencilla y espléndida. Habían decidido que su Orden sería el Mesías. Pero fracasaron a su vez, víctimas de la Inquisición, como Jesús fue víctima de los romanos.

Pero tú, Adhemar, no verás el Templo. Tú debes tomar el tesoro y esconderlo, con la esperanza

de que aquel que debe venir lo recupere y lo devuelva a la tierra de Israel.

Así había hablado Nasr-Eddin.

Me incliné hacia mi vecina, una mujer con un sombrero de ala ancha que le disimulaba el rostro. Le pregunté si la peregrinación se debía a alguna celebración especial. Alzó la cabeza: en su rostro largo de rasgos finos, con una boca resaltada por un carmín muy vivo, reconocí a alguien a quien ya había visto, pero no pude precisar dónde. Ella no pareció reconocerme.

—Yo —respondió la mujer a la pregunta que le había hecho— soy una periodista polaca, pero ellos van a Tierra Santa, en peregrinación ¿sabe?, para seguir los pasos de Cristo en la santa y gloriosa Sión, madre de todas las Iglesias. Seguro que harán turismo por el país, pero mañana, ¡puesto que están todos en Jerusalén!

—¿Porqué?—pregunté.

—Porque hay una gran reunión organizada por una Hermana.

—¿Cómo se llama? —pregunté.

—Se llama sor Rosalía. Pero si quiere saber más, debería preguntar a su guía.

El monje seguía paseando entre las hileras de viajeros, dedicado a su monólogo.

—El lugar de la vida, de la pasión y de la resurrección del Señor —prosiguió— es el mismo lugar donde nació la Iglesia. Nadie puede olvidar que cuando Dios eligió una patria, una familia y una lengua en este mundo, fue en Tierra Santa donde los apóstoles establecieron su fe en Cristo y donde también establecieron una misma doctrina y una misma fe.

—¿Quiere ver mi talismán? —preguntó mi vecina.

Lo descolgó de su cuello y lo abrió. Contenía un pedazo de pergamino. Lo tomé y lo examiné. Cuál no sería mi sorpresa al descubrir que se trataba de un fragmento de los manuscritos del mar Muerto...

—¿De dónde lo ha sacado? —pregunté.

—Una historia muy extraña —dijo la mujer—. Estaba en casa de un tal... ¡Josef Koskka!

—¿Cómo?

—Murió ayer, en circunstancias muy extrañas... asesinado en su domicilio, apuñalado. Por esa razón voy a Israel, quiero investigar, porque no me sorprendería que el asesinato esté ligado al descubrimiento de un misterioso Pergamino de Cobre, que indica la localización de un tesoro fabuloso... ¿Conoce usted Qumrán?

Nos acercábamos a Tierra Santa, como decían, nos acercábamos a Israel, y lo sentía.

Que si conocía Qumrán... ¿Podría volver allí alguna vez?

De repente, la mujer dejó caer un montón de papeles colocados sobre su mesilla. Me incliné para ayudarla a recogerlos. Sobre uno de ellos había una cruz roja. La misma cruz que se encontraba cerca del altar. *La cruz del profesor Ericson, la que Jane había recogido.*

La falsa periodista polaca miró a derecha e izquierda. Sólo entonces la reconocí: era Madame Zlotoska, la mujer que nos había conducido al despacho de Josef Koskka.

—No diga una palabra —murmuró, amenazadora.

—¿Quién es usted?

No respondió.

—¿Es cierto lo que me ha dicho de Koskka?

—Es cierto, sí. Y si usted desea volver a ver a su pequeña americana, es mejor que haga exactamente lo que yo le diga.

—No podía hacer nada más, A pesar de mi dolor, no podía volver a casa sin cumplir mi misión. Era preciso actuar como me había dicho el Comendador de los templarios. El desierto se extendía ante mí, vasto y solitario; sus colores cambiaban y las sombras se alargaban, la arena brillaba como mil estrellas en el cielo, como una alfombra de oro extendida bajo mis pasos. Cuando el cielo se transformó en una bóveda oscura y diamantina, saludé a la noche y me acosté hasta que las nubes luminosas flotaron de nuevo por encima del mar desértico. Por fin disponía de un pequeño descanso.

Después de estas palabras, Adhemar cerró los ojos y apoyó la frente contra la pared de la

prisión. Su voz se debilitaba cada vez más. La luz oscura de sus ojos era como una llama que se apaga. Tomé su mano, que temblaba, para animarle a proseguir su historia, pues el alba se acercaba.

Prisionero, raptado por aquel extraño personaje: así llegué a la tierra de Israel. En el aeropuerto, fui introducido en un automóvil que nos esperaba en el aparcamiento. Miré a derecha e izquierda. Había policías y soldados. Pero no podía hacer nada contra ella, porque ella tenía a Jane. No podía hacer nada más que seguirla.

—Por fin —prosiguió Adhemar con más lentitud, como si su relato tuviera el poder de retener la noche—, después de varios días de viaje, llegué a Qumrán, bajo un sol ardiente. Las grandes palmeras arrojaban sus sombras sobre la colina, las piedras relucían bajo su aura. Al frente de la larga caravana, yo no podía avanzar con rapidez, y me hizo falta cierto tiempo antes de encontrar Khirbet Qumrán siguiendo las precisas indicaciones que me había dado Nasr-Eddin.

»Por fin llegué a la terraza en la que se encontraba el campo. No lejos de allí podía ver las tumbas de un vasto cementerio. El mismo campo formaba un triángulo, uno de cuyos lados era un largo muro, y el vértice una gran explanada suspendida sobre el mar Muerto. Una torre dominaba el conjunto formado por una sala rectangular y muchas otras más pequeñas, así como por numerosas cisternas. Todo parecía desierto. El sol calentaba las piedras y las rocas. Detrás de mí, las montañas de Moab se despertaban bajo un halo de polvo color malva. A esa hora no había ni un soplo, ni una arruga, ni una sombra en ese paisaje pálido, sofocado de luz.

»Dejé la caravana a la entrada del campo, y até a los caballos. Luego entré en aquel lugar silencioso. Pasé ante las cisternas llenas de agua y ante otras numerosas cisternas rectangulares, alimentadas por un canal que debía traer el agua de los ued que descienden de las rocas del desierto. Al fin, llegué ante la gran construcción de piedra, en la que entré. Encontré allí un patio y un recinto. En torno al patio se sucedían numerosas habitaciones: una sala de reunión con una gran mesa de piedra, un scriptorium en el que había mesas bajas con tinteros, y un taller de cerámica con hornos.

»Al fondo del patio se encontraba la torre que dominaba el campo; me acerqué a ella. Entré en la sala de abajo, iluminada por dos saeteras muy estrechas practicadas en el muro de piedra y que dejaban pasar un fino rayo de luz. Una escalera de caracol conducía a un piso en el que había tres salas. Una de ellas era mayor que las demás. Allí, oí una voz.

—No tenga miedo, pronto sabrá por qué está aquí y qué queremos de usted.
Avanzábamos en el *jeep* que conducía la falsa periodista.

Miedo, sí, tenía miedo. Miedo de los Asesinos que querían mi muerte, miedo de los que se habían apoderado de Jane. Y tenía miedo de volver a ver a los esenios, porque conocía la Regla de la Comunidad y las sanciones aplicadas en función de la gravedad de las faltas. Tenía miedo de que no accedieran al espíritu de misericordia y de que se vengaran como se habían vengado dos años antes, con la crucifixión.

—Hemos llegado —dijo la mujer.

Detuvo el *jeep* ante la meseta de Khirbet Qumrán. Justo delante de nosotros estaba estacionado un automóvil. Se abrió la portezuela y vi descender al hostelero de París, alias Maestro Intendente. Disimulaba su gran corpulencia bajo una túnica blanca, una especie de chilaba. Llevaba la cabeza cubierta por un *keffieh* rojo.

—Ary Cohen —dijo—, cuánto me alegro de volver a verle...

—¿Qué quiere usted de mí? —dijo—. ¿Dónde está Jane?

—Cuántas preguntas, cuántas preguntas —respondió con calma—. No sé por dónde empezar. Tal vez por las presentaciones. Me llamo Omar —dijo.

—¿Qué quiere de mí? —repetí—. ¿Qué hace usted aquí?

—¿Lo ignora?

—No, sé quién es. Usted es el Viejo de la Montaña, descendiente de los Asesinos. Usted ha matado al profesor Ericson, así como a los esposos Rothberg y a Josef Koskka.

—Le felicito. Veo que su pequeña lectura le ha sido de provecho.

—Dígame dónde está Jane.

—Jane está en un lugar seguro, no se preocupe por ella.

—¿Dónde está?—repetí.

—Ahora no es usted quien hace las preguntas —dijo Omar—, sino yo. ¿Dónde están las cuevas? Tiene que llevarnos allí.

—¿Allí, dónde?

—Lo sabe usted muy bien.

—¿Y si me niego?

—Ary —murmuró Omar—, ¿usted conoce la Regla de los templarios en caso de combate?

Se acercó a mí y murmuró:

—La milicia se agrupa en escuadrones bajo las órdenes del Mariscal. Cada caballero tiene asignado un puesto preciso, y no debe apartarse de él. El Mariscal da la señal de ataque agitando la bandera blanca y negra de la Orden, Baucéant. En la confusión de la batalla hay que seguirla siempre, y no abandonar la lucha mientras ondee en el aire. El grito de batalla es: ¡A mí, *Beau Sire!* ¡Baucéant al rescate! ¿Y conoce nuestra Regla en caso de combate?

No me dejó tiempo para responder.

—No tenemos ninguna Regla —dijo.

Emprendimos el camino que se hunde en la gran caldera y se adentra en el desierto de Judea. Cuando entramos, silenciosos, en el yacimiento de Khirbet Qumrán, era tarde, todo estaba tranquilo y desolado, pero aún se percibía el calor de la jornada, asfixiante, en ese mundo de piedras y de estratos, ese valle con su lago dormido y sus rocas ardientes. Detrás de nosotros, las montañas de Moab, ya adormecidas bajo un halo de polvo color malva, se reclinaban lentamente hacia un mar en perfecta calma, sembrado de luces estrelladas. A esa hora no había ni un soplo, ni una arruga, ni una sombra en ese paisaje pálido acariciado por la luz dorada del crepúsculo.

«Éste —me dije—, es el atardecer tras el día, pero ¿qué nos reserva el mañana?»

Al llegar a la necrópolis, al suelo de ladrillo colocado sobre un saliente formado por el mismo suelo, me asaltó una sensación extraña. Era como si nos siguiera un vapor de veneno, una nube nefasta. Allí me había estado esperando, dos semanas antes, el espectáculo, la escena de un horror sin igual, en ese desierto blanco y helado, ante el mismo mar impávido de un azul transparente, las rocas inmóviles y los cielos sin nubes. Abrí los ojos y me detuve, como una estatua de piedra. Quedé petrificado, como cuando las vi por primera vez, ante aquellas tumbas abiertas, aquellos huesos desecados, con la cabeza hacia el sur y los pies hacia el norte.

En la gran meseta, las tumbas abiertas seguían clamando al cielo.

»—*Antes de mover mis manos y mis pies, bendeciré su Nombre —dijo la voz—. Rezaré ante Él antes de salir y antes de entrar, de sentarme o de levantarme, y en el momento de tenderme en mi lecho. Le bendeciré con la ofrenda que procede de mis labios, entre los hombres.*

»*Entré en la gran sala, de donde venía la voz. Allí había un grupo de cien personas vestidas de lino blanco, que miraban hacia levante. En el centro del círculo, un hombre se volvió en mi dirección.*

»*Era el Comendador de los templarios de Jerusalén.*

»*Entonces comprendí que los templarios me esperaban: sabían que había visto al Viejo de la Montaña, pues ése era el plan que habían trazado para mí, y para ello había encontrado a Nasr-Eddin, que tenía que llevarme hasta el tesoro a cambio de la protección de los templarios. ¡Ay! No había sido capaz de asegurarle esa protección.*

»—*Bienvenido, Adhemar—dijo el hombre—. Bienvenido a la encomienda de Khirbet Qumrán. Aquí se encuentran los últimos combatientes de nuestra Orden, los guerreros enviados por los esenios para reconstruir el Templo, una misión que podremos cumplir, más tarde, gracias a ti.*

»*Ante nosotros, los cien hombres permanecían inmóviles. Todos callaban, en una atmósfera solemne, todos estaban en pie, en orden jerárquico, en ese Capítulo sin igual.*

»—Ahora —dijo el Comendador—, debes tomar el tesoro y esconderlo en un lugar que sólo tú conocerás. Nadie más tendrá acceso a él, ni siquiera nosotros —añadió, designando a los hombres vestidos de lino blanco—. Nadie, para que más tarde los que lo encuentren puedan llevar a cabo lo que nosotros no hemos podido cumplir.

»Al día siguiente, salí del campo para esconder el tesoro. Allí, delante de la larga caravana que me esperaba, encontré a un chiquillo. Su piel estaba cincelada por el sol. Sus ojos oscuros y sus cabellos negros contrastaban con el blanco de su túnica de lino, resplandeciente bajo el sol. Se acercó a mí.

»—¿Qué quieres? —le pregunté mientras ensillaba mi caballo.

»El chiquillo no respondió.

»—¿Cómo te llamas?

»—Me llaman Muppim.

»Me agaché y lo miré con atención. No debía de tener más de diez años. Sus ojos estaban húmedos: había llorado.

»—¿De dónde vienes, Muppim?

»Extendió su brazo para señalar las cuevas situadas al norte del acantilado rocoso.

»—Te has perdido, ¿verdad?

»El chiquillo me hizo un gesto para indicar que no me había equivocado.

»—Ven —dije—, intentaremos encontrar tu camino juntos.

»Le hice montar en mi caballo, y la larga caravana se puso en marcha. Juntos avanzamos en el desierto, y Muppim me habló, me contó la historia de su pueblo. En ese desierto, decía, había empezado todo. La palabra de Dios a su antepasado Abraham.

»—"Vete de tu tierra y de tu patria, y de la casa de tu padre".

»—¿Para ir adónde? —preguntó Abraham.

»—A la tierra que yo te mostraré. Vete de tu país y yo haré de ti una nación grande y engrandeceré tu nombre. Vete de tu país, ésa será tu bendición.

»Y Muppim evocó el fatigoso viaje de los hijos de Israel, que en su existencia nómada, en una tierra árida y durante cuarenta años, habían recorrido el desierto. El camino desde el Nilo hasta las montañas del Sinaí había sido terrible.

»Fue en el Sinaí donde Dios selló su Alianza con su pueblo en el desierto, convirtiéndolo en su propiedad entre todas las naciones; allí fue donde dio la Torá, escrita por su propia mano; allí pidió que fuera construido un Tabernáculo para que el hombre pudiera encontrarle.

—¿Y bien? —dijo Omar—. ¿Adónde vamos ahora? Espero que la memoria no te falle.

—¿Por qué habéis hecho algo tan abominable? —respondí, señalando las tumbas.

—¿No está escrito en vuestros textos? ¿Acaso el valle de las osamentas no es la señal del Final de los Tiempos? Vamos, debemos seguir adelante. Pero tú no —dijo a Madame Zlotoska, que nos había acompañado hasta allí.

Sacó una pistola, apuntó a la mujer y, delante de mí, disparó una, dos veces.

La mujer cayó, un hilo de sangre brotó de su boca.

Imperturbable, Omar prosiguió su marcha. Si le dejaba hacer lo que él pretendía, si le enseñaba el camino que lleva a los esenios, iría hacia mi muerte. Yo era un desertor. Un desertor, para los esenios, significa un traidor. Pero si no obedecía, perdía cualquier posibilidad de encontrar a Jane, y de sobrevivir.

Tras media hora de marcha, llegamos ante una pared rocosa que parecía infranqueable.

—¿Y bien? —dijo— ¿Ahora por dónde?

Con lágrimas en los ojos, le indiqué la dirección secreta. Para pasar, había que seguir un camino especial del que no puedo hablar aquí. En varias ocasiones nuestros pies resbalaron y los brazos se asieron al borde rocoso para evitar caer al vacío.

Por fin llegamos al otro lado de la montaña, al pequeño rellano situado ante la primera cueva.

La anfractuosidad era tan pequeña que sólo un hombre podía deslizarse por ella. Lo guié por entre las rocas, inclinándome a veces y a veces incluso deslizándome por debajo de las rocas, por encima de las vasijas rotas, de los pedazos de pergamino rotos, de los cascos y de los jirones de tejido.

—¿Fuisteis vosotros —dije— los que hicisteis esa representación macabra del Final de los Tiempos?

—Gracias al Pergamino de Plata encontrado por el profesor Ericson —respondió Omar—, por fin pudimos conocer el lugar en donde se encontraba el tesoro del Templo.

—El lugar donde Adhemar lo había escondido, más bien.

—Yo me había infiltrado entre los templarios como Maestro Intendente, y Madame Zlotoska había entrado en el equipo del Gran Maestro del Temple, Koskka. De ese modo supimos que el profesor Ericson había oído hablar de un Pergamino de Plata entre los samaritanos.

»El profesor Ericson sabía que los esenios seguían existiendo, pero ignoraba dónde vivían. Su hija Ruth Rothberg y su yerno Aarón le convencieron de que era posible reconstruir el Templo sin destruir la mezquita Al-Aqsa. Además, gracias a los Rothberg oyó hablar de un Mesías entre los hasidim; pero había desaparecido dos años antes. Cuando Jane le habló de un amigo hasid que se había ido a vivir al desierto, ató cabos. Pensó que se había unido a los esenios. Dedujo que ese Mesías era usted. Consiguió que los samaritanos le dieran el Pergamino de Plata hablándoles de usted. Para saber dónde se escondían los esenios, organizó una ceremonia en el desierto de Judea, una ceremonia que evocaba el Día del Juicio, para llamar la atención de los esenios y mostrarles que el Final de los Tiempos se acercaba...

—¿Y entonces lo mató?

Omar me miró de una manera extraña y dijo, sin responder directamente a la pregunta:

—¿Qué mejor medio para obligarle a usted a salir? Lo matamos y completamos el trabajo violando las tumbas esenias. Y lo logramos: usted salió de las cuevas. Hemos intentado raptarle en varias ocasiones, pero parecía protegido por no sé qué fuerza, y cada vez se nos escapaba... Y además estaba esa mujer, su ángel de la guarda. En París le seguían constantemente agentes del Mossad y no podíamos hacer nada. Y en Tomar lo mismo. No conseguíamos raptarle, hasta que pudimos apoderarnos de Jane y tenerle a usted por ese medio.

—¿Y quiénes son esos «nosotros»? —le pregunté—. ¿Quiénes son ustedes?

Esta vez, Omar rió con una risa extraña, sardónica.

—Usted lo ha dicho: somos los Asesinos, descendientes de Hassan-ibn-Sabah. Queremos recuperar nuestra propiedad, el tesoro que los templarios nos arrebataron hace setecientos años.

Habíamos llegado al fondo de la cueva en la que se encontraba la pequeña puerta que daba a nuestro territorio, el territorio esenio.

Abrí la puerta y oí un ruido metálico.

Delante de nosotros, reconocí a mi padre, que sostenía un revólver.

—Sois unos asesinos —dijo— y unos ladrones. El tesoro del Templo no os pertenece.

—Pero —dije con un estremecimiento—, ¿qué estás haciendo aquí?

Mi padre me miró con aire grave. Entonces me di cuenta de que estaba vestido con el hábito de los esenios.

—Lo que nunca he dejado de hacer —dijo—. Sigo siendo David Cohen, de la tribu de los Cohen. Soy David Cohen, el Sumo Sacerdote.

Entonces, Omar sacó un revólver de su bolsillo y me apuntó.

—Después de haber llevado a Muppim a su casa, partí hacia Jerusalén con la caravana. Llegué a la Casa del Templo, donde había un subterráneo de galerías abovedadas. Entré en las salas, seguí el pasadizo excavado en la roca y allí deposité los sacos de yute, que estaban llenos de piedras. Porque había enterrado el tesoro en otro lugar, para que sólo fuera conocido por mí.

»En la Casa del Templo, los miembros de la Orden de Jerusalén habían parado todos los trabajos. Se preparaban para mi llegada. A la hora de la comida de la tarde, se sentaron en silencio; luego el panadero trajo el pan, y el cocinero puso un plato con carne delante de cada uno. Y cuando todos estuvieron reunidos alrededor de la mesa común, en esa velada solemne, para comer el pan y beber el vino, todos pensaron en el momento en que el Hijo del Hombre extendería su mano sobre el pan y sobre el vino para consagrarlos.

»Entonces me levanté y, delante de todos, conté mi aventura, y delante de todos, dije:

»—Esta es nuestra historia, queridos amigos. ¡Todos nosotros vinimos aquí para reconstruir el Templo, según la voluntad de Jesús! Él, que no quería morir, tampoco quería que la llama se detuviera. Había dejado Galilea y recorrido Samaría. Se había detenido en el monte Garizim, donde le esperaban los samaritanos. Había decidido vivir recluso entre los esenios, nuestros antepasados, que creían que el Final de los Tiempos se acercaba, que decían que era preciso predicar el arrepentimiento entre los demás. Había encontrado en el desierto a Juan el esenio, que anunció a todos el bautismo para la remisión de los pecados, y los esenios le dijeron que había sido elegido, que era el Hijo, el Servidor, el elegido entre los elegidos, y le dijeron que es largo el camino para aquel que lleva la noticia, que es difícil el camino hacia la luz para el pueblo que camina en las tinieblas.

»Más tarde, amigos, más tarde, su profecía se realizará: sí, más tarde, cuando llegue el momento, el Templo será reconstruido. Y sé, amigos, sé cómo será el Tercer Templo. Porque he conocido a un niño en el desierto, ¡y de la boca de ese niño he oído la descripción del Templo como si lo estuviera viendo!

»El patio interior tendrá cuatro puertas orientadas a los cuatro puntos cardinales; y el patio medio y el atrio exterior tendrán doce puertas cada uno, por el número de los hijos de Jacob; y el atrio exterior estará dividido en dieciséis partes de doce habitaciones cada una, atribuidas a las doce tribus, salvo la de Levi, de quien descienden los levitas. Y las puertas serán gigantescas, entre el suelo y el dintel, para que todos puedan entrar. Bajo el peristilo que rodeará el atrio interior, habrá asientos para los sacerdotes, y mesas delante de los asientos. En el centro de ese atrio interior se encontrará el mobiliario del Templo, entre los Querubines, el velo de oro y el candelabro. Y cuatro luminarias iluminarán el patio de las mujeres, donde habrá perfumes e incienso aromático cuyo vapor se elevará entre lo visible y lo invisible.

»Habrá amplias piscinas de mármol para la purificación. Y habrá largos pasillos y altas escaleras, de un blanco esplendoroso, para ascender uno a uno los grados del Señor.

»Y en el corazón del Templo se encontrará el Santo, donde el sacerdote hablará en voz baja, donde quemará el incienso de trece perfumes deliciosos, donde estará instalada la espléndida Menora, velando a los veladores, y la mesa de proposición en la que se habrán colocado los doce panes. Y en el corazón de ese corazón se encontrará el sanctasanctórum, separado del Santo por un velo de cuatro colores revestido de cedro, el sanctasanctórum, amigos, donde el Sumo Sacerdote encontrará a Dios.

»Era tarde cuando salí de la Casa de los templarios. Mi misión había terminado y deseaba ponerme en camino. No quería quedarme en Tierra Santa, donde ya no teníamos futuro, donde lo único que podíamos hacer era combatir y morir, pero ¿por qué razón? Ya había salvado lo esencial. Quería volver a mi país. Delante de las caballerizas aguardaba un hombre, un hombre vestido de blanco y rojo. Reconocí a un refik. Entonces supe lo que me esperaba.

»Había sido decidido que el refik me asesinara, porque yo era el único que sabía dónde estaba escondido el tesoro, para que me llevara el secreto conmigo.

En el momento en que creí llegado el final, oí una detonación, seguida de una segunda.

A mi lado, Omar se desplomó. Pero no había disparado mi padre; mi padre nunca ha sabido usar un revólver. Había sido Shimon Delam. Detrás de él se encontraba Jane.

—¡Jane! —dije en un jadeo.

—Fui capturada por ese hombre —dijo, señalando el cuerpo de Omar, tumbado en el suelo—. Me trajo aquí, al desierto de Judea, para atraerte.

—Omar —dije—, el Viejo de la Montaña.

—Shimon nos hacía seguir, y ha hecho todo lo necesario para liberarme.

»Entonces, más rápido que el rayo, desenvainé mi hermosa espada y luché valerosamente contra el Asesino, que intentaba clavarme su puñal en el pecho. Me agaché y esquivé su ataque. Rodé por el suelo hasta encontrarme casi detrás de él, y le golpeé en el flanco. Luego combatimos cuerpo a cuerpo, puñal contra espada. Empuñando la espada con las dos manos, le corté la garganta, de la que manaron a chorros los rayos rojos de su sangre, al tiempo que intentaba por última vez hundir su daga en mi vientre.

»Así conseguí escapar de las manos del refik y me embarqué en el puerto de Jaffa, en el barco que me llevaría de vuelta a la bella tierra de Francia unos meses después.

»¡Ay! Ya conoces el fin de la historia: aquí, en mi propia tierra, me quedaba por conocer lo peor. La Inquisición... Ahora que llega el alba, quiero decirte algo importante.

No podíamos hablar.

En los asientos traseros del coche de cristales ahumados que conducía Shimon, Jane y yo nos miramos. Y nuestros ojos empezaron a hablar. Los míos, locos de dolor y de despecho, le hacían reproches. Los suyos, húmedos, me imploraban que la creyera. Los míos, fruncidos, le negaban el crédito que le había concedido dos años antes. Los suyos me respondían que no era culpable de nada, que no me había traicionado y que me amaba. Los míos, silenciosos, me traicionaban. Los suyos, desconsolados, pedían silencio. Los míos languidecían, diciendo mi bien, cuánto te añoro, sólo a ti he conocido y no quiero perderte, me elevo hacia ti, hacia tu dulzura incomparable, flores de besos, besos de flores, blancas y rosas, oasis de mi desierto, flor de mi alma, cielo de mi espíritu, tú eres mi palacio, en tu hogar encuentro reposo, no necesito nada porque estoy junto a ti, y todo el resto no es más que mentira y vanidad.

La voz de Adhemar sólo era un soplo.

—Te escucho, hijo mío —dije con emoción—. Pide lo que quieras, te lo daré. Di lo que quieras, lo haré. Porque tu historia me ha conmovido y mi corazón sangra al ver que llega el alba.

—Te pido que huyas cuando me hayas dejado. Porque se sabrá que has hablado conmigo y te interrogarán. Por ello, si me quieres ayudar, si mi historia te ha conmovido, no vuelvas a Cîteaux y no te quedes en la tierra de Francia; ve a Tierra Santa, con los samaritanos que viven en el monte Garizim, no lejos del mar Muerto. Allí se encuentran los descendientes de los tesoreros del Templo, la familia Aqçoç. Pondrás por escrito todo lo que te he dicho esta noche y les dejarás a ellos el pergamino.

Con mano temblorosa, me indicó que me acercara un poco más.

—El tesoro del Templo —murmuró—, lo escondí en Qumrán, en las cuevas de los esenios, en la sala que llaman scriptorium, dentro de las grandes ánforas.

Cuando vio mi mirada sorprendida, añadió con una sonrisa:

—Fue allí donde llevé al pequeño Muppim, que se había perdido.

Lloré al dejar a aquel santo hombre. En la isla de los Judíos, allí donde queman a los que estudian el Talmud, apilaron la leña de la hoguera. Lo ataron con largas cadenas a los potros... acumularon troncos a su alrededor hasta la altura de las rodillas. El humo se elevó en el crepúsculo...

En el último instante, los prelados le preguntaron si no sentía en su corazón odio a la Iglesia cristiana y si adoraba la Cruz.

—La Cruz de Cristo —respondió Adhemar—, no la adoro, porque no se adora el fuego con el que uno es quemado.

Con los ojos brillantes, llenos de lágrimas...

Escrito en el monte Garizim, en el año de gracia de 1320, por Philémon de Saint-Gilles, monje de Cîteaux.

Con temor y aprensión, la veía acercarse. Con temor, ascendí a Sión y murmuré su nombre. De vuelta a la espada cortante, que despertaba presta a volcar su violencia contra todos, Jerusalén era un vértigo, una losa que pesaba sobre mí. ¿Por qué ascendía a Jerusalén, yo, que amaba a Jane, en el instante inolvidable en el que por fin encontraba a aquella que mi corazón deseaba?

Sí, habría debido copiar hasta el infinito la letra א, *álef*, el silencio, símbolo de la unidad, del poder, de la ecuanimidad, y también centro del que irradia el pensamiento, y lazo que relaciona en ocasiones el mundo de arriba y el mundo de abajo, el bien y el mal, el mundo de antes y el mundo de después. *Álef* es maravillosa.



DÉCIMO PERGAMINO. El pergamino del Templo

*El día de la caída de los Kittim,
habrá una batalla y una enorme mortandad
bajo la égida del Dios de Israel.
Porque ese fue el día señalado otrora
para la guerra contra los hijos de las tinieblas.
Ese día se adelantarán para el gran combate
el concierto de los dioses y la comunidad de los hombres.
Los Hijos de la Luz y la secta de las tinieblas
se enfrentarán por el poder de Dios,
en el fragor de una inmensa multitud,
y en el estruendo de los dioses y de los hombres.
¡Día de calamidad!
¡Día de dolor!
Testimonio del pueblo y de la Redención de Dios.
Todos sus pesares se abolirán
y será el final de la Redención eterna.
Y el día de la guerra contra los Kittim,
con tres señales los Hijos de la Luz destruirán el Mal.*

*Pergaminos de Qumrán,
Reglamento de la guerra.*

Soy Ary, el hombre hijo del hombre, que vive en el desierto de soplo ardiente, sin un pájaro, sin un insecto, sólo el sol sobre mi tierra de fuego, sólo el frío en mi noche de hielo, sin sueño y sin tregua, sin tiempo en el tiempo de la creación, expuesta en estos acantilados abruptos desde hace millones y millones de años. Vivo en este desierto extraño en el que lo antiguo se vuelve familiar, en el que se manifiesta la similitud de la historia humana, en el que los cráteres evocan los tiempos inmemoriales, los siglos y los millones de años, cuando la masa que formaba la corteza terrestre se recompuso, cuando la Tierra, hace mucho tiempo, experimentó los seísmos y la nivelación de las viejas montañas y la elevación de las nuevas; y cuando, en su momento, las tierras fueron sumergidas por el mar, cuando la tierra de Arabia empezó a moverse hacia el norte, lejos de África, y se separó en una fractura que termina en el mar Rojo y que pasa por el Israel de hoy hasta el golfo de Eilat, a través del valle de la Aravah, prosigue hacia el valle del Jordán a través del mar de Galilea y llega a la fisura larga y estrecha en la que resido. En este lugar minúsculo, lo digo, soy Ary sin satisfacción, el que pasa sus días en el desierto contemplando las márgenes misteriosas del lago de asfalto, que clama al desierto para que libere un camino y nivele en la estepa antediluviana una calzada para nuestro Dios y ascender, ascender a Jerusalén.

—Ya estamos —dijo Shimon cuando llegamos ante la puerta de Jaffa, en Jerusalén—. Si te he traído hasta aquí es porque aún no hemos llegado al cabo de nuestras fatigas.

—¿Qué quieres decir? —pregunté—. ¿Qué ocurre?

—Bueno —dijo Shimon con voz grave—, es muy sencillo. Creo que ha llegado el momento.

Se detuvo y me agarró del brazo:

—Ven, hay que subir a la Explanada.

—¿A la Explanada?

—Precisamente —dijo Shimon.

Dejamos a Jane y a mi padre cerca del coche, ante la puerta de Jaffa. A lo lejos, se oía llorar a las campanas del Santo Sepulcro, de Getsemaní y de la abadía de la Dormición: *Y yo estaré con vosotros para siempre, hasta el fin del mundo.*

Traeré del Oriente a tu pueblo,

y te recogeré del Occidente.

Diré al Septentrión: ¡da!

Y al Mediodía: ¡no te retires!

Haz venir a mis hijos de los países lejanos,

y a mis hijas de la extremidad de la Tierra.

Desde la Explanada del Templo, inclinándonos, podíamos ver a los hasidim, que cantaban y danzaban cadenciosamente, con los ojos cerrados, golpeando el suelo con los pies para marcar el ritmo.

—Gracias a los planos que hemos recuperado en casa de Aarón Rothberg —dijo Shimon Delam desenrollando un mapa—, ahora sabemos lo que el profesor Ericson y Rothberg habían proyectado junto a la secta de los templarios. Mira...

Me enseñó el mapa: era un plano topográfico de la Explanada del Templo. En él aparecía el Templo en punteado.

—El patio del recinto exterior mide más de ochocientos metros —dijo Shimon—. Según la visión esenia del Pergamino del Templo, la superficie total del Templo sería de unas ochenta hectáreas, desde la puerta de Damasco, al oeste, hasta la puerta de los Olivos, al este. Crear una superficie plana en la que construir ese proyecto colosal exige un trabajo muy considerable. Para nivelar el suelo, hay que colmatar el valle sur del Cedrón, al este, y excavar la roca al oeste. Esa operación obliga a retirar tierra y rocas, y todo ello... a fuerza de brazos. Una empresa de extrema dificultad, sí, pero de todos modos realizable.

—Pero es imposible —dije—. ¿No ves, delante de nosotros, en el lugar del Templo, la mezquita Al-Aqsa, frente a la Cúpula de la Roca?

—Sí, pero según su plan, el Tercer Templo estaría situado pared con pared junto a la mezquita Al-Aqsa. Además, pensaban que la mezquita les pertenecía —respondió Shimon.

—¿Cómo? ¡No lo entiendo!

—¡Precisamente está en el emplazamiento de la Casa del Templo!

Señaló con la mano la Cúpula de la Roca, un edificio octogonal cubierto por una gigantesca cúpula dorada que se elevaba, inmovible, ante nuestros ojos.

—Esos patios embaldosados que rodean la Cúpula de las Tablas son el lugar en el que proyectaban reconstruir el Templo. Así pensaban soslayar la mezquita Al-Aqsa.

Sólo entonces me acordé de las palabras de Aarón Rothberg:

«Todo se basa en la observación precisa de la Explanada, donde hay un pequeño edificio, la Cúpula de los Espíritus o Cúpula de las Tablas. Se le llama Cúpula de las Tablas porque está consagrada al recuerdo de las Tablas de la Ley. La tradición judía indica que las Tablas, así como el bastón de Aarón y la copa que contenía el maná del desierto se guardaban en el Arca de la Alianza, que se encontraba en el sanctasanctórum. Otros textos indican que las Tablas estaban colocadas sobre una piedra, la Piedra de Fundación, situada en el centro del sanctasanctórum. Todo ello invita a pensar que el sanctasanctórum no estaba situado debajo de la mezquita Al-Aqsa, como se cree, sino debajo de la Explanada.»

—Por eso los mataron —dije—. Por eso los Asesinos mataron al profesor Ericson y a su familia; porque habían descubierto la existencia del tesoro del Templo leyendo el Pergamino de Plata y querían reconstruir el Templo en la Explanada de las Mezquitas, donde se encuentra el sanctasanctórum... Y los Asesinos querían impedir la reconstrucción porque pretendían recuperar el tesoro que había sido confiado a sus antepasados.

—Pero, para recuperar el tesoro, era necesario que antes Ericson descubriera las cuevas de los esenios.

—¿Por eso me pediste que me ocupara de la investigación? Entonces es verdad que mi misión era servir de cebo.

—Cebo, cebo —refunfuñó Shimon—. Nunca me atrevería... Pero puedo decirte que estuviste bajo una vigilancia constante, incluso en Tomar...

Los Asesinos descendientes de Hassan-ibn-Sabbah y el Viejo de la Montaña pensaban que el tesoro del Templo les pertenecía, así como la mezquita Al-Aqsa, que es su templo... Sacrificaron al profesor Ericson en el mismo lugar en que él quería sacrificar a un toro según el ritual que había aprendido leyendo el Pergamino de Plata, y actuaron según su método ancestral: un asesinato público resulta más disuasorio. Mataron a los Rothberg del mismo modo, así como a Josef Koskka.

—Si os han dejado con vida, a ti y a Jane, es porque creían que podíais llevarlos hasta los esenios, cosa que habéis hecho...

—Por esa razón Jane me había citado en Qumrán a través de ti... Sabía que querían ir allí.

En ese momento vi llegar a dos hombres con las caras cubiertas con pañuelos. Se parecían a los que habían intentado raptarme en la puerta de Sión, diez días antes.

—¡Es él! —exclamó uno de ellos—. ¡Es el Mesías de los esenios! ¡Matadlo!

No tuve tiempo de desenvainar. En ese preciso momento, oímos una formidable explosión. El suelo empezó a temblar bajo nuestros pies, como si estuviera a punto de hundirse. La puerta Dorada, situada no lejos de allí, que había sido murada por los musulmanes para impedir la venida del Mesías, acababa de saltar.

Los dos hombres que estaban delante de nosotros se derrumbaron, abatidos por Shimon, que había aprovechado la distracción.

Shimon me empujó al suelo.

—Asesinos —dije—. Pero ¿quién ha hecho estallar esa bomba?

—Los templarios, para abrir la puerta del Mesías —dijo Shimon—. Es la guerra, Ary.

A lo lejos, resonaron disparos de fusil. Los artificieros volaban inmuebles enteros. A nuestro alrededor, llovían piedras. Por encima de nosotros volaban helicópteros del Tshal*. Se acercaban carros blindados para proteger a los civiles, con los cañones apuntando hacia el lugar de donde procedían los disparos.

—¿La guerra? —dije.

—Creí que podría evitarla, pero no será posible. He ordenado al Tshal que utilice todos los medios necesarios, carros de combate y helicópteros.

Entonces vi a una milicia que se agrupaba en escuadrones a las órdenes de un jefe. Cada cual tenía asignado un lugar preciso. El jefe dio la señal de ataque blandiendo el estandarte blanco y negro de la Orden, Baucéant. Gritaron: ¡A mí, Beau Sire! ¡Baucéant al rescate!

En medio de las explosiones y de los ecos de las deflagraciones, invoqué su Nombre como lo había hecho cuando me encontré en peligro en Tomar. ¿Qué había ocurrido entonces? ¿No fue un milagro? ¿Acaso el fuego no había prendido de repente para poner en fuga a mis enemigos?

Pero Shimon no me dio tiempo para reflexionar. Me agarró del brazo y me obligó a seguirlo para reunirnos con Jane y con mi padre en el aparcamiento en el que los habíamos dejado. A nuestro alrededor, unos hombres vestidos de blanco con la cruz roja, los templarios, combatían contra hombres enmascarados con *keffiehs*: los Asesinos. En el centro se encontraba el ejército israelí, venido para luchar, pero que no sabía muy bien dónde golpear. Y hubo una enorme mortandad, una guerra terrible contra los Hijos de las Tinieblas, un combate en el fragor de una gran multitud, en el día del dolor, y fue un tiempo de infortunio, y los batallones de infantería llenaban de regocijo los corazones de los Hijos de la Luz, que se habían preparado para ese combate.

A la Explanada ocupada llegaban balas de todas partes, entre las piedras que llovían sobre los hasidim, reunidos ante el muro Occidental. Los tiradores de élite, apostados en las terrazas superiores de los edificios de los alrededores, respondían en medio de un estruendo aterrador y de una humareda negra. En la parte baja del muro se veían los chales de oración de los hasidim, abandonados a toda prisa. Llegaban las ambulancias de sirenas estridentes, y los enfermeros corrían para recoger a los heridos. De repente, en medio del estruendo, resonó una voz: la de un imam que convocaba el poder de Dios y lanzaba por un micrófono llamadas a la Guerra Santa.

Entonces, la vieja ciudad despertó. En pocos minutos, los comerciantes salieron de sus tiendas y empezaron a combatir, incendiando los coches y todo lo que encontraban. Desde lo alto de las colinas próximas, los peregrinos que habían visto interrumpido su viaje observaban, sin creerlo demasiado, el terrible combate.

Por fin, Shimon y yo llegamos al aparcamiento en el que se habían protegido Jane y mi padre, detrás de un muro. Corrí hacia Jane.

—Todo irá bien. Lo sé.

—No, Ary —dijo Jane—, no hay milagros, no los hay desde hace mucho tiempo.

—Eso no es cierto. En Tomar sí que hubo un milagro para mí.

Jane me miró con desolación.

—En Tomar yo encendí el fuego y coloqué las bombas de humo para salvarte antes de que me capturaran los Asesinos.

—¿Fuiste tú? —exclamé, incrédulo.

Me miró, suplicante.

—Fui yo... Yo...

Su frase quedó interrumpida por la llegada de un hombre vestido de blanco. Era Levi el esenio, de la tribu de los Levis. Se acercó a mí. Hice un movimiento de retroceso. ¿Qué iba a decirme? No había vuelto a verle desde mi huida. Pero Levi me miraba con calma, con gravedad.

—Ary —dijo—. Por fin has vuelto.

—Sí —dije—, he vuelto.

—Es la guerra para la que nos preparamos desde hace dos mil años. Ellos iniciaron las hostilidades al matar a Melquisedec.

—¿Melquisedec? —pregunté.

—El profesor Ericson, que había comprendido lo que iba a suceder, esperaba tu llegada esa tarde, la tarde del sacrificio. El profesor Ericson era Melquisedec, el patrón de los justos y el soberano de los últimos días.

—No —intervino Jane—, eso es lo que quería hacerlos creer. Tomó el texto esenio para intentar encarnar el personaje de Melquisedec, pero no era cierto.

—Era el Sumo Sacerdote que oficia en los últimos días, cuando se hará la expiación para Dios, el Mesías de Aarón, jefe de los ejércitos celestes y juez escatológico... Y el jefe de los samaritanos —añadió— es el descendiente de la familia Aqqoç.

—Os conocía —dije—, por eso sabía que yo iría... Pero el Templo ha sido destruido, no hay ningún sacerdote que asegure el servicio, ni fuego sagrado, ni incienso —dije.

—Tenemos todo lo que hace falta. Y tú eres Mesías y Cohen: tú eres el Mesías de Aarón, el Sumo Sacerdote que puede entrar en el sanctasanctórum. Ha llegado el momento de encontrar a Dios. Sólo tú puedes pronunciar su Nombre para convocar su presencia.

Se acercó a mí y me tomó del hombro con una mano temblorosa.

—Dos mil años, Ary. Hoy es el día, ésta es la hora, vas a verle, y a hablarle, cara a cara...

Señaló a unos hombres que se acercaban a nosotros. Reconocí al jefe de los samaritanos y a sus fieles.

A su lado, unos templarios transportaban una urna mortuoria. *Las cenizas de la Vaca Roja*. Tenían asimismo un recipiente dorado que contenía la sangre del toro que habían sacrificado en el Día del Juicio. Unos momentos más tarde, llegaron también los hasidim que habíamos visto en el muro Occidental.

—Vamos, Ary —repitió Levi—, es la hora. Ha llegado el momento. Tenemos las cenizas de la Vaca Roja, tenemos el propiciatorio y conocemos el emplazamiento del Templo.

Ante nosotros, los templarios vestidos de blanco, los Asesinos y el ejército israelí luchaban entre los peregrinos cristianos, todos en la Explanada del Templo, donde empezaba a elevarse la humareda de las bombas y de los cócteles Molotov en una confusión sin igual, en una guerra sin piedad entre los soldados de infantería, los jinetes sobre caballos aterrorizados y los carros de combate del ejército israelí. Todos caían al suelo, se mataban en combate cuerpo a cuerpo o a distancia, y la sangre manaba por la ciudad, invadida por una negra nube de humo. La luz había desaparecido y los cielos oscurecidos sepultaban la ciudad en la tiniebla. Por todas partes corrían hombres al combate, otros huían, algunos se escondían y otros más volvían a levantarse.

Los hasidim nos guiaron hasta la puerta Dorada, de la que partía el túnel que debía llevar al sanctasanctórum.

Shimon se había ido para unirse al teatro de las operaciones. Jane, mi padre y yo seguimos la larga fila que se dirigía a la puerta Dorada bajo el silbido de las balas y el retumbar de las explosiones.

Una bomba había hecho saltar el cemento que muraba la puerta desde el interior. Al llegar allí, Levi nos hizo gesto de entrar. Descendimos a una sala iluminada por antorchas, donde nos esperaban unos esenios vestidos de blanco. Luego Levi nos condujo por un pasadizo subterráneo. Era muy bajo. Teníamos que encoger la cabeza y a veces incluso agacharnos. Muppim abría la marcha con una antorcha en la mano. Por fin, llegamos a una gran sala abovedada, toda de piedra blanca.

—Es aquí —dijo Levi—. Estamos debajo de la Explanada.

Señaló una puertecita.

—Allí se encuentra el sanctasanctórum.

Luego se dirigió a un rincón de la sala en el que estaban amontonadas decenas de sacos de tela de yute. Con un gesto, abrió el primero, luego el segundo.

—He aquí el tesoro —dijo Levi.

Oh, amigos, ¿cómo describir la alegría y la emoción? Vi el candelabro de siete brazos, el mismo que se encontraba en el sanctasanctórum, y la mesa en la que se colocaban los doce panes de proposición; también estaban el altar del incienso y otros diez candelabros más, vasos de bronce y de oro puro, un pequeño altar portátil de incienso. Y todos esos objetos estaban cubiertos de oro, de plata y de mil piedras preciosas. Oh, amigos, cómo le di gracias por haberme sostenido con su fuerza, por haber extendido su espíritu sobre mí para que no vacilara, por haberme hecho fuerte en los combates contra la impiedad como una torre robusta, sí, ¡porque me había sido concedido el ver el tesoro del Templo! Los esenios abrían los sacos uno tras otro, sacando a la luz los objetos sagrados. No eran sólo las vajillas de oro, de bronce y de plata, las barras de metal reluciente y los objetos sagrados engastados con las más hermosas piedras. Era como si el Templo volviera a la vida de repente, revelado ante nosotros por la majestad de sus objetos. Era como si el Pergamino de Cobre nos entregara sus secretos ya no bajo la forma de letras, sino bajo la de las cosas nacidas de las letras. Era como si el pasado antiguo volviera al presente a través del espíritu de aquellas suntuosas reliquias.

Todo estaba allí: el cofre de plata, las monedas y las barras de oro y plata, los cuencos de madera, las vajillas sagradas, de oro, de resina, de áloe y de pino blanco. Todo estaba allí como en el pasado, como un mensaje llegado a su destino.

En un saco estaban el propiciatorio y los querubines, según la exhortación de Dios a Moisés: *También harás un propiciatorio de oro puro, de dos codos y medio de largo y un codo y medio de ancho*. Levi tomó las dos estatuas de oro repujado y las fijó a las extremidades del propiciatorio. Los querubines tenían las alas desplegadas hacia lo alto, como si lo protegieran. Los rostros de los querubines estaban dirigidos hacia el propiciatorio. *Allí te encontraré*.

—Aquí —dijo Levi—, entre los dos querubines, aparecerá el Eterno.

Jane, que me había seguido, miraba boquiabierto el suntuoso tesoro. Todo había estado bajo mis ojos, en el scriptórium, al alcance de la mano; los sacos estaban colocados en las grandes ánforas que se encontraban en mi cueva, y yo no lo había visto ni sabido.

Entonces me adelanté hacia el propiciatorio. Todos los esenios estaban allí ahora, los cien. Y estaba mi padre, sentado entre ellos en primera fila, dada la importancia de su rango, y Hanok, que me esperaba, y Pallou, que me aguardaba, y Hesron, que me miraba, y Karmi, que me observaba, y Yemuel, que me llamaba, y Yamin, que me contemplaba, y Cohar, que me escrutaba, y Shaul, que me examinaba, y Guershon, que sonreía, y Qehath, que me aguardaba, y Merari, que atendía, y Er, que languidecía, y Onan, que bostezaba, y Tola, que permanecía inmóvil, y Puwa, que se agitaba, y Yov, que se desesperaba, y Shimron, que esperaba, y Sered, que me consideraba, y Elon, que soñaba, y Yahleel, que lloraba, y Cifion, que reía, y Hagui, que murmuraba oraciones, y Suni, que hablaba solo, y Esbon, que recitaba los salmos, y Eri, que se concentraba, y Arodi, que meditaba, y Areli, que se impacientaba, y Yimna, que se alarmaba, y Yishwa, que se angustiaba, y Yishwi, sorprendido, y Beria, pasmado, y Serah, atónito, y Héber, asombrado, y Malkiel, desconcertado, y Bela, entristecido, y Beker, boquiabierto, y Ashbel, absorto, y Guera, aterrorizado, y Naaman, horripilado, y Ehi, petrificado, y Rosh, estupefacto, y Muppim, sobrecogido, y Huppim, paralizado, y Ard, que cantaba, y Hushin, que lloraba de alegría, y Yahceel, que soñaba, y Guni, en trance, y Yecer, perdido, y Shillem, fatigado, y Coré, que bailaba, y Nefeg, que se desmayaba, y Zikri, que pataleaba, y Uzziel, que elevaba los brazos al cielo, y Mishael, que hacía lo mismo, y Elsafan, que miraba a Sitri, que miraba a Nadav, que miraba a Avihu, que miraba a Eleazar, que miraba a Itamar, que miraba a Assir, que miraba a Elkana, que miraba a Aviasaf, que miraba a Amminaadav, que miraba a Nahshon, que miraba a Netanel, que miraba a Cuar, que miraba a Eliav, que miraba a Elissur, que miraba a Shelumiel, que miraba a Curishaddai, que miraba a Elyasaf, que miraba a Elishama, que miraba a Ammihud, que miraba a Gameliel, que miraba a Pedahssur, que miraba a Avidan, que miraba a Guideoni, que miraba a Paguiel, que miraba a Ahira, que miraba a Livni, que miraba a Shimei, que miraba a Yicehar, que miraba a Hebrón, que miraba a Uzziel, que miraba a Mahli, Mushi, que miraba a Curiel, que miraba a Elifasan, Qehath, que miraba a Shuni, que miraba a Yashuv, que miraba a Elon, que miraba a Yahleel, y Zerah, que me miró a mí.

Me esperaban.

Los hasidim empezaron a cantar al son del arpa, y la música transportó mi alma a un recuerdo lejano, vi aparecer la visión de Ezequiel tal como la había visto en Tomar. *Era algo parecido a la Gloria de Dios.*

¿Fue Jane o fui yo quien encendió el fuego en Tomar con un soplo incandescente...? y Jane me dirigió una mirada implorante para retenerme con ella, entre ellos...

—No vayas —murmuró.

Resurge, resurge y ponte en pie, Jerusalén, tú que has bebido de la mano del Señor el cáliz de la furia, la copa del vértigo, la has bebido y la has vaciado, resurge de las ruinas y del filo de la espada, resurge y revístete de Poder, oh, Sión, reviste tus ropas de esplendor, oh, Jerusalén, Ciudad santa, lejos del polvo, lávate, ponte en pie, tú la cautiva, Jerusalén, desata los lazos de tu corazón, hija de Sión, y todos los seres de carne sabrán que Aquel que te salva es el Señor.

En ese Templo habrá doce puertas para las doce tribus reunidas, de tres en tres, en cada lado de la Explanada exterior del Tabernáculo.

¡Que suba! Se sube por una escalera de caracol hacia el gran edificio de paredes inmensas, de pilares cuadrados, de puertas abiertas a las terrazas, de puertas de oro y bronce. Porque el paso de la tierra profana a la Morada sagrada se opera a través de una serie de puertas que hay que cruzar para acceder a la pureza, a medida que se avanza por el Templo cruzando los patios cerrados. Hay que subir los escalones que llevan a otros patios que dan a puertas que permiten acceder al Santo que se abre al sanctasanctórum. Entre las puertas de batientes chapados de oro puro, tres pisos de columnas forman un peristilo de tres niveles al que se abren grandes salas. *¡Que suba!* En el centro del peristilo hay un muro cuadrado perforado con doce puertas de batientes chapados de oro, y un patio interior forma una explanada rodeada por las celdas de los sacerdotes. En el centro de la explanada se encuentra la Morada. En su corazón, el Santo, con el altar de los Holocaustos y la pila para las abluciones rituales, y el sanctasanctórum, donde se encuentra el propiciatorio con los dos querubines que extienden sus alas bajo un velo de oro.

¡Que suba!, y que mire el candelabro de oro puro, fundido en una sola pieza, rodeado de cálices y de flores de almendro. Y sobre el candelabro hay cuatro cálices de almendro y de piedras preciosas, zafiros y rubíes y piedras resplandecientes.

¡Que suba! En el sanctasanctórum sólo puede entrar un Cohen, un sacerdote, vestido con las vestiduras sagradas.

Ante mí llegaron los sacerdotes, siguiendo su orden, uno tras otro; los levitas desfilaron detrás de ellos, y los samaritanos, con su jefe, uno tras otro, centenares, a fin de que conociéramos a todos los hombres

de Israel, cada cual en el lugar de su condición, en la Comunidad de Dios.

Entonces Levi nos señaló la puertecita que daba a la sala, emplazamiento del lugar sagrado.

—La Gloria del Señor entrará en el Templo de piedra —murmuró— para tomar posesión de él, como David y Salomón lo quisieron, y del mismo modo que entró en el santuario del desierto.

Me adelanté hacia la puerta y la abrí lentamente.

—¡Este lugar es pavoroso! —exclamé.

Más pavoroso que el santuario móvil del desierto del Dios nómada de un pueblo nómada, y aún más que la Morada de piedra de un pueblo sedentario, sobre la roca de Arauna, donde vivía Dios.

Una pequeña estancia cuadrada y oscura, de piedras blancas. Una simple sala, sin aparato, donde sólo se encontraba el propiciatorio en el que se habían colocado las cenizas de la Vaca Roja. Me adelanté hasta el propiciatorio. Tomé la antorcha, encendí el altar del propiciatorio, dispersé por encima las cenizas de la Vaca Roja.

Entonces vi las letras que se elevaban como chispas, y en cada una de ellas había una fuerza dispuesta a cambiar todas las situaciones. Y cada una se concertaba, entre vocales y consonantes, entre puntos y puntuaciones. Y todas las fuerzas de mi alma se reunieron en una sola potencia cuyas chispas ardieron como una sola llama. Sentí el olor de la ketorita. Y mi corazón se llenó de alegría y mi alma se elevó aún más. Porque había franqueado todas las montañas, había superado todos los discursos para llegar al Punto absoluto, donde concluyen todas las palabras.

Las letras mayúsculas eran bellas como las amatistas en las diademas del tesoro, como los rubíes en las coronas, como el diamante del Pectoral, como el jaspé y como el ónice; se elevaban ante mí sobre columnas de mármol como perlas que lanzan destellos, y como los astros, bastaba que las dijera...

Entonces convoqué la letra **ו**, el ojo: las ideas falsas se rompen en ella y las anteojeras caen, **ב**, la boca, con la que los labios articulan la palabra. **נ**, la nariz, que percibe el olor. **ד**, porque Dios apoya a todos aquellos que caen y endereza a los que flaquean. **פ**, el ojo de la aguja, reunificación de las fuerzas para cruzar una puerta estrecha. **כ**: antes no había nada, luego lo hay todo. **ק**, como la cabeza de un toro. **ר**, de la que viene *dam*, sangre. **ש**, elección del buen camino. Y **ע**, cambio de estado. Luego **ז**, letra de la fuerza, **ג**, de la que viene la liberación, **י** beneficencia y misericordia. **א**, aceptación de una prueba con la finalidad de acceder a una nueva cima... **ה**: para la emanación Divina.

La **א**. Solo, estaba solo en el desierto, entre los troncos de los tamarindos nudosos, las acacias y las palmeras, los árboles sobre la tierra arenosa y el follaje ligero de los arbustos que filtraban el pálido sol. Había atravesado el Jordán, donde había una piscina ritual tallada en la roca y cubierta por una bóveda de cañón, con dos o tres escalones para poder sumergirse en el agua pura. Había atravesado el Jordán y me había bañado en él. Me había purificado en él para la edificación de un Templo inmenso. Quería construir una morada para verlo y para ofrecer los puros sacrificios del Día del Juicio. Me bañé, como David se lavaba antes de entrar en la casa de Dios y como los esenios se lavaban en las aguas puras por la mañana y por la noche, como en un santuario sagrado.

Y escribí en las cuevas. Así había tenido lugar mi nacimiento: por aquellos que poseían la verdadera llave de las escrituras.

Ellos tenían un sueño, un proyecto: arrebatar Jerusalén de las manos de los sacerdotes impíos y construir un Templo para las generaciones futuras en el que el Servicio Divino sería realizado por los sacerdotes de la secta, los descendientes de Zadok y de Aarón.

Sabían entonces que empezaban largos años de exilio para su pueblo. Pero también sabían que llegaría el día en que el pueblo volvería a su tierra y el Templo había de ser el lugar en el que los que se habían dispersado se reunirían de nuevo.

Sí, sabían que llegaría el día en que sería necesario reconstruir el Templo a partir de la nada, a partir de un grano de arena, de un punto; a partir de él, del punto.

א. El sople de los perfumes y del incienso aromático en el Templo en que se elevaba la nube, visible e invisible para toda la Casa de Israel que había venido al Templo reconstruido para subir y purificarse. En el corazón del Templo se encontraba el Santo en que ardía el incienso de trece perfumes deliciosos, donde reinaba la espléndida Menora, y la mesa de proposición en la que se habían colocado los doce panes; en el corazón de ese corazón se encontraba el santasancórum, separado del Santo por un velo de cuatro colores.

Y en las fiestas de peregrinación estaba allí, entre el olor de las maderas de cedro precioso, para ofrecer un carnero en sacrificio; y entre las palmas, para la fiesta de las cabañas; y entre el eco de los cantos de los que ascendían en procesión desde la piscina de Siloé, a donde habían ido a recoger el agua para el Templo con los miles y miles de peregrinos. Allí, en el Templo, había estado en la boca de los esenios: ellos eran los elegidos de la benevolencia divina, los encargados de expiar las culpas del mundo y de hacer recaer las sanciones sobre los impíos, eran el último muro, la preciosa piedra angular cuyos cimientos jamás

vacilarían. Allí, en las rocas, se encontraba la morada suprema de la Santidad, la Morada de Aarón en la que se hacían las ofrendas de agradable olor, y allí estaba la Casa de la perfección y de la verdad en Israel para establecer la Alianza según los preceptos eternos. Y los Numerosos habían sido designados para conservar en sus corazones la llama del Templo.

Esperaban que llegara Él, Aquel que luchará contra los Hijos de las Tinieblas. Decían así:

*Y tomará su ejército
irá a Jerusalén
entrará por la puerta Dorada
reconstruirá el Templo
como lo habrá visto en la visión que ha tenido,
y el Reino de los cielos
tan esperado
vendrá por él
el salvador
que será llamado
el León.
Waw.*

Entonces me volví hacia el altar. Tomé carbones ardientes con los que llené el incensario, y un puñado de incienso en polvo. Puse el incienso sobre el fuego y su vapor cubrió el propiciatorio. Luego tomé la sangre del toro y con mi dedo formé siete trazos sobre el propiciatorio.

—¡Dios sea alabado! —dijo Levi—. El pueblo que andaba en las tinieblas verá una gran luz. Ha sido una larga espera para acceder al Reino de Dios.

Todos esperaban que lo hiciera: que pronunciara el Nombre. Todos menos Jane, que me miraba. Entonces lo dije.

* * *

GLOSARIO

- **Asesinos** (o Hashashin): fumadores de hachís. Secta chiita ismailí fundada por Hassan-ibn-Sabbah en la fortaleza de Alamut, en Siria, en 1090. Él jefe de la secta, llamado el Viejo de la Montaña, enviaba a sus discípulos a cometer asesinatos públicos con peligro de sus vidas. El último maestro fue ejecutado en 1256 por el kan mongol Hugar.
- **Devequt**: para los hasidim, el ideal más elevado de la vida mística, en el que se establece una relación íntima con Dios.
- **Esenios**: miembros de una secta judía del siglo II antes de nuestra era, cuyas principales características eran el ascetismo, la práctica del baño ritual, las comidas en común y la espera de un Mesías.
- **Genizah**: cementerio en el que se entierran los libros sagrados que ya no se usan. El más famoso es el de El Cairo.
- **Hasid** (plural: hasidim): literalmente, el «piadoso». Designa a un hombre que forma parte de una comunidad judía ortodoxa que reconoce la autoridad de un maestro o de un rabino. Numerosos: término con el que se designa a los esenios.
- **Samaritanos**: habitantes del monte Garizim, cerca de Nablus, en Israel, que practican la ley hebraica fundada en su propio Pentateuco.
- **Talmud**: representa la ley oral, según los comentarios de los rabinos respecto de la ley escrita o Torá.
- **Torá**: el Pentateuco, la ley escrita, fundamento escriturario del judaísmo.
- **Tsahal**: ejército israelí.

Los textos de los pergaminos del mar Muerto fueron traducidos al francés por M. Salomón Messas.

* * *



ALFABETO HEBREO

א	Álef 1	ל	Lámed 30
ב	Bet 2	מ	Mem 40
ג	Guímel 3	נ	Nun 50
ד	Dálet 4	ס	Sámej 60
ה	He 5	פ	'ayn 70
ו	Waw 6	ק	Pe 80
ז	Zayn 7	ר	Tsadi 90
ח	Jet 8	ש	Kof 100
ט	Tet 9	ת	Resh 200
י	Yod 10		Sin 300
כ	Kaf 20		Taw 400

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

ELIETTE ABÉCASSIS

El 27 de enero de 1969, Eliette Abécassis nace en Estrasburgo, en una familia judía sefardí de origen marroquí. Su padre, Armand Abécassis, profesor de filosofía en la Facultad de Burdeos, es uno de los mayores pensadores contemporáneos sobre el tema del judaísmo. Es el autor de la obra *Pensamiento judío*. Crece así, Eliette siendo muy practicante en un ambiente de religión y cultura judías.



En 1993, consigue la licenciatura en filosofía en la Facultad Henri IV de París y en 1996 publica su primera novela *Qumrán*. Una novela policiaca metafísica, donde un joven judío ortodoxo investiga sobre unos misteriosos homicidios relacionados con la desaparición de manuscritos del Mar Muerto. Tendrá un éxito inmediato. Se venden más de 100.000 ejemplares y el libro se traducirá en 18 idiomas. Un año después publica *El oro y la ceniza* y comienza a impartir clases de filosofía en la facultad de Caen. En 1998 se traslada durante seis meses al barrio ultra-ortodoxo de Mea Shearim en Jerusalén, para escribir el guión de *Kadosh*, una película israelí de Amos Gitai que fue nominada en el Festival de cine de Cannes para el mejor guión. En esta historia se inspiró para su novela *La repudiada* (2000). En marzo de 2001 recibe el premio de los Escritores Creyentes (concurso creado en Francia en 1979) y en junio de ese año se casa en Jerusalén.

En la actualidad, compagina su labor como profesora de Filosofía en un instituto de la localidad francesa de Caen con su actividad literaria.

EL TESORO DEL TEMPLO

Abril 2002, desierto de Judea. El cadáver de un arqueólogo, víctima de un asesinato ritual, es hallado en un altar cerca de Qumrán. En el momento de su muerte, el profesor Ericson se hallaba buscando el tesoro del Templo a partir de uno de los manuscritos hallados en las grutas de Qumrán, el Pergamino de Cobre. Éste, además de ser el único de metal y el más enigmático de entre todos los textos encontrados, describiría un valioso tesoro que podría hallarse oculto en diversos lugares alrededor de Jerusalén. A pesar de que algunos investigadores cuestionan la supuesta existencia del tesoro, Ericson estaba convencido de que las descripciones del pergamino eran reales y llevaba años intentando demostrar que el tesoro estaba conformado por objetos sagrados procedentes del Templo de Salomón.

Ary Cohen, gran conocedor de la región y de los pergaminos del mar Muerto, es asignarlo por los servicios secretos israelíes para investigar el asesinato de Ericson y desentrañar un enigma que se remonta al origen de los tiempos y en el que se hallan involucrados esenios, templarios, masones y la secta de los Asesinos.

TRILOGÍA DE QUMRÁN

1. Qumran - Qumrán
2. Le Trésor du Temple - El tesoro del templo
3. La dernière Tribu - La última tribu

* * *

Título original: *Le trésor du temple*
© Éditions Albin Michel S.A., 2001
Traducción: Francisco Rodríguez de Lecea

© Ediciones B, S.A., 2002
1ª edición: junio 2002
Printed in Spain
ISBN: 84-666-0564-9
Depósito legal: CO-767-2002